DOT HUTCHISON



EL JARDÍN DE LAS MARIPOSAS

Más escalofriante que *El silencio de los inocentes*.
La belleza nunca había sido tan aterradora.



Cerca de una aislada mansión existe un jardín donde se cultivan delicadas flores y en él, abrigada por frondosos árboles, habita una exquisita y peculiar colección de mariposas que es resguardada por el Jardinero, un hombre que desconoce los límites de su obsesión por preservar la belleza.

Maya es una sobreviviente del jardín y ahora tendrá que narrar a los agentes del FBI los horrores que vivió mientras permanecía en cautiverio junto con otras chicas que ni siquiera habían alcanzado la mayoría de edad. En su memoria viven las peores pesadillas. En su espalda, como en las de todas las jóvenes mariposas, un tatuaje le recordará por siempre un crimen imperdonable.

Dot Hutchison

El jardín de las mariposas

El coleccionista - 01

ePub r1.0
NoTanMalo 22.02.18

Título original: *The Butterfly Garden*
Dot Hutchison, 2016
Traducción: Graciela Romero Saldaña

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2

Para mamá y Deb, porque ya habían dado la mitad de su respuesta cuando se dieron cuenta de lo profundamente inquietante que era la pregunta, y por todo lo demás.

1

Los técnicos le informan que la chica que está al otro lado del cristal no ha dicho ni una sola palabra desde que llegó. Al principio no le sorprende, tomando en cuenta los horrores por los que ha pasado, pero al contemplarla desde el otro lado del falso espejo, comienza a cuestionárselo. Está desplomada sobre una silla de metal, con la barbilla apoyada en una mano vendada, mientras que con la otra traza símbolos sin sentido en la superficie de acero inoxidable de la mesa. Tiene los ojos entornados y, debajo de ellos, unas sombras oscuras magullan su piel; su cabello negro, que lleva recogido en un chongo desaliñado, se ve sucio y sin vida. Es evidente que está exhausta.

Pero no diría que está traumatizada.

Mientras le da un trago a su café, el agente especial del FBI Victor Hanoverian observa a la chica y espera a que lleguen los demás miembros de su equipo. O al menos su compañero. El tercer miembro fundamental de su equipo está en el hospital con las otras chicas, intentando conseguir información sobre su estado y, si es posible, sus nombres y sus huellas digitales. Otros agentes y técnicos están en la propiedad, y lo poco que ha sabido de ellos despertó en su interior el deseo de llamar a sus propias hijas para asegurarse de que están bien. Pero Victor sabe cómo tratar a las personas, especialmente a los niños traumatizados, así que lo mejor es que siga aquí, esperando para entrar y hablar específicamente con esta víctima.

Alrededor de la nariz y de la boca de la chica nota las marcas rosadas y apenas visibles de la máscara de oxígeno, y también puede ver las manchas de mugre y hollín en su cara así como la ropa que le han prestado. Tiene las manos y el brazo derecho envueltos en vendas; el agente puede seguir la línea abultada que dibujan las que están debajo de la delgada camiseta que alguien del hospital le dio. La chica vestida con los pantalones de cirugía verdes tiembla y mantiene los pies encogidos para no tocar el suelo frío, pero no se queja.

Victor ni siquiera sabe su nombre.

No conoce los nombres de la mayoría de las jóvenes a las que rescataron ni de aquellas que no alcanzaron a salvar. Esta chica solo ha hablado con las demás, e incluso en esa plática no se mencionaron nombres ni ninguna otra información. Solo…, bueno, algo que no puede definir como consuelo. «O te vas a morir o no, así que relájate para que los doctores puedan trabajar» no eran exactamente palabras de aliento, pero así fue como parecieron tomarlas las otras chicas.

Ella se reacomoda en la silla y extiende los brazos sobre su cabeza con lentitud hasta que su espalda se curva como la cuerda de un arco. Los micrófonos captan el doloroso crujido de una vértebra. Negando con la cabeza, se deja caer sobre la mesa, apoya la mejilla contra el metal y coloca las palmas contra la superficie. Está de espaldas al espejo, de espaldas a él y a los demás que sabe que deben de estar ahí,

pero el ángulo ofrece otro detalle de interés: las líneas.

Los empleados del hospital le dieron una foto al agente; solo son visibles los bordes de colores brillantes que se asoman por la parte de atrás de sus hombros. Es difícil ver el resto del diseño, pero la camiseta no es lo suficientemente gruesa como para ocultarlo por completo. Saca la fotografía de su bolsillo y la sostiene contra el cristal; pasan la mirada sobre el papel brillante y alcanza a ver del diseño en la espalda de la chica. No sería relevante si no fuera porque solo una de las chicas no lo tiene. Diferentes colores, diferentes diseños, pero todos básicamente iguales.

—¿Cree que se los ha hecho él, señor? —pregunta uno de los técnicos mientras observa a la chica en el monitor. Esa cámara está posicionada al otro lado de la sala de entrevistas y ofrece una vista ampliada de su cara, sus ojos cerrados y su respiración lenta y profunda.

—Ya lo descubriremos.

No le gusta hacer suposiciones, especialmente cuando saben tan poco. Esta es una de las pocas veces en su carrera en las que lo que encontraron fue mucho más terrible de lo que imaginaban. Está acostumbrado a pensar lo peor. Cuando un niño se pierde, trabaja como loco, pero no espera encontrarlo con vida. Quizá lo desea, pero no lo espera. Ha visto cadáveres tan pequeños que es increíble que haya féretros de su tamaño; ha visto niños que fueron violados antes de que conocieran el significado de la palabra, pero de algún modo este caso es tan inesperado que no sabe qué pensar.

Ni siquiera sabe cuántos años tiene la chica. Los doctores suponen que está entre los dieciséis y los veintidós, pero eso no lo ayuda mucho. Si tiene dieciséis, probablemente debería estar ahí un representante de protección al menor, pero ya se arremolinaron en el hospital como un enjambre y solo complicaron las cosas. Ofrecen servicios valiosos y necesarios, pero eso no hace que estorben menos. Victor intenta pensar en sus hijas, en qué harían si estuvieran encerradas en un cuarto como esta chica, pero ninguna de ellas tiene tanto autocontrol. ¿Eso significa que es mayor? ¿O solo demostró tener más práctica en verse impasible?

—¿Sabemos algo más de Eddison o Ramírez? —le pregunta a los técnicos sin dejar de observar a la chica.

—Eddison viene en camino; Ramírez sigue en el hospital con los padres de la más pequeña —reporta una de las mujeres. Yvonne no mira a la chica que está en la habitación, ni siquiera a través de los monitores. Tiene una bebé en casa. Victor se pregunta si debería sacarla del caso, pues apenas es su primer día de regreso al trabajo, pero decide que ella misma dirá algo si no puede soportarlo.

—¿Esa fue la que desencadenó la búsqueda?

—Solo estuvo perdida un par de días. Desapareció del centro comercial mientras estaba de compras con sus amigas. Según ellas, salió de los probadores para buscar otra talla y nunca volvió.

Una persona menos a la cual buscar.

En el hospital, tomaron fotos de todas las chicas, incluso de las que murieron en

el camino o al llegar, y estaban buscándolas en la base de datos de personas desaparecidas. Sin embargo, los resultados tardarían en estar disponibles. Cuando los agentes o los doctores les preguntaban su nombre a las que estaban en mejores condiciones, ellas volteaban a ver a esta chica, que sin duda es su líder, y la mayoría no dijo nada. Unas cuantas parecieron pensarlo antes de estallar en sollozos, lo que hizo que las enfermeras llegaran a toda prisa.

Pero con la chica que estaba en la sala de interrogatorio no fue así. Cuando la cuestionaron, ella simplemente miró hacia otro lado. Por lo que han podido ver, parece que es alguien que no tiene ningún interés en que la encuentren. Esto hace que entre ellos haya quien se pregunte si es realmente una víctima.

Victor suspira, se acaba lo que queda de su café y aplasta el vaso antes de lanzarlo al basurero que está junto a la puerta. Preferiría esperar a Ramírez; que haya otra mujer en la habitación siempre es de ayuda en circunstancias como esta. ¿Puede esperarla? No hay forma de saber cuánto tiempo estará con los padres, o si otros acudirán en masa al hospital cuando las fotos aparezcan en los medios. Si es que se las hacen llegar a los medios, se corrige, frunciendo el ceño. Odia esa parte, odia exponer las fotos de las víctimas en todas las televisiones y en los periódicos, porque ya nunca habrá manera de olvidar lo que les pasó. Esperarán hasta tener la información de las personas desaparecidas.

Detrás de él, la puerta se abre y se cierra de golpe. La habitación está insonorizada, pero el cristal vibra ligeramente y la chica se yergue con rapidez, entrecerrando los ojos ante el espejo. Y es de suponer que también ante aquellos que están detrás, como ella debe de saber.

Victor no voltea. Nadie azota las puertas como Brandon Eddison.

—¿Tienes algo?

—Encontraron coincidencias con un par de reportes bastante recientes y los padres están en camino. Hasta ahora todas son de la Costa Este.

Victor retira la fotografía del cristal y se la vuelve a guardar en el bolsillo del saco.

—¿Algo más sobre nuestra chica?

—Algunas se refirieron a ella como Maya, después de que la trajeron aquí. Sin apellidos.

—¿Es su verdadero nombre?

—Lo dudo.

Eddison se esfuerza para cerrarse la chamarra por encima de su camiseta de los Redskins. Cuando el personal de emergencias encontró a las sobrevivientes llamó al equipo de Victor, que estaba fuera de servicio, para que se hiciera cargo. Conociendo los gustos de Eddison, Victor agradece que no haya ninguna mujer desnuda en su camiseta.

—Tenemos un equipo revisando la casa principal para ver si ese bastardo guardaba algo personal.

—Creo que podemos estar de acuerdo con que guardaba cosas muy personales de las chicas.

Quizá al recordar lo que vio en la propiedad, Eddison no discute.

—¿Por qué ella? —pregunta—. Ramírez dice que hay otras que no tienen heridas graves. Están más asustadas, quizá con más ganas de hablar. Esta parece difícil de tratar.

—Las otras chicas están pendientes de ella. Quiero saber por qué. Deben de estar desesperadas por volver a casa, pero, entonces, ¿por qué la voltean a ver y eligen no responder nuestras preguntas?

—¿Crees que ella podría estar involucrada?

—Eso es lo que debemos averiguar. —Victor inhala profundamente mientras toma una botella de agua de la barra—. Bueno, vamos a hablar con Maya.

La chica se recarga en el respaldo de su silla cuando los hombres entran a la sala de interrogatorios; tiene los dedos cubiertos de gasas y entrelazados sobre su estómago. No es una postura tan defensiva como Victor hubiera esperado, y es claro, por el gesto de su compañero, que a él también lo desconcertó. Ella los mira con desinterés, contemplando detalles y tomando nota mental de sus ideas, ninguna de las cuales se refleja en su rostro.

—Gracias por venir con nosotros —la saluda Victor, disimulando que no tuvo mucha opción—. Él es el agente especial Brandon Eddison, y yo soy el agente a cargo, Victor Hanoverian.

Las comisuras de los labios de la chica se elevan en un movimiento tan fugaz que no podría llamarse sonrisa.

—Agente especial a cargo, Victor Hanoverian —repite ella, con la voz rasposa a causa del humo—. Vaya trabalenguas.

—¿Prefieres Victor?

—En realidad no tengo ninguna preferencia, pero gracias.

Él destapa la botella de agua y se la pasa, aprovechando el momento para reajustar su estrategia. En efecto, no está traumatizada y tampoco es tímida.

—Normalmente hay otra parte en las presentaciones.

—¿Los chismes simpáticos? —pregunta la chica—. ¿A usted le gusta tejer canastas y nadar durante un buen rato, y a Eddison le gusta recorrer las calles con tacones y minifalda?

Eddison gruñe y azota un puño contra la mesa.

—¿Cómo te llamas?

—No sea grosero.

Victor se muerde el labio para reprimir la tentación de sonreír. No ayudaría a la situación y, sin duda, tampoco ayudaría a tranquilizar a su compañero, pero la tentación está ahí de cualquier manera.

—¿Podrías decirnos cómo te llamas, por favor?

—No, gracias. Creo que no quiero compartir eso.

—Algunas de las chicas te llamaron Maya.

—Entonces, ¿para qué se molestan en preguntarme?

Victor escucha cómo Eddison respira hondo, pero lo ignora.

—Nos gustaría saber quién eres, cómo llegaste aquí. Queremos ayudarte a volver a casa.

—¿Y si les digo que no necesito su ayuda para volver a casa?

—Me preguntaría por qué no volviste antes.

Casi esboza una sonrisa y mueve una ceja de una manera que podría significar aprobación. Es una chica hermosa, con la piel dorada y ojos color café claro, casi ámbar; pero no es amable. Si quiere una sonrisa, tendrá que ganársela.

—Creo que ambos sabemos la respuesta a eso. Pero ya no estoy allá, ¿verdad? Desde aquí sí puedo irme a casa.

—¿Y dónde está tu casa?

—No estoy segura de si aún sigue ahí.

—No estamos jugando —suelta Eddison.

La chica lo observa con serenidad.

—No, claro que no. Hay gente muerta, vidas arruinadas, y estoy segura de que a usted le afectó mucho tener que salirse de su partido de futbol.

Eddison se ruboriza mientras sube más el cierre de su chamarra para cubrir su camiseta.

—No pareces nerviosa en absoluto —señala Victor.

Ella se encoge de hombros y le da un trago al agua, sosteniendo la botella con cuidado entre sus manos vendadas.

—¿Debería estarlo?

—La mayoría de la gente se pone nerviosa cuando habla con el FBI.

—No es tan diferente de hablar con… —Se muerde el maltrecho labio inferior y hace una mueca de dolor ante las perlas de sangre que se escapan de su piel partida. Da otro trago.

—¿Con? —Victor le refresca la memoria, con amabilidad.

—Con él —responde—. El Jardinero.

—¿Hablabas con el jardinero del hombre que te tenía prisionera?

Ella niega con la cabeza.

—*Él* era el Jardinero.

Tienen que entender que no le puse ese nombre por miedo, ni por adoración ni por ningún extraño sentido de la propiedad. Yo ni siquiera le puse ese nombre. Como todo lo que había en aquel lugar, se tejió con los hilos de nuestro desconocimiento. Lo que no se conocía se creaba, y lo que no se creaba al final dejaba de importar. Supongo que es una forma de pragmatismo. Las personas cálidas y amorosas que necesitan desesperadamente la aprobación de los demás se vuelven víctimas del

síndrome de Estocolmo, mientras que los demás caemos en el pragmatismo. Después de ver ambos lados en otros, yo me quedo con el pragmatismo.

Escuché ese nombre durante mi primer día en el Jardín.

Desperté con un dolor de cabeza insoportable, cien veces peor que cualquier resaca que hubiera experimentado en mi vida. Al principio ni siquiera podía abrir los ojos. Con cada respiración, sentía punzadas en mi cabeza, y ni hablar de moverme. Debí de hacer algún ruido, porque de pronto tenía un trapo frío y húmedo sobre la frente y los ojos, y una voz me juraba que era solo agua.

No estoy segura de qué me alteraba más: el hecho de que fuera evidente que para ella era habitual preocuparse por eso o el hecho de que fuera una chica. Ninguno de los dos que me secuestraron era mujer, de eso estaba muy segura.

Un brazo se deslizó detrás de mis hombros, enderezándome con suavidad, y una mano llevó un vaso hasta mis labios.

—Es solo agua, lo prometo —dijo.

Bebí. En realidad ni siquiera importaba si era «solo agua» o no.

—¿Puedes tragar pastillas?

—Sí —susurré, y ese mínimo sonido hizo que otro clavo se me enterrara en la cabeza.

—Entonces, abre la boca.

Cuando lo hice, ella me puso dos pastillas planas en la lengua y me acercó el agua de nuevo. Me las tragué obedientemente, luego intenté no vomitar cuando me recostó con suavidad en un colchón firme y una sábana fresca. No dijo nada más por un largo rato, hasta que las luces de colores dejaron de bailar en el interior de mis párpados y comencé a controlar mis movimientos. Entonces, la chica retiró la tela de mi cara y protegió mis ojos de la luz del techo hasta que pude dejar de parpadear.

—No es la primera vez que haces esto —renegó.

Me pasó el vaso de agua.

Aunque estaba encogida en un banco junto a la cama, era fácil ver que era alta. Alta y fuerte, con piernas largas y músculos firmes, como una amazona. O más bien una leona, porque se acomodaba como si no tuviera huesos, igual que un felino. Tenía recogido su cabello dorado oscuro de una manera despreocupada pero elegante, que revelaba un rostro de rasgos fuertes y ojos café oscuro con toques de oro. Llevaba un vestido negro y suave que se amarraba al cuello.

Aceptó mi obvio escrutinio con algo parecido al alivio. Supongo que era mejor que gritar histérica, lo cual probablemente ya había vivido antes.

—Me dicen Lyonette —me dijo cuando ya la había observado lo suficiente y devolví mi atención al agua—. No te molestes en decirme tu nombre porque no voy a poder usarlo. Lo mejor es olvidarlo, si puedes.

—¿Dónde estamos?

—En el Jardín.

—¿El Jardín?

Se encogió de hombros y lo hizo con un movimiento fluido, más grácil que poco elegante.

—Es un nombre tan bueno como cualquier otro. ¿Quieres verlo?

Me miró sin decir nada más.

De acuerdo. Bajé las piernas por el borde de la cama, puse los puños sobre el colchón y me di cuenta de que podía ver cada parte de mi cuerpo.

—¿Tienes algo de ropa?

—Ten.

Me pasó algo sedoso y negro que resultó ser un vestido a la rodilla, ajustado, con cuello alto y espalda descubierta. Muy descubierta. Si hubiera tenido hoyos en las nalgas, ella los habría visto. Me ayudó a amarrarme el cinturón, que era como una cuerda alrededor de la cadera y luego me empujó con suavidad hacia la puerta.

La habitación era sencilla e incluso austera, no tenía nada más que la cama, un pequeño retrete y un lavabo en una de las esquinas. En otra había una diminuta regadera descubierta. Las paredes estaban hechas de cristal grueso, con un espacio abierto donde debería ir la puerta; una vía recorría el cristal a ambos lados.

Lyonette se percató de que yo miraba las vías y frunció el ceño.

—Bajan unas paredes sólidas para mantenernos dentro de nuestras habitaciones y fuera de la vista —explicó.

—¿Muy seguido?

—A veces.

El espacio donde iría la puerta daba a un pasillo estrecho que se extendía hacia la derecha, pero solo un poco hacia la izquierda antes de llegar a otra esquina. Casi justo al otro lado de la puerta había otra entrada con más vías: conducía a una cueva húmeda y fría. Al otro lado de la cueva se abría un arco que dejaba pasar una brisa que recorría el oscuro espacio de piedra, y afuera unos destellos de luz brillaban en la cascada que borboteaba y salpicaba. Lyonette me condujo hacia el exterior, al otro lado de la cortina de agua, a un jardín tan hermoso que casi dolía mirarlo. Unas flores brillantes y de todos los colores imaginables crecían en medio de una desenfrenada profusión de hojas y árboles, con nubes de mariposas revoloteando entre ellos. Un peñasco artificial se erguía frente a nosotras, con más hierbas y árboles en la planicie de su cima, y los árboles en las orillas apenas rozaban los lados del techo de cristal, que se elevaba a una altura imposible. A través de la parte baja de la vegetación, vi unas paredes altas y negras, demasiado altas para apreciar qué había al otro lado, y unos pequeños espacios abiertos enmarcados por enredaderas. Pensé que podrían ser la entrada a otros pasillos como en el que habíamos estado.

El patio interior era enorme, su tamaño casi resultaba abrumador aun antes de ver la explosión de colores. La cascada desembocaba en un estrecho arroyo que bajaba serpenteando hasta un pequeño estanque adornado con lirios acuáticos, y unos senderos de arena blanca recorrían el verdor hasta las otras puertas.

La luz que entraba por el techo era de un color lavanda oscuro con rayos rosas e

índigos: era por la tarde. Me secuestraron a plena luz, pero de algún modo no creía que estuviéramos en el mismo día. Giré con lentitud, intentando contemplarlo todo, pero era demasiado. Mis ojos no podían ver ni la mitad de lo que había y mi cerebro no podía procesar lo que observaba.

—¿Qué diablos…?

Lyonette se rio de verdad, con un fuerte sonido que se cortó de golpe, como si tuviera miedo de que alguien pudiera escucharlo.

—Le decimos el Jardinero —dijo con indiferencia—. Le queda bien, ¿no?

—¿Qué es este lugar?

—Bienvenida al Jardín de las Mariposas.

Volteé para preguntarle qué significaba, pero entonces lo vi.

La chica da un largo sorbo al agua y hace que la botella ruede entre sus manos. Como no da señales de continuar, Victor golpetea la mesa con suavidad para atraer su atención.

—¿Qué viste? —Le recuerda dónde estaban.

Ella no responde.

Victor saca la foto del bolsillo de su chamarra y la coloca en la mesa entre ellos.

—¿Qué viste? —Reitera.

—Mire, hacerme preguntas cuya respuesta ya conoce no me anima a confiar en usted. —Relaja los hombros y se reclina en su asiento con un gesto de comodidad.

—Somos el FBI. Por lo general la gente considera que somos los buenos.

—¿Y Hitler creía que él era malo?

Eddison se recorre de golpe hasta el borde de su asiento.

—¿Estás comparando al FBI con Hitler?

—No, estoy abriendo una discusión sobre perspectiva y relatividad moral.

Cuando recibieron la llamada, Ramírez fue directamente al hospital y Victor vino aquí a coordinar la avalancha de información entrante. Eddison fue quien inspeccionó la propiedad. Él siempre reacciona con enojo al horror. Y con eso en mente, Victor dirige su mirada a la chica que está al otro lado de la mesa.

—¿Te dolió?

—Muchísimo —respondió, trazando las líneas en la foto.

—El hospital dice que tiene algunos años.

—Lo dice como si fuera una pregunta.

—Es una declaración que busca ser confirmada —aclara, y esta vez sí se le escapa una sonrisa.

Eddison lo mira con enojo.

—Los hospitales son muchas cosas, pero completamente incompetentes no suele ser una de ellas.

—¿Y qué diablos quiere decir eso? —pregunta Eddison.

—Que sí, tiene algunos años.

Victor reconoce los patrones tras años de preguntarles a sus hijas sobre sus boletas de calificaciones, exámenes y novios. Deja que el silencio se extienda por un minuto, luego dos, y observa que la chica voltea la foto con cuidado. Probablemente los loqueros del equipo tendrían mucho que decir sobre eso.

—¿A quién le pidió que lo hiciera?

—A la única persona en el mundo en la que podía confiar sin reservas.

—Un hombre con muchos talentos.

—Vic…

Sin quitar los ojos de la chica, Victor golpea la pata de la silla de su compañero, desconcertándolo. Su gesto recibe como recompensa algo que apenas sugiere una sonrisa. No es una sonrisa real, ni siquiera su fantasma, pero algo que se le parece.

La chica echa un vistazo bajo los bordes de la venda que envuelve sus dedos, colocada más como si fueran unos guantes que como mitones.

—Las agujas hacen un sonido espantoso, ¿no? Al menos cuando tú no las elegiste. Pero sí es una elección, porque hay una alternativa.

—La muerte —aventura Victor.

—Peor.

—¿Peor que la muerte?

Pero Eddison palidece y la chica lo nota; en lugar de burlarse, le ofrece un movimiento de cabeza solemne.

—Él lo sabe. Pero usted no ha estado ahí, ¿verdad? Leer al respecto no es lo mismo.

—¿Qué es peor que la muerte, Maya?

Ella se rasca con la uña una de las costras frescas en su dedo índice, arrancándola y provocando que unos puntos de sangre se extiendan por la gasa.

—Le sorprendería lo fácil que es conseguir herramientas para hacer tatuajes.

Cada noche de la primera semana había algo en mi cena que me volvía dócil. Lyonette se quedaba conmigo durante el día, pero las otras chicas —aparentemente había más que unas pocas— se mantenían alejadas. Era lo normal, según me dijo mi acompañante cuando lo comenté durante el almuerzo.

—Los lloriqueos las estresan —dijo con la boca llena de ensalada. Pese a todo lo que podría decirse del misterioso Jardinero, ofrecía excelentes comidas—. La mayoría prefiere mantener las distancias hasta que sepamos cómo se va a adaptar la chica.

—Excepto tú.

—Alguien tiene que hacerlo. Yo puedo soportar las lágrimas si tengo que hacerlo.

—Entonces debes de estar muy agradecida de que a mí no me hayas visto ninguna.

—Por cierto… —Lyonette pinchó una tira de pollo asado y giró su tenedor— ¿has llorado?

—¿Tendría caso hacerlo?

—O te voy a odiar o te voy a amar.

—Avísame, intentaré comportarme como corresponda.

Me ofreció una enorme sonrisa, mostrando todos los dientes.

—Mantén esa actitud, pero no la uses con él.

—¿Por qué quiere que duerma durante la noche?

—Medidas de seguridad. Después de todo, allí afuera hay un peñasco.

Eso hizo que me preguntara cuántas chicas se habrían aventado desde ahí antes de que él implementara esas medidas de seguridad. Intenté calcular la altura de esa monstruosidad artificial. ¿Siete, quizá nueve metros? ¿Era lo suficientemente alto como para que alguien muriera por el impacto?

Me había acostumbrado a despertar en ese cuarto vacío cuando las drogas perdían su efecto, con Lyonette sentada en un banquito junto a la cama. Pero al final de la primera semana desperté acostada boca abajo en una banca con un relleno duro y el olor astringente y denso del antiséptico en el aire. Era una habitación distinta, más grande, con paredes de metal en vez de cristal.

Y había alguien más en ella. Al principio no pude ver nada por el sueño artificial, que aún mantenía mis párpados pegados, pero podía sentir que había alguien más. Mantuve mi respiración pausada y tranquila, esforzándome por escuchar, hasta que una mano se posó sobre mi pantorrilla desnuda.

—Sé que estás despierta.

Era la voz, de tono medio y sofisticada, de un hombre, con un acento del Atlántico central. Una voz agradable. La mano acarició mi pierna, subió por mis nalgas y recorrió la curva de mi espalda. Conforme despertaba, la piel se me erizó pese a lo cálido del cuarto.

—Preferiría que te quedaras muy quieta; de otro modo, los dos tendremos que lamentarlo. —Cuando intenté girar en dirección a su voz, la mano se movió hacia la parte posterior de mi cabeza para que me quedara quieta—. Preferiría no tener que amarrarte para esto, arruina los trazos de mi trabajo. Si sientes que no puedes permanecer inmóvil, te daré algo que lo garantizará. Pero, te repito, preferiría no hacerlo. ¿Puedes quedarte quieta?

—¿Para? —pregunté casi en un susurro.

Entonces depositó un trozo de papel suave y brillante sobre mi mano.

Intenté abrir los ojos, pero los somníferos siempre hacían que se pegaran más de lo normal por la mañana.

—Si no va a comenzar *en este momento*, ¿puedo sentarme, por favor?

La mano acarició mi cabello y sus uñas rasparon ligeramente mi cabeza.

—Puedes —respondió con tono sorprendido, pero igualmente me ayudó a sentarme en la banca. Me tallé los ojos para retirar los cristales que se me habían

formado y miré la imagen que tenía en la mano, consciente de que la suya seguía acariciando mi cabello. Pensé en Lyonette, en las otras chicas que había visto de lejos, y no podía decir que me sorprendiera.

Me asqueaba, pero no me sorprendía.

Se paró detrás de mí y el aire que lo rodeaba estaba impregnado de una colonia con olor a especias. Sutil, probablemente cara. Tenía frente a mí el equipo completo de un tatuador, con las tintas acomodadas en una bandeja.

—Hoy no quedará el diseño completo.

—¿Por qué nos tatúa?

—Porque un jardín debe tener sus mariposas.

—¿Hay alguna posibilidad de que dejemos eso en una metáfora?

Se rio, y su risa se escuchó como un sonido fuerte y simple. Era un hombre que amaba reírse y no encontraba suficientes razones para hacerlo tanto como le gustaría, por eso le encantaba que surgiera una oportunidad. Con el tiempo aprendes cosas, y esa es una de las más grandes que aprendí sobre él. Quería más alegría en la vida de la que podía encontrar.

—Ahora entiendo por qué le caes bien a mi Lyonette. Eres un espíritu salvaje, como ella.

No tenía una respuesta para eso, nada que tuviera sentido.

Con cuidado enredó sus dedos en mi cabello, echándolo detrás de mis hombros, y tomó un cepillo. Lo pasó por todo mi pelo hasta que no quedó ni un solo nudo, e incluso siguió después de eso. A decir verdad, creo que lo disfrutaba tanto como otras cosas. Cepillar el cabello de otra persona es un placer tan simple. Al igual que el hecho de que se te permita hacerlo. Finalmente lo recogió en una coleta y la sostuvo con un elástico, luego lo anudó en un pesado chongo y lo fijó con una liga y con pasadores.

—Por favor, tiéndete boca abajo de nuevo.

Obedecí y, mientras se alejaba, alcancé a ver unos pantalones caquis y una camisa de vestir. Giró mi cabeza para que no lo mirara, con mi mejilla presionada sobre el cuero negro, y dejó que mis brazos reposaran a mis costados. No era muy cómodo, pero tampoco era terriblemente incómodo. Cuando me preparé para no saltar ni encogerme por el dolor, me dio una nalgada suave.

—Relájate —ordenó—. Si te tensas, dolerá más y tardará en sanar.

Respiré profundamente y obligué a mis músculos a distenderse. Abrí y cerré los puños, y cada vez que los abría soltaba un poco más de tensión de mi espalda. Sophia nos enseñó eso, especialmente para evitar que Whitney tuviera una de sus frecuentes crisis, y…

—¿Sophia? ¿Whitney? ¿Son unas de las chicas? —interrumpe Eddison.

—Sí, son chicas. Bueno, probablemente Sophia cuenta como mujer. —Da otro

trago y sus ojos evalúan cuánta agua queda en la botella—. De hecho, también Whitney, supongo. Así que son mujeres.

—¿Qué aspecto tienen? Podemos buscar sus nombres en…

—No son del Jardín. —Es difícil interpretar la mirada que la chica le lanza al agente más joven, pues al mismo tiempo es de lástima, diversión y burla—. Antes tenía una vida, ¿sabe? La vida no comenzó en el Jardín. Bueno, al menos no en ese jardín.

Victor voltea la foto, intentando calcular cuánto tiempo debió de necesitarse para hacer una cosa así. Tan grande, tan detallada.

—No se hizo todo en una vez —le dice ella, siguiendo la mirada del agente hasta el diseño—. Comenzó con la silueta. Luego estuvo agregando todos los colores y detalles durante dos semanas. Y cuando terminó, ahí estaba yo, tan solo otra de las Mariposas en su Jardín. Un dios que creaba su propio mundo pequeño.

—Cuéntanos sobre Sophia y Whitney —dice Victor, contento por dejar el tatuaje durante un rato. Sospecha lo que pasó cuando estuvo terminado, y está dispuesto a llamarse «cobarde» si eso significa no tener que escucharlo todavía.

—Yo vivía con ellas.

Eddison saca la Moleskine de su bolsillo.

—¿Dónde?

—En nuestro departamento.

—Tienes que…

Victor lo interrumpe.

—Cuéntanos sobre el departamento.

—Vic —protesta Eddison—, ¡no nos está dando nada!

—Lo hará —responde—. Cuando esté lista.

La chica los mira sin decir nada, pasándose la botella de una mano a otra como si fuera un disco de *hockey*.

—Cuéntanos sobre el departamento —repite Victor.

Ahí vivíamos ocho chicas, todas trabajábamos en el restaurante. Era un *loft* enorme de una sola habitación, con camas y baúles acomodados como en una barraca. Cada una de las camas tenía un tubo para colgar ropa a un lado, y barras con cortinas al otro y al pie de la cama. No era algo muy privado, pero era suficiente. En circunstancias normales, la renta hubiera sido una locura, pero era un vecindario de mierda y vivíamos tantas que podías conseguir el dinero de la renta en una o dos noches y pasar el resto del mes gastando lo que ganaras.

Algunas así lo hacían.

Éramos una mezcla extraña: estudiantes, marimachas y una prostituta retirada. Algunas querían la libertad para ser quienes quisieran, otras queríamos la libertad de que nadie nos molestara. Lo único que teníamos en común era que trabajábamos en el

restaurante y vivíamos juntas.

Y, la verdad, era algo así como el cielo.

Claro, a veces chocábamos: había discusiones, peleas y algo de mezquindad, pero la mayor parte del tiempo esas cosas se olvidaban bastante rápido. Siempre había alguien dispuesta a prestarte un vestido, unos zapatos o un libro. Teníamos trabajo, clases para las que las tomaban, pero además de eso teníamos dinero y una ciudad entera a nuestros pies. Incluso para mí, que crecí bajo una mínima supervisión, esa clase de libertad era maravillosa.

El refrigerador siempre estaba lleno de *bagels*, alcohol y agua embotellada, y siempre había condones y aspirinas en los cajones. A veces podías encontrar sobras de comida a domicilio en el refri, y cuando los de servicio social iban a visitar a Sophia para ver cómo iban sus avances, corríamos por víveres y escondíamos la bebida y los condones. Casi todo lo que comíamos era a domicilio. Como trabajábamos con comida todas las noches, por lo general evitábamos la cocina del departamento como se evita la peste.

Ah, y también estaba el borracho. Nunca supimos si realmente vivía en el edificio o no, pero por las tardes lo veíamos bebiendo en la calle y cada noche se quedaba inconsciente fuera de nuestra puerta. No en la puerta del edificio, sino en la de nuestro departamento. Además, era un maldito pervertido, así que cuando volvíamos y ya había oscurecido, lo cual sucedía casi cada noche, subíamos hasta la azotea y luego bajábamos un piso por las escaleras de emergencia para entrar por la ventana. Nuestro casero nos puso una cerradura especial ahí, porque a Sophia le daba lástima el borracho pervertido y no quería entregarlo a las autoridades. Dada su situación —eran una prostituta retirada y drogadicta en tratamiento que intentaba recuperar a sus hijas—, las demás no le insistimos.

Las chicas fueron mis primeras amigas. Supongo que había conocido a personas como ellas antes, pero esto fue diferente. Sabía mantenerme alejada de la gente y, por lo general, lo hacía. Pero trabajaba con estas chicas y, además, vivía con ellas, y simplemente era… diferente.

Estaba Sophia, que era como la madre de todas y que, cuando la conocí, se las había arreglado para estar completamente limpia de drogas durante un año, eso tras dos años de intentarlo y recaer. Tenía a las dos hijas más hermosas del mundo, que de hecho estaban juntas en el mismo hogar de acogida. Aún mejor, las personas que las cuidaban apoyaban totalmente la meta de Sophia de recuperarlas. Le permitían ir a ver a las niñas prácticamente cuando ella quería. Cuando las cosas se complicaban, cuando la adicción volvía a la carga, una de nosotras la metía en un taxi para ir a ver a sus hijas y recordarle por qué se estaba esforzando tanto.

Luego estaban Hope y su pequeña secuaz, Jessica. Hope era la que tenía ideas y hacía travesuras, y Jessica la seguía en todo lo que decía y hacía. Hope llenaba el departamento de risas y sexo, y si bien Jessica usaba esto último como un medio para sentirse mejor respecto a sí misma, al menos Hope le enseñaba cómo divertirse un

poco al hacerlo. Ellas eran las bebés, apenas tenían dieciséis y diecisiete años cuando yo llegué.

Amber también tenía diecisiete, pero a diferencia de las otras dos, ella tenía una especie de plan. Logró que la declararan emancipada para poder salirse del sistema de acogida, consiguió un certificado de estudios y tomaba clases en una universidad pública para conseguir su título universitario de preparación básica hasta que pudiera decidir en qué se licenciaría. Kathryn era un par de años más grande y nunca hablaba de cómo era su vida antes de llegar al departamento. Ni de ninguna otra cosa, la verdad. A veces la convencíamos de que saliera con nosotras a hacer algo, pero nunca hacía nada sola. Si alguien nos hubiera puesto a las ocho contra una pared y hubiera preguntado quién estaba huyendo de algo o de alguien, siempre habrían señalado a Kathryn. Pero no le preguntábamos. Una de las reglas básicas del departamento era que no nos presionábamos para conocer las historias personales. Todas teníamos un pasado.

De Whitney ya les hablé, la de las crisis ocasionales. Estaba estudiando Psicología, pero era jodidamente nerviosa. No en mal sentido, solo del tipo «no reacciono bien ante el estrés». Entre semestres era fantástica. Durante los semestres, todas nos turnábamos para calmar sus malditos nervios. Noémie también era estudiante y estaba en proceso de conseguir uno de los títulos más inútiles conocidos por la humanidad. En serio, creo que la única razón por la que iba a la universidad era por que tenía una beca y conseguir un título de Literatura le daba una excusa para leer mucho. Por suerte, era tan generosa como para compartir sus libros.

Noémie fue quien me habló sobre el departamento, en mi segunda semana en el restaurante. Era mi tercera semana en la ciudad y aún estaba viviendo en un hostal, llevaba todas mis posesiones al trabajo a diario. Estábamos en la pequeña sala de empleados quitándonos los uniformes. Yo dejaba el mío en el restaurante, porque, si me robaban las cosas mientras dormía, al menos podría seguir trabajando. Las demás se cambiaban ahí porque el uniforme —un vestido largo y tacones— no era la clase de ropa con la que caminarían de regreso a casa.

—Y, entonces…, eres muy confiable, ¿no? —dijo, sin preámbulos—. O sea, no molestas a los garroteros ni a las *hostess*, no te robas las cosas de nadie de la sala de empleados. Nunca hueles a drogas ni nada de eso.

—¿A qué viene esto? —Jalé mi brasier y atoré los ganchos detrás de mi espalda, reajustándome los senos para que se acomodaran. Vivir en un hostal te genera una cierta falta de pudor, que reforzaba la pequeña sala de empleados y la cantidad de chicas que tenían que cambiarse ahí.

—Rebekah dice que estás a un paso de vivir en la calle. Sabes que varias de nosotras vivimos juntas, ¿verdad? Pues tenemos una cama extra.

—Habla en serio —gritó Whitney, deshaciendo la trenza que recogía su cabello rojizo dorado—. Hay una cama.

—Y un baúl —dijo Hope entre risitas.

—Pero lo hemos estado hablando y nos peguntábamos si quisieras mudarte con nosotras. La renta sería de trescientos al mes, incluye servicios.

No había estado lo suficiente en la ciudad, pero hasta yo sabía que eso era imposible.

—¿Trescientos? ¿Qué diablos consigues con trescientos?

—La renta total es de dos mil —aclaró Sophia—. La renta compartida es de trescientos. El extra es lo que cubre los servicios.

Sonaba bien, salvo que…

—¿Cuántas viven ahí?

—Contigo seríamos ocho.

Lo cual no era tan diferente de vivir en el hostal, la verdad.

—¿Puedo quedarme esta noche con ustedes para verlo y decidir mañana?

—¡Suena genial! —Hope me pasó una falda de mezclilla que se veía apenas lo suficientemente larga para cubrirme los calzones.

—No es mía.

—Ya sé, pero creo que se te vería súperlinda.

Ya había metido una pierna en mis pantalones extragrandes de pana, así que en vez de discutir, me puse la falda y decidí ser extremadamente cuidadosa al agacharme. Hope era muy voluptuosa, casi un poco rellena, así que pude bajarme la falda hasta las caderas para darme un poco más de largo.

Los ojos del dueño se iluminaron cuando vio que me iba con las chicas.

—Ahora vives con ellas, ¿sí? ¿Estás segura? —preguntó con un marcado acento italiano.

—Ya no hay clientes, Guilian.

Dejó el acento y me dio una palmada en el hombro.

—Son buenas chicas. Me alegra que estés con ellas.

Su opinión contó mucho para convencerme aun antes de ver el departamento. Mi primera impresión de Guilian había sido que era «duro pero justo», y demostró que tenía razón cuando le ofreció una semana de prueba a una chica que hizo la entrevista con un morral y una maleta junto a ella. Fingía haber nacido en Italia, porque eso hacía que por alguna razón los clientes pensaran que la comida era mejor, pero era un pelirrojo alto y fornido, con cabello delgado y un bigote que se había comido su labio superior y ahora buscaba devorar el resto de su cara. Creía que era mejor juzgar a una persona por su trabajo que por sus palabras, y medía a la gente de acuerdo con eso. Al final de mi primera semana, simplemente me entregó el horario de la siguiente con mi nombre escrito en él.

Eran las tres de la mañana cuando nos fuimos. Memoricé las calles y los trenes, y no estaba tan nerviosa como debía cuando entramos a su vecindario. Con los pies adoloridos por las horas en tacones, subimos fatigosamente por las muchas escaleras hasta el último piso y luego subimos al techo, donde zigzagueamos entre muebles de terraza, asadores cubiertos y lo que parecía ser un floreciente jardín de marihuana en

una esquina, para luego bajar un tramo de las escaleras de emergencia hasta un gran conjunto de ventanas. Sophia metió la llave en la cerradura mientras Hope me contaba entre risitas sobre el borracho pervertido del pasillo.

En el hostal teníamos algunos de esos.

Era un espacio enorme, amplio y limpio, con cuatro camas alineadas en cada pared y un grupo de sillones reunidos en un cuadrado al centro. La cocina tenía una isla que la separaba del resto del lugar, y una puerta daba al baño, donde había una enorme ducha abierta con diez regaderas de teléfono apuntando en diferentes direcciones.

—No hacemos preguntas sobre la gente que vivió aquí antes —dijo Noémie con delicadeza cuando me lo mostró—. Pero solo son regaderas, no es una orgía.

—¿Usan esto como se debe?

—Claro que no, jugamos con ellas todo el tiempo. Es parte de la diversión.

Sonreí sin querer. Era divertido trabajar con las chicas; siempre estaban haciendo chistes, lanzándose insultos y halagos en la cocina, quejándose de clientes molestos o coqueteando con los cocineros y los lavatrastes. Había sonreído más en esas dos semanas de lo que recordaba haberlo hecho en toda mi vida. Todas dejaron sus bolsas y mochilas en sus baúles, y varias se pusieron una pijama o algo parecido, pero aún faltaba mucho para dormir. Whitney tomó su libro de Psicología, mientras Amber sacaba veinte caballitos y los llenaba de tequila. Me acerqué para tomar uno, pero Noémie me detuvo dándome un vaso de vodka.

—El tequila es para estudiar.

Luego me senté en uno de los sillones y observé a Kathryn leer el examen de práctica de Amber; había un caballito por cada pregunta. Si Amber se equivocaba al responder la pregunta, tenía que tomarse el *shot*. Si acertaba, podía hacer que alguien más se lo tomara. Me pasó el primero a mí y yo intenté no vomitar por la mezcla de tequila y vodka, que sabía a mierda.

Seguíamos despiertas cuando amaneció, y Noémie, Amber y Whitney se fueron a sus clases con un paso cansado mientras el resto al fin caíamos rendidas. Cuando despertamos a primera hora de la tarde, firmé el acuerdo que tenían en lugar de contrato y pagué mi primer mes con las propinas de las dos noches anteriores. Y así como así, ya no estaba sin casa.

—¿Dijiste que esa era tu tercera semana en la ciudad? —pregunta Victor, repasando una lista de ciudades a las que puede referirse. La voz de la chica no tiene grandes marcadores dialécticos, no hay regionalismos que puedan ayudar a identificar su origen. El agente está seguro de que es a propósito.

—Así es.

—¿Dónde estabas antes?

Ella se termina el agua en vez de responder. Tras poner cuidadosamente la botella

vacía en una esquina de la mesa, se recarga en la silla y despacio recorre sus brazos de arriba a abajo con las manos vendadas.

Victor se levanta y se quita el saco, rodeando la mesa para ponerlo sobre los hombros de ella. La chica se tensa cuando el agente se acerca, pero él se cuida de no rozarla. Cuando vuelve a su lado de la mesa, ella se relaja lo suficiente para meter los brazos en la prenda. Le queda grande, se arruga en algunas partes y se abulta en otras, pero sus manos salen de las mangas con comodidad.

Victor lo decide: Nueva York. Departamentos estilo bodega, restaurantes que permanecen abiertos hasta muy tarde. Además, la chica mencionó trenes en lugar de metro o subterráneo; eso significa algo, ¿verdad? Toma una nota mental de contactar a la oficina de Nueva York para ver si pueden encontrar algo sobre ella.

—¿Ibas a la escuela?

—No. Solo trabajaba.

Un ligero golpe en la ventana hace que Eddison salga de la habitación. La chica lo ve irse con cierta satisfacción, luego vuelve a Victor con una expresión neutral.

—¿Por qué decidiste ir a la ciudad? —le pregunta él—. No parece que conocieras a nadie ahí, ni que tuvieras un plan para cuando llegaras. ¿Por qué fuiste?

—¿Por qué no? Es algo nuevo, ¿no? Algo diferente.

—¿Algo alejado?

Ella arquea una ceja.

—¿Cómo te llamas?

—El Jardinero me llamaba Maya.

—Pero antes ese no era tu nombre.

—A veces es más fácil olvidar, ¿sabe? —Juguetea con el borde de las mangas, enrollándolas y desenrollándolas con movimientos rápidos. Probablemente no era muy diferente de envolver cubiertos cuando le tocaba hacerlo—. Estás ahí, sin posibilidad de escapar, sin forma de volver a la vida que conoces y, entonces, ¿para qué aferrarte? ¿Por qué causarte más dolor recordando lo que ya no tendrás?

—¿Estás diciendo que lo olvidaste?

—Estoy diciendo que él me llamaba Maya.

Hasta que mi tatuaje quedó terminado estuve separada de las otras chicas casi por completo, con excepción de Lyonette, quien seguía yendo a diario a hablar conmigo y a ponerme ungüentos en mi espalda adolorida. Me dejó estudiar su tatuaje sin dar señales de dolor o de molestia. Ya era parte de ella, como respirar, como la gracia inconsciente de sus movimientos. El nivel de detalle era impresionante, y me pregunté cuánto dolería esa complejidad cuando llegara el momento de refrescar el brillo de la tinta. Pero algo evitaba que preguntara. Un buen tatuaje tarda años en despintarse lo suficiente para que sea necesario retocarlo; no quería pensar en lo que significaría estar en el Jardín todo ese tiempo.

O peor, lo que podría significar que no estuviera ahí.

Las drogas seguían apareciendo en mi desayuno, el cual Lyonette me llevaba en una bandeja junto al suyo. Cada dos días no me despertaba en la cama, sino en la dura banca de cuero, con el Jardinero pasando sus manos sobre las áreas previamente entintadas para revisar cómo iban sanando y qué tan sensibles estaban. No me permitía verlo y, a diferencia de mi cuarto, con sus cristales semirreflectantes por todas partes, las paredes de metal opaco no me dejaban ni la esperanza de echar un vistazo.

Él canturreaba mientras trabajaba; era un sonido encantador, de alguna manera, pero chocaba terriblemente con el zumbido mecánico de las agujas. Principalmente eran clásicos: Elvis, Sinatra, Martin, Crosby, hasta un poco de las Andrew Sisters. Me provocaba un dolor extraño quedarme ahí, tendida bajo las agujas y permitiéndole que grabara en mi piel que yo le pertenecía. Pero no veía muchas opciones. Lyonette dijo que ella se quedaba con cada chica hasta que todo estuviera terminado. Aún no podía explorar el Jardín, no podía buscar una salida. Tampoco estaba segura de si Lyonette sabía que no había manera de escapar o si sencillamente ya no le importaba. Así que lo dejé ponerme esas malditas alas. Nunca pregunté qué pasaría si me resistía, si me negaba.

Casi lo hice, pero Lyonette palideció, así que cambié la pregunta.

Pensaba que tenía que ver con el hecho de que nunca me llevaba por los pasillos, solo hacia el Jardín, por la caverna y detrás de la cascada. Fuera lo que fuera lo que no quería que viera —o que no me quería enseñar, que no es para nada lo mismo—, podía esperar. Era cobarde, supongo. O pragmática.

Estaba por acabar mi tercera semana en el Jardín cuando terminó.

Durante toda esa mañana, el Jardinero había estado más intenso, más concentrado, había tomado descansos más cortos y menos frecuentes. El primer día tatuó a lo largo de mi columna y trazó los bordes de las alas, las líneas y los bloques de los diseños más grandes. Después de eso, comenzó en las puntas de las alas y fue bajando hacia mi columna, intercalando entre los cuatro cuadrantes de mi espalda para evitar que un área quedara demasiado lastimada como para seguir trabajando en ella. Si algo era, era meticuloso.

Luego el canturreo se detuvo y su respiración se volvió entrecortada y rápida mientras limpiaba los restos de sangre y el exceso de tinta. Le temblaban las manos ante su trabajo, cuando antes se habían mantenido perfectamente firmes. Después llegó un ungüento frío y resbaloso que extendió con cuidado en cada centímetro de mi piel.

—Eres exquisita —dijo con la voz rasposa—. Absolutamente impecable. Una gran adición a mi jardín. Y ahora…, ahora debes tener un nombre.

Con sus pulgares acarició mi columna vertebral, donde comenzó el tatuaje y que, por tanto, era la parte más sana, y la recorrió hasta mi nuca, donde se enredaron en mi cabello recogido. Aún tenía algo del grasoso ungüento en sus dedos, que dejaron mi

cabello apelmazado y denso a su paso. Sin aviso, me bajó de la banca de un tirón hasta que mis pies quedaron sobre el piso, con la mitad superior de mi cuerpo aún apoyada sobre el cuero. Podía oír que luchaba con su cinturón y el cierre, y entonces cerré los ojos con tanta fuerza como pude.

—Maya —bramó pasando sus manos por mis costados—. Ahora eres Maya. Mía.

Un fuerte golpe en la puerta evita que la chica describa lo que pasó después, y se ve tan sorprendida como agradecida.

Victor maldice entre dientes y se levanta repentinamente de su silla para ir a la puerta y abrirla de golpe. Eddison le hace una seña para que salga al pasillo.

—¿Qué diablos te pasa? —pregunta con rabia—. Al fin estaba hablando.

—El equipo que revisó la oficina del sospechoso encontró algo. —Sostiene una gran bolsa de evidencia llena de licencias de manejo y credenciales de identificación —. Parece que las conservó todas.

—Al menos las de todas las que las tenían. —Toma la bolsa, son muchas credenciales, y la sacude un poco para ver más allá de la primera capa de nombres y fotografías—. ¿Encontraste la suya?

Eddison le pasa otra bolsa, una pequeña que solo tiene un pedazo de plástico. Es una identificación de Nueva York, y él la reconoce de inmediato. Un poco más joven, el rostro de la chica se ve más suave, aunque su expresión no.

—Inara Morrissey —lee, pero Eddison niega con la cabeza.

—Escanearon el resto y están comenzando a revisarlas, pero metieron esta primero. Inara Morrissey no existía hasta hace cuatro años. El número de seguro social concuerda con el de una bebé de dos años que murió en los años setenta. La oficina de Nueva York enviará a alguien al último lugar de empleo, un restaurante llamado Evening Star. La dirección en la identificación es un edificio en ruinas, pero llamamos al restaurante y conseguimos la dirección del departamento. El agente con el que hablé soltó un silbido cuando me la dio; aparentemente es un barrio complicado.

—Ella nos lo dijo —señala Victor con desinterés.

—Sí, es tan confiable y comunicativa.

El agente no responde enseguida, absorto en estudiar la identificación. Cree a su compañero cuando dice que es falsa, pero es una gran falsificación, carajo. Tiene que admitir que lo habría engañado en circunstancias normales.

—¿Cuándo dejó de ir al trabajo?

—Hace dos años, según su jefe. Los impuestos lo comprueban.

—Dos años… —Le entrega la bolsa más grande y dobla la otra alrededor de la credencial solitaria hasta que puede metérsela en el bolsillo trasero—. Haz que las revisen tan pronto como sea posible; pide prestados a algunos técnicos de otros equipos si es necesario. Identificar a las chicas del hospital tiene que ser prioridad.

Luego consíguenos un par de audífonos para que los técnicos puedan pasarnos las novedades de la oficina de Nueva York.

—Entendido. —Eddison mira la puerta cerrada, con el ceño fruncido—. ¿En verdad estaba hablando?

—Hablar no ha sido realmente su problema —responde Victor entre risas—. Cásate, Eddison, o mejor aún: ten hijas adolescentes. Esta chica es más buena que la mayoría, pero los patrones son los mismos. Solo hay que analizar la información hasta encontrar algo significativo. Escuchar lo que no te están diciendo.

—Hay una razón por la que prefiero hablar con los sospechosos que con las víctimas. —Se va hacia la sala de operaciones, sin esperar una respuesta.

Ya que tuvo que salir de la habitación, lo mejor es aprovechar el descanso. Victor camina enérgicamente por el pasillo y va hacia la habitación principal del equipo, avanzando entre escritorios y cubículos, hasta la esquina que hace las veces de cocina y sala de descanso. Saca la cafetera de su base y la olisquea de manera sensata. No está caliente, pero tampoco huele rancio. Lo sirve en dos tazas que parecen limpias y las mete al microondas. Mientras se calientan, Victor mira en el refrigerador buscando algo que parezca fresco.

Un pastel de cumpleaños no es exactamente lo que está buscando, pero servirá, y pronto tiene unos platos de papel bien servidos con dos rebanadas gruesas y varios paquetes de azúcar y crema. Mete los dedos por las asas de los cafés y vuelve al cuarto técnico.

Eddison hace un gesto de molestia, pero sostiene los platos para que Victor pueda ponerse el audífono. Ni siquiera intenta ocultar el cable; la chica es demasiado inteligente para eso. Cuando lo tiene puesto, toma los platos y entra a la sala de interrogatorios.

La chica se sorprende con el pastel, y Victor esboza sutilmente una sonrisa mientras le pasa uno de los platos y desliza una taza sobre la superficie de acero inoxidable.

—Me imaginé que tendrías hambre. No sé cómo te gusta el café.

—No me gusta, pero gracias.

Le da un trago al café negro y hace una mueca, pero se lo pasa y da otro trago. Victor espera hasta que la boca de la chica está llena con una rosa de betún rojo.

—Cuéntame sobre el Evening Star, Inara.

Ella no se desconcierta, no pone ni un gesto de sorpresa, pero hace una ligerísima pausa, un momento de inmovilidad absoluta que se va tan rápido que Victor no lo hubiera notado de no haberlo estado buscando. La chica se pasa el bocado y lame el betún de sus labios, dejando manchones de un rojo brillante en ellos.

—Es un restaurante, pero eso ya lo sabe.

Victor saca la identificación de su bolsillo y la pone en la mesa junto a la bolsa. Ella da golpecitos con la punta de un dedo contra la credencial, tapando su rostro intermitentemente.

—¿Las guardó? —pregunta sin poder creerlo—. Parece algo…

—¿Tonto?

—Claro. —Su rostro se contrae en un gesto triste y pensativo y extiende los dedos para ocultar la credencial plástica—. ¿Todas?

—Hasta donde sabemos.

La chica hace girar el café dentro de la taza, contemplando el pequeño torbellino.

—Pero Inara es tan falsa como Maya, ¿verdad? —pregunta él con amabilidad—. Tu nombre, tu edad, nada de eso es real.

—Es lo suficientemente real —lo corrige con suavidad—. Es tan real como necesita serlo.

—Lo suficiente para conseguir un trabajo y un lugar donde vivir. Pero ¿qué hubo antes?

Una de las cosas buenas de Nueva York era que nadie hacía preguntas nunca. Es uno de esos lugares a los que va la gente, ¿sabe? Es un sueño, es una meta, es un lugar en el que puedes desaparecer entre millones de personas que están haciendo lo mismo. A nadie le importa de dónde vienes o por qué te fuiste, pues están demasiado concentrados en sí mismos y en lo que quieren y adónde van. Nueva York tiene mucha historia, pero todos los que están ahí solo quieren saber sobre el futuro. Aunque seas de la ciudad de Nueva York, si te mudas, puede que nunca te encuentren.

Tomé el camión a Nueva York con todo lo que tenía en un morral y una maleta. Encontré un comedor para indigentes en el que no les importaba que durmiera en la clínica de arriba siempre y cuando ayudara a servir la comida, y uno de los voluntarios me contó sobre un tipo que acababa de hacerle unos documentos para su esposa, que era una inmigrante de Venezuela. Llamé al número que me dio y al día siguiente ya estaba en la biblioteca, sentada bajo la estatua de un león, esperando a que un completo desconocido se me acercara.

No me inspiró mucha confianza cuando por fin apareció, una hora y media después de lo que habíamos acordado. Era de estatura promedio y delgado; su ropa estaba llena como de sal y otras manchas que no quise identificar. Su cabello lacio estaba en proceso de enredarse en rastas y sorbía con la nariz constantemente, mientras sus ojos veían hacia todos lados antes de levantar una manga para frotarla contra su nariz rojo cereza. Quizá era un genio de la falsificación, pero no era difícil adivinar en qué gastaba su dinero.

No me preguntó mi nombre, más bien, solo me preguntó el nombre que quería. Fecha de nacimiento, dirección, licencia o identificación, si quería ser donante de órganos. Mientras hablábamos, caminamos por la biblioteca como una excusa para estar en silencio y, cuando llegamos a un cartelón que tenía una franja blanca, me paró frente a ella y me tomó una fotografía. Me había arreglado mucho antes de ir a

la biblioteca a verlo, incluso compré algo de maquillaje para estar segura de que podía aparentar ser alguien de diecinueve. Pero la verdad es que todo está en los ojos. Si has visto lo suficiente, simplemente te ves mayor, sin importar cómo luzca el resto de tu cara.

Me dijo que lo viera esa tarde en cierto puesto de hot dogs y tendría lo que yo necesitaba. Cuando nos reencontramos —de nuevo llegó tarde— me entregó un sobre. Uno muy pequeño, a decir verdad, pero era suficiente para cambiar una vida. Me dijo que serían mil dólares, pero que lo bajaría a quinientos si me acostaba con él.

Le pagué el precio completo.

Se alejó en una dirección y yo en otra, y cuando llegué a la parte trasera del hostal donde planeaba pasar la noche —a buena distancia del comedor para indigentes y de alguien que pudiera recordar a una chica a la que le habló sobre documentos ilegales —, abrí el sobre y vi por primera vez a Inara Morrissey.

—¿Por qué no querías que te encontraran? —pregunta Victor mientras usa una pluma para mezclar la crema en el café.

—No me preocupaba que me encontraran; para que te encuentren, alguien tiene que estar buscándote.

—¿Por qué no estaba buscándote nadie?

—Extraño Nueva York. Allá nadie hace este tipo de preguntas.

La estática cruje en el oído del agente cuando uno de los técnicos abre la línea.

—Nueva York dice que consiguió su certificado de estudios hace tres años. Pasó con honores, pero nunca se registró para hacer el examen de admisión a la universidad y tampoco pidió que sus calificaciones fueran entregadas a ninguna escuela ni a ningún empleador.

—¿Te saliste de la preparatoria? —pregunta—. ¿O conseguiste tu certificado para no tener que sacar un título?

—Ahora que tiene un nombre es mucho más fácil investigar sobre mi vida, ¿verdad? —La chica se termina el pastel y pone el tenedor de plástico en un ángulo perfecto, atravesando el plato, con las puntas hacia abajo. El papel cruje cuando abre uno de los sobres de azúcar y lo vacía en un montón sobre el plato. Lamiéndose el único dedo que no está cubierto por gasas y cinta, la presiona contra el azúcar y se la lleva a la boca—. Pero eso solo le da información sobre Nueva York.

—Lo sé, por eso necesito que me cuentes lo que pasó antes.

—Me gustaba ser Inara.

—Pero no lo eres —comenta él con amabilidad, y la ira destella en los ojos de la chica y desaparece tan rápido como llega su semisonrisa o su sorpresa, pero de cualquier manera estuvo ahí.

—Entonces, ¿cuando llama a una rosa por otro nombre ya no es una rosa?

—Eso es lenguaje, no identidad. No eres un nombre, sino una historia, y yo

necesito conocer la tuya.

—¿Por qué? Mi historia no le hablará del Jardinero, ¿y no es eso de lo que se trata en realidad? ¿Del Jardinero y su Jardín? ¿De todas sus Mariposas?

—Y si él sobrevive para ir a juicio, necesitamos darle al jurado unos testigos creíbles. Una joven que ni siquiera dice la verdad respecto a su nombre no sirve de mucho.

—Es solo un nombre.

—No si es el tuyo.

La no-exactamente-sonrisa se posa en sus labios por un instante.

—Bliss decía eso.

—¿Bliss?

Como siempre, Lyonette estaba afuera del cuarto de tatuajes y desvió la mirada amablemente hasta que yo pude ponerme el ajustado vestido negro que se había convertido en mi única pieza de ropa.

—Cierra los ojos —me pidió—. Vamos por pasos.

Había mantenido los ojos cerrados durante tanto tiempo en esa habitación que la idea de estar ciega de nuevo por voluntad propia hizo que se me enchinara la piel. Pero Lyonette había sido buena conmigo hasta ese momento, y claramente había hecho eso con otras chicas. Tomé la decisión de confiar en ella un poco más. Una vez que cerré los ojos, ella tomó mi mano y me llevó por el pasillo en dirección opuesta a la que tomábamos normalmente. Era un pasillo largo y al final doblamos a la izquierda. Tenía mi mano derecha contra las paredes de cristal y mi brazo caía torpemente cada vez que pasábamos por las puertas abiertas.

Luego me condujo a través de una de ellas y me colocó donde me quería, poniendo sus manos en la parte superior de mis brazos con suavidad. Sentí que dio un paso atrás.

—Abre los ojos.

Estaba parada frente a mí, a un lado de una habitación que era casi idéntica a la mía. Esta tenía unos cuantos detalles personales: criaturas de origami sobre una repisa que había encima de la cama, sábanas, cobijas, almohadas y unas cortinas color calabaza que escondían el escusado, el lavabo y la regadera. El borde de un libro sobresalía bajo la almohada más grande y unos cajones recorrían el espacio que había debajo de la cama.

—¿Qué nombre te dio?

—Maya. —Contuve el temblor que me provocó decirlo en voz alta por primera vez, recordar cómo él lo repetía una y otra vez mientras…

—Maya —repitió Lyonette, dándome otro sonido al cual aferrarme—. Mírate, Maya.

Levantó un espejo, posicionándolo para que pudiera ver otro espejo que estaba

detrás de mí. Varias partes de mi espalda aún estaban enrojecidas, irritadas e hinchadas alrededor de la tinta fresca, la cual sabía que se veía más oscura ahora que cuando las costras se cayeran. Eran visibles unas huellas de dedos en mis costados, donde la tela se abría, pero no había nada que cubriera el diseño. Era feo y terrible.

Y encantador.

Las alas superiores eran de un tono café dorado, aleonadas, como el cabello y los ojos de Lyonette, salpicadas con toques de negro, blanco y bronce oscuro. Las inferiores eran de color rosa y púrpura, y también las cruzaban patrones en blanco y negro. El detalle era impresionante, las ligeras variaciones de color daban la impresión de escamas individuales. Los colores eran vivos, incluso saturados, y cubrían casi toda mi espalda, desde las puntas de mis hombros hasta un poco más allá de la curva de mis caderas. Las alas eran altas y estrechas, los bordes exteriores se doblaban apenas sobre mis costados.

La destreza no podía negarse. Fuera lo que fuera, el Jardinero era talentoso.

Odiaba ese tatuaje, pero *era* adorable.

Una cabeza se asomó por la puerta, seguida rápidamente por el resto del cuerpo de una jovencita diminuta. No medía más de uno cincuenta con la espalda bien erguida, pero al ver esas curvas nadie pensaría que era una niña. Su piel era blanca e impecable como la nieve y tenía enormes ojos azul violeta, enmarcados por una vorágine de apretados rizos negros recogida al azar. Era un conjunto de impresionantes contrastes, con una nariz de botón más adorable que hermosa, pero como todas las chicas a las que había visto de reojo en el Jardín, era como mínimo deslumbrante.

La belleza pierde su sentido cuando te rodea en exceso.

—Así que esta es la chica nueva. —Se tumbó en la cama, abrazando una pequeña almohada contra su pecho—. ¿Cómo te llamó el bastardo?

—Podría escucharte —la regañó Lyonette, pero la chica simplemente se encogió de hombros en la cama.

—Que me escuche. Nunca nos ha pedido que correspondamos su amor. Entonces, ¿cómo te llamó?

—Maya —dije al mismo tiempo que Lyonette, y escuchar la palabra se volvió un poco menos difícil. Me pregunté si seguiría así, si con el tiempo el nombre ya no dolería en absoluto o si sería una pequeña esquirla que me lastimaría por siempre, como la punta de una astilla que no puedes alcanzar con pinzas.

—Ah, no está tan mal. A mí el cabrón me nombró Bliss. —Hizo un gesto de hastío y resopló—. ¡Bliss! Como bendición en inglés. ¿Parezco bendecida? Ah, veamos. —Hizo una señal con sus dedos para que girara, y en ese momento me recordó un poco a Hope. Con eso en mente, me di la vuelta con lentitud para mostrarle mi espalda—. No está tan mal. Al menos los colores te van bien. Tendremos que buscar de qué tipo es.

—Es una Western Pine Elfin —afirmó Lyonette con un suspiro. Se encogió de

hombros ante mi mirada de soslayo—. Es algo en lo cual entretenerse. Quizá lo hace un poco menos horrible. Yo soy una Mariposa Cobre.

—Yo soy una Mariposa Bufón —agregó Bliss—. Es bastante linda. Horrible, claro, pero no es como que tenga que mirarla. Pero ¿lo del nombre? Podría llamarnos A, B o Tres, y no importaría. Responde al nombre, pero no finjas que es tuyo. Es menos confuso así.

—¿*Menos* confuso?

—¡Pues claro! Recuerda quién eres y lo demás es tan solo interpretar un personaje. Si comienzas a pensar que esa eres tú, empieza la crisis de identidad. Y casi siempre las crisis de identidad llevan a un colapso nervioso, y un colapso aquí lleva a…

—Bliss.

—¿Qué? Parece que puede soportarlo. Aún no está llorando, y todas sabemos lo que él hace cuando termina el tatuaje.

Era como Hope, pero mucho más inteligente.

—Entonces, ¿a qué te lleva un colapso nervioso?

—Revisa los pasillos, pero no lo hagas después de comer.

—Acababas de recorrer los pasillos —le recuerda Victor.

—Con los ojos cerrados.

—Y, entonces, ¿qué había en ellos?

En lugar de responder, la chica revuelve en su taza lo que queda del café, echándole a Victor una mirada que sugiere que ya debería saberlo.

La estática cruje de nuevo en el oído del agente.

—Ramírez acaba de llamar del hospital —dice Eddison—. Está enviando fotos de las chicas que los doctores esperan que se salven. Los de Personas Perdidas tuvieron un poco de suerte. Entre ellas y las que están frescas en la morgue han identificado casi a la mitad. Y tenemos un problema.

—¿Qué tipo de problema?

La chica lo mira con intensidad.

—Una de las chicas a las que identificaron tiene familiares importantes. Aún se hace llamar Ravenna, pero sus huellas digitales coincidieron con las de Patrice Kingsley.

—¿Te refieres a la hija perdida de la senadora Kingsley?

Inara se reacomoda en su silla con una expresión claramente divertida. Victor no sabe qué encuentra de gracioso en eso que promete ser una complicación infernal.

—¿La senadora ya fue informada? —pregunta.

—Aún no —responde Eddison—. Ramírez quería avisarnos antes. La senadora Kingsley está desesperada por encontrar a su hija, Vic; no hay ni una maldita posibilidad de que no se meta en la investigación.

Y cuando eso pase, cualquier privacidad que pudieran ofrecerles a estas chicas estará perdida. Sus rostros estarán en todas las cadenas de noticias de aquí a la Costa Este. E Inara… Victor se talla los ojos con cansancio. Si la senadora se entera de que tienen la más mínima sospecha sobre esta jovencita excesivamente reservada, no descansará hasta que le levanten cargos.

—Pídele a Ramírez que lo retrase lo más que pueda —dice finalmente—. Necesitamos tiempo.

—Enterado.

—Recuérdame cuánto tiempo ha estado desaparecida.

—Cuatro años y medio.

—*¿Cuatro años y medio?*

—Ravenna —murmura Inara, y Victor la observa fijamente—. Nadie olvida nunca cuánto tiempo ha pasado ahí.

—¿Por qué no?

—Eso cambia las cosas, ¿verdad? Que una senadora esté involucrada.

—También cambia las cosas para ti.

—Pues claro. ¿Cómo no iba a hacerlo?

Con incomodidad, Victor se da cuenta de que ella lo sabe. Quizá no conoce los detalles, pero sabe que sospechan que ella estuvo involucrada de algún modo. Él sopesa el gesto de diversión en los ojos de la chica, la curvatura cínica de su boca. Está extrañamente cómoda con esa nueva información.

Es momento de cambiar de tema, antes de que Victor pierda el control de la conversación.

—Dijiste que las chicas del departamento fueron tus primeras amigas.

Ella se mueve un poco en su silla.

—Así es —responde con recelo.

—¿Por qué?

—Porque antes no tenía ninguna.

—Inara.

Ella responde a ese tono de voz de la misma forma en que lo hacen las hijas de Victor: de manera instintiva, con un poco de pesar cuando se da cuenta de ello demasiado tarde y ligeramente malhumorada.

—Es bueno en esto. ¿Tiene hijos?

—Tres niñas.

—Y aun así decidió trabajar con niños problemáticos.

—Intentando rescatar a los niños problemáticos —corrige él—. Intentando obtener justicia para los niños problemáticos.

—¿De verdad cree que a ellos les importa la justicia?

—¿Tú no?

—Nunca ha sido así, no. En el mejor de los casos, la justicia es una cosa fallida y no arregla nada.

—¿Dirías eso si hubieras tenido justicia cuando eras niña?

Su no-exactamente-una-sonrisa es amarga y desaparece demasiado pronto.

—¿Y para qué habría necesitado justicia?

—He trabajado en esto toda mi vida, ¿y crees que no reconozco a una niña problemática cuando la tengo frente a mí?

Ella inclina la cabeza para concederle la razón; luego se muerde el labio y hace un gesto de dolor.

—No es totalmente exacto. Digamos que fui una niña en la sombra, más ignorada que problemática. Soy el oso de peluche que se llena de polvo bajo la cama, no el soldado con una sola pierna.

Victor sonríe ligeramente y le da un trago a su café, que se enfría con rapidez. Ella vuelve a dar rodeos. Por más desconcertante que lo encuentre Eddison, Victor está en terreno conocido.

—¿En qué sentido?

A veces ves una boda y te das cuenta con cierta resignación de que el hijo que nazca de ese matrimonio terminará jodido inevitablemente y quedará arruinado. Es un hecho, no tanto un presentimiento, como la triste aceptación de que esas dos personas no deberían reproducirse, pero sin duda lo harán.

Como mis padres.

Mi madre tenía veintidós cuando se casó con mi padre; él era su tercer esposo. El primero lo tuvo a los diecisiete años, cuando se casó con el hermano del que entonces era el esposo de su madre. Él murió menos de un año después por un ataque al corazón mientras tenían sexo. La dejó bastante bien acomodada, así que unos meses después se casó con un hombre apenas quince años mayor que ella y, cuando se divorció de él, un año después, le fue aún mejor. Luego llegó mi papá, y si no la hubiera embarazado, dudo que la boda hubiera existido. Él era guapo, pero no era rico ni tenía futuro y era apenas dos años mayor, lo que para mi madre representaba una infranqueable serie de impedimentos.

Eso se lo podemos agradecer a su madre, quien tuvo nueve esposos antes de que una menopausia temprana le hiciera tomar la decisión de que estaba demasiado seca como para volver a casarse. Y absolutamente todos murieron, cada uno más rápido que el anterior. Sin trampas. Simplemente… murieron. La mayoría de ellos eran viejísimos, claro, y todos la dejaron con una buena suma de dinero, así que a mi mamá la criaron con ciertas expectativas que su tercer esposo no cumplía.

En defensa de mis padres puedo decir esto: lo intentaron. Durante los primeros años vivimos cerca de la familia de mi papá, con primos, tíos y tías, y casi puedo recordarme jugando con otros niños. Luego nos mudamos y los lazos se cortaron por ambos lados; quedamos solo yo, mis padres y sus muchas aventuras. Siempre estaban visitando a sus amantes más recientes, o metidos en su cuarto, así que me convertí en

una chica bastante autosuficiente. Aprendí a usar el microondas, memoricé los horarios del camión para poder ir a la tienda, ahorraba para los días de la semana en que ninguno de mis padres tendría dinero en sus carteras y así poder comprar cosas en el mercado.

Y usted supondrá que eso parecería extraño, ¿no? Pero si alguien preguntaba en la tienda —una mujer preocupada o un cajero—, yo decía que mi mamá estaba en el carro con el bebé y el aire acondicionado prendido. Incluso en el invierno me lo creían, sonreían y me decían que era una hija y hermana maravillosa.

Así que no solo era autosuficiente: llegué a tener una opinión bastante baja de la inteligencia de la mayoría de la gente.

Tenía seis años cuando decidieron aprovechar la terapia de pareja. No probarla, aprovecharla. Alguien en la oficina de mi papá le dijo que el seguro cubriría la terapia; parecía mejor opción que un juez y, además, los ayudaría a acelerar el divorcio. Una de las cosas que el terapeuta les pidió fue que hiciéramos un viaje familiar, solo nosotros tres, a algún lugar divertido y especial. Quizá a un parque de diversiones.

Llegamos al parque como a las diez, y durante las primeras horas las cosas estuvieron bien. Luego pasó lo del carrusel. Odio los jodidos carruseles. Mi papá se quedó en la salida para esperar a que yo me bajara, mi mamá se quedó en la entrada para ayudarme a subir, y simplemente se quedaron en lados opuestos y me observaron dar vueltas y vueltas. Yo era demasiado pequeña para alcanzar los estribos de metal, y el caballo en el que iba era tan ancho que hacía que me doliera la cadera, pero seguía dando vueltas y vueltas y vueltas, y vi que mi padre se iba con una latina bajita. Otra vuelta y vi a mi madre irse con un pelirrojo alto que llevaba un *kilt* para herramientas.

Un chico mayor tuvo la amabilidad de ayudarme a bajar del caballo después de que bajó a su hermanita y me tomó de la mano mientras caminábamos hacia la salida. Quería quedarme con esa familia, ser la hermanita de alguien que se subía a los juegos contigo y te tomaba de la mano al caminar, alguien que te miraba con una sonrisa y te preguntaba si te habías divertido. Pero salimos del carrusel y le di las gracias, haciéndole señales con la mano a una mujer que estaba distraída con su celular para que el chico pensara que había encontrado a mi mamá, y los vi a él y a su hermana caminar hacia sus padres, que estaban encantados de verlos.

Pasé el resto del día deambulando por el parque, intentando que los de seguridad no me vieran, pero llegó la tarde, el parque cerró y aún no había encontrado a mis padres. Los policías me vieron y me llevaron al Salón de la Infamia. Bueno, ellos le decían el Lugar de los Padres Perdidos. Mandaron algunos mensajes por el sistema de altavoces, pidiendo que los padres que hubieran perdido a sus hijos pasaran por ellos. Había más niños, otros que habían sido olvidados, se habían alejado o estaban escondidos.

Luego escuché que uno de los adultos mencionaba los servicios de protección al

menor. En específico hablaba de llamar a protección al menor si no habían recogido a alguno después de las diez en punto. Mis vecinos de la casa de al lado se ofrecían como hogar de acogida, y la idea de vivir con gente como ellos me resultaba aterradora. Por fortuna, uno de los niños más chicos se orinó y se soltó a llorar de tal manera que hizo que todos los adultos se abalanzaran sobre él intentando tranquilizarlo, y yo me las arreglé para salir y volver al parque.

Tuve que buscar un poco, pero finalmente encontré la puerta principal y salí sin que nadie me viera, uniéndome a la fila de un grupo escolar que se había quedado atorado un rato en uno de los juegos, y salí al estacionamiento. De ahí me tomó como una hora atravesar todos los estacionamientos hasta llegar a una gasolinera que aún estaba abierta para todos los que iban de regreso a casa. Todavía tenía la mitad del dinero que mi papá había metido en mi bolsillo para que comiera algo antes de lo del carrusel, así que los llamé a sus celulares y luego al teléfono de la casa; luego, como no se me ocurrió qué más hacer, llamé al vecino.

Eran casi las diez de la noche, pero él se subió a su carro y manejó dos horas para ir por mí y otras dos horas de regreso; cuando llegamos, no había ninguna luz encendida en mi casa.

—¿Era el vecino que acogía temporalmente a menores? —pregunta Victor cuando la chica hace una pausa para lamer sus labios maltratados. Él toma la botella de agua vacía, apunta con ella al espejo falso y no la baja hasta que uno de los técnicos le dice que Eddison va en camino.

—Sí.

—Pero te llevó sana y salva a casa, ¿por qué era tan terrible la idea de vivir con él?

—Cuando nos estacionamos frente a su casa, me dijo que debía agradecerle por el viaje lamiéndole su paleta.

La botella de plástico rechina cuando el puño de Victor la aplasta.

—Por Dios.

—Cuando empujó mi cabeza hacia su regazo, me metí un dedo en la garganta y vomité sobre él. Además, me aseguré de hacer sonar el claxon para que saliera su esposa. —Abre otro sobre de azúcar y se echa la mitad en la boca—. Lo arrestaron por acoso sexual más o menos un mes más tarde y ella se cambió de casa.

La puerta se abre de golpe y Eddison le lanza una nueva botella de agua a la chica. El protocolo dice que deben quitarle la tapa antes —por peligro de ahogamiento—, pero tiene la otra mano ocupada con un montón de fotografías; las echa sobre la mesa junto con una bolsa de identificaciones que sujeta con el codo.

—Al no decirnos la verdad —protesta— estás protegiendo al hombre que hizo esto.

Inara tenía razón: es diferente verlo que simplemente leer sobre ello. Victor

exhala con lentitud, aprovechando para contener un asco instintivo. Pasa la primera foto de la pila, luego la segunda, la tercera, la cuarta; todas muestran fragmentos de los pasillos del Jardín en ruinas.

Se detiene en la séptima, levantando el papel para que la chica pueda verlo más de cerca. Cuando ella vuelve a bajarlo, su dedo acaricia una curva color rubio oscuro cerca del centro de la imagen.

—Esa es Lyonette.

—¿Tu amiga?

Su dedo vendado se mueve suavemente sobre la línea de cristal en la fotografía.

—Sí —susurra—. Era mi amiga.

Al igual que con los nombres, en el Jardín lo mejor era olvidar los cumpleaños. Según fui conociendo a las otras chicas, supe que eran bastante jóvenes, pero la edad no era algo que se preguntara. Simplemente no parecía necesario. En algún momento moriríamos, y los pasillos ofrecían recordatorios diarios de lo que eso significaría, así que ¿para qué agravar la tragedia?

Hasta que pasó lo de Lyonette.

Llevaba seis meses en el Jardín, y aunque me había hecho amiga de la mayoría de las chicas, me sentía más cercana a Lyonette y a Bliss. Ellas eran las más parecidas a mí, las que no se tiraban al drama de llorar o lamentar nuestro destino inevitablemente trágico. No nos acobardábamos ante el Jardinero ni lo halagábamos, como si ser sus favoritas cambiara nuestra suerte de algún modo. Éramos las que soportaban lo que había que soportar y, fuera de eso, simplemente nos ocupábamos de nuestros asuntos.

El Jardinero nos adoraba.

Salvo por las comidas, que se servían en horas específicas, no había ningún lugar en el que tuviéramos que estar, así que la mayoría de las chicas iban de un cuarto a otro para darse ánimos. Si el Jardinero quería verte, simplemente revisaba las cámaras y te buscaba. Cuando Lyonette nos pidió a Bliss y a mí que pasáramos la noche en su cuarto, no me llamó la atención. Era algo que hacíamos todo el tiempo. Debí haber reconocido la desesperación en su voz, el tono de sus palabras; pero esa era otra cosa ante la que el Jardín te insensibilizaba. Al igual que la belleza, el miedo y la desesperación eran tan comunes como respirar.

Teníamos ropa para el día —siempre negra, siempre prendas que dejaban descubiertas nuestras espaldas para que se pudieran ver las alas—, pero no nos daban nada para dormir. La mayoría simplemente dormíamos en ropa interior y anhelábamos tener brasieres. El hostal y el departamento fueron buena práctica para mí; tenía mucho menos pudor del que tenía la mayoría de las chicas al llegar al Jardín; una humillación menos que pudiera derrumbarme.

Las tres nos acurrucamos sobre el colchón, esperando que las luces se apagaran, y

poco a poco nos fuimos dando cuenta de que Lyonette estaba temblando. No era una convulsión ni nada parecido, solo un temblor que la recorría bajo la piel y electrizaba cada parte de su cuerpo con el movimiento. Me incorporé, tomé su mano y entrelacé nuestros dedos.

—¿Qué pasa?

Las lágrimas brillaban en sus ojos con destellos dorados e hicieron que sintiera unas náuseas súbitas. Nunca antes había visto llorar a Lyonette; odiaba las lágrimas en todos, especialmente en ella misma.

—Mañana cumplo veintiún años —susurró.

Bliss soltó un alarido y lanzó sus brazos sobre nuestra amiga, hundiendo su cara en el hombro de Lyonette.

—Mierda, Lyon, ¡lo siento tanto!

—Entonces ¿tenemos una fecha de caducidad? —pregunté suavemente—. ¿Veintiuno?

Lyonette se aferró a Bliss y a mí con una fuerza desesperada.

—Yo…, yo aún no decido si debería luchar o no. De cualquier modo voy a morir y, en cierta forma, quiero hacer que se lo gane, pero ¿y si luchar hace que sea más doloroso? Me siento tan cobarde, carajo, pero si tengo que morir, ¡no quiero que duela!

Comenzó a sollozar y deseé que esa fuera una de esas veces en que las paredes sólidas bajaban para cubrir el cristal, para que pudiéramos estar atrapadas en ese pequeño espacio y que su llanto no fuera escuchado por todo el pasillo. Entre las chicas, Lyonette tenía la reputación de ser fuerte, y yo no quería que cuando ya no estuviera, pensaran que era débil. Pero, por lo general, las paredes solo bajaban dos mañanas cada semana —lo que nos habíamos acostumbrado a llamar el fin de semana, lo fuera o no— para que los jardineros pudieran hacer los trabajos de mantenimiento de nuestra hermosa prisión. Los empleados nunca nos vieron, y las muchas puertas cerradas entre nosotras y ellos garantizaban que tampoco nos oyeran.

No, espere. Las paredes bajaban también cuando llegaba una nueva chica. O cuando una moría.

No nos gustaba que bajaran las paredes. Desear que lo hicieran era algo extraordinario.

Nos quedamos con Lyonette toda la noche, mucho después de que lloró hasta quedarse dormida y cuando despertó solo para seguir llorando. Cerca de las cuatro se despejó lo suficiente para ir a la regadera con torpeza; la ayudamos a lavarse el cabello, se lo cepillamos y se lo arreglamos en una elegante corona de trenzas. Había un vestido nuevo en su clóset, una prenda elegante de seda ámbar con hilos dorados que era tan brillante como una flama y destacaba entre todas las prendas negras. El color hacía que sus alas resplandecieran en su piel café clara, dibujadas en un brillante naranja calabaza, con matices de dorado y amarillo cerca de los puntos, y las bandas negras con flecos blancos en las puntas. Las alas abiertas de una Mariposa

Cobre.

El Jardinero fue por ella justo antes del amanecer.

Era un hombre muy elegante, quizá un poco más alto que el promedio, con una buena apariencia física. El tipo de hombre que siempre se ve al menos diez o quince años más joven de lo que realmente es. Cabello rubio oscuro, siempre perfectamente arreglado y bien cortado, ojos verde claro como el mar. Era guapo, eso no podía negarlo, aunque mi estómago aún se retorcía al mirarlo. Nunca antes lo había visto vestido todo de negro. Se quedó parado en el umbral de la puerta con los pulgares enganchados en sus bolsillos y simplemente nos observó.

Tras respirar profundamente, Lyonette abrazó a Bliss con fuerza y susurró algo en su oído antes de darle un beso de despedida. Luego se volvió hacia mí, con sus brazos dolorosamente apretados alrededor de mis costillas.

—Me llamo Cassidy Lawrence —susurró tan bajo que apenas pude escucharlo—. Por favor, no me olvides. No dejes que él sea el único que me recuerde. —Me besó, cerró los ojos y dejó que el Jardinero se la llevara.

Bliss y yo pasamos el resto de la mañana en el cuarto de Lyonette revisando los pequeños artículos personales que había logrado acumular en los últimos cinco años. Había estado ahí *cinco* años. Quitamos las cortinas de privacidad, las doblamos junto con las sábanas y las dejamos perfectamente acomodadas al borde del colchón desnudo. El libro que guardaba bajo su almohada resultó ser la Biblia, con cinco años de rabia, desolación y esperanza rayoneados entre los versos. Había suficientes animales de origami para todas las chicas del Jardín y hasta sobraban, así que pasamos la tarde repartiéndolos, junto con la ropa negra. Cuando nos sentamos para cenar, ya no quedaba nada de Lyonette en el cuarto.

Esa noche, las paredes bajaron. Bliss y yo nos acurrucamos en mi lecho, el cual ahora tenía más ropa de cama que solo una sábana cajonera. Los detalles personales eran cosas que nos ganábamos si no éramos conflictivas ni intentábamos suicidarnos, así que yo ya tenía sábanas y cobijas, del mismo rosa brillante y morado que las alas bajas en mi espalda. Bliss lloró y maldijo cuando las paredes bajaron y nos atraparon en la habitación. Se levantaron tras algunas horas y cuando solo se habían separado medio metro del suelo, ella tomó mi mano e hizo que pasáramos por debajo para revisar los pasillos.

Pero solo pudimos avanzar unos metros.

Ahí estaba el Jardinero, recargado de espaldas contra la pared lateral del jardín, mientras observaba el cristal donde estaba la chica. Ella tenía la cabeza caída sobre su pecho, y unos pequeños estribos en sus axilas la mantenían erguida. Una resina transparente llenaba el resto del espacio, y su vestido había quedado atrapado en el líquido como si estuviera debajo del agua. Era visible cada detalle de las brillantes alas de su espalda, que casi estaba aplastada contra el cristal. Todo lo que caracterizaba a Lyonette —su sonrisa salvaje, sus ojos— estaba escondido, de manera que las alas eran el centro de atención.

Él volteó hacia nosotras y pasó una mano sobre mi cabello enredado por el sueño, jalando suavemente los nudos que encontraba.

—Olvidaste recoger tu cabello, Maya. No puedo ver tus alas.

Comencé a recogerlo y a torcerlo en un chongo, pero él me tomó de la muñeca y me jaló para que lo siguiera.

Hacia mi cuarto.

Bliss maldijo y corrió por el pasillo, pero no antes de que viera sus lágrimas.

El Jardinero se sentó en mi cama y cepilló mi cabello hasta que brilló como la seda, pasando sus dedos por él una y otra vez. Luego movió sus manos hacia otra parte y luego su boca; yo cerré los ojos y recité en silencio «El valle de la inquietud».

—Espera, ¿qué? —interrumpe Eddison con una expresión de asco en su rostro.

La chica aleja los ojos de la fotografía, ofreciéndole al agente una mirada perpleja.

—«El valle de la inquietud» —repite—. Es un poema de Edgar Allan Poe. «Ellos se habían ido a las guerras, confiando en que los luceros de mirada dulce, cada noche, desde sus torres celestes vigilaban las flores…». Me gusta Poe. Hay algo refrescante en un hombre que era tan descaradamente lúgubre.

—Pero ¿qué…?

—Es lo que hacía cada vez que el Jardinero iba a mi cuarto —dice sin emoción —. No iba a luchar contra él, porque no quería morir, pero tampoco iba a participar. Así que le dejaba hacer lo suyo y, para mantener mi mente ocupada, yo recitaba poemas de Poe.

—El día en que terminó tu tatuaje, ¿fue la primera vez que tú, eh…, la primera vez…?

—¿Que recité a Poe? —termina por él, con una ceja arqueada en gesto burlón. Victor se ruboriza, pero asiente—. No, gracias a Dios. Me había dado curiosidad el sexo unos meses antes, así que Hope me prestó a uno de sus chicos. O algo así.

Eddison hace un sonido como si se estuviera ahogando, y Victor no puede evitar sentirse agradecido de que fuera su esposa quien mantuviera esas conversaciones con sus hijas.

En cualquier otro escenario, probablemente hubiéramos dicho que Hope era una puta, salvo porque Sophia —quien realmente fue una prostituta hasta que los policías se llevaron a sus hijas— era un poco sensible ante palabras como esa. Además, Hope lo hacía por diversión, no por dinero. Aunque pudo haber hecho una fortuna. Hombres, mujeres, parejas, tríos o grupos: Hope le entraba a todo.

Y realmente no había nada de privacidad en el departamento. Salvo por el baño, todo era una sola habitación, y las cortinas entre las camas no eran lo suficientemente

gruesas como para ocultar mucho. No eran separaciones reales. No hacían gran cosa para disimular los sonidos. Hope y Jessica no eran las únicas chicas que llevaban gente a la casa, pero ellas lo hacían con más frecuencia, a veces más de una vez al día.

La exposición precoz —sin albur— a los pedófilos me había dejado casi sin interés en el sexo. Eso, además de mis padres. Me parecía horrible, algo con lo que no quería tener nada que ver; pero vivir con las chicas cambió eso gradualmente. Cuando no lo estaban haciendo, con frecuencia hablaban al respecto, y aun cuando se burlaban de mí, respondían mis preguntas bobas —o, en el caso de Hope, decidían mostrarme cómo masturbarse—, así que finalmente la curiosidad ganó sobre el disgusto y decidí probarlo. Bueno, decidí pensar en probarlo. Al principio me zafé de muchas oportunidades, porque aún no estaba segura.

Entonces, una tarde en la que no tenía que trabajar por la noche, Hope llegó seguida de dos chicos: Jason, con quien trabajábamos, uno de los pocos hombres en un equipo abrumadoramente conformado por mujeres, y su amigo Topher, ambos eran personajes bastante recurrentes en el departamento. Muchas veces se aparecían ahí, estuviera o no Hope; nos parecía divertido pasar el rato con ellos. A veces traían comida. Cuando los tres estaban apenas llegando a la puerta, Hope ya iba encargándose de quitarle la ropa a Jason, y ambos ya estaban completamente desnudos al atravesar las cortinas hacia la cama, con torpeza y entre risas.

Topher al menos tuvo la elegancia de ruborizarse y patear el rastro de ropa para acercarlo a la cama.

Yo estaba en uno de los sofás con un libro. Una de las primeras cosas que hice cuando tuve una dirección real fue conseguir una credencial de la biblioteca y hacía un par de viajes a la semana hasta allá. Leer fue un escape cuando era más joven, y aunque ya no tenía nada en particular de lo que necesitara escapar, seguía siendo algo que amaba. Cuando la ropa estuvo más o menos recogida, Topher sirvió dos vasos de jugo de naranja —los servicios sociales se habían aparecido un par de días antes, así que el refrigerador estaba lleno, de hecho— y me pasó uno de ellos mientras se dejaba caer junto a mí en el sillón.

—¿Qué, no te vas a unir a ellos? —dije por molestarlo, y su rubor se hizo más intenso.

—No es un misterio que estar con Hope es más o menos como tener un tiempo compartido, pero no lo comparto al mismo tiempo —dijo entre dientes, y yo solté unas risitas. Hope era *exactamente* como un tiempo compartido, y estaba orgullosa de serlo.

Topher era un modelo, de unos diecinueve años, que a veces ayudaba a Guilian con las entregas para ganarse unos cuantos dólares extra. Era guapo al estilo insulso de los modelos; ya sabe, ese tipo de belleza que en realidad parece ordinaria porque te la echan en cara todo el tiempo. Pero era un tipo decente. Hablamos sobre la matiné a la que varios de nosotros habíamos ido la semana anterior, sobre un trabajo

que tuvo durante unos días como muñeco viviente para una exposición temporal en un museo, sobre uno de nuestros conocidos en común que iba a casarse y sobre si iban a durar o no, todo eso mientras Hope y Jason estaban gimiendo y riendo.

Así que fue una tarde bastante normal.

Pero en algún momento su diversión tenía que terminar.

—¡Ya casi son las cuatro! —grité para que me oyeran, pese a los gemidos—. ¡Tienen que irse a trabajar!

—Bueno, ¡haré que acabe!

Fiel a su palabra, hizo que Jason aullara en menos de treinta segundos, y diez minutos después los dos se dieron una rápida enjuagada en la regadera y se fueron al trabajo. La mayoría de las chicas estaban en el trabajo esa noche, salvo por Noémie y Amber, quienes tenían clases hasta tarde los miércoles y no volverían casi hasta las diez. Topher se fue por un rato, pero volvió con comida del restaurante de Taki, que estaba en la esquina.

Sabía que la forma de Hope para invitar a alguien a tener sexo era besarlo y meterle la mano en los pantalones, pero yo no era Hope.

—Oye, Topher.

—¿Sí?

—¿Quieres enseñarme sobre sexo?

Yo tenía otro estilo, que también era directo.

Probablemente cualquier otro se hubiera asustado, pero Topher era amigo de Hope. Además, había estado ahí durante algunas de nuestras conversaciones. Lo único que hizo fue sonreír, y a mí me tranquilizó el hecho de que no fue un gesto de malicia.

—Claro, si crees que estás lista.

—Creo que sí. Bueno, siempre podemos detenernos.

—Claro que podemos. Dime si algo se te hace incómodo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Tomó los restos de nuestra cena y los metió en el basurero desbordado junto a la puerta; se suponía que Hope debía sacarla cuando se fuera al trabajo. Cuando volvió a los sillones, se sentó sobre el cojín y me jaló suavemente para que me recargara en él.

—Comenzaremos despacio —dijo, y me besó.

En realidad no tuvimos sexo esa noche; él dijo que fue «todo menos eso». Sin embargo, fue cómodo y divertido, y nos reímos como si no pasara nada, lo cual en sí mismo hubiera parecido extraño cuando llegué, tan solo un año antes. Nos quedamos vestidos cuando Noémie y Amber volvieron a casa después de sus clases, pero él pasó esa noche en mi pequeña cama y seguimos jugando bajo las sábanas hasta que Noémie se rio en la cama de al lado y dijo que si no nos callábamos se iba a unir a nosotros. Fue unos días después cuando tuvimos la privacidad para llegar al final, y la primera vez no entendí por qué tanto alboroto.

Luego lo hicimos de nuevo, y esa vez sí lo entendí.

Seguimos haciéndolo unas semanas más, hasta que en la iglesia conoció a una chica con la que quería una relación seria, pero tan fácil como nos hicimos amigos con derechos volvimos a ser solo amigos, sin sentirnos incómodos ni lastimados. Ninguno se había enamorado del otro, ninguno estaba dando más que el otro. A mí me encantaba cuando iba al departamento, después de que comenzó a andar con su chica de la iglesia pero no porque esperara sexo. Simplemente Topher era un buen chico, alguien a quien todas adorábamos.

Pero eso no hizo que yo comprendiera la fascinación de mis padres con el sexo sobre todas las cosas.

La chica retira la tapa y le da un gran sorbo al agua, acariciando su garganta lastimada mientras se la pasa. Victor agradece el silencio y piensa que Eddison debe de sentirse igual, mientras ambos mantienen la mirada clavada en la mesa. Al tratarse de semejante trauma, Victor no recuerda una entrevista con una víctima en la que el sexo fuera tratado tan directamente.

Se aclara la garganta, volteando las fotos para no tener que ver los pasillos llenos de chicas muertas en cristal y resina.

—Tu vecino de cuando eras niña era un pedófilo, pero ¿cuándo viste a los otros?

—El jardinero de mi abuela.

Se detiene, parpadea y mira con el ceño fruncido hacia la botella de agua, y Victor no puede evitar pensar que no quería decirlo. Quizá el cansancio le está pesando cada vez más. Guarda esa idea por el momento, pero buscará otras oportunidades.

—¿Veías muy seguido a tu abuela?

Ella suspira y juega con una costra de su dedo.

—Vivía con ella —responde sin ganas.

—¿Cuándo fue eso?

Mis padres se divorciaron al fin cuando yo tenía ocho años. Todas las preguntas sobre dinero, la casa, los carros y todas esas cosas se resolvieron en una junta. Durante los ocho meses siguientes, ambos argumentaron que el otro debía quedarse conmigo.

¿No es genial? Habría que obligar a todos los niños a pasar ocho meses escuchando a sus padres rechazándolos activamente.

Al final se decidió que me enviarían a vivir con la abuela, la madre de mi madre, y mis padres le pagarían mi manutención. Cuando llegó el día de irme, estaba en la entrada principal con tres maletas, dos cajas y un osito de peluche, la totalidad de mis posesiones. Ninguno de mis padres estaba en casa.

Un año antes habían llegado nuevos vecinos al otro lado de la calle, una pareja algo joven que acababa de tener a su primer hijo. Me encantaba ir a ver al bebé, un niño hermoso que aún no estaba jodido ni era problemático. Con padres como los

suyos quizá nunca lo estaría. Ella siempre me daba un plato de galletas y un vaso de leche, y él me enseñaba cómo jugar póker y *blackjack*. Fueron ellos quienes me llevaron a la estación de autobuses, quienes me ayudaron a comprar mi boleto con el dinero que mis padres habían dejado en mi buró un día antes, quienes me ayudaron a meter todo en la parte de abajo del camión y quienes me presentaron con el chofer y me ayudaron a encontrar un asiento. Ella incluso me dio comida para el viaje, además de unas galletas de avena con pasas que aún estaban calientes, recién salidas del horno. Esa fue otra familia de la cual deseé haber sido parte, pero yo no era suya. Aun así, les dije adiós con la mano mientras el camión se alejaba; ellos se quedaron juntos en la banqueta, con su bebé en medio, y me dijeron adiós hasta que nos perdimos de vista.

Cuando llegué a la ciudad donde vivía la abuela, tuve que tomar un taxi de la estación de autobuses a su casa. El conductor maldijo todo el camino a la gente que no debería haber tenido hijos, y cuando le pregunté qué significaban algunas de sus palabras, incluso me enseñó las frases en que podía usarlas. Mi abuela vivía en una casa enorme y en ruinas de un barrio que había sido de dinero hacía sesenta años, pero que rápidamente se había ido a la mierda, y cuando el conductor terminó de ayudarme a bajar todo en el pequeño porche, le pagué y le dije que tuviera un jodido buen día.

Se rio, le dio un tirón a mi trenza y me dijo que me cuidara.

La menopausia le hizo cosas extrañas a la abuela. Había sido novia —y viuda— en serie cuando era más joven, pero «ese momento» la había convencido de que ya estaba seca y de camino a la tumba, así que se atrincheró en su casa y comenzó a llenar todos los cuartos y pasillos con cosas muertas.

No, en serio: *con cosas muertas*. Hasta los taxidermistas creían que era rara, y tienes que estar muy torcida para ganarte ese premio. Tenía cosas que compraba ya hechas, como presas salvajes, y animales exóticos, como osos y gatos monteses, que no eran algo que vieras en la ciudad. Tenía pájaros, armadillos y, lo que yo más odiaba, una colección de los gatos y perros del barrio que habían sido asesinados de distintas maneras a lo largo de los años y que ella había llevado a que los disecaran. Estaban por todas partes, incluso en los baños y en la cocina, y llenaban absolutamente todas las habitaciones.

Cuando entré arrastrando mis cosas detrás de mí hasta el recibidor, no la encontré por ningún lado. Pero la escuché.

—Si eres un violador, estoy seca, ¡no gastes tu tiempo! Si eres un ladrón, no tengo nada de valor que puedas robar, y si eres un asesino, ¡muy mal!

Seguí el sonido de su voz y por fin la encontré en una pequeña sala con pilas de animales disecados separadas por estrechos pasillos. Estaba en una mecedora, vestida con un *body* con diseño de tigre y un abrigo de piel de color café oscuro, fumando sin parar mientras veía *Atínale al precio* en una televisión de siete pulgadas cuya imagen temblaba y que frecuentemente perdía los colores.

Ni siquiera me miró hasta que llegaron los comerciales.

—Ah, ya llegaste. Arriba, tercera puerta a la derecha. Sé buena niña y tráeme la botella de *whisky* que está en la barra de cocina, antes de que te vayas.

Se la llevé —¿por qué no?— y observé maravillada cómo vertía toda la botella en pequeños trastes y tazones frente a los gatos y perros muertos, los cuales había acomodado en un sillón que en sus mejores tiempos hubiera sido espantoso.

—Beban, mis bellezas, estar muerto no es fácil, se lo han ganado.

Los vapores del *whisky* llenaron rápidamente la habitación, mezclándose con el aroma rancio del pelaje y los cigarros.

Arriba, la tercera puerta a la derecha daba a un cuarto lleno de tantos animales muertos que se cayeron cuando abrí la puerta. Pasé el resto de ese día y toda la noche amontonándolos y buscando lugares donde meterlos con el fin de poder subir mis cosas. Dormí hecha un ovillo sobre la maleta más grande porque las sábanas eran asquerosas. Pasé el día siguiente limpiando el cuarto de arriba abajo, sacudiendo el polvo y las cacas de ratón —y sus cadáveres— que había en el colchón, y poniendo mis propias sábanas en la cama. Cuando quedó lo más parecido a un hogar que pude, volví a bajar.

El único indicio de que la abuela se había movido era su *body*, que ahora era de un morado brillante y reluciente.

Esperé hasta los comerciales y entonces me aclaré la garganta.

—Ya limpié mi cuarto —le dije—. Si metes más cosas muertas ahí, mientras yo viva en esta casa, las quemaré por completo.

Se rio y me dio un golpecito.

—Buena niña. Me gustan tus agallas.

Y así fue mudarme con mi abuela.

El escenario cambió, pero la vida no. A ella le llevaba sus víveres a domicilio un chico de aspecto nervioso que recibía una propina tan grande como la cuenta solo porque era la única forma de que fuera al barrio. Era bastante simple llamar a la tienda y agregar cosas a la canasta básica. Me inscribió en una escuela donde no enseñaban nada, donde los maestros ni siquiera pasaban lista, porque no querían que el ausentismo provocara que se quedaran atascados con esos niños un año más. Se suponía que había maestros muy buenos en la escuela, pero eran pocos y nunca me tocó ninguno de ellos. Los demás estaban hartos y ya no les importaba nada más que recibir su sueldo.

Sin duda los estudiantes lo fomentaban. Había venta de drogas en los salones de clase, incluso en la primaria, por cuenta de los hermanos mayores. Cuando llegué a la secundaria, había detectores de metal en todas las puertas de entrada, pero a nadie le importaba un carajo ni investigaban si se encendían, lo cual pasaba muy a menudo. Nadie se fijaba si estabas en clase, nadie llamaba a las casas para preguntar por los estudiantes que llevaban varios días austentes.

Una vez lo puse a prueba y me quedé en casa durante toda una semana. Ni

siquiera me dieron tarea extra cuando volví. Solo regresé porque estaba aburrida. Triste, más bien. Dejaba en paz a todos para que ellos también me dejaran en paz. No salía de la casa después de que oscurecía, y todas las noches me quedaba dormida con el arrullo de los disparos y de las sirenas. Y cuando venía el jardinero de la abuela, dos veces al mes, me escondía debajo de la cama por si entraba a la casa.

Probablemente tenía unos veintiocho o veintinueve, quizá un poco más, y siempre usaba *jeans* demasiado apretados y demasiado bajos, intentando sacar todo el provecho posible de un paquete que, incluso a mi edad, no me parecía muy impresionante. Le gustaba decirme «niñita linda», y si estaba ahí cuando volvía de la escuela, intentaba tocarme y me pedía que le llevara cosas. Una vez lo pateé justo en las bolas, y maldijo y me persiguió hasta el interior de la casa, pero se tropezó con el ciervo de la entrada y la abuela le dio otro golpe por hacer demasiado ruido durante sus telenovelas.

Después de eso, me quedaba en la gasolinera a unas cuadras de ahí hasta que veía que su camioneta se iba.

—¿Y tus padres nunca se preguntaron si estabas bien? —Victor sabe que es una pregunta estúpida, pero ya salió de su boca, así que asiente mientras ella frunce los labios.

—Mis padres nunca iban a verme, nunca llamaban, nunca mandaban tarjetas, ni regalos ni nada. Mi mamá envió cheques durante los primeros tres meses, mi papá los primeros cinco, pero luego también dejaron de llegar. Después de irme a casa de la abuela, no volví a ver a mis padres ni supe de ellos. Honestamente, ni siquiera sé si siguen vivos.

Han estado ocupados con esto todo el día, y el pastel había sido la primera comida de Victor desde la cena de la noche anterior. Puede sentir que su estómago se queja, y sabe que ella debe de estar igual de hambrienta. Han pasado casi veinticuatro horas desde que el FBI llegó al Jardín. Hace aún más tiempo que ambos están despiertos.

—Inara, estoy dispuesto a permitirte que cuentes las cosas a tu manera, pero necesito que me des una respuesta directa a una pregunta: ¿debería llamar a los servicios de protección de menores?

—No —dice de inmediato—. Y esa es la verdad.

—¿Qué tan cerca está esa verdad de una mentira?

Esta vez es una verdadera sonrisa, torcida y seca, pero incluso una así de pequeña suaviza todo su rostro.

—Cumplí dieciocho ayer. Feliz cumpleaños a mí.

—¿Tenías *catorce* cuando llegaste a Nueva York? —pregunta Eddison.

—Sip.

—¿Qué diablos…?

—La abuela murió. —Se encoge de hombros y se estira para tomar la botella de agua—. Un día volví a casa después de la escuela y estaba muerta en la silla, con quemaduras en los dedos donde el cigarro se había consumido por completo. Me sorprendió que no estuviera en llamas todo el maldito lugar por los vapores del *whisky*. Creo que su corazón se detuvo o algo así.

—¿Lo reportaste?

—No. El jardinero o el chico de la comida la encontrarían cuando fueran a que les pagara, y no quería que nadie discutiera qué hacer conmigo. Quizá hubieran buscado a uno de mis padres y me habrían obligado a ir con ellos, o simplemente me habrían echado con los de servicio social. O quizá hubieran buscado a uno de esos tíos o tías paternos y me habrían botado con otro pariente que no me quería. No me gustaban esas opciones.

—Y, entonces, ¿qué hiciste?

—Empaqué una maleta y un morral, luego saqueé las reservas de la abuela.

Victor no está seguro de si va a lamentar la respuesta, pero tiene que preguntarlo:

—¿Reservas?

—De dinero. La abuela solo confiaba a medias en los bancos, así que siempre que recibía un cheque, lo cobraba y escondía la mitad en el trasero del pastor alemán. La cola tenía una bisagra para poder meter la mano debajo y sacar el dinero. —Da un trago, luego arruga los labios y los apoya contra la boca de la botella dejando que el agua le empape las heridas—. Había casi diez mil dólares —agrega cuando aleja la botella—. Los escondí en mi maleta y en el morral, pasé la noche en la casa; por la mañana desperté y caminé hasta la estación de autobuses en vez de ir a la escuela y compré un boleto a Nueva York.

—Pasaste la noche en la casa con tu abuela muerta.

—Aún no estaba disecada, pero, por lo demás, ¿cuál era la diferencia con cualquier otra noche?

Victor agradece la estática en su oído.

—Pedimos comida para los tres —le reporta Yvonne desde la sala de observación —. Unos minutos más. Y Ramírez llamó. Unas cuantas chicas han comenzado a hablar. No mucho todavía; parecen más preocupadas por las muertas que por ellas mismas. La senadora Kingsley viene en camino desde Massachusetts.

Bueno, comenzaron siendo buenas noticias. Probablemente es demasiado pedir que la senadora tenga que hacer un aterrizaje forzoso en otra parte debido al mal clima.

Victor sacude la cabeza y se reclina en su silla. La senadora aún no está aquí, ya se las arreglarán con ella cuando llegue.

—Vamos a tomar un descanso pronto para que podamos comer, pero una pregunta más antes de eso.

—¿Solo una?

—Cuéntanos cómo llegaste al Jardín.

—Eso no es una pregunta.

Eddison se azota el muslo con impaciencia, pero sigue siendo Victor el que habla.

—¿Cómo llegaste al Jardín?

—Me secuestraron.

Tres hijas adolescentes, y Victor prácticamente puede escuchar un «¡obvio!» silencioso al final.

—Inara.

—Es *muy bueno* en esto.

—Por favor.

Ella suspira y pone los pies en el borde de la silla, envolviéndose los tobillos con las manos vendadas.

El Evening Star era un restaurante bastante bueno. Solo aceptaban clientes con reservación, a menos que fuera una noche lenta, pero los precios eran lo suficientemente elevados para que la mayoría de la gente no entrara de la nada por una comida. En las noches normales, los meseros usaban esmóquines y las meseras vestidos *strapless* negros con cuellos y mangas como los de los esmóquines. Incluso teníamos corbatas de moño negro que eran difíciles de anudar correctamente; no nos permitían las de clip.

Eso sí, Guilian sabía cómo tratar a los estúpidamente ricos, así que era posible rentar todo el restaurante para ocasiones especiales y poner disfraces al personal. Había unas cuantas reglas básicas —su límite era la indecencia—, pero dentro de un rango considerablemente amplio de opciones, si nos proveían los disfraces, nosotros los usaríamos para el evento y luego podíamos quedárnoslos. Siempre nos advertía sobre los disfraces para que cambiáramos nuestros turnos si pensábamos que no podríamos con ellos.

Dos semanas antes de mi cumpleaños dieciséis —o, según sabían las chicas, mis veintiuno—, el restaurante fue rentado por alguien que iba a hacer una colecta de dinero para un teatro. Su primer *show* iba a ser una producción de *Madame Butterfly*, así que nos vestimos de acuerdo con eso. Por petición del cliente, solo las chicas podían participar, y a todas nos dieron vestidos negros que se extendían en un par de enormes alas de alambre y seda que se sostenían con pegamento cosmético y látex —era todo un proceso, carajo— y teníamos que llevar el cabello completamente recogido.

Todas estuvimos de acuerdo en que era mejor que los disfraces fetichistas de pastoras o la cena de ensayo de bodas con temática de la guerra civil, que nos dejó con unos faldones de aros metálicos que después convertimos en candelabros navideños cuando nos hartamos de que ocuparan toda una esquina del departamento. Aunque significaba ir horas antes a trabajar para poder ponernos las malditas alas, el resto no era tan malo y podíamos volver a usar los vestidos. Pero intentar atender

mesas con esas enormes alas era un problema, y para cuando se sirvió el plato principal y pudimos retirarnos a la cocina durante la presentación de los donativos, la mayoría de nosotras no sabía si maldecir o reír. Unas cuantas hacíamos ambas cosas.

Rebekah, la *hostess* a cargo, suspiró y se hundió en un banco, elevando los pies sobre una caja que estaba a un costado. Su embarazo al fin había hecho que usar tacones le fuera imposible y, además, la había salvado de tener que soportar la vergüenza de las alas.

—Esta cosa necesita salir de mí pero ya —dijo.

Me metí detrás del banco con las alas, como pude, y comencé a masajear la tensión en sus hombros y espalda.

Hope se asomó a la puerta abatible por una rendija.

—¿Alguien más cree que el tipo que está a cargo es absolutamente cogible para ser un viejo?

—No es tan viejo, y ten cuidado con lo que dices —la regañó Whitney. Había ciertas palabras que Guilian prefería que no usáramos en el trabajo, ni siquiera en la cocina, y *coger* era una de ellas.

—Pues su hijo parece mayor que yo, así que es un viejo.

—Entonces disfruta viendo al hijo.

—No, gracias. Es guapo, pero hay algo que está mal en él.

—¿Que no te está mirando?

—Está mirando, y mucho, a varias de nosotras. Simplemente hay algo que está mal. Prefiero cogerme con la mirada al viejo.

Nos quedamos en la cocina, platicando e inventando chismes sobre los invitados, hasta el intermedio de la presentación, cuando salimos con refiles y botellas de vino y bandejas de postres. En la mesa del anfitrión pude ver más de cerca al viejo de Hope y a su hijo. De inmediato entendí lo que decía de este último. Era guapo, musculoso y con buenas facciones, con ojos de color café intenso y un cabello rubio oscuro como el de su padre, un tono que se veía bien sobre su piel bronceada.

Aunque el bronceado parecía un poco falso.

Sin embargo, era algo más profundo que eso: una crueldad que se traslucía en su sonrisa, por lo demás cautivadora; la manera en la que nos miraba a todas mientras nos movíamos por la habitación. Junto a él, su padre era simplemente encantador, con una sonrisa suave que nos agradecía sin palabras a todas por nuestro esfuerzo. Me detuvo posando dos dedos sobre mi muñeca, de una forma que no se sintió demasiado familiar ni amenazadora.

—Qué tatuaje más encantador, querida.

Eché un vistazo a la abertura de mi falda. Unos meses antes, todas las chicas del departamento, incluso Kathryn, habíamos ido a hacernos el mismo tatuaje, algo que aún nos parecía absurdo y no entendíamos por qué lo habíamos hecho, salvo porque la mayoría de nosotras estaba un poco ebria y Hope nos insistió hasta que aceptamos. Lo tenía en el exterior de mi tobillo derecho, justo arriba del hueso, y era elegante y

con largas líneas negras. Hope lo había escogido. Sophia, la otra que estaba sobria, se opuso a la mariposa, porque era muy exagerada y demasiado típica, pero Hope no cedió. Era imposible cuando quería, y dijo que era una mariposa tribal. Normalmente, en el trabajo teníamos que mantener nuestros tatuajes tapados con ropa o maquillaje, pero, por el tema del evento, Guilian dijo que podíamos dejárnoslos descubiertos.

—Gracias. —Serví el vino espumoso en su copa.

—¿Te gustan las mariposas?

No particularmente, pero no parecía muy brillante mencionar eso dado el tema de su fiesta.

—Son hermosas.

—Sí, pero, como la mayoría de las criaturas hermosas, viven muy poco. —Sus ojos verde claro se movieron desde el tatuaje en mi tobillo por todo mi cuerpo hasta que su sonrisa se posó en mis ojos—. No solo tu tatuaje es adorable.

Tomé una nota mental para decirle a Hope que el viejo era tan desagradable como su hijo.

—Gracias, señor.

—Te ves joven para trabajar en un restaurante como este.

Una cosa que nunca nadie me había dicho era que me veía demasiado joven para algo. Lo observé por un momento excesivamente largo, y vi que una especie de satisfacción destellaba en sus ojos claros.

—Algunas somos más jóvenes de los años que tenemos —dije por fin, y enseguida me maldije. Lo último que necesitaba era que un cliente rico convenciera a Guilian de que le estaba mintiendo respecto de mi edad.

No dijo nada cuando pasé a la siguiente copa, pero sentí sus ojos en mí durante todo el camino hasta la cocina.

Durante la segunda mitad de la presentación, me metí al vestidor para sacar un tampón de mi bolsa, pero cuando me di la vuelta para ir al baño, el hijo estaba parado en la entrada. Tendría unos veintitantos, pero al estar sola en un pequeño cuarto con él, definitivamente me transmitía una vibra amenazante más experimentada. Por lo general no le concedía a Hope que fuera demasiado intuitiva, pero tenía razón: había algo muy malo en ese chico.

—Lo siento, pero esta área es solo para el personal.

Me ignoró y siguió bloqueando la puerta mientras una de sus manos se estiraba para darle un golpecito al borde de una de mis alas.

—Mi padre tiene un gusto exquisito, ¿no te parece?

—Señor, tiene que irse. Esta no es un área para clientes.

—Sé que tienes que decir eso.

—Y también lo digo yo. —El Barril, uno de los garroteros, lo empujó con el hombro para hacerlo a un lado—. Sé que el dueño lamentará mucho echarlo del restaurante, pero lo hará sin miramientos si no vuelve a su fiesta.

El extraño lo miró, pero el Barril era alto, robusto y perfectamente capaz de

aventar a la gente como si fueran barriles de cerveza; por eso le decían así. Frunciendo el ceño, el extraño asintió y se fue.

El Barril lo observó hasta que dobló la esquina para entrar al comedor principal.

—¿Estás bien, linda?

—Sí, gracias.

Decíamos que era «nuestro» garrotero, principalmente porque Guilian siempre lo asignaba a nuestras secciones y él nos consideraba sus chicas. Estuviera trabajando esa noche o no, el Barril siempre acompañaba al metro a las chicas a las que les tocaba cerrar y se aseguraba de que nos subiéramos a salvo en el vagón. Era la única persona que inexplicablemente ignoraba las reglas de Guilian sobre tatuajes y *piercings*. Claro, era un garrotero y no un mesero, así que no interactuaba con los clientes; pero aun así podían verlo. Guilian nunca dijo nada sobre sus orejas con expansores, la ceja, el labio y la lengua perforados ni los negros tatuajes tribales que recorrían sus dos brazos y casi brillaban bajo su camisa blanca de vestir. Se asomaban por las mangas y llegaban al dorso de sus manos, y también a su nuca, cuando no estaba cubierta por su cabello largo. A veces se recogía el cabello y quedaban a la vista los tatuajes que subían por la parte baja de su cráneo que llevaba rasurada.

Me besó en la mejilla y me acompañó al baño, donde se quedó fuera, mientras yo me encargaba de lo mío, y luego me acompañó de regreso a la cocina.

—Cuidado con el hijo del anfitrión —les anunció a todas las chicas.

—Te lo dije —comentó Hope entre risitas.

Esa noche, el Barril nos acompañó a todas hasta nuestro departamento. Al día siguiente, Guilian escuchó lo que había pasado, con un gesto de molestia, y luego nos dijo que no nos preocupáramos demasiado por eso, porque los clientes habían regresado a Maryland. O eso creíamos.

Un par de semanas después, una tarde en que Noémie y yo salíamos de la biblioteca y nos topamos con dos de sus compañeros de clases, le dije que se fuera con ellos y que yo podía recorrer el resto del camino a casa sola.

Alcancé a avanzar tres cuadras antes de sentir que algo se me enterraba, y antes de que pudiera siquiera gritar, las piernas me fallaron y el mundo se volvió negro.

—¿En la tarde, por las calles de Nueva York? —pregunta Eddison con escepticismo.

—Como dije, en Nueva York la mayoría de la gente no hace demasiadas preguntas, y tanto el padre como el hijo pueden ser muy encantadores cuando quieren. Estoy segura de que dijeron algo que tuvo sentido para la gente que estaba a nuestro alrededor.

—¿Y despertaste en el Jardín?

—Sí.

La puerta se abre y aparece la analista, que aún tiene la cadera contra la perilla y las manos llenas de bebidas y bolsas de comida. Casi las tira sobre la mesa, y le

agradece a Victor que la ayude a acomodar la caja de las bebidas.

—Hay hot dogs, hamburguesas y papas —anuncia Yvonne—. No estaba segura de qué es lo que te gusta, así que les pedí que dejaran los condimentos a un lado.

A la chica le toma un momento darse cuenta de que es a ella a quien le está hablando y entonces lo único que dice es «gracias».

—¿Alguna novedad de Ramírez? —pregunta Eddison.

Ella se encoge de hombros.

—Nada importante. Identificaron a otra chica, y dos de ellas ya dieron su nombre y dirección, aunque a veces incompleta. La familia de una chica se mudó a París, ¡pobrecilla!

Mientras sirve la comida, Victor observa cómo Inara estudia a la analista. Algunas preguntas se reflejan en su rostro, pero el agente no puede definir cuáles. Después de un momento, la chica sacude la cabeza y se estira para tomar un sobre de cátsup.

—¿Y la senadora? —pregunta Eddison.

—Todavía no ha aterrizado, tuvieron que cambiar de ruta por una tormenta.

Vaya, a Victor casi se le concedió su deseo.

—Gracias, Yvonne.

La analista se da unos golpecitos en la oreja.

—Si hay cualquier cosa de interés, te la haré saber.

Le hace un movimiento de cabeza a Inara y sale de la habitación. Segundos después, el espejo vibra ligeramente cuando la puerta de la sala de observación se cierra.

Victor observa a Inara mientras vierte mostaza y pepinillos en su hot dog. No está seguro de si debería hacer la pregunta. Nunca se siente inseguro sobre la dinámica de poder que se establece en la sala, no con una víctima; pero, claro, ella no es exactamente una víctima común, ¿verdad? Eso es al menos la mitad del problema. Dirige la mirada a su comida, pues no está dispuesto a permitir que la chica piense que su ceño fruncido es por ella.

Eddison ya tiene cubierta esa parte.

Sin embargo, necesita saberlo.

—No te sorprendió saber lo de la senadora Kingsley.

—¿Debió sorprenderme?

—Entonces, conoces el verdadero nombre de las demás.

—No. —Aprieta la cátsup sobre la hamburguesa y las papas, luego se lleva una a la boca.

—Entonces, ¿cómo…?

—Algunas no podían dejar de hablar sobre sus familias. Tenían miedo de olvidar, supongo. Pero sin nombres. Ravenna dijo que su madre era senadora. Eso era todo lo que sabíamos.

—Su nombre real es Patrice —señala Eddison.

Inara simplemente se encoge de hombros.

—¿Cómo le dices a una Mariposa que está entre el Jardín y el Exterior?

—¿Cómo les dices tú?

—Supongo que depende de si su madre es senadora o no. ¿Cuánto daño le causarán si la obligan a ser Patrice antes de que esté lista para dejar ir a Ravenna?

Le da una enorme mordida a su hamburguesa y mastica con lentitud, cerrando los ojos. Un sonido suave, como un gemido, se le escapa y su rostro se suaviza por el placer.

—¿Hacía mucho que no comías comida chatarra? —pregunta Eddison con una sonrisa involuntaria.

Ella asiente.

—Lorraine tenía instrucciones estrictas de prepararnos comida saludable.

—¿Lorraine? —Eddison toma su libreta y pasa varias páginas—. Los paramédicos recibieron a una mujer llamada Lorraine. Afirmó que era una empleada. ¿Quieres decir que ella sabía sobre el Jardín?

—Ella vivía ahí.

Victor la observa, casi sin notar los pepinillos que caen de su hot dog al aluminio. Inara se toma su tiempo con la comida y no continúa hasta que la última papa desaparece.

—Creo que mencioné que algunas de las chicas intentaban ganar puntos.

Lorraine era una de esas historias de «había una vez», alguien tan desesperada por complacer al Jardinero que estaba perfectamente dispuesta a ayudarlo a hacer lo que quisiera a otras personas con tal de que la amara. Quizá estaba rota desde antes de que él se la llevara. Normalmente a las chicas como ellas les daba otra marca, otro par de alas, pero esta vez en sus rostros, para mostrarles a todas que a ellas les encantaba ser una de sus Mariposas. Pero al Jardinero se le ocurrió otro plan para Lorraine y, de hecho, dejó que saliera del Jardín.

La envió a la escuela de enfermería y a clases de cocina para complementar; estaba tan rota por el sometimiento a sus intereses, tan absolutamente enamorada de él, que nunca intentó escapar, nunca intentó contarle a nadie sobre el Jardín, las Mariposas muertas o las vivas que aún podían tener alguna esperanza. Iba a sus clases y, cuando volvía al Jardín, estudiaba y practicaba. En su cumpleaños veintiuno, él le quitó los bonitos vestidos negros con la espalda descubierta y le dio un uniforme gris sin adornos que la cubría por completo, y así se convirtió en la cocinera y en la enfermera del Jardín.

Él nunca volvió a tocarla, nunca le hablaba salvo sobre sus deberes, y fue entonces cuando ella por fin comenzó a odiarlo.

Supongo que no lo suficiente, porque siguió sin decir nada.

En los mejores días —que no eran muchos—, casi podía sentir lástima por ella.

Ahora tendrá… ¿cuántos? ¿Cuarenta y tantos? Fue una de las primeras Mariposas; conoce el Jardín desde hace el doble de tiempo de lo que ha conocido cualquier otra cosa. En algún punto, quizás es imposible no romperte. Al menos su estrategia la mantuvo fuera de los cristales, por mucho que llegara a lamentarlo.

Era nuestra cocinera-enfermera, y nosotras la despreciábamos. Hasta las aduladoras la odiaban, porque hasta ellas habrían escapado si hubieran podido, habrían intentado llamar a la policía por el bien de las demás. O al menos eso es lo que se decían a sí mismas. Pero si se hubiera presentado la oportunidad…, no sé. Se oían algunas historias sobre una chica que escapó.

—¿Alguien escapó? —pregunta Eddison.

Ella sonríe torciendo la boca.

—Había rumores, pero nadie lo sabía con seguridad. No en nuestra generación ni en la de Lyonette. Parecía más apócrifo que otra cosa, algo que la mayoría de nosotras creía simplemente porque necesitábamos pensar que era posible escapar, no porque creyéramos que fuera real. Era difícil tener la esperanza de escapar cuando Lorraine había elegido quedarse, pese a todo.

—¿Lo hubieras intentado? —pregunta Victor—. Escapar.

Ella lo mira pensativa.

Quizás éramos diferentes de las chicas de hace treinta años. Bliss disfrutaba especialmente atormentar a Lorraine, sobre todo porque no podía hacer nada para vengarse. El Jardinero se molestaba si nos engañaba con la comida o con nuestras necesidades médicas. Era incapaz de insultarnos, porque las palabras necesitan tener un significado para hacer daño.

No creíamos que los chicos de mantenimiento supieran sobre las Mariposas. Siempre estábamos escondidas cuando estaban en el invernadero, no nos permitían estar afuera, donde pudieran vernos o escucharnos. Las paredes bajaban, opacas e insonorizadas. No podíamos escucharlos ni ellos podían escucharnos a nosotras. Lorraine era la única que conocía nuestra existencia, pero era inútil intentar pedirle que hiciera algo o que le enviara un mensaje a alguien. No solo no lo haría, sino que iría directamente a decírselo al Jardinero.

Y entonces otra chica terminaría en el pasillo, en cristal y resina.

A veces Lorraine miraba a las chicas en exhibición con una envidia tan evidente que era doloroso verla. Patético, claro, y exasperante, porque, carajo, estaba celosa de unas chicas que habían sido asesinadas; pero el Jardinero amaba a las chicas que tenía en los cristales. Las saludaba cuando pasaba junto a ellas, hacía visitas solo para contemplarlas, recordaba sus nombres, decía que eran suyas. A veces creo que Lorraine anhelaba unirse a ellas algún día. Extrañaba el tiempo en el que el Jardinero

la amaba a ella como nos amaba a las demás.

Creo que no se daba cuenta de que eso nunca pasaría. Las chicas en el cristal eran preservadas en la cima de su belleza, con las alas de su espalda brillantes y coloridas, destacando en su piel joven e impecable. El Jardinero jamás se molestaría en preservar a una mujer de cuarenta —o los años que tuviera cuando muriera—, cuya belleza se había perdido años atrás.

Las cosas hermosas viven poco, como me dijo la primera vez que nos vimos.

Él se encargaba de eso y luego se esforzaba para darle a sus Mariposas un extraño tipo de inmortalidad.

Ni Victor ni Eddison tienen una respuesta.

Nadie pide que lo asignen a crímenes contra niños porque se aburra. Siempre hay una razón. Victor se asegura de conocer las razones de quienes trabajan para él. Eddison observa sus puños sobre la mesa y Victor sabe que está pensando en su hermanita, que desapareció cuando tenía ocho años y nunca fue encontrada. Los casos sin resolver siempre lo perturbaban, que las familias tengan que esperar respuestas que quizá nunca lleguen.

Victor piensa en sus hijas. No porque les haya pasado algo, sino porque sabe que enloquecería si algo llegara a pasarles.

Pero como es algo muy personal, como son apasionados, los agentes de crímenes contra menores generalmente son los primeros en quebrarse y agotarse. Después de tres décadas en el departamento, Victor ha visto que le ha pasado a muchos agentes, tanto a los buenos como a los malos. Casi le pasó a él tras un caso particularmente grave, tras demasiados funerales con ataúdes diminutos para niños que no habían podido salvar. Sus hijas lo convencieron de quedarse. Le dijeron que era su superhéroe.

Esta chica nunca ha tenido un superhéroe. Victor se pregunta si acaso ha deseado tener uno.

Ella los observa y su rostro no revela nada sobre sus pensamientos; Victor tiene la incómoda sensación de que los entiende mucho mejor de lo que ellos la entienden a ella.

—Cuando el Jardinero iba por ti, ¿alguna vez llevó a su hijo? —pregunta, intentando recuperar un poco de control en la sala.

—¿*Llevar* a su hijo? No, pero Avery iba y venía casi a placer.

—¿Alguna vez él te…?

—Recité a Poe algunas veces mientras me dedicaba sus atenciones —responde encogiéndose de hombros—. Pero yo no le gustaba a Avery. No podía darle lo que quería.

—¿Qué era?

—Miedo.

El Jardinero solamente mataba por tres razones.

Primero, porque eran demasiado viejas. La fecha de caducidad era una cuenta regresiva hasta llegar a veintiuno y después de eso, bueno, la belleza es efímera y escurridiza, y él tenía que capturarla mientras pudiera.

La segunda razón estaba relacionada con la salud. Si estaban demasiado enfermas, demasiado heridas o demasiado embarazadas. Bueno, solo embarazadas, supongo. Estar demasiado embarazada es como estar demasiado muerta; no es un estado flexible, en realidad. Siempre lo ponían un poco de malas los embarazos; Lorraine nos ponía cuatro veces al año unas vacunas que se suponía que prevenían ese tipo de inconvenientes, pero ningún método anticonceptivo es completamente confiable.

La tercera razón era si una chica no se adaptaba totalmente al Jardín. Si tras las primeras semanas no podía dejar de llorar, si intentaba morirse de hambre o seguía buscando la forma de matarse después de cierto número «aceptable» de veces. Las chicas que luchaban demasiado, las chicas que se quebraban.

Avery mataba chicas por diversión y a veces por accidente. Siempre que eso pasaba, su padre lo vetaba del Jardín por un tiempo, pero luego volvía.

Yo llevaba casi dos meses cuando fue a buscarme. Lyonette estaba con una chica nueva que aún no tenía nombre y Bliss estaba aguantando al Jardinero, así que yo me encontraba en el pequeño risco sobre la cascada con Poe, intentando memorizar «Tierra de hadas». La mayoría de las otras chicas no podían subir al peñasco sin que les dieran ganas de lanzarse, así que casi siempre lo tenía para mí sola. Era un lugar tranquilo. Silencioso, pero, claro, el Jardín siempre estaba en silencio. Incluso, cuando algunas de las chicas que se habían adaptado mejor jugaban escondidas o quemados, nunca hacían ruido. Todo se hacía con discreción, y ninguna de nosotras sabía si así lo prefería el Jardinero o si tan solo era un instinto. Como grupo, aprendíamos todas nuestras conductas de otras Mariposas, quienes las habían aprendido de otras Mariposas, porque el Jardinero llevaba más de treinta malditos años llevando chicas.

No secuestraba a nadie menor de dieciséis, y si tenía que equivocarse, prefería a otras mayores, si no estaba seguro, así que la máxima esperanza de vida de una Mariposa era de cinco años. Sin contar las que se traslapaban, eran más de seis generaciones de Mariposas.

Cuando conocí a Avery en el restaurante, llevaba un esmoquin como su padre. Yo estaba sentada con la espalda contra una roca y el libro sobre mis rodillas mientras disfrutaba el calor del sol que atravesaba el techo de cristal; levanté la vista cuando noté que su sombra caía sobre mí y lo encontré vestido con unos *jeans* y una camisa formal abierta. Tenía arañazos en el pecho y lo que parecía ser la marca de una mordida en su cuello.

—Mi padre quiere quedárselas a todas —dijo—. No me ha dicho nada sobre ti, ni

siquiera tu nombre. No quiere que te recuerde.

Di la vuelta a la página y volví a mirar el libro.

Tomó mi cabello con una de sus manos para levantar mi cara, y estrelló la otra dolorosamente contra ella.

—Aquí no hay un garrotero que te salve. Esta vez vas a recibir lo que te mereces.

No solté el libro ni dije nada.

Me volvió a golpear y la sangre corrió sobre mi lengua desde mi labio partido mientras unas luces de colores danzaban frente a mis ojos. Me arrancó el libro y lo lanzó al arroyo; lo observé desaparecer por el borde de la cascada para no tener que mirarlo a él.

—Vas a venir conmigo.

Me llevó agarrada del cabello, el cual Bliss me había recogido en una elegante trenza francesa que rápidamente se deshizo en sus manos. Si no me movía lo suficientemente rápido para su gusto, se daba la vuelta y me volvía a golpear. Las chicas desviaban la mirada cuando pasábamos junto a ellas, y una incluso comenzó a llorar, aunque las que estaban más cerca de ella rápidamente la acallaron por si Avery decidía que una llorona sería más divertida.

Me lanzó a un cuarto en el que no había estado nunca, cerca de la sala de tatuajes, al frente del Jardín. La habitación estaba cerrada con candados a menos que él estuviera jugando. Ya había una chica ahí, con las muñecas atadas a la pared con pesados grilletes. La sangre, que corría desde una asquerosa mordida en uno de sus pechos, le cubría los muslos y parte de la cara, y su cabeza colgaba hacia adelante en un ángulo extraño. No levantó la vista aunque caí en el suelo con un golpe muy sonoro.

Ella no respiraba.

Avery acarició el cabello rojizo de la chica, enredando sus dedos en él para jalar la cabeza hacia atrás. Había marcas de dedos alrededor de su cuello y un hueso sobresalía de su piel a un lado.

—No era tan fuerte como tú.

Se lanzó hacia mí, claramente esperando que me defendiera, pero no lo hice. No hice nada.

No, eso no es completamente cierto.

Recité a Poe, y cuando me quedé sin versos que me supiera, los repetí una y otra y otra vez hasta que me lanzó contra la pared con un gesto de asco y salió molesto de la habitación con los *jeans* desabrochados. Supongo que podría decir que gané.

Aunque en ese momento no se sintió como una victoria.

Cuando el cuarto al fin dejó de girar, me levanté y busqué una llave o un pestillo, lo que fuera para soltar a la pobre chica de esas gruesas esposas. Nada. Encontré un armario cerrado donde, cuando abrí la puerta tanto como el candado lo permitía, vi látigos y mayales; encontré barras, pinzas y cosas de las que mi mente se quería alejar entre escalofríos; encontré toda clase de cosas, de hecho, excepto una manera de darle

a la chica al menos un poco de dignidad.

Así que busqué los restos de mi vestido y encontré la forma de envolverla hasta que las partes más íntimas de su cuerpo quedaron cubiertas; besé su mejilla y me disculpé con todo el corazón, como nunca antes me había disculpado con nadie.

—Ya no puede volver a hacerte daño, Giselle —susurré sobre su piel ensangrentada.

Y caminé desnuda por el pasillo.

Todo me dolía, y cada chica con la que me cruzaba hacía un gesto de compasión. Ninguna me ofreció ayuda. Se suponía que teníamos que ir con Lorraine para eso, para que pudiera evaluar cada herida y reportársela al Jardinero, pero no me sentía con ganas de ver su cara inexpresiva ni sentir cómo presionaba con más fuerza de la necesaria los moretones que se me estaban formando. Tras recoger las ruinas del libro de poesía de donde había caído en el estanque, volví a mi habitación y me senté en el estrecho espacio de mi regadera. El agua saldría hasta la noche; cada una teníamos una hora asignada, a menos que acabáramos de estar con el Jardinero. Las chicas que llevaban más tiempo ahí podían abrir el agua; otro privilegio que se ganaba, pero aún no era mi caso. No lo fue durante algunos meses más.

Tenía tantas ganas de llorar. Había visto que la mayoría de las chicas lo hacían una y otra vez, y algunas de ellas incluso parecían sentirse mejor después. Yo no lloraba desde lo del maldito carrusel, cuando tenía seis años, cuando me quedé atrapada en ese caballo hermosamente pintado y di vueltas y vueltas mientras mis padres se alejaban y se olvidaban de mí por completo. Y resultó que sentarme en el suelo de la regadera esperando el agua, que llegaría en horas, haría que se subiera ese interruptor.

Bliss llegó con agua de su propio baño aún corriendo por su piel y el cabello envuelto en una brillante toalla azul, el color de las alas que tenía tatuadas en su espalda.

—Maya, ¿qué…? —Se detuvo de golpe, contemplándome—. Maldita sea, ¿qué pasó?

Me dolía hablar, por mi labio hinchado y mi quijada adolorida tras tantas bofetadas, entre otras cosas.

—Avery.

—Espera aquí.

Porque, claro, había muchos lugares a los que podía irme.

Pero cuando volvió, regresó con el Jardinero, quien estaba extrañamente desaliñado. Ella no dijo ni una palabra, solamente lo hizo pasar al cuarto, soltó su mano y se fue.

Al Jardinero le temblaban las manos.

Cruzó el cuarto con lentitud, y la expresión de horror de su cara crecía mientras catalogaba cada una de las heridas visibles, cada marca de dientes y arañazos, cada moretón profundo o marca de dedos. Porque lo más enfermo de todo era —y hay

mucho entre lo cual elegir— que en verdad le importábamos, o al menos lo que creía que éramos. Se hincó frente a mí y me inspeccionó con ojos preocupados y dedos suaves.

—Maya, yo… Lo siento mucho. De verdad.

—Giselle está muerta —susurré—. No pude bajarla.

Cerró los ojos con un gesto de dolor sincero.

—Ella puede esperar. Vamos a atenderte a ti.

Hasta entonces no me había dado cuenta de que él tenía una *suite* en el Jardín. Mientras pasábamos por el cuarto de tatuajes, llamó a gritos a Lorraine. Pude escucharla corriendo desde la enfermería, que estaba en el cuarto de al lado, con su cabello gris y café que se le había escapado de la coleta cayendo sobre su cabeza.

—Consígueme vendas y antiséptico. Algo para la inflamación.

—¿Qué pas…?

—¡Solo tráelo! —La interrumpió. La miró con rabia hasta que desapareció; ella volvió un momento después con una pequeña bolsa de malla llena de suministros envueltos deprisa.

El Jardinero ingresó un código en el teclado de la pared y una sección de esta se deslizó hacia atrás y se retiró, revelando un cuarto decorado en colores bermellón, dorado oscuro y caoba. Había un sofá que se veía cómodo, un sillón reclinable bajo una alta lámpara de lectura, una televisión montada en la pared, y eso fue todo lo que alcancé a ver antes de que me llevara por otra puerta hacia un baño, con un *jacuzzi* más grande que mi cama. Me ayudó a sentarme en el borde y abrió la llave, luego mojó una toalla para limpiarme la mayor parte de la sangre.

—No permitiré que te vuelva a hacer esto —susurró—. Mi hijo está…, mi hijo carece de autocontrol.

Entre otras cosas.

Y así como le permitía hacerme otras cosas, lo dejé curarme, cuidarme y acomodarme en su cama mientras él iba con Lorraine por una bandeja. No hubiera creído que podría dormir, pero lo hice durante toda la noche, sintiendo su aliento en mi nuca mientras acariciaba mi cabello y mi costado.

La tarde siguiente, mientras descansaba en mi propia cama y Bliss me hacía compañía, Lorraine me lanzó un paquete. Mientras Bliss mascullaba algo sobre perras malhumoradas que deberían meter la cabeza en un horno, desenvolví el papel café y comencé a reír.

Era un libro de Poe.

—Entonces, ¿el Jardinero no estaba de acuerdo con lo que había hecho su hijo?

—El Jardinero nos adoraba y de verdad lamentaba matarnos. Avery simplemente era… —Niega con la cabeza, doblando las piernas debajo de su cuerpo en la silla. Hace un gesto de dolor y pone una mano sobre su estómago—. Perdón, pero de

verdad necesito ir al baño.

La analista abre la puerta un minuto después. Inara se levanta y se dirige a ella, luego le echa una mirada a Victor como pidiéndole permiso. Cuando él asiente, ambas se van y cierran la puerta.

Victor revisa las fotos de los pasillos, intentando contar los pares de alas.

—¿Crees que estas son todas las chicas que secuestró? —pregunta Eddison.

—No. —Suspira Victor—. Quisiera poder decir que sí, pero ¿y si una chica fue herida de tal manera que su espalda o sus alas se maltrataron? Dudo que las pusiera en exhibición, porque todas están en perfectas condiciones.

—Están muertas.

—Pero perfectamente conservadas. —Levanta la foto de un primer plano—. La chica dijo que es cristal y resina, los técnicos en el lugar del crimen ¿ya lo confirmaron?

—Lo averiguaré.

Se aleja de la mesa y saca el celular de su bolsillo. En todo el tiempo que llevan trabajando juntos, Victor nunca ha visto que Eddison sea capaz de quedarse quieto mientras habla por teléfono, y en cuanto marca el número, comienza a caminar de un lado a otro por la pequeña habitación como si fuera un tigre enjaulado.

Tomando la pluma de la libreta de su compañero, Victor escribe sus iniciales en la bolsa que tiene la colección de identificaciones y la abre, dejando que las credenciales de plástico se esparzan sobre la mesa. Eddison le lanza una mirada curiosa que Victor ignora completamente mientras las revisa hasta encontrar el nombre que está buscando: Cassidy Lawrence.

Lyonette.

Su licencia de manejo apenas tenía tres días cuando la secuestraron, y en la fotografía una chica bonita resplandece por la emoción. Es un rostro hecho para las sonrisas, para la alegría, y Victor intenta envejecerla para convertirla en la chica de ojos salvajes que recibió a Inara en el Jardín. Casi no lo consigue. Aun cuando compara la identificación con la imagen de las alas color calabaza atrapadas en el cristal, no puede lograr aceptar la conexión.

—¿Cuál de ellas supones que es Giselle? —pregunta Eddison guardándose el celular en el bolsillo.

—Hay demasiadas pelirrojas como para adivinarlo, a menos que Inara pueda decirnos qué mariposa tenía.

—¿Cómo pudo haber pasado treinta años haciendo esto sin que lo notáramos?

—Si la policía no hubiera recibido esa llamada y visto nuestras marcas sobre algunos de esos nombres, ¿cuánto más crees que hubiera pasado sin que nadie se diera cuenta?

—Es una pregunta terrible.

—¿Qué dijeron los técnicos?

—Están cerrando la escena del crimen por hoy, dándole un *tour* a los guardias de

esta noche. Dijeron que intentarían abrir los exhibidores mañana.

—¿Cerrando? —Gira la muñeca para ver su reloj. Son casi las diez—. Por Dios.

—Vic…, no podemos dejarla ir. Podría desaparecer de nuevo. No estoy convencido de que no sea parte de esto.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué no la presionas más?

—Porque es demasiado inteligente y lo usaría en nuestra contra, y… —Se ríe con ganas—. Es demasiado listilla, seguro lo disfrutaría. Dejémosla que lo haga a su manera; lo único que nos quita es tiempo, y este es uno de los pocos casos en los que tenemos tiempo. —Se inclina hacia adelante, juntando sus manos sobre la mesa—. Los sospechosos no están en buenas condiciones, podrían sobrevivir esta noche o no. Ella es lo mejor que tenemos para conocer la historia completa del Jardín.

—Si dice la verdad.

—En realidad, no nos ha mentido.

—Que lo sepamos. Por lo general, la gente que tiene una identificación falsa no es inocente, Vic.

—Quizás está diciéndonos la verdad sobre por qué la tiene.

—Aun así, es ilegal, y aun así no confío en ella.

—Dale tiempo. Eso permitirá que las otras chicas se recuperen lo suficiente para hablar. Entre más tiempo la mantengamos aquí, mayores son nuestras posibilidades de hacer que las otras chicas hablen.

Eddison nuestra un gesto de inconformidad, pero asiente.

—Es irritante.

—Algunas personas se quedan rotas. Algunas otras recogen sus partes y las vuelven a unir con todos los filos hacia afuera.

Poniendo los ojos en blanco, Eddison recoge las identificaciones y las vuelve a meter en la bolsa de evidencia. Acomoda cuidadosamente las fotos en una pila, y alinea los bordes con la esquina de la mesa.

—Estamos despiertos desde hace más de treinta y seis horas. Tenemos que dormir.

—Sí…

—¿Y qué hacemos con ella? No podemos permitir que desaparezca. Si la llevamos de nuevo al hospital y la senadora se entera de su existencia…

—Se quedará aquí. Conseguiremos algunas cobijas, ve si podemos buscar un catre, y en la mañana lo retomaremos.

—¿En serio crees que es una buena idea?

—Es mejor idea que dejarla ir. Si la mantenemos aquí en vez de llevarla a una celda, sigue siendo una sesión de interrogatorio. Ni siquiera la senadora Kingsley se va a meter en un interrogatorio en curso.

—¿Eso es lo que esperamos? —Eddison recoge la basura de la cena y la mete en una de las bolsas hasta que el papel se abre y explota por la presión, y va hacia la

puerta—. Conseguiré un catre.

Abre la puerta de golpe, mira con el ceño fruncido a Inara e Yvonne, que vienen de regreso, y se aleja. Yvonne le ofrece un movimiento afirmativo de cabeza a Victor y vuelve a la sala de observación.

—Qué hombre tan agradable —comenta Inara sin emoción, y se tumba en su asiento al otro lado de la mesa. Ya no hay manchas de hollín y mugre en su cara y su cabello está perfectamente enrollado en un pesado chongo.

—Es útil para algunas cosas.

—Por favor, dígame que hacer que los niños problemáticos hablen no es una de ellas.

—Es mejor con los sospechosos —concede, y se gana una discreta sonrisa. Busca algo con lo cual ocupar sus manos, pero el carácter compulsivo de Eddison dejó la mesa perfectamente ordenada—. Cuéntame sobre la vida en el Jardín.

—¿Cómo?

—El día a día, cuando no pasaba nada fuera de lo ordinario. ¿Cómo era?

—Asquerosamente aburrido —responde de modo sucinto.

Victor se aprieta el hueso de la nariz.

No, pero, en serio, era aburrido.

Generalmente había veinte o veinticinco chicas en el Jardín al mismo tiempo, sin contar a Lorraine porque, la verdad, ¿por qué íbamos a contarla para lo que sea? Salvo cuando estaba fuera de la ciudad, el Jardinero nos «visitaba», al menos a una al día, a veces a dos o tres, si no tenía que trabajar o pasar tiempo con su familia o amigos, lo cual significaba que aun entonces no estaba con todas en una misma semana. Después de lo que nos hizo Avery, nada más tuvo permiso de ir al Jardín una vez a la semana, y solo bajo supervisión de su padre, aunque se resistía a eso tanto como podía. De cualquier modo, no duró mucho tiempo.

El desayuno se servía en la cocina a las siete treinta, y teníamos hasta las ocho para comer, de manera que Lorraine pudiera recoger todo. No podías saltarte comidas —ella nos vigilaba mientras comíamos y le daba un reporte al Jardinero—, pero durante alguna de ellas estaba permitido no tener «tanta hambre». Si lo hacías dos veces, ella iba a tu habitación para hacerte un chequeo.

Después del desayuno —salvo las dos mañanas de mantenimiento, cuando estábamos atrapadas detrás de las paredes—, éramos libres hasta las doce, cuando se servía el almuerzo durante otra media hora. La mitad de las chicas volvía a la cama, como si creyeran que pasarse los días dormidas haría que estos transcurrieran más rápido. Por lo general, yo seguía el ejemplo de Lyonette, incluso después de que terminó en el cristal, y todas las mañanas estaba disponible para cualquier chica que necesitara hablar. La cueva debajo de la cascada se convirtió en una especie de oficina. Había cámaras y micrófonos por todos lados, pero el ruido de la cascada, aun

tan pequeña como esa, dificultaba que las conversaciones se captaran con claridad.

—¿Y él lo permitía? —pregunta Victor con incredulidad.

—Cuando se lo expliqué, sí.

—¿Se lo explicaste?

—Sí. Una noche, durante la cena, me llevó a su *suite* para preguntarme al respecto, supongo que para asegurarse de que no estuviéramos planeando una rebelión o algo así.

—¿Y cómo se lo explicaste?

—Le dije que las chicas necesitaban un poco de privacidad para conservar su salud mental, y siempre que esas conversaciones mantuvieran a las Mariposas sanas y cuerdas, ¿cuál era el jodido problema? Bueno, lo expresé de una manera un poco más elocuente que eso. Al Jardinero le gustaba la elegancia.

—Esas conversaciones con las chicas…, ¿cómo eran?

Con algunas solo eran de desahogo. Estaban inquietas, asustadas y furiosas, y necesitaban hablar con alguien para sacar todos esos sentimientos. Caminaban de un lado a otro, soltaban su ira y golpeaban las paredes, pero al final, cuando sus manos y corazones estaban adoloridos, al menos se sentían un poco más lejos de quebrarse. Eran chicas como Bliss, solo que no tenían su valor.

Bliss decía lo que quería, donde y cuando quería. Como dijo cuando la conocí, el Jardinero nunca nos pidió que lo amáramos. Quería que lo hiciéramos, creo, pero nunca nos lo pidió. Me parece que valoraba la honestidad de Bliss, al igual que llegó a valorar mi crudeza.

Algunas de las chicas necesitaban consuelo, algo en lo que yo no era especialmente buena. Podía soportar algunas lágrimas, o las lágrimas que salían durante el primer mes en el Jardín, pero cuando seguían y seguían y seguían durante semanas y meses e, incluso, años… bueno, por lo general, era entonces cuando perdía la paciencia y les decía que lo superaran.

O, si me sentía magnánima ese día, las enviaba con Evita.

Evita era una Vanesa Americana: el tatuaje de su espalda tenía delicados naranjas y amarillos pardos, y las puntas de las alas se abrían formando intrincados patrones negros. Evita era dulce, pero no muy brillante. No lo digo con maldad, solo es la verdad. Tenía el entendimiento de un niño de seis años, así que el Jardinero era una fuente de asombro diario para ella. El Jardinero solo la visitaba una o dos veces al mes, porque ella se sentía muy confundida y asustada ante lo que él quería, y Avery no tenía permitido ni siquiera acercársele. Cada vez que se iba con el Jardinero, a todas nos preocupaba que terminara en el cristal, pero su dulzura tan simple era algo que él parecía apreciar.

Esa dulzura simple significaba que podías acercarte con los ojos llenos de lágrimas y ella te abrazaría, te acariciaría y haría sonidos tontos hasta que dejaras de llorar; escucharía cómo le abrías tu corazón sin decir una palabra. A esas chicas, estar cerca de la luminosa sonrisa de Evita siempre las hacía sentir mejor.

Por mi parte, estar cerca de Evita solo me hacía sentir triste, pero cuando el Jardinero la solicitaba, ella acudía a mí, y era la única persona cuyas lágrimas siempre pude perdonar.

—¿Hay que enviar a un experto en discapacidades al hospital?

La chica niega con la cabeza.

—Murió hace unos seis meses. Fue un accidente.

Alrededor de las once quince, la «oficina» cerraba, y algunas corríamos dando vueltas por los pasillos. Cuando estaba presente, Lorraine nos miraba con odio, pero nunca decía nada al respecto, porque, a decir verdad, era el único ejercicio que hacíamos. El Jardinero no nos daba pesas, ni caminadoras ni nada, porque le preocupaba que las usáramos para lastimarnos. Luego, después del almuerzo, teníamos la tarde libre hasta la cena, a las ocho en punto.

Era entonces cuando el aburrimiento atacaba.

La cima del peñasco se volvió mi espacio personal, aún más que la cueva de la cascada, porque yo era una de las pocas que disfrutaba escalar y recostarme cerca del cristal que marcaba los confines de nuestra prisión. La mayoría de las chicas se sentía mejor fingiendo que el cielo no estaba tan cerca, pretendiendo que nuestro mundo era más grande de lo que era y que nada nos esperaba en el Exterior. Si eso las ayudaba, no iba a discutir con ellas. Pero a mí me encantaba estar ahí arriba. Algunos días, incluso trepaba los árboles, me estiraba y presionaba la mano contra el cristal. Me gustaba recordarme que había un mundo más allá de mi jaula, aunque no fuera a volver a verlo.

Al principio, algunas veces Lyonette, Bliss y yo nos tendíamos bajo el sol de la tarde y hablábamos o leíamos. Lyonette hacía sus creaciones de origami, Bliss jugaba con la arcilla polimérica que le compraba el Jardinero y yo leía en voz alta obras de teatro, novelas y poesía.

Pero a veces bajábamos al nivel principal, donde el arroyo dividía la hierba, tan crecida que casi parecía una jungla, y pasábamos el rato con las otras chicas. A veces simplemente leíamos juntas o hablábamos de cosas menos delicadas, pero también jugábamos cuando nos aburríamos lo suficiente.

Aquellos eran los días que parecían hacer más feliz al Jardinero. Sabíamos que había cámaras en todos lados, porque por las noches se veían unos puntos rojos que parpadeaban, pero en los días en los que jugábamos, él iba al Jardín y nos observaba

desde las rocas junto a la cascada, con una sonrisa suave en su rostro, como si ese fuera su gran sueño.

Creo que el hecho de que no corriéramos a nuestros cuartos o a realizar alguna otra actividad solitaria en el instante mismo en que lo veíamos llegar es una prueba de lo aburridas que llegábamos a estar.

Hace seis meses, unas diez chicas estábamos jugando a las escondidas y Danelle era la que buscaba. Tenía que contar hasta cien, cerca del Jardinero, porque era el único lugar donde ninguna de nosotras se escondería, así que también era el único lugar donde no nos podría escuchar fácilmente mientras nos escondíamos. No estoy segura de si él comprendía la lógica o no, pero parecía encantando de ser parte del juego, aunque solo fuera tangencialmente.

Yo casi siempre trepaba el árbol durante esos juegos, más que nada porque practicar durante dos años en las escaleras de emergencia del departamento me había hecho capaz de subir más alto y más rápido que cualquiera. Las demás podían encontrarme con bastante facilidad, pero no alcanzaban a tocarme.

Evita tenía miedo a las alturas, así como lo tenía a los espacios cerrados. Por las noches siempre se quedaba alguien con ella por si las paredes bajaban, para que no estuviera sola y aterrada. Evita nunca trepaba. Salvo ese día. No sé por qué quiso hacerlo, sobre todo cuando vimos lo asustada que estaba cuando llegó a unos dos metros del suelo; pero, aunque le gritamos que no pasaba nada, que podía esconderse en otro lado, estaba decidida.

—Puedo ser valiente —dijo—. Puedo ser tan valiente como Maya.

El Jardinero nos observaba junto a Danelle, con preocupación en los ojos, como lo hacía siempre que alguna hacía algo fuera de lo común.

Danelle llegó al noventa y nueve y se detuvo, dándole más tiempo a Evita para esconderse. Lo hacíamos a veces, si aún podíamos escucharla. Danelle se mantuvo de espaldas y con las manos sobre su rostro tatuado, esperando el silencio.

A Evita le tomó casi diez minutos, pero subió centímetro tras centímetro hasta que estuvo a cuatro metros y medio, sentada sobre una de las ramas. Las lágrimas corrían por su rostro, pero miró al árbol cercano donde estaba yo y me ofreció una sonrisa temblorosa.

—Puedo ser valiente —afirmó.

—Eres muy valiente, Evita —le respondí—. Más valiente que todas nosotras.

Asintió y miró hacia abajo entre sus pies, hacia el suelo, que se veía tan lejano.

—No me gusta estar aquí arriba.

—¿Quieres que te ayude a bajar?

Ella asintió de nuevo.

Me paré sobre mi rama con cuidado y me di la vuelta para bajar del árbol, en ese momento escuché que Ravenna gritaba detrás de mí:

—¡Evita, no! ¡Espera a Maya!

Miré sobre mi hombro justo a tiempo para ver que Evita movía los brazos como si

fueran las aspas de un molino balanceándose mientras avanzaba por la rama hasta que esta fue demasiado estrecha para soportar su peso. La rama se quebró y Evita gritó a la vez que caía. Todas salieron corriendo de sus escondites para intentar ayudarla, pero en ese momento su cabeza se golpeó contra una de las ramas bajas produciendo un terrible chasquido, y sus gritos se detuvieron abruptamente.

Cayó en el estanque salpicando con fuerza y se quedó quieta.

Me bajé del árbol tan rápido como pude, raspándome piernas y brazos con la corteza, pero nadie más se movió, ni siquiera el Jardinero. Todos contemplaban a la niña en el estanque, la sangre que se alejaba flotando de su cabello rubio claro. Chapoteando por el arroyo, tomé su tobillo y la jalé para acercarla a mí.

Finalmente, el Jardinero fue corriendo y, sin pensar siquiera en su ropa fina, me ayudó a sacarla del agua y llevarla a tierra firme. Los hermosos ojos azules de Evita estaban abiertos de par en par, pero no había forma de hacerla respirar.

Parte del chasquido había sido su cuello rompiéndose.

La muerte era algo extraño en el Jardín, una amenaza omnipresente, pero no algo que realmente *viéramos*. Las chicas simplemente desaparecían, y un par de alas ocupaba su lugar en un exhibidor en los pasillos. Para la mayoría de ellas, esa era la primera vez que veían la muerte de frente.

Al Jardinero le temblaban las manos mientras retiraba el cabello mojado del rostro de Evita y acunaba el desastre empapado en la parte trasera de su cráneo, donde se había golpeado con la rama. Luego, todas lo miramos a él en vez de a Evita, porque *estaba llorando*. Todo su cuerpo se estremecía con la fuerza de sus sollozos, con los ojos cerrados por completo para enfrentar ese dolor inesperado, y se mecía de atrás hacia adelante apretando contra su pecho el cuerpo de Evita mientras la sangre manchaba sus mangas y el agua empapaba su camisa y sus pantalones.

Y entonces fue como si nos hubiera quitado hasta nuestras lágrimas. Alertadas por los gritos, las otras chicas habían venido corriendo desde sus cuartos y otros lugares del Jardín, y las veintidós nos quedamos ahí juntas, en un silencio de ojos secos, mientras nuestro captor lloraba por la muerte de una de las chicas que él *no* había matado.

La chica toma el montón de fotos de los pasillos y las recorre hasta que encuentra la que busca.

—El Jardinero acomodó su cabello para que no se viera el daño —le informa a Victor, extendiéndole la foto para que la vea—. Pasó el resto de ese día y toda la noche haciendo algo en un lugar donde no podíamos verlo; las paredes bajaron, y al día siguiente ella apareció en el cristal y él estaba dormido delante, con los ojos rojos e hinchados. Se quedó ahí el resto del día, frente a ella. Hasta hace un par de días tocaba el cristal cada vez que pasaba junto a ella, incluso, aunque ya no parecía darse cuenta de que lo hacía. Aun cuando el cristal estaba cubierto, tocaba la pared.

—Ella no fue la única muerte accidental, ¿verdad?

La chica niega con la cabeza.

—No, ni de cerca. Pero Evita era…, bueno, era dulce. Profundamente inocente, incapaz de comprender las cosas malas. Cuando le ocurrían, la tocaban ligeramente y luego la dejaban ir. En cierto sentido, creo que era la más feliz de todas, simplemente porque no sabía ser de otra forma.

Eddison entra con un rechinido de metal barato, arrastrando un catre con una mano y con el otro brazo lleno de cobijas y pequeñas almohadas. Lo deja todo en la esquina más alejada y, jadeando, voltea hacia su compañero.

—Acabo de recibir una llamada de Ramírez: el hijo está muerto.

—¿Cuál?

Las palabras se pronuncian con tanta suavidad, tan llenas de aire y de una emoción imposible de definir, que Victor no está del todo seguro de haberlas escuchado. Mira a la chica, pero sus ojos están clavados en Eddison mientras raspa debajo de la gasa con una de sus uñas hasta que algo carmesí recorre su dedo.

Eddison está igualmente desconcertado. Mira a Victor, quien se encoge de hombros.

—Avery —responde Eddison, perplejo.

La chica se dobla sobre sí misma, escondiendo el rostro en sus brazos. Victor se pregunta si está llorando, pero cuando levanta la cabeza un minuto después, tiene los ojos secos. Está acongojada de una forma nueva e inexplicable, pero con los ojos secos.

Eddison le echa una mirada de incomprensión a Victor, pero él no logra ni imaginarse qué está pasando por la cabeza de esta chica. ¿No debería estar feliz de que su verdugo esté muerto? O, al menos, aliviada. Y quizá hay algo de eso enterrado en su complejidad, pero se ve más resignada que otra cosa.

—¿Inara?

Sus ojos café claro van hacia el catre mientras se rasca bajo la gasa de las dos manos con los dedos.

—¿Esto significa que puedo dormir? —pregunta sin emoción.

Victor se levanta y le hace una señal a Eddison para que salga del cuarto. Él obedece sin decir nada, llevándose las fotografías y las bolsas de evidencia, y en menos de un minuto, Victor está solo con la chica rota, a quien podría no comprender nunca. Sin hablar, desdobla las patas chillonas del catre y lo acomoda en la esquina más lejana de la puerta, de manera que la mesa queda entre la chica y cualquiera que entre, y acomoda una de las cobijas como si fuera una sábana de base. La otra la dobla a los pies, con las almohadas apiladas cerca de la cabeza.

Cuando termina, se hinca junto a la silla de la chica y coloca una mano en su espalda con suavidad.

—Inara, sé que estás cansada, así que ahora te dejaremos dormir. Volveremos en la mañana con el desayuno y más preguntas, y espero que con algunas novedades

sobre las otras chicas para ti. Pero. Antes de que me vaya…

—¿Tiene que ser esta noche?

—¿El hijo menor ya sabía sobre el Jardín?

Ella se muerde el labio hasta que la sangre corre por su barbilla.

Con un suspiro profundo, el agente le pasa un pañuelo que saca de su bolsillo y avanza hacia la puerta.

—Des.

Él la mira aún con una mano en la puerta, pero la chica tiene los ojos cerrados y su rostro está lleno de un dolor que Victor no puede comprender.

—¿Disculpa?

—Su nombre es Des. Desmond. Y sí, sabía sobre el Jardín. Sobre nosotras.

Se le quiebra la voz, y aunque él sabe que un buen agente debe aprovechar una grieta, una vulnerabilidad como esta, ve a sus hijas ahí sentadas con ese dolor y simplemente no puede hacerlo.

—Habrá alguien observándote en la sala de operaciones —dice suavemente—. Si necesitas algo, ellos te ayudarán. Que duermas bien.

Ese sonido fracturado podría ser una risa, pero no es algo que Victor quiera volver a escuchar.

Cierra la puerta produciendo un clic apagado al salir.

2

La chica —le resulta raro decirle Inara cuando sabe que no es su verdadero nombre— sigue dormida, con el rostro hundido en el cuello de su chamarra, cuando llega Victor, que va a encontrarse con los somnolientos técnicos analistas del turno de la noche. Uno de ellos le entrega un montón de mensajes: reportes de cómo fue la noche en el hospital, de los agentes que estuvieron en la propiedad y los historiales de tantas de las involucradas como fue posible. Los revisa mientras bebe un café de la cafetería —ligeramente mejor que la cuestionable porquería que queda en la cafetera de la cocina de su equipo—, mientras intenta buscar la correspondencia entre las fotos y los nombres de las historias de la chica.

Apenas son las seis cuando entra Yvonne con los ojos hinchados por la falta de sueño.

—Buenos días, agente Hanoverian.

—Tu turno empieza a las ocho, ¿por qué no estás dormida?

La técnica simplemente niega con la cabeza.

—No podía dormir. Me quedé toda la noche en el cuarto de mi hija, meciéndome en la silla y contemplándola. Si alguien llegara a… —Niega con la cabeza de nuevo, esta vez con más fuerza, como si se sacudiera los malos pensamientos—. Me fui en cuanto mi suegra estuvo lo suficientemente despierta para encargarse de la bebé.

Considera decirle que busque una oficina y tome una siesta, pero, a decir verdad, duda que alguien del equipo haya dormido bien esta noche. Desde luego, él no lo hizo, atormentado por las fotos del pasillo y los recuerdos distantes de sus hijas corriendo en el patio con alas de mariposa como disfraz. Es más fácil que los horrores te alcancen una vez que ya no tienes nada que hacer.

Victor levanta la bolsa de lona que tiene a sus pies.

—Tengo un rol de canela recién hecho que te daré si me haces un favor —dice, y la observa levantarse con una súbita energía—. Holly me dio ropa para Inara, ¿crees que podrías acompañarla a los vestidores para que se bañe?

—Tu hija es un ángel. —La mujer, a través del cristal, le echa un vistazo a la chica dormida—. Pero odio tener que despertarla.

—Mejor tú que Eddison.

La agente sale de la habitación sin decir ni una palabra y, un momento después, la puerta de la sala de entrevistas se abre con un ligero rechinido.

Eso basta; la chica se incorpora enredada entre las cobijas y su propio cabello, con la espalda contra la pared, hasta que identifica a Yvonne, que está parada en la puerta con las manos extendidas. Se observan mutuamente hasta que Yvonne le ofrece una pequeña sonrisa.

—Buenos reflejos.

—Él solía quedarse en nuestras puertas a veces, siempre parecía decepcionado si no te dabas cuenta de que estaba ahí.

Bosteza, se estira y sus articulaciones crujen y truenan por lo incómodo del catre.

—Pensamos que te caería bien un baño —dice Yvonne extendiendo la bolsa de lona—. Tenemos ropa que debería quedarte bastante bien, y unos jabones.

—La besaría si hiciera ese tipo de cosas.

De camino a la puerta, da unos golpes en el cristal.

—Gracias, agente especial del FBI a cargo, Victor Hanoverian.

Él se ríe, pero no intenta responder.

Mientras ella no está, Victor se pasa a la sala de entrevistas para seguir revisando la nueva información. Otra chica murió en la noche, pero se espera que el resto viva. Contando a Inara, en total son trece. Trece sobrevivientes. Quizá catorce, dependiendo de lo que la chica pueda decirles sobre el joven. Si es el hijo del Jardinero, ¿fue cómplice de lo que hacían su padre y su hermano?

La chica sigue en el vestidor cuando entra Eddison, recién rasurado y esta vez vestido de traje. Deja una caja de pan danés sobre la mesa.

—¿Dónde está?

—Yvonne la llevó a las regaderas.

—¿Crees que hoy nos dirá algo?

—A su manera.

Un resoplido le deja saber lo que opina su compañero de esa idea.

—Pues, bueno.

Le entrega el montón de papeles que él ya ha revisado y por un rato los únicos sonidos que se escuchan son el pasar de las páginas y los ocasionales sorbos de café.

—Ramírez dice que la senadora Kingsley ha establecido su campamento en el *lobby* del hospital —le informa Eddison unos minutos más tarde.

—Lo vi.

—Según ella, la hija no quiere ver a la senadora; dice que no está lista.

—También lo vi. —Victor deja sus papeles sobre la mesa y se talla los ojos—. ¿La puedes culpar? Creció frente a las cámaras, todo lo que hacía se reflejaba en su madre. Ella conoce, probablemente mejor que cualquiera de las otras, el bombardeo mediático que las espera. Ver a su madre es el inicio de eso.

—¿Alguna vez te has preguntado si realmente somos los buenos?

—No dejes que la chica te meta ideas. —Sonríe ante la mirada de desconcierto de su compañero—. ¿Que si tenemos el trabajo perfecto? No. ¿Hacemos un trabajo perfecto? No. No es posible. Pero hacemos nuestro trabajo y al final del día hacemos mucho más bien que mal. Inara es buena para desviarnos, no permitas que te saque de quicio.

Eddison lee otro reporte antes de decir algo más.

—Patrice Kingsley, Ravenna, le dijo a Ramírez que quiere hablar con Maya antes de tomar una decisión sobre su madre.

—¿Quiere consejo? ¿O que alguien decida por ella?

—No dijo. Vic…

Victor espera.

—¿Cómo sabemos que no es como Lorraine? Ella cuidaba a estas chicas. ¿Cómo sabemos que no era para complacer al Jardinero?

—No lo sabemos —admite Victor—. Aún. Ya lo descubriremos.

—¿Antes de envejecer y morir?

El agente de rango superior pone los ojos en blanco y vuelve a sus papeles.

La chica que finalmente vuelve con Yvonne es otra persona, su cabello cepillado forma una lacia cascada que le llega hasta la cadera. Los *jeans* no le quedan del todo bien, son demasiado estrechos para su cadera y lleva los botones desabrochados para tener un poco más de espacio, pero los arrugados faldones de una camiseta sin mangas casi lo cubren, y un suéter verde musgo abraza sus curvas suaves. Unas delgadas sandalias azotan sutilmente contra el suelo mientras camina. Ya no tiene los vendajes, y Victor hace un gesto de dolor al ver las quemaduras moradas y rojas que envuelven sus manos, atravesadas por los cortes de vidrio y escombros que se ganó durante el escape.

Ella sigue su mirada hasta sus manos y las extiende para que las pueda ver mejor mientras se deja caer sobre una silla al otro lado de la mesa.

—Se sienten peor de lo que se ven, pero los doctores dicen que, mientras no haga estupideces, no debería perder movilidad en absoluto.

—¿Cómo estás de lo demás?

—Tengo algunos moretones encantadores y las costuras están un poco rosas y adoloridas en los bordes, pero no inflamadas. Probablemente estaría bien que un doctor las revisara en algún momento. Pero, ya sabe, estoy viva, lo cual es más de lo que puedo decir de mucha gente que conocí.

Espera que Victor comience con lo del chico. Él lo puede ver en su rostro, en la tensión en sus hombros, en la forma en que presiona con sus dedos las costras de la otra mano. Está preparada. Así que, en vez de eso, Victor le acerca la taza que queda —chocolate caliente en vez de café, teniendo en cuenta que el día anterior dijo que no le gustaba— y abre la envoltura metálica de los panes. Le da uno a Yvonne, quien agradece con un murmullo y se retira hacia la sala de observación.

Inara junta las cejas al verlo y ladea la cabeza como un pájaro, mientras analiza el contenido.

—¿Qué clase de panadería envuelve estas cosas en aluminio?

—La panadería conocida como mi madre.

—¿Su madre le hace el desayuno? —Su boca se convierte en algo que bien podría ser una sonrisa si estuviera menos sorprendida—. ¿También le puso su almuerzo en una bolsita de papel?

—Hasta me escribió una nota recordándome que hoy debo tomar buenas decisiones —miente con un gesto inexpresivo, y ella se muerde los labios para evitar que su sonrisa crezca—. Pero tú nunca tuviste nada parecido, ¿verdad? —agrega Victor con más suavidad.

—Una vez —lo corrige, y ya no quedan restos de humor en su rostro—. La pareja del otro lado de la calle que me llevó a la estación de autobuses, ¿recuerda? Ella me hizo el almuerzo, y dentro iba una nota que decía lo mucho que les alegraba haberme conocido y lo mucho que me iban a extrañar. También estaba su teléfono, y me pedían que los llamara cuando llegara a casa de la abuela para que supieran que estaba a salvo. Que los llamara cuando quisiera, solo para platicar. Junto a la firma, me mandaban abrazos, los dos, y hasta el bebé había puesto unas rayas al final con un crayón.

—No los llamaste, ¿verdad?

—Una vez —repite casi en un susurro. Recorre las líneas de cada corte y tajo con el dedo—. Cuando llegué a la estación cerca de la casa de la abuela, los llamé para decirles que ya estaba ahí. Pidieron hablar con la abuela, pero les dije que estaba buscando un taxi. Me dijeron que los llamara cuando quisiera. Me quedé en la banqueta de la estación, esperando un taxi y mirando fijamente ese tonto pedazo de papel. Luego lo tiré.

—¿Por qué?

—Porque conservarlo era una forma de hacerme daño. —Se incorpora en la silla, cruzando las piernas, y apoya el codo sobre la mesa—. Parece que usted tiene una extraña imagen de mí, como una niña perdida, como si me acabaran de tirar en la calle cual basura, o como un animal atropellado, pero ¿sabe?, los chicos como yo no estamos perdidos. Quizá somos los únicos que nunca nos perdemos. Siempre sabemos exactamente dónde estamos y adónde podemos ir… y adónde no podemos.

Victor niega con la cabeza; no quiere discutir ese punto, pero a la vez es incapaz de estar de acuerdo.

—¿Por qué las chicas de Nueva York no reportaron tu desaparición?

Ella pone los ojos en blanco.

—No teníamos ese tipo de relación.

—Pero eran amigas.

—Sí. Amigas que estaban huyendo de otras cosas. Antes de que yo llegara, la cama estaba desocupada porque la chica anterior había recogido sus cosas de pronto y se había ido. Su tío estaba furioso y andaba detrás de ella porque quería saber qué había pasado con el bebé que le había hecho a base de violaciones tres años antes. No importa qué tan cuidadosamente te escondas, siempre hay alguien que puede encontrarte.

—Solo si te están buscando.

—O si tienes la suficiente mala suerte.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Eddison.

—¿Qué? ¿Cree que yo quería que el Jardinero me secuestrara? Tenía toda la ciudad para esconderme, pero él me encontró.

—Eso no explica…

—Lo explica —responde ella con tranquilidad—. Si eres cierto tipo de persona.

Victor le da un trago a su café, intentando decidir si debería llevar la conversación en la dirección necesaria o dejar que siga con lo que podría o no ser útil.

—¿Qué clase de persona, Inara? —le pregunta al fin.

—Si esperas que nadie te note o que te olviden, siempre te sorprende al menos un poco cuando alguien te recuerda. Siempre estás al margen, intentando comprender a esas extrañas criaturas que esperan que la gente las recuerde y vuelva.

Se toma su tiempo mientras come el rol de canela, pero Victor sabe que aún no ha terminado con esa idea. Quizá todavía no está completamente formada: su hija menor hace eso a veces, simplemente se queda callada hasta que ha encontrado el resto de las palabras. No está seguro de si eso es lo que le ocurre a Inara, pero sigue siendo un patrón que conoce, así que patea a Eddison por debajo de la mesa para que siga callado cuando ve que su compañero abre la boca.

Eddison lo mira con enojo y arrastra su silla para alejarse varios centímetros de él, pero no dice nada.

—Las hijas de Sophia esperan que ella vuelva —continúa con suavidad. Se lame el azúcar de sus dedos lastimados y hace un gesto de dolor—. Están con una familia de acogida desde…, bueno, cuando me secuestraron, estaban ahí desde hacía casi cuatro años. Cualquiera entendería que hubieran perdido la esperanza. Pero no lo hicieron. Sin importar lo que pasara, sin importar qué tan mal estuvieran las cosas, sabían que Sophia luchaba por ellas. Sabían que siempre, *siempre* volvería por ellas. Yo no lo entiendo. Creo que no lo entenderé nunca. Pero, claro, yo nunca tuve a una Sophia.

—Pero tienes a Sophia.

—Tenía —corrige—. Y no es lo mismo. No soy su hija.

—Su familia, no obstante. ¿Cierto?

—Amigas. No es lo mismo.

Victor no está seguro de creerlo. No está seguro tampoco de que ella misma lo crea. Quizá es más fácil fingir que sí.

—Sus hijas siempre creen que va a volver a casa, ¿verdad, agente Hanoverian? —Se pasa una mano por la suave manga del suéter—. Tienen miedo de que un día pueda morir en el cumplimiento del deber, pero no creen que haya algo que pueda mantenerlo lejos de ellas mientras siga vivo.

—No te atrevas a hablar de sus hijas —grita Eddison, y ella sonríe con malicia.

—Se puede ver a sus niñas en sus ojos cada vez que me mira a mí o a una de esas fotografías. Son la razón por la que hace esto.

—Sí, lo son —admite Victor y se termina su café—. Y una de ellas mandó algo más para ti. —Mete la mano en su bolsillo y saca un tubo de brillo labial rojo cereza oscuro—. Este es de mi hija mayor, quien también te mandó la ropa.

Eso provoca en ella una sonrisa sorprendida, una real que hace que todo su rostro brille durante unos segundos y que sus ojos con destellos ámbar se arruguen en las orillas.

—Brillo labial.

—Dijo que era una cosa de chicas.

—Qué bueno, este color no le iría nada bien a usted. —Quita la tapa alegremente y aprieta el empaque hasta que una perla de color brillante sale de la orilla. Lo pasa por su labio inferior, y luego cubre el superior sin cometer errores ni dejar espacios vacíos, pese a que nunca dirige su mirada hacia el falso espejo—. Solíamos maquillarnos en el tren de camino al trabajo. La mayoría de nosotras podíamos ponernos todo sin siquiera mirar un espejo.

—Tengo que admitir que no es algo que yo haya intentado —replica él secamente.

Eddison acomoda la pila de papeles, alineando sus orillas perfectamente con las de la mesa. Victor lo observa; está acostumbrado a las compulsiones de su compañero, pero aún lo divierten. Eddison nota que lo observa y frunce el ceño.

—Inara —dice Victor finalmente, y ella abre los ojos sin ganas—, tenemos que comenzar.

—Des —suspira.

Él asiente.

—Cuéntame sobre Desmond.

Yo era la única a la que le gustaban los lugares altos del Jardín, así que fui la única que encontró el otro jardín. Sobre el peñasco, había un pequeño conjunto de árboles —y con «conjunto» quiero decir cinco—, que crecían exactamente junto al cristal. Al menos un par de veces a la semana trepaba uno de los árboles, me acomodaba en la curva de la rama más alta que pudiera sostenerme y aplastaba mi mejilla contra el cristal. A veces, si cerraba los ojos, podía fingir que estaba en la escalera de emergencia, junto a nuestro panel de ventanas, escuchando a Sophia hablar sobre sus niñas, o escuchando a un chico en otro edificio tocando el violín mientras Kathryn estaba sentada junto a mí. Delante de mí y a la derecha, podía ver el Jardín casi por completo, salvo los pasillos que lo rodeaban y lo que ocultaba el borde del risco. En la tarde, veía a las chicas jugando quemados o escondidas junto al arroyo, mientras una o dos flotaban en el pequeño estanque o estaban sentadas entre las rocas o los arbustos, con libros, crucigramas y diversas cosas.

Pero también podía ver más allá del Jardín, solo un poco. Hasta donde llegaba mi vista, el invernadero al que llamábamos el Jardín era en realidad uno de dos; uno estaba dentro del otro como si fueran muñecas rusas. El nuestro era el del centro, tremendamente alto, y nuestros pasillos lo envolvían formando un cuadrado. Los techos de nuestros cuartos no eran especialmente altos, pero las paredes negras y planas se elevaban hasta la altura de los árboles del peñasco y, al otro lado, otro techo de cristal cubría otro invernadero. Era más un borde que un verdadero cuadrado, un camino ancho bordeado de plantas, al menos el lado que podía ver. Era difícil verlo,

aun desde arriba de los árboles. Apenas un destello por aquí y por allá, donde el ángulo era correcto. Ese invernadero era el mundo real, con jardineros de los que nadie se escondía y puertas que conducían al Exterior, donde las estaciones cambiaban y la vida era una cuenta regresiva hasta los veintiún años.

El mundo real no tenía un Jardinero, sino un hombre al que quienes no eran Mariposas conocían de otra manera, al que le interesaban las artes y la filantropía y una especie de inversiones comerciales, o más bien, varias, por lo que a veces me dejaba saber. Ese hombre tenía una casa en alguna parte de la propiedad que no era visible ni siquiera desde los árboles. Ese hombre tenía esposa y familia.

Es decir, tenía a Avery, y claramente ese imbécil había salido de algún lado, pero bueno.

Había una esposa.

Y casi cada tarde ella y el Jardinero caminaban por el invernadero exterior de las dos a las tres, y ella ponía la mano en el codo de él para apoyarse. Era una mujer tan delgada que casi parecía enferma, con cabello negro y un estilo impecable. Desde tan lejos, eso era todo lo que yo podía ver. Caminaban con lentitud por un lado del cuadrado, deteniéndose de vez en cuando para inspeccionar una flor o una planta más de cerca, y luego avanzaban despacio hasta desaparecer de mi limitado campo de visión. Volvían una o dos veces más antes de terminar su caminata.

Ella era la que marcaba la velocidad y, cuando se retrasaba, él se volvía hacia ella, solícito. Era la misma ternura que les mostraba a sus Mariposas, suave y sincera, de una forma que hacía que sintiera como si unas arañas me recorrieran la piel.

Era la misma ternura con la que él tocaba el cristal de los exhibidores, la misma con la que lloró por Evita. También la noté en la manera en que sus manos temblaron cuando vio lo que Avery me había hecho.

Era amor; al menos como él lo conocía.

Dos o tres veces a la semana, Avery lo acompañaba, caminando detrás de ellos, y casi nunca se quedaba toda la hora. Normalmente daba una sola vuelta y luego entraba al Jardín, donde buscaba a alguien dulce e inocente que le diera fácilmente el miedo que él ansiaba.

Y dos veces a la semana, en días consecutivos que eran los mismos que nuestras mañanas de mantenimiento, aparecía un hijo más joven, de cabello oscuro y con la complexión pequeña de su madre. Como con su madre, el detalle se perdía en la distancia, pero era claro que lo adoraba. Cuando se les unía, ella se acomodaba entre su esposo y el hijo menor.

Durante meses los observé sin que me notaran, hasta que un día el Jardinero levantó la mirada.

Directamente hacia mí.

Mantuve la mejilla pegada contra el cristal, agazapada entre las altas ramas de mi árbol, y no me moví.

Fue hasta después de tres días cuando hablamos de eso, e incluso entonces fue en

una cama ajena, ni siquiera en la de una Mariposa.

Victor respira profundamente, alejando esa extraña imagen de normalidad. La mayoría de los locos a los que arresta son aparentemente normales.

—¿Había secuestrado a otra chica?

—Llevaba a varias durante el año, pero nunca antes de que la anterior estuviera completamente tatuada y más o menos adaptada.

—¿Por qué?

—¿Por qué llevaba a varias al año o por qué esperaba entre una y otra?

—Sí —responde Victor, y ella sonríe con malicia.

—En cuanto a lo primero, por… prudencia. Nunca llevaba a más chicas de las que podía mantener en el Jardín, por lo que generalmente solo iba de compras cuando una de las Mariposas moría. No siempre era así, pero sí, por lo general. Lo segundo… —Se encoge de hombros y extiende las manos sobre la mesa, estudiando los puntos de tejido quemado en el dorso—. Una nueva chica siempre implicaba una época de estrés en el Jardín. Todas se ponían de nervios, recordando sus propios secuestros y cómo había sido cuando habían despertado ahí la primera vez, y las inevitables lágrimas lo empeoraban todo. Una vez que una nueva chica se acostumbraba, las cosas estaban tranquilas por un tiempo, hasta la siguiente muerte, las siguientes alas en exhibición, la siguiente chica. El Jardinero siempre —casi siempre— era extremadamente sensible al estado de ánimo que prevalecía en el Jardín.

—¿Por eso permitía que Lyonette hiciera las veces de guía?

—Porque ayudaba, sí.

—Entonces, ¿cómo fue que tú terminaste haciéndolo?

—Porque alguien tenía que hacerlo, Bliss estaba demasiado enojada y el resto demasiado asustadas.

La primera chica a la que ayudé no fue la que llegó después de mí, sino la siguiente, porque Avery trajo al Jardín una gripe que estaba dejando su huella maldita entre las chicas.

Lyonette se sentía pésimo. Estaba pálida y sudorosa, con su cabello aleonado aplastado contra su cuello y su cara, y el escusado era un amigo mucho más fiel de lo que yo podía ser. Bliss y yo le dijimos que se quedara en cama, que dejara que el Jardinero se encargara de su propio desastre por una vez, pero en cuanto las paredes se levantaron para dejarnos salir de nuestras habitaciones, ella se vistió y salió caminando por el pasillo con torpeza.

Maldiciendo, me puse un vestido y corrí tras ella hasta que pude colocarme uno de sus brazos alrededor de los hombros. Estaba tan mareada que no podía caminar sin tener una mano recargada en la pared. No se alejaba de los exhibidores como lo hacía

normalmente, aunque ya habían pasado cinco años.

—¿Por qué tienes que hacerlo tú?

—Porque alguien tiene que hacerlo —susurró, y se detuvo para tragarse la necesidad de vomitar. De nuevo. Aunque había estado hincada frente a la taza del baño durante casi ocho horas.

Yo no estuve de acuerdo, no en ese momento.

Quizá nunca.

El Jardinero era muy muy bueno calculando la edad, mejor que ningún adivinador que yo conociera. Unas cuantas chicas tenían diecisiete cuando llegaron, pero la mayoría tenía dieciséis. Él no secuestraba a las más jóvenes —y si creía que había posibilidades de que tuvieran quince o menos, escogía a alguien más—, pero intentaba no buscar a otras más grandes. Supongo que quería disfrutar los cinco años completos siempre que fuera posible.

Las cosas de las que ese hombre hablaba cómodamente con sus prisioneras… o quizá solo conmigo.

La chica nueva estaba en una habitación tan vacía como en la que yo había despertado. La mía poco a poco había conseguido un toque personal, pero por ahora la suya tenía una sábana cajonera gris y nada más. El color de su piel era oscuro y, combinado con sus rasgos, sugería una mezcla de razas: mexicana y africana, según me enteré después. No era mucho más alta que Bliss y, salvo por un par de tetas bastante impresionantes que parecía que habían sido su regalo de quince años, era flaca como un palo. Unos pequeños agujeros recorrían una de sus orejas de arriba abajo y la mayor parte de la otra. Un agujero en el borde de su nariz y otro más en su ombligo sugerían que ahí también había llevado aretes.

—¿Por qué se los quitó el Jardinero?

—Quizá le parecían vulgares —murmuró Lyonette, hundiéndose en el piso, junto el escusado, que estaba a la vista.

—Tenía dos perforaciones en las orejas cuando llegué. Aún las tengo.

—Quizá cree que las tuyas son elegantes.

—Además del arete del cartílago en la oreja derecha.

—Maya, no seas perra. Esto ya es demasiado difícil, ¿de acuerdo?

Sorprendentemente, eso bastó para que me callara. No era solo que Lyonette tuviera un aspecto lamentable en ese momento. También era el trasfondo. Intentar encontrarle un sentido a por qué el Jardinero hacía lo que hacía era un ejercicio inútil, además de completamente innecesario. No teníamos que saber por qué. Solo había que saber qué.

—No es que puedas irte a ningún lado, pero espérame aquí.

Ella movió la mano y cerró los ojos.

Había dos refrigeradores en la cocina que estaba junto a nuestro comedor. Uno tenía los ingredientes de nuestras comidas y siempre estaba cerrado, solo Lorraine tenía la llave. El otro tenía bebidas y los *snacks* que teníamos permitido comer entre

comidas. Tomé un par de botellas de agua para Lyonette y un jugo para mí, luego me robé un libro de la biblioteca para leerle en voz alta mientras esperábamos a que la nueva chica se despertara.

—¿Había una biblioteca? —pregunta Eddison con incredulidad.

—Pues claro. El Jardinero quería que fuéramos felices. Eso significaba mantenernos ocupadas.

—¿Qué clase de libros les daba?

—Lo que pidiéramos, la verdad. —Se encoje de hombros y se reacomoda en su silla, con los brazos ligeramente cruzados sobre su pecho—. Al principio, la mayoría eran clásicos, pero las que realmente disfrutábamos la lectura comenzamos una lista de deseos que pusimos junto a la puerta, y de vez en cuando él agregaba unas cuantas docenas de volúmenes. Y algunas de nosotras teníamos libros personales, regalos que él nos hacía directamente y que se quedaban en nuestras habitaciones.

—Y tú eras una de las lectoras.

La chica comienza a mirarlo con un gesto de molestia, pero luego reconsidera.

—Ah, claro. Usted no estaba aquí cuando conté eso.

—¿Qué?

—La parte en la que expliqué que, por lo general, estar en el Jardín era asquerosamente aburrido.

—Si *eso* es aburrido, claramente algo estás haciendo mal —masculla, y eso le saca una risa a la chica.

—No era aburrido cuando yo elegía —admite—. Pero eso fue antes del Jardín.

Victor sabe que debería llevar la conversación de regreso a la pregunta original, pero ver que los dos están de acuerdo en algo es demasiado entretenido, así que deja que siga, incluso ignora el ligero matiz de mentira en el rostro de la chica.

—Y supongo que tu favorito era Poe.

—No, no. Poe tenía un propósito: distraer. Me gustaban los cuentos de hadas. No esa mierda endulzada de Disney ni las higiénicas versiones de Perrault. Me gustaban los reales, donde a todos les pasan cosas horribles y realmente entiendes que no fueron hechos para niños.

—¿Sin ilusiones? —pregunta Victor, y ella siente.

—Exactamente.

A la chica nueva le tomó mucho tiempo recuperar la consciencia, tanto que Lyonette consideró incluso pedir que fueran por Lorraine. La convencí de no hacerlo. Si la chica se iba a morir por aquello, había poco que nuestra enfermera pudiera hacer para evitarlo, y esa cara de perra insufrible no era lo primero que a mí me habría gustado ver. Lyonette usó mi argumento para insistir en que yo fuera lo primero que viera

aquella chica.

Como Lyonette se veía como un muerto recalentado, ni siquiera discutí… demasiado.

La noche llegó antes de que la chica se moviera por fin, y yo cerré *Oliver Twist* poniendo uno de mis dedos entre las páginas para comprobar si realmente estaba despertando. Tuvimos otras dos horas de lectura antes de que se pudiera decir que estaba al menos coherente. Bajo las instrucciones de Lyonette, serví un vaso de agua para que estuviera listo y mojé unos cuantos trapos para ayudarla a combatir el dolor de cabeza. Cuando acomodé uno de ellos bajo el cuello de la chica, ella alejó mi mano de un golpe y me maldijo en español.

Algo es algo.

Finalmente reunió suficiente voluntad para quitarse la tela humedecida de la cara e intentar sentarse, estremeciéndose por completo por la fuerza de las náuseas.

—Con cuidado —dije suavemente—. Aquí tienes un poco de agua, te ayudará.

—¡Aléjate de mí, maldita loca!

—Yo no fui quien te secuestró, así que guárdate tus comentarios. O aceptas el agua y la aspirina, o puedes tragar mierda y morirte, tú eliges.

—Maya —protestó Lyonette.

La chica me miró confundida, pero tomó las pastillas y la taza, con resignación.

—Así está mejor. Te secuestró un hombre conocido como el Jardinero. Él nos da nuevos nombres, así que no te molestes en decirnos el tuyo. Recuérdalo, pero no lo digas. A mí me dicen Maya y la guapa de allá que tiene un resfriado es Lyonette.

—Yo soy…

—Nadie —le recordé con tono severo—. No hasta que él te dé un nombre. No lo hagas más difícil de lo que debe ser.

—¡Maya!

Volteé a ver de reojo a Lyonette, quien me estaba viendo con esa mirada patética, exasperada, incrédula y de qué-diablos-estás-haciendo que normalmente reservaba para Evita.

—Entonces, hazlo tú. No fuiste la primera cara que vio, ¡bravo! Ahora ya puedes encargarte si no te gusta cómo lo estoy haciendo.

Yo había tenido a Sophia como ejemplo maternal para tratar a los niños. La chica nueva no era tan niña, y yo no era Sophia.

Lyonette cerró los ojos y susurró una oración pidiendo paciencia. Sin embargo, antes de poder terminar, tuvo que doblarse de nuevo sobre la taza del escusado.

Las manos de la chica nueva comenzaron a temblar, así que las tomé entre las mías. El Jardín siempre estaba templado, salvo algunas veces en la cueva detrás de la cascada, pero yo sabía que el temblor era por el *shock* más que por otra cosa.

—Te diré algo, y es aterrador y desconcertante y asquerosamente injusto, pero así es: todas estamos aquí como las huéspedes forzadas de un hombre que vendrá por ti buscando tu compañía y, a veces sí y a veces no, sexo. Algunas veces su hijo vendrá a

buscarte. Ahora les perteneces, y ellos te harán lo que quieran, incluyendo, marcarte como su propiedad. Somos bastantes y nos apoyamos como podemos, pero la única forma en la que saldrás de aquí es muerta, así que vas a tener que decidir si esta vida que llevamos aquí es mejor o peor que la muerte.

—El suicidio es un pecado mortal —susurró.

—Bien, eso significa que no es probable que quieras matarte.

—Por Dios, Maya, ¿por qué no le pasas tú misma una cuerda?

La chica tragó saliva con dificultad, pero —que Dios la bendiga por eso— apretó mis manos.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—Como cuatro meses.

Ella miró a Lyonette.

—Casi cinco años —murmuró en respuesta. Si yo lo hubiera sabido en ese momento…, pero no importaba. Nunca importó. Saberlo no cambiaba nada.

—Y siguen vivas, y mamá siempre dice que mientras hay vida, hay esperanza. Tendré esperanza.

—Solo ten cuidado con la esperanza —la previne—. Un poco está bien. Demasiada te paralizará.

—Maya…

—Bueno, Chica Nueva, ¿quieres que te dé un *tour*?

—Estoy desnuda.

—Eso no importa demasiado aquí. Ya te acostumbrarás.

—¡Maya!

—¿Trajiste un vestido? —le pregunté con dureza, y Lyonette se ruborizó bajo su palidez enfermiza—. Y no voy a permitir que use el tuyo, probablemente ya lo vomitaste por todo el frente.

No lo había hecho, pero su vestido negro se extendía hasta el piso. Era imposible que la pequeña chica nueva pudiera caminar vestida con él. Le hubiera prestado el mío si le hubiera quedado mejor.

—Espera aquí —dije suspirando—. Traeré algo de Bliss.

Nuestra amiga no estaba en su cuarto cuando llegué, así que simplemente tomé un vestido y volví al cuarto de la chica nueva, el cual, como siempre, las otras Mariposas evitaban cuidadosamente. Hizo un gesto al ver la tela negra —hasta yo tenía que admitir que no era un color que le quedara bien—, pero aprendías a temerle a la ropa de colores en el Jardín.

Cuando te daban un vestido que no era negro era porque esa sería la mortaja con la que el Jardinero quería que murieras.

Ella obedeció cuando le dije que no mirara el pasillo; ni siquiera yo era tan perra para mostrarle eso de inicio. Su cuarto estaba en el extremo opuesto al mío, al final del pasillo de Lyonette y junto a la tierra de nadie donde estaban las habitaciones en las que no teníamos permitido entrar y la puerta que daba al Exterior, que se suponía

que debíamos fingir que no existía. Desde ese lugar, ella podía abarcar todo el Jardín de un vistazo: todo el esplendor de las cosas que crecían, las flores vibrantes y los caminos de arena blanca, la cascada y el arroyo y el estanque, el peñasco y las pequeñas arboledas, las mariposas reales revoloteando sobre las plantas y el techo de cristal transparente, que se veía tan imposiblemente lejos.

La chica comenzó a llorar.

Lyonette quiso avanzar, pero retrocedió de inmediato ante un violento ataque de temblores. Quizá la gripe no era la mejor manera de darle la bienvenida a alguien a nuestra jaula verde. Yo…, pues yo simplemente no tenía ese instinto maternal. Como había quedado claro. Observé cómo la chica nueva se desplomaba en el suelo y se encogía en posición fetal mientras apretaba los brazos sobre su estómago, como si la situación fuera un golpe físico del que pudiera protegerse.

Por fin, cuando los terribles sollozos y jadeos disminuyeron hasta convertirse en lloriqueos y una respiración pesada, me hinqué junto a ella y puse una mano en su espalda aún sin tatuar.

—Este no es el peor dolor —le dije con tanta suavidad como pude—. Pero creo que es el *shock* más intenso. De aquí en adelante, ya casi todo es predecible.

Al principio no estaba segura de si me había escuchado, porque los lloriqueos continuaban sin disminuir. Luego se tiró de costado, envolviendo mi cintura con sus brazos y enterrando su rostro en mi regazo, mientras su *shock* y su dolor se intensificaban y se convertían de nuevo en sollozos a todo pulmón. No la acaricié ni le di palmadas de consuelo, no moví la mano —ya aprendería ella a odiar ese gesto gracias al Jardinero—, pero la dejé apoyada en su piel tibia, para que supiera que estaba ahí.

—¿Aún tienen las fotos del pasillo aquí? —pregunta de pronto la chica, y los agentes se liberan de golpe del hechizo de sus palabras. Es Eddison quien le pasa el paquete y mantiene los puños sobre sus muslos mientras la observa revisándolas. Ella saca una foto, la mira por un momento y luego la pone hacia arriba sobre la mesa, donde los hombres puedan verla.

—Una Mariposa Alba de los Pinos. —Pasa un dedo sobre las perfectas líneas blancas y negras de las alas—. Él la llamó Johanna.

Victor parpadea.

—¿Johanna?

—No sé si había un sistema para elegir los nombres. Creo que simplemente buscaba hasta encontrar uno que le gustara. Sin duda ella no parecía una Johanna, pero bueno.

Victor se obliga a examinar las alas en el cristal. Tiene razón: la chica era pequeña, aunque su estatura exacta es difícil de calcular por su posición.

—¿Qué le pasó?

—Ella era… voluble. Casi parecía haberse adaptado bien, pero de pronto le entraban unos cambios de humor que provocaban una tormenta por todo el Jardín. Y luego Lyonette murió, y el Jardinero trajo a una nueva chica.

El agente se aclara la garganta, porque ella no sigue hablando.

—¿Qué le pasó? —pregunta de nuevo, e Inara suspira.

—Las paredes bajaron para que el Jardinero pudiera llevar a la nueva chica a su sesión de tatuaje, pero Johanna se las arregló para quedarse en el Jardín. Cuando las paredes subieron, la encontramos en el estanque. —Con un movimiento fluido, toma la foto y la azota boca abajo contra el metal—. Pecado mortal.

Deslizando otro paquete de fotos y papeles frente a él, Victor las repasa en silencio hasta que encuentra la que está buscando. Es un hombre joven, probablemente un poco mayor de lo que parece, con un cabello artísticamente desaliñado y de un color café tan oscuro que casi es negro. Sus ojos verde claro resaltan mucho en un rostro pálido y delgado. Es un chico atractivo, aun en esa imagen demasiado pixelada; alguien que, al menos en apariencia, no le molestaría que Holly llevara a casa para presentárselo. Debería hacer que la conversación volviera a ese chico.

Pero aún no. Solo un poco más.

No está seguro si es por el bien de ella o por el suyo propio.

—Cuando el Jardinero te vio en los árboles.

—¿Qué con eso?

—Dijiste que fue a hablar contigo en la cama de alguien más; ¿era de la chica que llegó después de Johanna?

No es una sonrisa, es más como una mueca para hacerle saber que lo escuchó.

—No. La siguiente.

Un poco más.

—¿Cuál terminó siendo su nombre?

Ella cierra los ojos.

—No le dieron ninguno.

—¿Por qué no le…?

—Cuestión de tiempo. A veces de eso se trataba todo.

Su piel era como el ébano, casi de un negro azulado que destacaba contra la sábana color gris paloma; tenía la cabeza perfectamente afeitada y unos rasgos que no se hubieran visto fuera de lugar en las paredes de una tumba egipcia. En los días que siguieron a la muerte de Lyonette, yo necesitaba con desesperación algo —cualquier cosa— que hacer, pero, a diferencia de Bliss y Lyonette, no tenía talento ni interés en crear cosas. Leía, y leía mucho, pero no hacía nada yo misma. Bliss se hundió en la arcilla polimérica, llenando el horno de figuritas, la mitad de las cuales destruía después en arranques de rabia, pero yo no tenía esa válvula de escape, ni la de hacer

ni la de destruir.

Pero tres días después, el Jardinero trajo a la nueva chica, y ya no estaba Lyonette para hacerle una elegante presentación. Ninguna de las otras chicas quería acercarse a ella hasta que estuviera adaptada, y yo me pregunté durante cuánto tiempo habría hecho Lyonette ese trabajo si nadie más parecía siquiera pensar en ello.

En los días que siguieron a la muerte de Johanna, me pregunté qué tanto había sido mi culpa —si es que la tenía— de que hubiera hecho esa elección. Si le hubiera presentado la situación más amablemente, si hubiera sido más comprensiva o más reconfortante, quizá habría sido capaz de aferrarse a esa esperanza que su mamá le dijo que tuviera. O quizás no. Quizás esa primera vista del Jardín, ese primer momento en que fue real, hizo toda la diferencia.

No es como si pudiera preguntárselo.

Así que me quedé con la chica nueva, siendo tan paciente con ella como pude, y dejé a un lado los comentarios más crueles. Teniendo en cuenta la frecuencia con la que estallaba en llanto, tomó más paciencia de la que yo sabía que tenía. Bliss me rescató algunas veces.

No iba en persona —eso hubiera sido una muy mala idea—, sino que enviaba a Evita para que fuera dulce y sincera, y en distintas formas mucho mejor persona de lo que yo podría ser jamás.

El día después de la tercera sesión de su tatuaje, me quedé con ella en la noche hasta que su cena con drogas hizo efecto. Por lo general, me iba en ese momento, pero había visto algo que quería investigar sin alarmarla, para lo cual debía estar completamente dormida. Incluso, después de que noté su respiración profunda y tranquila, y de que la forma en la que la tensión de su cuerpo se fue, avisándome que estaba dormida, dejé que la droga hiciera un poco más de efecto.

Quizás una hora después de que se quedó dormida, puse mi libro a un lado y la hice rodar hasta que quedó boca abajo. Normalmente dormía bocarriba, pero el proceso del tatuaje había hecho que durmiera de costado para evitar hacer presión sobre las áreas heridas. El libro de mariposas en la biblioteca —con la letra de Lyonette en todos los márgenes con nombres y ubicación en los pasillos— me dijo que el Jardinero había elegido una Mariposa de Puntas Naranja para ella, casi toda blanca con un toque de naranja en el borde de las alas superiores. Por alguna razón, le gustaba elegir el blanco y los amarillos más pálidos para las chicas de piel oscura. Supongo que temía que los colores oscuros no se vieran con la misma claridad. En esta ya había terminado el naranja y avanzaba hacia las zonas blancas, y algo en ellas se veía mal.

Ahora que podía acercarme más para verlo sin asustarla, pude notar que estaba inflamada, bajo la tinta tenía hinchazones como escamas y el blanco burbujeaba asquerosamente formando enormes úlceras. Las puntas naranjas estaban casi igual de mal. Más cerca de su columna, incluso los bordes negros y las venas supuraban. Me saqué uno de mis aretes —el Jardinero no me los había quitado—, y lo usé para

perforar cuidadosamente una de las úlceras más pequeñas. Un líquido bastante claro salió del pequeño piquete, pero cuando presioné con suavidad, también salió algo blanco y lechoso.

Lavé el arete en el lavabo y me lo volví a poner mientras pensaba en una solución. No sabía si era a la tinta o a las agujas, pero definitivamente tenía una reacción alérgica de algún tipo. No era una amenaza inminente para su vida como una alergia a los cacahuates, pero no permitía que el tatuaje sanara. La infección podía matar tanto como una reacción a la histamina, o eso nos había dicho Lorraine en uno de sus pocos días amigables.

Claro que ese día le había causado toda clase de dolores a Bliss al hurgar en sus pies buscando astillas, así que probablemente eso había contribuido a su buen humor.

A falta de una mejor idea, volví a poner a la chica sobre su costado e intenté sopesar qué tan mala era la reacción en cada área. Ya había recorrido la zona naranja y la mitad de la blanca cuando lo sentí.

El Jardinero estaba ahí.

Estaba recargado contra el marco de la puerta, con los pulgares metidos en los bolsillos de sus pantalones caquis perfectamente planchados. Las luces se iban apagando por todo el Jardín conforme las chicas se iban a acostar, esperando para ver si esa noche tendrían que entretener a su captor. Él nunca buscaba a Lyonette cuando estaba ayudando a una nueva chica, pero, claro, yo no era Lyonette.

—Te ves preocupada —dijo en vez de saludar.

Señalé la espalda de la chica.

—No va a sanar.

Mientras entraba en la habitación, se desabrochó las mangas de su camisa verde oscuro y se las enrolló hasta los hombros. El color hacía que sus ojos verde claro brillaran en su rostro. Presionó la espalda de la chica suavemente con sus manos y encontró lo mismo que yo; poco a poco, su preocupación se volvió un gesto de profundo sufrimiento.

—Todas reaccionan a los tatuajes de manera diferente.

Debí sentir dolor, rabia o confusión.

Solo me sentía adormecida.

—¿Qué hace con las chicas que no consiguen unas alas completas? —pregunté en voz muy baja.

Me lanzó una mirada rápida y reflexiva, y me pregunté si era la primera vez que alguien le preguntaba eso.

—Me encargo de que las entierren de manera adecuada en la propiedad.

Eddison protesta y toma su libreta.

—¿Dijo en qué parte de la propiedad?

—No, pero creo que estaba cerca de un río. A veces llegaba al Jardín con barro en

los zapatos y un aire de nostalgia en el rostro, y en esos días le daba a Bliss piedras de río para que las usara como base para sus figuras. Nada que yo pudiera ver desde los árboles.

Eddison arruga el aluminio y lo lanza hacia el falso espejo.

—Lleven un equipo a la orilla del río y busquen tumbas.

—Podría pedirlo por favor.

—Les estoy dando una tarea, no les estoy pidiendo un favor —responde apretando los dientes.

Ella se encoge de hombros.

—Guilian siempre decía «por favor». Rebekah también, aun cuando solo estaba asignando secciones. Pero, claro, supongo que por eso me encantaba trabajar para Guilian. Hacía que fuera un lugar muy agradable y respetuoso.

Era como si hubiera golpeado a Eddison en la cara. Victor ve el rubor enfurecido que va subiendo por el cuello de su compañero, y mira hacia otro lado para no sonreír. O al menos para que él no lo vea.

—¿Solamente lo hacía con las chicas que morían antes de que las alas estuvieran terminadas? —pregunta.

—No. Si morían de alguna manera que arruinara las alas, no las exhibía. Avery hizo que enterraran a varias chicas en vez de meterlas en cristal, cuando las azotaba con tanta fuerza que les dejaba cicatrices en el tatuaje. —Se toca ligeramente el cuello—. Giselle.

—No fue ahí donde terminó la conversación, ¿verdad?

—No, pero usted ya lo sabe.

—Sí, pero me gustaría escuchar lo demás —responde justo como lo hubiera hecho con sus hijas.

Ella lo mira levantando una ceja.

Como solía hacer Lyonette, por lo general yo tomaba prestado un banco de la enfermería para ponerlo junto a la cama de la chica. Habría estado bien sentarme en la cama, pero le habría quitado espacio. Le ofrecía un territorio propio. El Jardinero no reconoció el territorio de esa forma. Se sentó con la espalda contra la cabecera, poniendo la cabeza de la chica en su regazo para poder pasar su mano sobre su cráneo afeitado. Hasta donde yo sabía, nunca visitaba a las chicas en sus habitaciones hasta después de que estaban completamente tatuadas, hasta después de haberlas violado por primera vez.

Después de todo, eso era lo que las hacía *suyas*.

Pero esa vez no estaba ahí para ver a la nueva chica. Estaba ahí para hablar conmigo.

Y no parecía tener ninguna prisa por hacerlo.

Puse mis tobillos sobre el asiento, cruzando las piernas en el estrecho banco, abrí

mi libro sobre mi regazo y leí para llenar el vacío hasta que él se acercó y lo cerró con suavidad. Entonces le di toda mi atención.

—¿Cuánto tiempo has estado observando a mi familia?

—Casi desde que mis alas estuvieron terminadas.

—Pero no dijiste nada.

—Ni a usted ni a nadie. —Ni siquiera a Lyonette ni a Bliss, aunque había estado tentada a hacerlo. No estaba segura de por qué. Quizá era más fácil pensar en él tan solo como nuestro captor. Meter a una familia lo hacía… Bueno, de algún modo era peor. El simple hecho de que pudiera ser peor era suficientemente perturbador.

—¿Y qué piensas cuando nos ves?

—Creo que su esposa está enferma. —Casi nunca le mentía al Jardinero; la verdad era lo único que siempre podría ser mío—. Creo que ella le tiene miedo a Avery y no quiere demostrarlo, y que prefiere a su hijo menor. Creo que atesora esas caminatas con usted, porque son el único momento en que tiene su atención absoluta.

—¿Todo eso con solo vernos desde la arboleda?

Gracias a Dios, él parecía más divertido que otra cosa. Se apoyó en la cabecera más cómodamente, con un brazo doblado detrás de su cabeza a manera de almohada.

—¿Me equivoco?

—No. —Bajó la vista hacia la chica que tenía en su regazo, luego volvió a mirarme a mí—. Desde hace años, mi esposa lucha contra un problema de corazón. No es lo suficientemente grave para calificar para un trasplante, pero le provoca una importante disminución en su calidad de vida.

Así que ella también era una especie de mariposa.

—Va una.

—Y adora a nuestro hijo menor. Está muy orgullosa de él. Tiene calificaciones perfectas, siempre es amable y es una delicia escuchar cómo toca el piano y el violín.

—Van dos.

—Entre el Jardín, mis negocios y sus eventos de caridad y de planeación, nuestras agendas no coinciden. Ambos reservamos un tiempo para nuestras caminatas por la tarde, a menos que estemos fuera de la ciudad. Es bueno para su corazón.

—Van tres.

Y lo único que quedaba era lo difícil, lo que ningún padre quiere admitir.

Así que no lo hizo. No lo dijo, y en el silencio estaba la verdad.

—Le pones mucha atención a las cosas, ¿verdad, Maya? A la gente, a los patrones, a los eventos. Encuentras más significado que otros.

—Pongo atención —admití—. No creo que encuentre más significado.

—Observaste una caminata en un invernadero e hiciste que todo eso significara.

—Yo no hice que significara nada. Solo noté el lenguaje corporal.

El lenguaje corporal era una de las cosas que me dejaron saber que mi vecino de al lado era un pedófilo mucho antes de la primera vez que lo demostró, mucho antes de la primera vez que me tocó o me pidió que lo tocara. Estaba en la forma en que

nos observaba a mí y a los otros niños del barrio, en la mirada herida de los niños que vivían con él temporalmente. Yo ya estaba preparada para su ataque porque sabía que llegaría. El lenguaje corporal me previno sobre el jardinero de la abuela, sobre los chicos de la escuela que intentarían golpearme solo porque podían. El lenguaje corporal es mejor que las luces de advertencia.

Y el lenguaje corporal me dijo que, por más que quisiera parecer perfectamente relajado en ese momento, el Jardinero no podía estarlo.

—No planeo contarle a nadie, ¿sabe?

Ahí estaba. No toda la tensión dejó su cuerpo, pero sí la mayor parte. Salvo cuando la lujuria sacaba lo peor de él, era un hombre con mucho autocontrol.

—Nosotras no sabemos nada de ellos… y ellos no saben nada de nosotras, ¿verdad?

—No —susurró—. Algunas cosas… —No terminó ese pensamiento, al menos no en voz alta—. Nunca lastimaría a Eleanor a propósito.

No sabía el nombre del Jardinero, pero en ese instante supe el de su esposa.

—¿Y su hijo?

—¿Desmond? —Pareció realmente sorprendido por un momento, luego negó con la cabeza—. Desmond es muy diferente de Avery.

Incluso en ese momento, lo único que pude pensar fue «Gracias a Dios».

Levantó la cabeza de la chica de su regazo y se puso de pie, extendiendo una mano hacia mí.

—Quisiera preguntarte algo, ¿puedo?

No estaba segura de por qué preguntarme algo nos obligaba a movernos, pero me levanté obedientemente y tomé su mano, dejando el libro en el banco. La chica no despertaría hasta la mañana, así que no era necesario que me quedara al pie de su cama. Me llevó por los pasillos, tocando distraídamente al pasar cada exhibidor que se encontraba ocupado. Si hubiera querido, le habría pedido que las nombrara y él hubiera podido hacerlo. Cada nombre, cada Mariposa: las conocía y las recordaba a todas.

Yo nunca quise saber.

Pensé que me llevaba a mi cuarto, pero dobló hacia un lado al último momento y me llevó a la cueva que estaba detrás de la cascada. A excepción de la luz de la luna que se filtraba por el techo de cristal del invernadero y se abría en haces entre el agua que caía, la cueva estaba completamente a oscuras.

Ah, y el ojo parpadeante y rojo de la cámara.

Nos quedamos en silencio en la oscuridad, escuchando cómo la cascada caía sobre el arroyo y las rocas decorativas. Pia, quien llevaba ahí más o menos un año más que yo, tenía la teoría de que había tubos al fondo del estanque que mantenían el agua a cierto nivel, la filtraban y la llevaban por otro canal hasta el pequeño estanque que estaba sobre el peñasco y que alimentaba la cascada. Probablemente tenía razón. Dado que yo no sabía nadar, nunca intenté ir al fondo del estanque para comprobarlo.

A Pia le gustaba abrir las cosas y descubrir cómo funcionaban. Cuando las paredes se levantaron y nos mostraron a Johanna en el cristal, Pia fue al estanque y dijo que ahora había sensores en las orillas.

—Me pregunto qué es lo que te atrae de este lugar —dijo él después de un rato—. Lo de la cima del peñasco casi lo puedo entender. Es un lugar abierto, libre, la altura te da una sensación de seguridad. Pero este lugar…, ¿qué te puede ofrecer esta cueva?

La posibilidad de decir cualquier cosa que se me diera la gana sin tener que preocuparme por las represalias, porque el sonido de la cascada era lo suficientemente fuerte como para cubrir lo que los micrófonos pudieran captar.

Pero él buscaba algo más personal que eso, algo con el significado que creía que yo le daba a todo. Me tomó un minuto o dos para que se me ocurriera una respuesta, algo que estuviera lo suficientemente cerca de la verdad.

—No hay ilusión aquí —dije finalmente—. No es elegante, verde ni próspero, ni está a la espera de la muerte ni de la posibilidad del deterioro. Solo son rocas y agua.

Ahí las chicas y yo nos sentábamos frente a frente y rodilla a rodilla y, por lo general, era fácil fingir que no había Mariposas. Las aduladoras tenían alas tatuadas alrededor de sus ojos, como máscaras de carnaval, pero en la neblinosa penumbra de la cueva era fácil pensar que incluso eso era un engaño de las sombras. Nos soltábamos el cabello, poníamos la espalda contra las rocas y ya no había malditas Mariposas. Aunque fuera solo por un momento.

Así que quizá sí había ilusión, después de todo, pero era *nuestra* ilusión, no una que él nos hubiera creado.

Soltó mi mano y luego empezó a sacar los pasadores que mantenían mi cabello recogido en una corona trenzada hasta que cayó en una masa ondulada hasta mis caderas y escondió las alas. Era lo único que él nunca hacía, a menos que lo estuviera cepillando. Pero simplemente lo dejó caer sobre mí, metiéndose los pasadores en el bolsillo del pecho de su camisa.

—Eres tan distinta de las demás —dijo finalmente.

No era del todo cierto. Tenía temperamento como Bliss, solo que yo no lo perdía. Tenía impaciencia como Lyonette, aunque la controlaba lo mejor que podía. Leía como Zara, corría como Glenys, bailaba como Ravenna y trenzaba el cabello como Hailee. Tenía partes y piezas de la mayoría de las otras chicas, salvo por la dulce simpleza de Evita.

No había nada que me hiciera realmente distinta, salvo que era la única que nunca lloraba.

La que nunca pudo.

Maldito carrusel.

—Escribes los libros que quieres en las listas, pero nunca pides nada abiertamente. Ayudas a las otras chicas, las escuchas, las calmas. Guardas sus secretos y, en apariencia, los míos también, pero no le entregas a nadie los tuyos para

que te los guarden.

—Mis secretos son viejos compañeros; me sentiría como una mala amiga si los abandonara ahora.

Su risilla suave hizo eco por todo el lugar antes de que la cascada se tragara el sonido.

—No te estoy pidiendo que los compartas, Maya. Tu vida anterior es solo tuya.

La chica le lanza una mirada severa a Eddison, y Victor no puede evitar reírse.

—No me voy a disculpar —le dice Eddison directamente—. Este es mi trabajo y tenemos que saber la verdad para tener un caso sólido contra él. Los doctores están bastante seguros de que sobrevivirá para ir a juicio.

—Lástima.

—Un juicio significa justicia —suelta Eddison.

—Claro, en cierto sentido.

—¿En cierto sentido? Sí…

—¿La «justicia» cambia algo de lo que él hizo? ¿De las cosas que vivimos? ¿Les devuelve la vida a las chicas que metió en el cristal?

—Pues no, pero evita que lo vuelva a hacer.

—También lo evitaría su muerte, y sin el sensacionalismo y el gasto del dinero de los impuestos.

—Volvamos a la cascada —anuncia Victor, deteniendo la protesta de Eddison que está por comenzar.

—Aguafiestas —dice la chica entre dientes.

—Pídeme algo, Maya.

Había reto en la mirada que se colaba en su voz. Esperaba que le pidiera algo imposible, como la libertad. O quizá esperaba que fuera como Lorraine, que le pidiera algo que pudiera sacarme del Jardín, pero que no era ni de cerca la libertad.

Yo sabía que lo mejor era no hacerlo. Como tirar los números telefónicos de personas bien intencionadas, sabía que no debía pedir cosas que claramente no podía tener.

—¿Puede desactivar esta cámara sin que se instale otra en este lugar? —pregunté de inmediato, y observé cómo la sorpresa atravesaba su cara ensombrecida—. Sin cámaras ni micrófonos.

—¿Eso es todo?

—Sería lindo tener un lugar que fuera realmente privado —expliqué, encogiéndome de hombros. Se sintió raro que el gesto provocara un movimiento en mi cabello, que colgaba sobre mi espalda y mis hombros—. Puede vernos en cualquier otro lugar, incluso observarnos en el escusado, si quiere. Tener tan solo un

lugar sin cámaras sería beneficioso. Un ejercicio de salud mental en cierta manera.

Me observó por un largo rato antes de responder.

—Algo que les hace bien a todas.

—Sí.

—Te digo que pidas cualquier cosa y pides algo que es bueno para todas.

—También es bueno para mí.

Se rio de nuevo y se acercó a mí, jalándome contra su pecho para besarme. Sus manos avanzaron hacia los tirantes de mi vestido, y mientras me llevaba al suelo de piedra empapada por el rocío, cerré los ojos y dejé que mis pensamientos se fueran hacia Annabel Lee y su tumba en el reino junto al mar.

No creo que los ángeles estuvieran celosos de mí.

Es impresionante cuánto puede responder sobre una pregunta sin contestarla realmente. Hay una pequeña e inapropiada parte de Victor a la que le encantaría poner a la chica en el estrado en este mismo momento y observar a los dos grupos de abogados arrancarse los cabellos por la frustración. Aunque parece una persona directa, sus respuestas casi siempre toman otro camino, ofreciendo algo que parece relevante, pero sin decir lo que realmente importa. Victor le pregunta sobre el chico, y ella comienza ahí, o eso parece, y de algún modo termina en una conversación completamente diferente en la que el joven apenas aparece. Sí, los abogados odiarían que fuera a juicio. El agente hace a un lado ese impulso y toma la fotografía del chico, poniéndola boca arriba sobre la mesa para que ella pueda verla.

Al principio, la chica desvía la mirada y sus ojos van al espejo, al suelo, a sus manos quemadas y cortadas, antes de que un suspiro estremezca todo su cuerpo y, entonces, devuelve su rostro a la foto. La levanta con suavidad, sujetándola por los bordes, estudiando el rostro sin retocar de la licencia de manejo. El papel brillante tiembla en su mano, pero nadie lo menciona.

—En el Jardín te acostumbras a algunas cosas —dice, reflexiva—. Hasta las nuevas chicas que llegan son algo a lo que simplemente te acostumbras, algo que esperas cuando otra muere. Y, entonces, de pronto todo cambia.

—¿Cuándo?

—Apenas cinco meses atrás. Unos días después de que murió Evita.

Quizá fue que Evita era una de esas personas a las que es imposible no amar. Quizá porque su muerte fue un accidente, algo para lo que no podíamos habernos preparado. Quizá fue la reacción del Jardinero, lo abierta que fue.

Fuera lo que fuera, el Jardín apestaba a desesperanza en los días que siguieron al accidente de Evita. La mayoría de las chicas se quedaba en sus habitaciones, y Lorraine tenía que poner todas las comidas en bandejas y llevárnoslas, y vaya que eso

la molestaba infinitamente. Claro que ella estaba de un humor igual al de las demás, pero por una razón diferente. Nosotras estábamos de luto por Evita. Ella estaba de luto por otro exhibidor ocupado que no la incluía.

Maldita loca.

Salí de mi cuarto por la noche, incapaz de soportar las cuatro paredes y el silencio. No estábamos cerca del fin de semana, así que no tenía que preocuparme por el mantenimiento ni por que bajaran las paredes. No había ninguna razón por la que no pudiera pasar la noche deambulando por ahí. A veces la ilusión de libertad, de elección, era más dolorosa que el cautiverio.

No es que el Jardinero no pudiera encontrarme si quería, aunque él estaba con alguien más.

En la noche, el Jardín estaba casi en completo silencio. Se oía la cascada, claro, y el rumor del arroyo, el zumbido de las máquinas que hacían circular el aire, y el ruido velado de chicas llorando en distintos puntos de los alrededores, pero en comparación con el día, era algo bastante cercano al silencio. Llevé mi libro y mi lámpara de lectura al peñasco para sentarme en una de las rocas más grandes. Yo le decía «la roca del bronceado».

Bliss le decía la Roca del Rey, y se rio cuando la reté a encontrar un león que levantar sobre la orilla en sus manos.

Hizo uno de arcilla polimérica, y cuando pude volver a respirar después de reírme tanto, me lo dio. Vivía en la repisa que estaba sobre mi cama, junto con otras cosas que eran mis tesoros. Supongo que aún está ahí, o estaba, hasta…

Bliss fue al peñasco cerca de la medianoche, y me lanzó una figurita. La sostuve bajo la luz y vi un dragón enrollado sobre sí mismo. Era azul oscuro y tenía la cabeza hundida entre los hombros, y, de algún modo, las cejas arqueadas sobre sus enormes ojos negros le daban la mirada más patética que una figura de arcilla podía tener.

—¿Por qué está tan triste?

Me miró con enojo.

Claro.

El dragón encontró su hogar junto a Simba, y aunque el león solo fue un chiste, el dragón realmente llegó a significar algo.

Pero ese era un nuevo y triste día, y Bliss estaba enojada y deprimida, así que lo puse sobre mi rodilla y volví a leer *Antígona* hasta que ella se animara a decir algo.

—Si mi habitación está intacta, ¿cree que haya posibilidad de que recupere las figuras? ¿Y la colección de origami? Y…, bueno, todo, la verdad.

—Podemos preguntar —responde Victor con evasivas, y la chica suspira.

—¿Por qué *Antígona*? —pregunta Eddison.

—Siempre pensé que era bastante *cool*. Es una mujer fuerte, valiente y hábil; no escapa por completo de un cierto nivel de manipulación emocional y muere, pero en

sus propios términos. La condenan a vivir el resto de sus días en una tumba, y ella dice: «Al diablo, voy a ahorcarme yo misma». Y luego está su prometido, que la ama tanto que enloquece cuando ella muere e intenta matar a su propio padre. Y luego, claro, él también muere, porque, obvio, es una tragedia griega, y a los griegos y a Shakespeare de veras les encanta matar gente. La verdad, es una gran lección. Todos se mueren. —Deja la foto sobre la mesa y cubre el rostro del chico con sus manos. Victor no está seguro de si se da cuenta de lo que está haciendo—. Pero quizá hubiera elegido algo más de haber sabido que Bliss iba a ir conmigo.

—¿Por qué?

—Parece que la inspiró.

Mientras yo leía, ella caminaba a mi alrededor arrancando hojas de las plantas y haciéndolas pedazos mientras avanzaba, hasta que podías incluso seguir su camino observando la carnicería de trozos verdes sobre la piedra. Renegaba y maldecía a cada paso, así que no me molesté en levantar la vista hasta que se quedó en silencio.

Estaba parada en la orilla del falso peñasco, aferrándose a la roca con los dedos de sus pies y los brazos abiertos de par en par a sus costados. Su piel pálida brillaba bajo la luz de la luna en donde alcanzaba a verse, entre las aberturas de su vestido negro hasta la rodilla.

—Podría saltar —susurró.

—Pero no lo harás.

—Podría —insistió, y yo negué con la cabeza.

—Pero no lo harás.

—¡Lo haré!

—No, no lo harás.

—¿Y por qué carajo no? —quiso saber, dándose la vuelta para quedar de frente a mí con los puños sobre sus caderas.

—Porque no puedes garantizar que morirás, y si resultas malherida, podría no ser lo suficiente para que él te mate. No es una caída tan alta.

—Evita se cayó desde menor altura.

—Evita se rompió el cuello con la rama de un árbol. Tu suerte es como la mía: si lo intentaras, lo arruinarías y estarías bien, salvo por algunos moretones.

—¡Mierda-mierda-mierda!

Se dejó caer junto a mí sobre la piedra con su rostro hundido entre los brazos mientras lloraba. Bliss llevaba tres meses más que yo ahí. Veintiún meses para ella.

—¿Por qué no hay una mejor opción?

—Johanna se ahogó. ¿Crees que eso es menos doloroso que una caída incierta?

—Pia dice que no funcionaría. El Jardinero puso sensores en la orilla; si el agua supera el nivel normal enciende una alarma y él puede ver las cámaras. Pia dice que puedes ver cómo se mueve la cámara más cercana para enfocar a quien está nadando.

—Si esperaras hasta que esté fuera de la casa o, incluso, fuera de la ciudad, probablemente te daría tiempo suficiente para ahogarte si de verdad quisieras.

—No quiero ahogarme —suspiró, irguiéndose para limpiarse las lágrimas con su vestido—. No quiero morir.

—Todos se mueren.

—Pues no quiero morir ahora —protestó.

—Entonces, ¿por qué ibas a saltar?

—No tienes ni un poco de compasión.

Eso no era completamente cierto, y ella lo sabía, pero era bastante acertado.

Cerré el libro, apagué la luz de la lámpara y los dejé en el suelo con el dragoncito triste sobre ellos para poder tenderme boca abajo junto a ella.

—Me harta tanto este lugar —susurró, y aunque no estábamos en la cueva, el único lugar que era realmente privado, pensé que lo había dicho lo suficientemente bajo para evitar que la escucharan. Ninguna de nosotras sabía si el Jardinero revisaba las grabaciones, nunca confirmamos que fuera seguro hablar aun cuando era un hecho que él no estaba frente a un monitor.

—A todas nos pasa.

—Entonces, ¿por qué no puedo vivir lo mejor posible, como tú?

—Tenías un hogar feliz, ¿cierto?

—Cierto.

—Es por eso que no puedes vivir lo mejor posible aquí.

Yo fui feliz en el departamento, que con el tiempo se convirtió en un hogar, pero había sobrevivido a cosas malas antes de llegar ahí, así que había sobrevivido a cosas malas antes de llegar al Jardín. Bliss nunca había sobrevivido a algo así, o al menos no en los mismos niveles. Tenía demasiadas cosas buenas con las cuales comparar esto.

—Cuéntame algo de antes.

—Sabes que no lo haré.

—No algo personal. Solo… algo.

—Uno de mis vecinos tenía un jardín de marihuana en el techo —dije después de un momento—. Cuando me mudé ahí, solo era una esquina, pero conforme pasó el tiempo y nadie lo reportó, se expandió hasta que cubrió la mitad del techo. Algunos de los niños de los pisos de abajo lo usaban para jugar a las escondidas. Pero finalmente alguien avisó a la policía, y él los vio llegar, entró en pánico y le prendió fuego a todo el maldito cultivo. Todos estuvimos un poco drogados durante una semana, y tuvimos que lavar todas nuestras cosas varias veces para sacar el olor.

Bliss negó con la cabeza.

—Ni siquiera me lo puedo imaginar.

—No es nada malo.

—Estoy olvidando cosas de mi casa —confesó—. Intentaba recordar mi dirección hace un rato y ni siquiera pude recordar si era una calle o una avenida o una cerrada o

qué. Sigo sin poder. Uno-cero-nueve-dos-nueve-cincuenta-y-ocho-noreste… algo.

Así que esa era la razón real de todo ese alboroto. Me acomodé para poner una mano sobre la de ella, porque no había nada que pudiera decir.

—Cuando me despierto cada mañana y cada noche antes de dormir, me repito mi nombre y los nombres de mi familia. Me recuerdo cómo se veían.

Yo había visto a la familia de Bliss, una colección de figuras de arcilla. Había hecho tantas que no existía razón para darle a ese set ningún significado especial, salvo que notaras las partes brillantes, donde sus dedos habían acariciado la arcilla hasta volverla de una textura suave, o que estaban posicionados de tal manera que eran lo primero y lo último que veía cada día.

Quizá el Jardinero tenía razón y yo le daba un significado a todo.

—¿Qué pasa cuando ya no es suficiente?

—Sigue recordándotelo —le aconsejé—. Solo sigue haciéndolo, y tendrá que bastar.

—¿A ti te funciona?

Yo nunca memoricé mi dirección en Nueva York. Cuando tenía que escribirla en una solicitud, le preguntaba a alguna de las chicas, y siempre se reían de mí, pero nunca me hicieron aprendérmela. No cambié mi licencia con la dirección falsa, porque no sabía qué tan bien librada saldría de una inspección real, o si el Departamento de Tránsito haría más que una rápida revisión de la información.

Pero recordaba a Sophia, la ligera hinchazón que había desarrollado después de que dejó las adicciones, y el cabello dorado rojizo de Whitney, las carcajadas de Hope y las risitas nerviosas de Jessica. Recordaba la hermosa estructura ósea de Noémie, de padre pies negros y madre cherokee; recordaba la forma en que la sonrisa de Kathryn podía iluminar una habitación en las pocas ocasiones en que aparecía. Recordaba la ropa brillante y llamativa de Amber, los estampados que nunca combinaban, pero de algún modo siempre lo hacían, porque a ella le encantaban. No pensaba en ellas a propósito para no olvidarlas, no luchaba por mantenerlas en mi memoria, porque estaban ahí con tinta indeleble.

Con gusto hubiera olvidado los rostros de mi madre y de mi padre, los *bodies* elásticos de la abuela y a casi a todas las personas de antes de Nueva York. Pero también los recordaba, y, de forma borrosa, hasta recordaba a mis tías, tíos y primos, y cómo corríamos en juegos complicados que nunca entendí, y posábamos para fotos que nunca vi. Simplemente recordaba las cosas, recordaba a la gente.

Incluso cuando prefería no hacerlo.

Nos levantamos al mismo tiempo, apoyándonos en nuestros codos, mientras una puerta se abría y el rayo de una linterna recorría el otro extremo del Jardín.

—¿Qué diablos? —susurró Bliss, y yo asentí en silencio.

El Jardinero estaba en la habitación de Danelle, buscando consuelo y posiblemente dándole consuelo también a ella, porque había sido la que contó en el juego final de escondidas de Evita. Aunque se estuviera yendo, nunca necesitaba una

linterna. Tampoco Avery, quien estaba vetado del Jardín durante otras dos semanas por romperle el brazo a Pia; ni Lorraine, que a esa hora de la noche estaría dormida o llorando hasta quedarse dormida. Había un botón en la enfermería que sonaba en su cuarto y en la cocina si se le necesitaba para sus deberes de enfermera.

La figura estaba totalmente vestida de negro, lo cual podría haber parecido una buena idea hasta que se detuvo sobre uno de los senderos de arena blanca. Avanzó con cuidado, moviendo el haz de luz antes de dar cada paso, pero por su postura sabíamos que lo observaba todo con sorpresa.

De inmediato catalogué al intruso como un hombre y ni lo puse en duda. Quizá era la forma en que caminaba. O la estupidez de llevar una linterna cuando estás intentando pasar desapercibido.

—¿Qué crees que nos metería en más problemas? —susurró Bliss junto a mi oído—. ¿Averiguar quién es o ignorarlo?

Yo tenía una idea bastante certera de quién era el intruso, pero le había dicho al Jardinero que no le contaría a nadie. No es que una promesa a un asesino serial tenga mucho peso, pero no importaba. Casi nunca hacía promesas simplemente porque luego me sentía comprometida a mantenerlas.

Pero ¿qué diablos estaba haciendo el hijo menor del Jardinero en el invernadero interior? ¿Y qué podía —debía— significar para nosotras?

La primera pregunta se respondió a sí misma casi en cuanto cruzó mi mente, porque era la misma razón por la que yo trepaba esos árboles casi cada tarde para ver un poco del mundo real que estaba en el exterior del cristal. En mi caso era curiosidad, entre otras cosas. En el suyo, seguramente era solo curiosidad sin más.

La segunda pregunta…

Había chicas que podrían morir si tomábamos la decisión equivocada. Si solo estaba en el Jardín podría estar bien —era un jardín privado, ¿a quién le importaba?—, pero si exploraba un poco los pasillos…

Quizá vería a las chicas muertas y llamaría a la policía.

Pero quizá no lo haría, y entonces Bliss y yo tendríamos que explicar por qué vimos a un intruso y no hicimos nada.

Maldiciendo entre dientes, me bajé de la roca y me agazapé en el suelo.

—Quédate aquí y vigílalo.

—¿Y qué hago si hace algo?

—Grita.

—¿Y tú vas a…?

—Ir con el Jardinero para que él se encargue de esto.

Negó con la cabeza, pero no intentó detenerme. Vi en sus ojos que ella también sabía que estábamos atrapadas. No podíamos arriesgar las vidas de todas por la esperanza de que este chico fuera mejor que el resto de su familia. Y no sería la primera vez que viera al Jardinero con alguien. Casi siempre él buscaba la privacidad de una habitación, pero de vez en cuando… Bueno. Como dije, era un hombre que

solía controlarse muy bien, hasta que no.

Casi me arrastré por el camino al otro lado del peñasco, donde había una pendiente. Cuando llegué al suelo, la arena amortiguó mis pasos y moviéndome despacio pude meterme al río sin salpicar. Me lancé detrás de la cascada y fui con rapidez al pasillo, hacia el cuarto de Danelle.

El Jardinero se había puesto los pantalones, pero no la camisa ni los zapatos, y estaba sentado en la orilla de la cama pasando un cepillo entre los rizos caoba de Danelle hasta dejarlos tan esponjados como si tuviera la melena de un león alrededor de su cara. Danelle odiaba su fascinación con nuestro cabello más que cualquier otra, porque hacía que el suyo se volviera imposible de manejar.

Ambos levantaron la vista cuando entré al cuarto. La confusión de Danelle también se reflejaba en el rostro del Jardinero, pero en él era casi ira.

—Lo siento —susurré—, pero es importante.

Danelle me miró con una ceja levantada. Cuando llegó al Jardín cuatro años atrás, creyó que adular al Jardinero la ayudaría a volver a casa, y como prueba de eso tenía unas alas tatuadas en su rostro, una máscara roja y púrpura. Con el paso de los años cambió de parecer, y finalmente adoptó la corriente de pensamiento de «déjalo hacer lo que quiera, sin participar». Sabía que estaba haciéndome preguntas con la mirada, pero yo solo me encogí de hombros. Que se lo dijera o no dependía mucho de lo que pasaría a continuación.

Metiendo los pies en sus zapatos y tomando su camisa, el Jardinero me siguió al pasillo.

—Eso…

—Hay alguien en el Jardín —interrumpí en voz tan baja como pude—. Creo que es su hijo menor.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Dónde está?

—Estaba cerca del estanque cuando vine por usted.

Se puso la camisa rápidamente y me hizo una señal para que la abotonara mientras él se pasaba las manos sobre el cabello para arreglar el desastre. Pero no había mucho que pudiera hacer con el olorcito que se cargaba. Cuando se fue por el pasillo, lo seguí. Después de todo, no me dijo que no lo hiciera. Bueno, al menos no hasta que llegamos a una de las puertas y pudo ver por sí mismo al chico, aún meciendo esa tonta lámpara. El hombre observó a su hijo en silencio por un largo rato y no pude leer la expresión de su rostro. Con una mano sobre mi hombro, señaló hacia abajo, lo que podía significar siéntate o quédate quieta.

Yo no era la clase de perra que se sentaba, así que decidí quedarme quieta, y él no lo discutió.

Desde el pasillo lo observé salir al Jardín sin disimulo y aparentemente sin dudas. Su voz rompió el silencio como el disparo de una bala.

—¡Desmond!

El chico giró la cabeza de repente y tiró la linterna, que cayó en una roca con un sonido de plástico quebrándose y rebotó a la arena, donde la luz parpadeó y se apagó.

—¡Padre!

El Jardinero metió la mano en su bolsillo y un momento después las paredes bajaron a mi alrededor, encerrando a las otras chicas en sus cuartos y escondiendo los exhibidores. En cierto modo, nos dejó a Bliss y a mí varadas, ella sobre la roca y yo en el pasillo. No le había dicho al Jardinero que ella estaba allá arriba. Mierda.

Me recargué en la pared y esperé.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? Te dije que el invernadero interior está prohibido.

—Yo… escuché a Avery hablando al respecto y solo…, solo quise verlo. Lamento haberte desobedecido, padre.

Era difícil ponerle edad a su voz. Era un tenor bajo, lo cual tenía el efecto de hacerlo sonar joven. Claramente estaba incómodo y avergonzado, pero en realidad no parecía asustado.

—¿Cómo lograste entrar?

¿Y una Mariposa podría usar ese camino para salir?

El chico —Desmond, supuse— lo pensó.

—Hace unas semanas vi que Avery echaba a un lado el panel de una de las puertas de mantenimiento —dijo finalmente—. Lo cerró de nuevo cuando vio que yo estaba ahí, pero antes lo vi tocar un teclado.

—Que tiene un código de seguridad, así que ¿cómo entraste?

—Avery usa las mismas tres contraseñas para todo. Simplemente probé con ellas.

Supuse que Avery iba a tener que crear una cuarta contraseña muy pronto. No teníamos permitido merodear cerca de la entrada principal. En esa zona, a ambos lados de la puerta cerrada, estaba la habitación de Lorraine, el cuarto de juegos de Avery antes de que fuera desmantelado, la enfermería y la cocina-comedor, el cuarto de tatuajes, que llevaba a la *suite* del Jardinero, y un par de cuartos cuyo propósito desconocíamos, pero podíamos adivinar. Hiciera lo que hiciera en esas habitaciones, ahí era donde perdíamos la vida. Eran lugares a los que se suponía que no poníamos demasiada atención, salvo la cocina, y ni el Jardinero ni Avery salían mientras hubiera una Mariposa que pudiera ver lo que hacían.

—¿Y qué pensabas que ibas a encontrar? —preguntó el Jardinero.

—Un…, un jardín… —respondió el chico con lentitud—. Solo quería ver por qué es tan especial.

—Porque es privado —suspiró su padre, y me pregunté si esa era la razón por la que quitó la cámara y el micrófono de la cueva que estaba detrás de la cascada, porque valoraba lo suficiente su privacidad como para dejarnos fingir que teníamos la nuestra—. Si realmente quieres convertirte en psicólogo, Desmond, tendrás que respetar la privacidad de la gente.

—Salvo cuando esa privacidad es un impedimento para su bienestar mental, en

cuyo caso estaría profesionalmente obligado a invitarlos a hablar de esos secretos.

Era gracioso que Whitney nunca hubiera mencionado ese tipo de boberías éticas cuando nos contaba sobre sus seminarios de Psicología.

—Entonces, estarías profesionalmente obligado a guardarte esos secretos —le recordó el Jardinero—. Ahora, vámonos.

—¿Duermes aquí?

—A veces. Vámonos, Desmond.

—¿Por qué?

Me mordí el labio para evitar reírme. Era un lujo poco frecuente escuchar al Jardinero desconcertado.

—Porque es relajante —respondió finalmente—. Recoge tu lámpara. Te acompañaré de regreso a la casa.

—Pero…

—Pero ¿qué? —soltó.

—¿Por qué guardas este lugar tan en secreto? Es solo un jardín.

El Jardinero no respondió de inmediato, y yo sabía que debía de estar pensando en sus opciones. ¿Decirle la verdad a su hijo, y esperar que la aceptara y la mantuviera en secreto? ¿Mentirle y arriesgarse a que la verdad se descubriera de todos modos, porque un hijo que desobedece una vez podría volver a hacerlo? ¿O estaba pensando algo peor, que de algún modo un hijo podría ser tan desechable como una Mariposa?

—Si te digo, tendrías que mantenerlo en absoluto secreto —dijo finalmente—. No puedes decir ni una palabra al respecto fuera de estas paredes. Ni siquiera hablarlo con tu hermano. Ni una palabra, ¿me entiendes?

—S-sí, señor. —Aun no sentía miedo, pero había algo más, algo tenso y desesperado.

Quería que su padre estuviera orgulloso.

Un año antes, el Jardinero me había dicho que su esposa se sentía orgullosa de su hijo menor, pero él no lo estaba necesariamente. No sonaba decepcionado, pero quizá, comparado con el evidente orgullo de su madre, el de su padre era más difícil de detectar. O quizá su padre simplemente se guardaba los halagos hasta que sentía que se los había ganado. Existía un número indeterminado de explicaciones posibles, pero ese chico quería que su padre se sintiera orgulloso de él, quería sentirse parte de algo más grande.

Pobre chico estúpido.

Entonces escuché unos pasos cada vez más tenues que se alejaban. Me quedé donde estaba, atrapada, hasta que las paredes se levantaron. Un minuto o dos después, el Jardinero se paró al otro lado del pasillo y me llamó con un gesto. Yo obedecí, como siempre, y sin pensarlo, él pasó una mano por mi cabello, que de nuevo tenía recogido en un chongo desarreglado. Supuse que estaba buscando consuelo.

—Ven conmigo, por favor.

Esperó a que yo asintiera antes de poner su mano en mi espalda y empujarme con suavidad para que avanzara por el pasillo. El cuarto de tatuajes estaba abierto, con las máquinas envueltas con cubiertas plásticas hasta que llegara otra nueva chica; una vez dentro, sacó un pequeño control remoto negro de su bolsillo, presionó un botón y la puerta bajó detrás de nosotros. Al otro lado, la puerta de su *suite* privada también estaba abierta. El teclado de la pared hizo un sonido cuando la puerta se cerró. Su hijo estaba parado frente a los libreros y se dio la vuelta al escuchar que el pestillo se movía.

Me observó impresionado y con la boca abierta.

De cerca, era fácil ver que había heredado los ojos de su padre, pero la mayor parte de él era de su madre. Tenía una constitución larga y delgada, con dedos elegantes. Manos de músico, pensé, y luego recordé lo que su padre había contado sobre él. Aún me resultaba difícil adivinar su edad. Podría haber tenido los mismos años que yo, quizás un poco más. No era tan buena como el Jardinero para ese juego.

Su padre señaló el sillón bajo la lámpara.

—Toma asiento, por favor.

Para sentarse, el Jardinero eligió un asiento en el sofá y me jaló junto a él, todo mientras mantenía mi espalda fuera de la vista. Doblé mis piernas sobre el sofá y me recargué contra el respaldo, muy mullido, con mis manos entrelazadas sobre el regazo. Su hijo seguía de pie, sin apartar los ojos de mí.

—Siéntate, Desmond.

Las piernas se le doblaron y se desplomó sobre el sillón reclinable.

Si yo hubiera soltado todas mis historias de terror ante ese chico estupefacto, ¿habría traído a la policía antes de que a su padre le diera tiempo de matarme? ¿O él también mataría a su hijo para acallarlo? La verdad es que el problema con los sociópatas es que nunca sabes dónde están sus límites.

No fui capaz de decidir si valía la pena correr el riesgo, y al final lo que me detuvo fue pensar en las otras chicas. Todo el aire del Jardín venía de un sistema central. Lo único que tenía que hacer el Jardinero para matar a toda la parvada era poner pesticida o algo en el aire. Después de todo, debía de tener todo tipo de químicos guardados para el mantenimiento del invernadero.

—Maya, este es Desmond. Estudia el tercer año en la Universidad de Washington.

Eso explicaba por qué solo caminaba con sus padres los fines de semana.

—Desmond, esta es Maya. Ella vive en el jardín interior.

—¿Vive…, vive aquí?

—Vive aquí —afirmó—. Y también hay otras. —El Jardinero se recorrió hacia delante en el sofá y sus manos descansaban relajadas entre sus rodillas—. Tu hermano y yo las rescatamos de las calles y las trajimos aquí para que tengan una vida mejor. Las alimentamos, las vestimos y las cuidamos.

Muy pocas éramos de la calle, y en ningún sentido nos rescataron de nada; pero,

desde cierta perspectiva, el resto podía ser verdad. De cualquier forma, nunca parecía que el Jardinero se considerara un villano.

—Tu madre no sabe sobre esto ni puede saberlo. La responsabilidad de cuidar a tantas personas sería demasiado trabajo para su corazón. —Sonaba tan definitivo, tan sincero. Y realmente vi que su hijo lo creía. El alivio recorrió su cara, llevándose el gesto de horror que le había provocado la idea de que su padre tuviera un harem para su propio placer.

Pobre chico estúpido.

Ya se enteraría. La primera vez que escuchara a una chica llorando, la primera vez que viera las alas de alguien, la primera vez que subieran las paredes y le mostraran a todas esas chicas en cristal y resina, ya se enteraría. En ese momento, se lo tragó todo. Para cuando se enterara, ¿estaría demasiado involucrado como para hacer lo correcto?

Nos quedamos juntos en esa habitación durante casi una hora mientras el Jardinero le explicaba su versión de las cosas, mirándome ocasionalmente para que asintiera y sonriera. Así lo hice, con el estómago revuelto, pero, al igual que Bliss, no quería morir todavía. No tenía la esperanza que le había enseñado su madre a Johanna, pero si me quedaban unos cuantos años más por delante, los quería, aunque fuera de esa manera. Había tenido demasiadas oportunidades para abandonar, para rendirme, y había seguido adelante. Si no había sucumbido al suicidio, no iba a caminar hacia mi muerte como si nada.

Finalmente el Jardinero revisó su reloj.

—Son casi las dos de la mañana —suspiró—, y tienes clase a las nueve. Vamos, te acompañaré de regreso a la casa. Y recuerda: ni una palabra, ni siquiera a Avery, a menos que estén los dos aquí. Te daré un código cuando esté seguro de que puedo confiar en ti.

Yo también me hubiera levantado, pero cuando puse los pies en el suelo, el Jardinero me hizo una seña sutil que me volvió a hundir en el sofá.

Supongo que sí era esa clase de perra, después de todo.

Nos llamaba «Mariposas», pero la verdad éramos perros bien adiestrados.

Me quedé en el sofá tal como él me dejó, sin tan siquiera intentar levantarme para recorrer el resto de la *suite*. No había ventanas ni ninguna otra puerta, así que no tenía caso. Ya la había visto, claro, pero esta vez no tenía el velo del dolor y el *shock*. Para él, eso era algo privado, aún más que el Jardín. Ni siquiera las Mariposas tenían permitido entrar a ese lugar.

Entonces, ¿por qué carajo estaba yo ahí? Especialmente sin que él estuviera presente.

Volvió media hora después.

—Date la vuelta —ordenó con dureza, arrancándose la ropa y tirándola sobre la alfombra, formando una pila descuidada. Obedecí antes de que pudiera ver mi cara, y me retorcí para sentarme sobre mis tobillos sin nada detrás de mí. Él se dejó caer

sobre sus rodillas y trazó cada línea de mi espalda con dedos y labios temblorosos; de alguna manera, yo sabía que estaba soltando todo el estrés de decirle a Desmond, la emoción de que quizá su hijo menor pudiera compartir sus intereses de una forma más amable que el mayor. Luchó con los ganchos en mi vestido y cuando no los pudo abrir en el primer o segundo intento, simplemente rasgó la tela desde los tirantes, dejándome cubierta por jirones de seda negra.

«Pero si la esperanza se ha ido en la noche, o en el día, o en ninguno, ¿es por ello menor la partida? Todo lo que vemos o imaginamos no es más que un sueño dentro de un sueño».

Pero, claro, para ese momento, yo ya llevaba un año y medio en el Jardín, e incluso Poe era más una costumbre que una distracción real. Estaba más consciente de lo que hubiera querido de lo que él estaba haciendo, del sudor que salpicaba de su pecho hacia mi espalda, de sus gemidos cada vez que me jalaba hacia atrás para acercarme más a él. Demasiado consciente de todas las formas en las que luchaba para obtener de mí una respuesta, y de todas las formas en que mi cuerpo me traicionaba obedeciendo, porque nunca hubo suficiente miedo de mi parte o brutalidad de la suya como para apagarlo todo por completo.

Incluso cuando parecía que había terminado, se quedaba donde estaba y soltaba pequeños soplidos de aire sobre los bordes de las alas, y después de una vuelta completa, lo hacía de nuevo con besos, suaves como plegarias, y luego lo repetía, y yo pensaba en lo jodidamente injusto que era que nos hubiera convertido en mariposas en vez de en cualquier otra cosa.

Las mariposas reales pueden irse, alejarse volando.

Las Mariposas del Jardinero solo podían caer, e incluso eso no pasaba casi nunca.

Saca el brillo labial de su bolsillo y se lo vuelve a aplicar con las manos temblorosas. Al verla, al notar los pedazos maltrechos de dignidad que ese sencillo acto le devuelve, Victor toma nota para agradecerle a su hija por ser tan considerada. Una cosa tan simple, pero más grande que lo que él pudo imaginar.

—Y así fue conocer a Desmond —concluye después de un rato.

Eddison mira con enojo el montón de fotografías y otros papeles.

—¿Cómo pudo…?

—Quienes quieren creer algo con todas sus fuerzas generalmente lo consiguen —lo interrumpe ella con tranquilidad—. Él quería que su padre tuviera una explicación buena y razonable, y cuando le dio una, quiso creerla, así que lo hizo. Por un tiempo lo hizo.

—Dijiste que llevabas ahí casi un año y medio en ese momento —murmura Victor—. ¿Llevabas la cuenta?

—Al principio no. Luego recibí un regalo inesperado en mi aniversario.

—¿De Bliss?

—De Avery.

Después de aquella primera vez, cuando su padre lo castigó por lo que nos había hecho a Giselle y a mí, Avery solo me había tocado dos veces, y con el consentimiento específico de su padre y la amenaza de que cualquier cosa inapropiada que me pasara también le pasaría a él. No me golpeó ni intentó asfixiarme, no me ató más allá de amarrarme las muñecas detrás de mi espalda, pero Avery conocía otros medios para causar dolor.

Después de ese par de veces con Avery, pasé la mayor parte de la semana siguiente deshidratada, porque si orinar me iba a doler, al menos me aseguraría de no tener que hacerlo muy seguido.

Pero aún me observaba todo el tiempo, tanto como Desmond observó seguramente las pistas del jardín interior hasta que encontró la forma de entrar. Yo era algo que no debía tocar; por lo tanto era fascinante y deseable.

La cuarta vez que tuve que soportarlo comenzó como las más recientes, con el Jardinero yendo por mí y explicándome que Avery había pedido permiso para pasar un tiempo conmigo, pero que tenía sus límites, igual que las dos veces anteriores. El Jardinero creía que eso era reconfortante. Aun así, no podíamos negarnos, porque eso no le gustaba, pero le parecía que nos tranquilizaba saber que Avery no podía hacernos daño sin sufrir repercusiones.

El hecho de que las repercusiones solo ocurrirían después de que hubiéramos sido mutiladas o asesinadas era menos que reconfortante, pero al parecer él nunca conectó esos puntos. O quizá sí lo hizo y simplemente desechaba esa preocupación. Después de todo, era un hombre que parecía creer genuinamente que nos estaba dando una vida mejor que la que teníamos en el Exterior, que nos estaba cuidando.

Así que, sin sentirme reconfortada, seguí a Avery obedientemente hasta su cuarto de juegos y lo observé cerrar la puerta, me quité la ropa cuando me lo ordenó y dejé que me colgara de los grilletes en la pared y me atara una venda demasiado apretada sobre los ojos. Para ese momento ya había pasado a la prosa de Poe, porque era más reto memorizarla cuando no rimaba; repasé lo más que pude recordar de «El corazón delator» y me preparé para recitarlo en silencio.

A diferencia del Jardinero, Avery no creía en los preparativos ni en los juegos preliminares, no se preocupaba por hacer que estuviéramos listas o al menos lubricarnos, porque disfrutaba al causar dolor. No me sorprendió que fuera directo a la acción.

Cuando llevaba apenas un cuarto del cuento de Poe, me sorprendió que Avery se salió sin terminar. Podía escucharlo al otro lado del cuarto, donde guardaba la mayoría de sus juguetes, y por más que pasaba el tiempo no volvía conmigo. Pero poco a poco fui notando un ligero olor. No podía identificarlo, era algo como café quemado o como cuando dejas una olla sobre la hornilla después de que toda el agua

se ha evaporado. Finalmente oí sus pesados pasos en el frío suelo de metal cuando regresó; luego —mierda-mierda-mierda—, el dolor, mientras presionaba algo en mi cadera que me quemaba y cortaba la carne. No se parecía a nada que hubiera sentido antes, y la agonía me apretaba con tanta fuerza que sacó todo mi ser e intentó hacerlo pedazos.

Grité, con mi garganta aferrándose al sonido que la desgarraba.

Avery se rio.

—Feliz aniversario, perra arrogante.

La puerta se abrió de golpe, y él volteó, pero incluso después de que retiró la herramienta, la agonía permaneció, robándose todo mi aliento hasta que mi grito por fin se ahogó y murió. Escuché algunos sonidos en el cuarto, pero no pude comprenderlos. Abrí la boca e intenté jalar aire, pero era como si mis pulmones hubieran olvidado funcionar.

Luego, unas manos se movieron sobre los grilletes que tenía en mis muñecas y tobillos, y yo me encogí de miedo.

—Soy yo, Maya, solo soy yo.

Reconocí la voz del Jardinero, y sentí que sus manos familiares me arrancaban la venda para que pudiera verlo. Junto a él, Avery estaba tirado en el suelo de forma poco elegante, con una jeringa meciéndose en su cuello.

—Lo siento mucho, nunca pensé…, él estaba tan… Lo siento. Nunca jamás volverá a tocarte.

La herramienta estaba en el suelo al lado de Avery. Cuando la vi, me mordí la lengua para evitar que la náusea tomara el control de mí. El Jardinero desató las últimas cuerdas y casi grito de nuevo cuando intenté dar un paso.

Hizo que sacara los pies de debajo de mí, me cargó en sus brazos, salió torpemente del salón de juegos de Avery y avanzó por el pasillo hacia la enfermería. Casi me deja caer sobre el estrecho catre para poder presionar el botón y llamar a Lorraine. Luego se hincó junto a mí, estrechando mi mano entre las suyas y diciéndome una y otra vez cuánto lo sentía, incluso cuando Lorraine llegó corriendo y jadeando al cuarto, y se preparó para trabajar.

Por el lado positivo, no tuve que soportar a Avery por mucho tiempo después de eso, y su salón de juegos fue desmantelado por completo. Pero su padre no podía vetarlo por completo —el Jardín era casi la única correa que tenía para mantener sujeto a su hijo—, así que aún tenía otras maneras de lastimar a las demás chicas. Vaya lado positivo de mierda.

Victor no quiere saber. De verdad, no quiere saber, y nota ese mismo deseo reflejado en Eddison.

Pero ahora tienen que saberlo.

—El hospital no dijo nada.

—Ustedes me arrastraron aquí antes de que el hospital pudiera aplicarme el kit de violaciones que habían planeado.

Victor respira profunda y temblorosamente, y lo suelta casi como un silbido:

—Inara.

Sin decir una palabra, la chica se levanta y se dobla el suéter y la blusa hasta la mitad del estómago, mostrando quemaduras, cortadas y el borde inferior de una línea de puntadas en su costado. El botón de sus *jeans* ya está desabrochado, así que se baja el cierre, luego mete la mano en su lado izquierdo, engancha un pulgar en la mezclilla y su ropa interior de algodón a rayas verdes, bajándolos apenas lo suficiente para que los agentes puedan ver.

La cicatriz es de un rosa brillante y con bordes gruesos que recorren el hueso de su cadera. Solo las orillas de las alas se han decolorado adquiriendo un tono rosa pálido blancuzco. Les ofrece una semisonrisa torcida.

—Dicen que todo viene de a tres.

Tres mariposas para una chica rota: una por personalidad, otra por posesión y otra por mezquindad.

Se arregla la ropa y se sienta, sacando un pan danés de queso de la caja que quedó en el olvido por culpa de los roles de canela caseros.

—¿Hay alguna posibilidad de que me traigan agua, por favor?

Al otro lado del cristal se escucha un golpeteo como respuesta.

Victor piensa que probablemente es Yvonne. Porque es más fácil si tienes algo que hacer.

La puerta se abre, pero es un analista el que asoma la cabeza y le pasa tres botellas de agua a Eddison antes de cerrarla de nuevo. Eddison le entrega una a Victor, luego abre la tapa de otra y la pone frente a Inara. Ella mira sus manos lastimadas, los bordes de la tapa de plástico y asiente, dando un largo trago.

Victor se estira para tomar la fotografía del chico y la pone ostentosamente sobre la mesa.

—Cuéntanos sobre Desmond y el Jardín, Inara.

Ella pone los bordes de las manos en sus ojos. Por un momento, el derrame de rosas, rojos y morados que cruza su cara se ve como una máscara.

Casi como una mariposa.

Victor se estremece, pero se estira sobre la mesa y baja los brazos de la chica con suavidad. Mantiene sus manos sobre las suyas, cuidándose de no poner demasiada presión sobre las quemaduras y espera a que ella encuentre las palabras. Tras varios minutos de silencio, la chica voltea las manos bajo las suyas hasta que puede abrazar ligeramente las muñecas de Victor, y él le devuelve el gesto.

—Durante un tiempo, Desmond no supo sobre la verdadera naturaleza del Jardín —dice, mirando las manos de Victor—. Quizá durante mucho tiempo, dadas las circunstancias. Su padre se encargó de eso.

El Jardinero no le dio inmediatamente un código de acceso a su hijo menor. Durante las primeras semanas, acompañó a Desmond en sus recorridos por el Jardín, controlando lo que veía y con quién hablaba. Bliss, por ejemplo, fue una de las últimas chicas que le presentó, después de que el Jardinero tuvo oportunidad de tener varias conversaciones con ella sobre lo que era apropiado mostrarle y decirle a su hijo.

Desmond no conoció a las lloronas ni a las aduladoras, y las que teníamos permitido interactuar con él recibimos un vestido que nos cubría la espalda.

Bliss se rio hasta el cansancio cuando encontró el suyo perfectamente doblado afuera de su habitación. Lorraine fue quien nos los entregó, y por un momento pareció muy satisfecha. No sabía que Desmond había descubierto el Jardín, no sabía que era algo temporal.

Pensó que estábamos compartiendo su castigo, su exilio.

Los vestidos eran simples pero elegantes, como todo lo que había en nuestro guardarropa. El Jardinero conocía nuestras tallas y probablemente había enviado a Lorraine a conseguirlos —pese a sus ataques de pánico ante la idea de dejar la seguridad del Jardín—, pues los tuvimos tan rápido que no pudo haber sido de otra manera. Seguían siendo negros, claro. El mío era casi una camisa, sin mangas y se cerraba con botones que llegaban hasta la cintura, donde desaparecían bajo un ancho cinturón elástico negro y seguía en una elegante falda que llegaba hasta mis rodillas. En secreto, me encantaba.

Nuestras alas estaban escondidas, pero para deleite del Jardinero, a mí aún se me veían unas. La mariposa tribal negra que me había hecho con las chicas del departamento seguía brillante y fresca en mi tobillo derecho. Cuando nuestras alas estaban escondidas, incluso teníamos permitido llevar el cabello como prefiriéramos. Bliss se dejó el suyo suelto, una revolución de rizos que se enredaban en todo, mientras yo llevaba el mío recogido en una trenza simple sobre mi espalda. Se sentía notablemente autocomplaciente.

El Desmond de las primeras dos semanas era la sombra de su padre, amable y respetuoso, cuidadoso con sus preguntas para no retar la paciencia del Jardinero. Habíamos ensayado nuestras respuestas con cuidado. Si Desmond nos preguntaba algo sobre nuestra vida anterior, debíamos bajar la mirada y murmurar algo sobre que lo mejor era olvidar las cosas dolorosas. No fue hasta que escuchó esto por quinta o sexta vez que notó algo extraño.

Que notara algo me hizo revisar mi cálculo inicial sobre su inteligencia. Pero solo un poco. Después de todo, seguía creyéndose la historia de su padre.

Pasaba ahí unas cuantas horas por las tardes, no todos los días, pero sí la mayoría. Después de que terminaban las clases y si no tenía demasiada tarea. Durante la presentación, Avery estuvo vetado en el Jardín por completo, y el Jardinero no nos tocaba mientras Desmond estuviera ahí. Nos tocaba después, claro, o antes, pero no cuando su hijo pudiera verlo. Las paredes permanecieron abajo para ocultar a las

chicas en el cristal, no solo las de fuera, sino también las paredes en las habitaciones. Pasábamos semanas sin ver a ninguna chica muerta y, aunque sentíamos un poco de culpa al querer olvidar o ignorarlas, era glorioso no tener ese recordatorio constante de nuestra inminente mortalidad e inmortalidad.

La presentación de Desmond fue parecida a la manera en que Lyonette integraba a las chicas en el Jardín. Primero las haces sentir mejor. Luego les muestras el lugar, les cuentas cómo son las cosas, paso a paso. No les enseñas los tatuajes de inmediato, no hablas del sexo de inmediato. Las aclimatas sobre un aspecto, y entonces, cuando ya no se resisten ante eso, les presentas otro.

Esa era una de las muchas razones por las que mis presentaciones no eran ni de cerca tan agradables como las de Lyonette.

Yo mantenía mi rutina más o menos invariable, estuviera Desmond en el Jardín o no. Pasaba la mañana hablando con alguna chica en la cueva, corría antes del almuerzo y pasaba mis tardes leyendo en el peñasco o jugando abajo. Donde fuera que su padre y él comenzaran por la tarde, casi siempre terminaban conversando conmigo en el risco. A veces estaba Bliss.

Por lo general, ella los veía acercarse por el camino y bajaba por un costado para evitarlos.

Por más que le gustaba el temperamento y el espíritu de Bliss, al Jardinero le parecía bien que no estuviera. Significaba que había menos riesgo de que su hijo descubriera la verdad antes de que lo hubiera preparado adecuadamente.

Esa última tarde de supervisión directa, el Jardinero comenzó la conversación con Desmond y conmigo; luego la dejó en nuestras manos mientras él se dirigió hacia los pasillos. Después de todo, los exhibidores estaban cubiertos, y creo que él las extrañaba. Pero la conversación no duró mucho después de que se fue, y cuando Desmond no pudo encontrar la forma de continuarla —porque definitivamente no era mi responsabilidad hacerlo—, yo volví a mi libro.

—*¿Antígona?* —pregunta Eddison.

—*Lisístrata* —lo corrige con una pequeña sonrisa—. Necesitaba algo un poco más ligero.

—No puedo decir que lo haya leído.

—No me sorprende, es el tipo de cosas que se aprecian más cuando se tiene una pareja estable.

—¿Cómo…?

—¿En serio? Teniendo en cuenta cómo se enoja y gruñe, la manera sin gracia en la que interactúa, ¿quiere decirme que tiene esposa o novia?

Un rubor feo mancha las mejillas de Eddison, pero… está aprendiendo. No muerde el anzuelo.

Ella le ofrece una rápida sonrisa.

—Aguafiestas.

—Algunos tenemos trabajo que hacer —responde—. Prueba a tener citas cuando pueden llamarte del trabajo en cualquier momento.

—Hanoverian está casado.

—Se casó en la universidad.

—Eddison estaba demasiado ocupado siendo arrestado en la universidad —señala Victor. Un rubor llena de manchas la nuca de su compañero.

Inara hace un gesto de interés.

—¿Por borracho e incontrolable? ¿Lujurioso y lascivo?

—Agresión.

—Vic…

Pero Victor lo interrumpe.

—Los policías locales y los del campus fracasaron en la investigación de una serie de violaciones en el campus. Posiblemente a propósito… El sospechoso era hijo del jefe de policía. No se levantaron cargos. La escuela no impuso ningún castigo.

—Y Eddison fue por el chico.

Ambos asienten.

—Un vigilante. —La chica se reacomoda en la silla con una expresión reflexiva en el rostro—. Cuando no recibes justicia, la haces tú mismo.

—Eso pasó hace mucho tiempo —masculla Eddison.

—¿Sí?

—Defiendo a la ley. No es perfecta, pero es la ley y es cuanto tenemos. Sin justicia no hay orden ni esperanza.

Victor observa cómo la chica lo piensa, lo considera.

—Me gusta su idea de justicia —afirma por fin—. Es solo que no estoy segura de que realmente exista.

—Esto —dice Eddison y da unos golpes sobre la mesa— también es parte de la justicia. Es donde comenzamos a encontrar la verdad.

Ella sonríe ligeramente.

Y luego se encoge de hombros.

Nos quedamos en silencio el tiempo suficiente para que Desmond se sintiera incómodo, removiéndose en la roca y jalándose el suéter por el calor reflejado por el techo de cristal. Yo lo ignoré casi por completo hasta que se aclaró la garganta como señal de que deseaba hablar al fin. Cerré el libro con mi dedo entre las páginas y le ofrecí mi atención.

Él se echó hacia atrás con incomodidad.

—Eres…, eh, una persona *muy* directa, ¿verdad?

—¿Eso es malo?

—No —dijo despacio, como si no estuviera completamente seguro. Inhaló

profundamente y cerró los ojos—. ¿Cuánto de lo que mi padre me ha dicho es una jodida mentira?

Eso hizo que valiera la pena buscar el separador. Lo metí entre las páginas y puse el libro detrás de mí, con cuidado, sobre la roca.

—¿Qué te hace pensar que algo es mentira?

—Se está esforzando demasiado. Y…, bueno, todo eso de la privacidad. Cuando era pequeño, me llevó a su oficina, me enseñó el lugar y me explicó que trabajaba mucho y necesitaba que no entrara a interrumpirlo nunca. Me lo enseñó. Nunca hizo eso con este lugar, por eso supe que tenía que ser diferente.

Me giré para verlo más de frente, con las piernas cruzadas sobre la roca tibia por el sol, mientras me acomodaba la falda para que me cubriera todo lo importante.

—¿Diferente en qué sentido?

Él siguió mi ejemplo, y quedó tan cerca de mí que nuestras rodillas se tocaban.

—¿De verdad las rescató?

—¿No crees que esa es una pregunta que deberías hacerle a tu padre?

—Prefiero hacérsela a alguien que pueda decirme la verdad.

—¿Y crees que esa persona soy yo?

—¿Por qué no? Eres una persona muy directa.

Sonreí, aunque no quería hacerlo.

—«Directa» no significa «honesta». Simplemente podría significar que soy muy abierta y directa con mis mentiras.

—Entonces, ¿planeas mentirme?

—Planeo decirte que le preguntes a tu padre.

—Maya, ¿qué hace mi padre aquí en realidad?

—Desmond, si creyeras que tu padre está haciendo algo inapropiado, ¿qué harías?

¿Tenía idea de lo importante que era su respuesta?

—Yo…, pues yo… —Negó con la cabeza, rascándose el cabello ligeramente crecido—. Supongo que dependería de qué fuera esa cosa inapropiada.

—Y, entonces, ¿qué crees que está haciendo?

—¿Además de engañar a mi madre?

Un punto.

Desmond inhala profundamente una vez más.

—Creo que tiene sexo con todas ustedes.

—¿Y si es así?

—Está engañando a mi madre.

—Lo cual sería problema de tu madre, no tuyo.

—Es mi padre.

—No tu esposo.

—¿Por qué no me das una respuesta directa?

—¿Por qué me estás preguntando a mí en vez de preguntarle a él?

—Porque no estoy seguro de poder confiar en lo que dice.

Se ruborizó, como si cuestionar la palabra de su padre fuera algo vergonzoso.

—¿Y crees que puedes confiar en mí?

—Todas las demás lo hacen.

Con un movimiento de su mano, señaló todo el Jardín, al pequeño grupo de chicas que tenían permitido salir de sus cuartos cuando Desmond estaba ahí.

Pero todas las paredes estaban abajo, ocultando a las chicas que solían adular con la esperanza de ser liberadas y su segundo par de alas marcado en sus rostros. Estaban abajo, ocultando a las lloronas, las indiferentes y —a excepción de Bliss— a las que tenían mal humor crónico. Estaban abajo, ocultando a todas esas docenas de chicas en cristal y los exhibidores vacíos, que iban menguando, porque no eran suficientes para las generaciones actuales; nadie sabía qué iba a hacer el Jardinero cuando se le acabaran.

—No eres una de nosotras —dije sin emoción—. Por ser quien eres, lo que eres, nunca lo serás.

—¿Porque soy un privilegiado?

—Más de lo que te podrías imaginar. Ellas confían en mí porque les he demostrado que pueden hacerlo. No tengo interés en demostrártelo a ti.

—¿Cuál crees que sería su reacción si le preguntara a él?

—No lo sé, pero ya viene por el camino, y te agradeceré que no lo hagas delante de mí.

—No es fácil preguntarle nada —murmuró.

Yo sabía por qué era así para nosotras, pero me pareció una cobardía que aparentemente también fuera cierto para él.

En ese momento, su padre llegó a la cima del peñasco y se paró frente a nosotros con una sonrisa.

—¿Se están llevando bien, Desmond?

—Sí, señor. Es muy agradable hablar con Maya.

—Me alegra escucharlo. —Movió la mano como si fuera a tocar mi cabello, pero en el último segundo la levantó para frotarse la barbilla—. Es hora de que vayamos a cenar con tu madre. Nos vemos más tarde, Maya.

—Claro.

Desmond se levantó y llevó mis nudillos hacia sus labios. ¿En serio?

—Gracias por tu compañía.

—Claro —repetí. Los observé recorrer el Jardín hacia la salida. Pronto estarían sentados en un comedor con Eleanor y Avery, una familia perfectamente normal platicando en la cena, sin pensar en las mentiras que flotaban como niebla sobre la mesa.

Unos minutos más tarde escuché que Bliss subía el peñasco para sentarse junto a mí.

—Vaya bueno para nada —bufó.

—Quizá.

—¿Va a ir con la policía?

—No —respondí a regañadientes—. No creo que lo haga.

—Entonces es un bueno para nada.

A veces era difícil discutir la lógica de Bliss.

Pero a veces los buenos para nada podían ser buenos para algo.

—¿Por qué no creías que iría a la policía?

—Por la misma razón que no iba a hacerle esas importantes preguntas a su padre —responde encogiéndose de hombros—. Porque tenía miedo. ¿Y si iba a la policía y la explicación de su padre resultaba ser verdad? O peor, ¿y si no lo era? Quizá quería hacer lo correcto, pero apenas tenía veintiún años. ¿Cuántos de nosotros sabemos qué es lo correcto a esa edad?

—Tú ni siquiera tienes esa edad —señala Eddison, y la chica asiente.

—Y no digo que sepa qué es lo correcto. Él quería creer en su padre. Yo nunca he tenido a nadie en quien quisiera creer tanto como él. Nunca sentí ese tipo de necesidad de que alguien estuviera orgulloso de mí.

De pronto, la chica sonríe, suave, amarga y ligeramente triste.

—Pero a Lotte sí le preocupaba eso.

—¿Lotte?

—La hija menor de Sophia. Recuerdo una vez, después de que habíamos trabajado hasta las tres de la mañana, en que Sophia llegó a la escuela de las niñas a las ocho treinta para poder ver su obra de teatro. Nos lo contó después de haber tomado una siesta. —La sonrisa crece, se hace más profunda, y por un momento Victor cree que ve a la Inara Morrissey real, a la chica que encontró un hogar en ese extraño departamento—. Jillie era intrépida, segura, el tipo de chica que se lanzaría a hacer cualquier cosa sin pensarlo. Lotte… no. Tal vez las chicas con hermanas mayores como Jillie nunca lo son.

»De cualquier modo, ahí estábamos, en la mesa de centro, sentadas en el piso para comer una cantidad increíble de comida comprada en el restaurante de Taki, y Sophia estaba demasiado cansada como para molestarse en vestirse. Se quedó en ropa interior, con el cabello cubriéndole la mayoría de los tatuajes y no mucho de sus tetas, y se sentó para comer. Lotte estaba obsesionada con su parlamento desde hacía semanas, lo practicaba una y otra vez con cada una de nosotras cuando íbamos a visitarlas con su madre, y todas queríamos saber si lo había recordado.

Victor ha estado en esa clase de obras.

—¿Lo recordó?

—La mitad. Jillie le gritó el resto desde el público. —La sonrisa cambia, se desvanece—. Nunca he sido una persona envidiosa, nunca le vi caso a serlo. Pero esas chicas, lo que tenían la una en la otra y en Sophia…, eso sí valía la pena envidiarlo.

—Inara…

—Se conseguía cualquier cosa en el restaurante de Taki —interrumpe con brusquedad, sacudiendo sus dedos quemados y cortados como para alejar el sentimentalismo—. Estaba entre la estación y nuestro edificio, nunca cerraba y hacían cualquier cosa, incluso si comprabas los ingredientes en la bodega de al lado. Como trabajábamos en un restaurante, ninguna de nosotras quería cocinar nunca.

Un momento que Victor pudo aprovechar se va tan pronto como llegó, pero toma una nota mental al respecto. No es lo suficientemente inocente para pensar que la chica confía en ellos. Aun así, no le parece que ella quisiera revelar tanta emoción. Lo que sea que esté escondiendo —y está de acuerdo con Eddison en que ella esconde algo importante—, está tan concentrada en ello que otras cosas comienzan a escapársele.

Le cae bien Inara, y ve a sus hijas cada vez que la mira, pero tiene trabajo que hacer.

—¿Y el Jardín? —pregunta con tono neutral—. Creo que mencionaste que Lorraine tenía órdenes de preparar solo comida saludable.

Ella hace un gesto de desagrado.

—Como en un comedor. Te formabas en una fila, recibías tu comida y luego te sentabas en unas mesas con bancos que te hacían sentir como si hubieras regresado a la preparatoria. A menos que quisieras llevarte la bandeja a tu cuarto, lo cual podías hacer casi cuando quisieras, siempre que la regresaras en la siguiente comida.

—¿Y si no te gustaba lo que te servían?

—Te comías lo que podías del plato. Si se debía a una alergia real, se te perdonaba, pero si no comías lo suficiente o eras demasiado quisquillosa, las cosas no terminaban bien para ti.

Había unas gemelas cuando llegué. Se veían idénticas hasta en las alas que tenían tatuadas en sus espaldas, pero eran personas muy muy distintas. Magdalene y Magdalena. Maggie, la mayor por varios minutos, era alérgica a la vida. En serio, ni siquiera podía salir al Jardín principal, porque no podía respirar ahí. Si necesitabas ayuda para quedarte dormida, lo único que tenías que hacer era pedirle que enlistara los alimentos a los que era alérgica. Lena, por su parte, no era alérgica a nada. En uno de sus momentos de insensibilidad, el Jardinero las puso juntas en el mismo cuarto y siempre las visitaba al mismo tiempo.

A Lena le gustaba correr por el Jardín, y casi siempre terminaba empapada, llena de barro y cubierta de pedazos de plantas. Esto ocasionaba un gran problema cuando volvía al cuarto a bañarse. Aunque Maggie estuviera en el comedor, al volver encontraba un trozo de pasto en el suelo y se volvía loca. Maggie era alérgica a los primeros veinte o más jabones que le llevó el Jardinero, e incluso después de eso, se quejaba de lo seca que tenía la piel, lo liso de su cabello y siempre, siempre de que no

podía respirar, de por qué sus ojos estaban tan nublados y de que ninguna de nosotras tenía nada de compasión por ella, pero qué mierda.

Maggie estaba acostumbrada a que sus padres se desvivieran para que ella estuviera cómoda en todo momento.

Pero Lena me caía bien. Lena nunca se quejaba —ni siquiera cuando Maggie estaba de lo más insoportable— y exploraba el Jardín tanto como yo. A veces el Jardinero le escondía pequeños tesoros para que los encontrara, solo porque sabía que lo haría. A ella le encantaba reírse y aprovechaba cualquier excusa para hacerlo, creando una de esas perspectivas incansablemente positivas que habrían sido molestas de no saber que ella estaba consciente de la gravedad de la situación. Elegía ser feliz porque no le gustaba estar triste ni enojada.

Intentó explicármelo, y yo más o menos lo entendí, pero en realidad no, porque, aceptémoslo, no soy esa clase de persona. No elijo estar triste ni molesta, pero tampoco elijo exactamente estar feliz.

Maggie nunca comía con nosotras, porque decía que estar en el mismo cuarto que ciertas cosas le provocaría una severa reacción. Su hermana casi siempre tenía que llevarle una bandeja de alimentos preparados especialmente para ella y luego volver a recogerla para la siguiente comida. Pero, claro, Lena tenía tiempo para eso, porque podías poner cualquier comida frente a ella y se la devoraba en menos de cinco minutos. Lena se comía todo sin quejarse.

Y Lena era una de las pocas personas del Jardín por las que yo temía, porque la mayoría de nosotras comprendíamos que si el Jardinero tomaba a las gemelas como un par en todas las otras cosas, también lo haría en la muerte.

Ya llevaban seis meses ahí cuando yo llegué, con Lyonette mediando entre Maggie y el resto de nuestro pequeño mundo, y por suerte el Jardinero parecía más entretenido con su necesidad especial de atención.

Hasta que ya no fue así.

Yo estaba ahí cuando el cambio comenzó, y ya no había Lyonette para mediar.

De vez en cuando, el Jardinero sentía la necesidad de cenar con nosotras en grupo, como un rey con su Corte. O, como decía Bliss, como un sultán con su harem. Hizo que Lorraine nos informara a todas durante el desayuno que teníamos una cena con él esa noche, supongo que para que pudiéramos hacer un esfuerzo extra en arreglarnos.

Cuando llegó la tarde, yo estaba en el cuarto de Danelle con un tazón de agua sobre mi regazo para mojar su cabello con cuidado cada vez que necesitaba pasarle el cepillo. Estaba sentada enfrente de mí en la cama, entrelazando listones en mechones del cabello de Evita antes de girarlos y levantarlos en un chongo sobre la parte posterior de su rubia cabeza. A Danelle le trencé pequeñas secciones de cabello que se sostendrían entre dos chongos altos y otras para que cayeran sobre su espalda. Eran demasiado delgadas para ocultar las alas, pero eran su pequeña resistencia. Hailee se sentó detrás de mí haciendo algo con un cepillo y pasadores, mientras Simone estaba

detrás de ella, retorciendo mechones y usando listones y aceite.

Nunca había ido a un baile escolar, pero podría parecer que nos estábamos arreglando para una cosa así, algo divertido y maravilloso, algo que estabas esperando y que al final de la noche te dejaría un montón de recuerdos que atesorar. Pero en el Jardín no era así. Como estábamos rodeadas de agua y había posibilidad de sufrir un accidente, ninguna de nosotras traía nada más que ropa interior, y nadie soltaba risitas ni platicaba como probablemente lo harían las chicas que van a un baile.

Lena entró, aún escurriendo por el baño —o por un chapuzón en el estanque, conociéndola—, y se dejó caer en el suelo.

—Dice que no va a ir.

—Irá —suspiró Danelle. Terminé la última trenza y dejé que cayera sobre su espalda.

—Se rehúsa.

—Nos encargaremos de eso. —Dio unos golpecitos en la cabeza de Evita y se bajó de la cama con el cepillo—. Siéntate. —Se tiró sobre sus rodillas junto a Lena, quien obedeció enseguida.

Eso hubiera sido todo, especialmente cuando Danelle llegó al cuarto de Maggie, pero mientras el resto nos vestíamos y nos reuníamos en el pasillo, las escuchamos discutiendo. Algo se quebró contra la pared, y un minuto después Danelle salió con la mejilla enrojecida. Apenas se veían algunas partes de la marca de una mano entre las alas rojas y moradas.

—Se está vistiendo. Vámonos.

El Jardinero aún no estaba en el comedor cuando llegamos, entrando de dos en dos como Madeline y sus compañeras. Danelle y yo nos quedamos atrás para que pasaran las otras, arreglándoles los vestidos y acomodando un pasador por aquí y otro por allá. Cuando todas estuvieron en sus lugares, me recargué contra la pared.

—¿De verdad se está vistiendo?

Ella puso los ojos en blanco.

—Espero con el alma que sí.

—Creo que iré a asegurarme de eso.

—Maya… —Se detuvo, luego negó con la cabeza—. No, nada, ve. Haz lo tuyo.

Danelle se había deshecho de su apatía posaduladora para ayudarme después de que Lyonette terminó en el cristal. Aún no había encontrado la manera de decirle lo mucho que se lo agradecía.

Maggie no se estaba vistiendo. De hecho, estaba bastante ocupada intentando meter toda su ropa —que compartía con su gemela— en el escusado. Se encogió por el susto cuando me aclaré la garganta en la entrada, pero luego jadeó con molestia mientras me veía a los ojos, desafiante. Tenía el mismo cabello rubio oscuro que el Jardinero y Avery, y en ese momento lo llevaba hecho un desastre sobre su cara. Con sus ojos color miel y su nariz marcada, fácilmente podría pasar por hija del Jardinero.

Lo cual, ya sabe, qué asco.

—No voy a ir.

—Sí, vas a ir porque estás poniendo en peligro a tu hermana.

—¿Y ella no me pone en peligro cada vez que entra tan despreocupada con cosas que podrían matarme, embarradas por todas partes? —preguntó.

—Las alergias no son lo mismo que hacer enojar al Jardinero, y lo sabes.

—¡No voy a ir! ¡No voy a ir, no, no voy a ir!

Le di una cachetada.

El sonido repiqueteó por toda la habitación, y su piel inmediatamente se puso rosa por el impacto. Me observó con los ojos llenos de lágrimas, mientras se tocaba la mejilla con una mano. Avery no tenía permitido tocarla por sus alergias, así que dudo que hubiera sido abofeteada antes, por más que ella se lo hacía con mucha facilidad a las demás. Pero mientras estaba inmóvil por la impresión, la tomé del cabello y se lo recogí en un chongo en lo alto de su cabeza, asegurándolo con unos cuantos pasadores en espiral.

La tomé con fuerza de la parte alta del brazo y la jalé al pasillo.

—Vamos.

—No voy a ir —lloriqueó, y arañó mi mano y mi brazo—. ¡Que no!

—Si hubieras sido al menos un poco madura, podrías estar vestida y tranquila, y esto terminaría en una hora más o menos, pero no, tenías que portarte como una princesita malcriada, así que ahora vas a estar desnuda y alterada y tendrás que explicarle al Jardinero por qué le faltas al respeto de esa manera.

—¡Solo dile que estoy enferma!

—Sabe que no lo estás —protesté—. Lorraine se lo hubiera dicho, ¿o no te pareció extraño que nos revisara a todas durante la tarde?

—¡Eso fue hace horas!

—A ti te tocaron todas las alergias y a Lena le tocó toda la inteligencia —mascullé y escupí un cabello de mi boca—. Magdalene, por favor, intenta no ser una absoluta idiota. Es una comida. Tus alimentos se prepararán por separado, y te sentaremos al otro lado de la mesa, muy lejos de los platos de las demás.

—¿Por qué no entiende ninguna de ustedes? —Intentó patearme, y cuando eso no funcionó, intentó tirarse al piso. Yo simplemente seguí arrastrándola hasta que la fricción en su espalda hizo que se pusiera de pie—. ¡Podría enfermarme terriblemente! ¡Podría morir!

Suficiente.

Me giré y la azoté contra uno de los exhibidores de cristal, con su cabeza entre las alas de tinta extendidas. Esa chica había estado ahí desde antes de Lyonette, desde antes de la que recibió a Lyonette, y ninguna conocíamos su nombre, solo que era una Mariposa Espejitos, y qué jodido era saber eso.

—Si no vienes a cenar con nosotras, vas a morir, y también tu hermana. ¡Métetelo en la maldita cabeza!

Comenzó a llorar con más fuerza, con sollozos enormes y pesados y burbujas de mocos. Asqueada, apreté con más fuerza su brazo y doblamos la esquina.

El Jardinero estaba parado en la entrada del comedor, con los brazos cruzados sobre su pecho y un ligero gesto de molestia en su rostro.

Mierda.

—¿Hay algún problema, señoritas? —preguntó.

Miré a Maggie, desnuda y sollozando, y la marca de mano rosa brillante que seguía en su mejilla, además de los inicios de lo que probablemente era un increíble moretón en el brazo del que la jalaba.

—¿No? Ya veo.

Desafortunadamente, sí lo veía. Lo observó todo durante la cena, sentado en la cabecera de la mesa entre Danelle y yo, mientras Maggie picoteaba el plato que le habían preparado especialmente, sin comer ni un solo bocado. Observó cómo se negaba a entrar en la conversación o siquiera responder a los comentarios que iban dirigidos a ella. Observó cómo pasó su vaso de agua helada por su mejilla —mientras Danelle simplemente fingía que su propia mejilla inflamada no la molestaba—, observó cómo se encogió tanto como le permitía la mesa para esconder su desnudez.

Mientras tomábamos el pay de queso y el café, un poco incómodas, él se aclaró la garganta y se acercó a mí.

—¿La cachetada era realmente necesaria?

—Sí, para tranquilizarla.

—¿Eso es tranquilidad?

Pensé en la mejor manera de responder. No quería joder a Maggie —a Lena, en realidad—, pero tampoco quería salir jodida yo.

—Un poco más.

Lo único que hizo fue asentir, y cuando miré a Danelle y vi la triste resignación de sus ojos, mi estómago se revolvió.

—¿En cuánto tiempo? —pregunta Eddison.

—Otras dos semanas —murmura la chica—. Ya sabe lo que dicen: lo que ya se ha visto, no puede volver a ser invisible. Después de esa tarde, el Jardinero siempre tenía un gesto molesto cuando veía a cualquiera de las gemelas. Una noche, las paredes bajaron. Dos días después, estaban colocadas a la derecha del comedor.

Victor le pasa el montón de fotos del pasillo. Más o menos un minuto después, ella lo devuelve con una fotografía distinta colocada en primer lugar.

—¿Juntas?

—En la muerte como en la vida —responde la chica con amargura.

Lado a lado, en el mismo exhibidor, las gemelas están posicionadas muy juntas, con las palmas de sus manos entrelazadas.

—Mariposas Marca de Metal —agrega la chica mientras pasa un dedo sobre las

alas moteadas en naranja y cobre. Una descansa la cabeza sobre el hombro de la otra, la cabeza de su hermana descansa sobre la suya. Parecen…

—Nunca se llevaron así de bien cuando estaban vivas.

Toma el montón de fotos del pasillo, revisándolas con una expresión indescifrable. Tras un momento, comienza a acomodarlas en dos pilas frente a ella. Cuando termina, la de la izquierda es más alta. La desliza hacia la orilla más lejana de la mesa, luego pone sus manos sobre la pila más pequeña con los dedos entrelazados.

—Conozco a estas chicas —susurra. Su rostro sigue siendo imposible de descifrar —. A algunas de ellas no muy bien y otras eran como partes de mi alma, pero las conozco. Sé los nombres que él les dio. Y después de que Lyonette nos presentó a Cassidy Lawrence, la parte de ella que viviría después de que Lyonette terminara en el cristal, las otras aprovechaban las horas previas a su muerte para confesarnos los nombres que tenían antes.

—¿Sabes sus verdaderos nombres?

—¿No cree que en algún momento los nombres de Mariposa se volvían reales?

—Sus nombres legales, entonces.

—Algunos.

—Durante todo este tiempo, podríamos habérselo notificado ya a sus familias —dice Eddison—. ¿Por qué no nos dijiste antes?

—Porque usted no me cae bien —responde de golpe, y él le arranca las fotos de las manos.

La chica arquea una ceja.

—En serio cree que el conocimiento ofrece una conclusión, ¿verdad? —pregunta. Su tono puede ser de incredulidad o de burla, Victor no está seguro. Quizá es otra cosa completamente distinta.

—Las familias merecen saber lo que pasó.

—¿Lo merecen?

—¡Sí! —Alejándose de la mesa, Eddison comienza a caminar de un lado a otro frente al falso espejo—. Algunos esperan desde hace *décadas* noticias de sus familiares. Si tan solo pudieran saber…, saber que al fin pueden rendirse…

La chica lo sigue con la mirada de un lado a otro por la pequeña habitación.

—Así que usted nunca supo nada.

—¿Qué?

—Sobre quien sea que desapareció. Nunca supo nada.

Victor maldice entre dientes cuando ve el rostro afectado de su compañero. Vaya que la chica es buena, puede reconocerlo. No es que sea difícil molestar a Eddison, pero ¿sacarlo de sus casillas?

—Ve a que nos traigan comida —ordena—. Tómate unos minutos.

Eddison azota la puerta tras de sí.

—¿Quién fue? —pregunta Inara.

—¿Crees que eso es de tu incumbencia?

—¿Cuánto de lo que me ha preguntado es realmente de su incumbencia?

No es lo mismo y ambos lo saben.

—Yo no creo que el conocimiento ayude —dice Inara tras un momento—. Si mis padres están vivos o muertos, no cambia lo que pasó. Dejó de doler hace mucho, en cuanto acepté que no iban a volver.

—Tus padres eligieron irse —le recuerda—. Ninguna de ustedes eligió que la secuestraran.

La chica baja los ojos hacia sus manos quemadas.

—Supongo que no veo la diferencia.

—Si una de las hijas de Sophia fuera secuestrada, ¿crees que ella descansaría si no supiera qué fue de ella?

Inara parpadea.

—Pero ¿cómo ayuda? Saber que llevan años muertas; saber que fueron violadas y asesinadas y luego aún más ultrajadas en la muerte.

—Porque así ya no tendrán que seguir preguntándoselo. ¿No crees que las chicas del departamento se preocuparon por ti?

—La gente se va —dice encogiéndose de hombros.

—Pero tú hubieras regresado de haber podido —aventura.

Ella no responde. ¿Alguna vez pensó en volver? ¿Alguna vez pensó que podría hacerlo?

Victor suspira y se talla el rostro con cansancio. Este no es un debate que alguno de ellos pueda ganar.

La puerta se azota contra la pared al abrirse demasiado rápido, y Eddison entra caminado pesadamente. Victor maldice con susurros y comienza a levantarse, pero Eddison niega con la cabeza.

—Déjame, Vic. Conozco el límite.

Cruzar ese límite en la universidad hizo que el FBI se interesara en contratarlo, cruzarlo unas cuantas veces más lo metió en problemas. Pero bajo los restos de un rostro ruborizado por la rabia, Victor puede ver una tranquila determinación. Eso basta para que vuelva a sentarse. Solo, por si acaso, se queda al borde de su asiento.

Eddison rodea la mesa para inclinarse sobre Inara.

—Como te gusta decir, así son las cosas: a la mayoría de las personas las extrañan. Lamento que hayas tenido una familia de mierda. En verdad. Ningún niño merece crecer así. Lamento que nadie te extrañara; pero no puedes ser tú quien decida que nadie extraña a todas esas otras chicas.

Pone una fotografía sobre la mesa, Victor no tiene que mirar para saber qué hay en el marco.

—Esta es mi hermana, Faith —dice Eddison—. Desapareció cuando tenía ocho años y no, nunca supimos nada. No sabemos si está viva o muerta. Durante veinte años, mi familia la ha buscado y esperado alguna noticia. Aunque solo encontráramos su cadáver, al menos por fin lo sabríamos. Yo dejaría de mirar a las rubias de unos

treinta años preguntándome si alguna de ellas es Faith, si estoy caminando junto a ella sin saberlo. Mi madre podría dejar de actualizar las páginas con las que espera que Faith se tope. Mi padre podría usar el dinero de la recompensa a cambio de información que ha guardado durante todos estos años y arreglar la casa, que se está cayendo a pedazos sobre ellos. Finalmente podríamos soltar a mi hermana y dejar que descanse.

»No saber es devastador. Tomará mucho tiempo sacar a esas chicas de la resina, aún más para hacer las identificaciones definitivas. Demasiado. Tienes la oportunidad de darles paz a estas familias. Tienes la oportunidad de permitirles que al fin les guarden luto y sigan adelante con sus vidas. Tienes la oportunidad de devolver a estas chicas a su familia.

La pequeña de la imagen lleva una tiara de diamantina rosa y un disfraz de Tortuga Ninja —con todo y una máscara sobre los ojos y un tutú rosa—, y sostiene una funda de almohada de la Mujer Maravilla en una mano. Él no lleva disfraz, pero no parece importarle a la niña, que le sonríe sin sus dos dientes frontales inferiores.

Inara toca la sonrisa cubierta por el cristal de la misma manera en que tocó la foto de Lyonette.

—Él nos tomaba fotografías —dice finalmente—. De frente y de espaldas, cuando los tatuajes estaban terminados. Si las tomó, aún debería tenerlas. No en su *suite* del Jardín, una vez busqué; pero Lyonette creía que tal vez las ponía en una especie de libro para que le hicieran compañía cuando tenía que estar lejos del Jardín. —Estudia la foto un rato más, luego se la devuelve—. Lotte tenía casi ocho años.

—Llamaré a la unidad de la escena del crimen —le dice Eddison a Victor—, haré que vuelvan a revisar la casa.

Con cuidado se mete el marco bajo el brazo y sale de la habitación.

El silencio que sigue se rompe por un ligero resoplido de Inara.

—Aun así, no me cae bien.

—Eso está permitido —dice Victor con una carcajada—. ¿Desmond alguna vez vio ese libro?

Ella se encoge de hombros.

—Si lo hizo, nunca lo mencionó.

—Pero en algún momento descubrió la verdadera naturaleza del Jardín.

—En algún momento.

La primera vez que Desmond usó su nuevo código fue un jueves después de la medianoche. Bueno, técnicamente era viernes. Fue más o menos una semana después de que su padre por fin lo incluyera en el sistema de seguridad, tras días de visitas conjuntas, de no hacer preguntas ni siquiera cuando el Jardinero se alejaba. Hacía tres semanas que sabía del Jardín, pero no del real.

Había pasado la mayor parte del día recluida en la habitación de Simone,

ayudándola con trapos fríos y vasos de agua mientras ella enfrentaba la náusea y los vómitos constantes. Era su tercer día en ese estado y hasta ese momento habíamos logrado ocultarlo de Lorraine, pero no estaba segura de cuánto podría durar. Entre la náusea y algunos puntos específicos de dolor, tenía el mal presentimiento de que Simone estaba embarazada.

A veces pasaba, porque ningún anticonceptivo es completamente seguro, pero siempre significaba otro exhibidor lleno y un cuarto temporalmente vacío. No creo que Simone se hubiera dado cuenta aún de su condición. Pensaba que Avery había vuelto a llevar la gripe al Jardín. Por fin se quedó dormida, con una mano sobre su estómago, y Danelle se comprometió a quedarse con ella hasta el amanecer.

El olor amargo y rancio del vómito se adhirió a mí, y era lo suficientemente fuerte para que a mí también me dieran un poco de náuseas. Ya hacía mucho tiempo que me había ganado el privilegio de abrir mi regadera cuando quisiera, pero la idea de estar atrapada en otro cuartito era casi físicamente dolorosa. Me detuve en la habitación apenas lo suficiente para echar mi vestido y mi ropa interior por el agujero de la lavandería —demasiado estrecho para que cupiera una persona, según me había informado Bliss— y salí al Jardín.

En la noche, el Jardín era un lugar lleno de sombras y luz de luna, donde podías escuchar con claridad todos los mecanismos que intervenían para convertirlo en lo que era. Durante el día había conversaciones y movimiento, a veces juegos o canciones, y eso enmascaraba el sonido de las pipas que alimentaban el agua y los nutrientes para el pasto, de los ventiladores que hacían circular el aire. En la noche, esa criatura que era el Jardín se quitaba su piel sintética para mostrar el esqueleto mecánico que llevaba debajo.

Me gustaba el Jardín por la noche por la misma razón que me gustan los cuentos de hadas originales. Era lo que era, nada más y nada menos. A menos que el Jardinero estuviera de visita, la oscuridad era lo más cercano que teníamos a la verdad en el Jardín.

Entre los ecos, crucé la cueva hacia la cascada, dejando que el agua me empapara y se llevara lo amargo del vómito y la cercanía de la muerte. Caía lo suficientemente fuerte para aporrear mis músculos cansados y adoloridos tras pasar tres días inclinada sobre alguien más, o sentada en un banco incómodo, esperando cada segundo que Lorraine o el Jardinero fueran a investigar. Dejé que el agua se llevara todo eso golpe a golpe, y luego me apoyé en las piedras bañadas de rocío para jalarme hasta lo alto del risco y alcanzar la roca de sol. Exprimí la mayor parte del agua de mi cabello y luego me acosté con los ojos cerrados, echada de forma poco elegante sobre la roca, que aún conservaba un rastro de tibieza de sol del día. Respiración tras respiración, fui sintiendo que mis músculos se relajaban lentamente.

—Directa, pero no muy modesta.

Me senté tan rápido que algo se trabó en mi espalda y pasé los minutos siguientes maldiciendo a la gente que no se anunciaba como debía. Desmond se quedó a unos

cuantos metros, con las manos hundidas en sus bolsillos y estirando el cuello hacia atrás para ver los paneles de cristal en el techo del invernadero.

—Buenas noches —dije con amargura, mientras me reacomodaba en la piedra. Toda mi ropa estaba en mi cuarto o esperando que la lavaran, así que no tenía mucho caso chillar e intentar encontrar algo con qué cubrirme—. ¿Viniste a contemplar el paisaje?

—Hay mucho más que ver de lo que esperaba.

—Pensé que estaba sola.

—¿Sola? —repitió, mirándome a los ojos y cuidándose de no desviar la mirada —. ¿En un jardín lleno de chicas?

—Que están o dormidas o muy ocupadas en sus cuartos —respondí.

—Ah.

Eso fue lo último que se dijo por un rato. Estaba segurísima de que no era mi trabajo hacer conversación, así que volví a la roca y miré el Jardín, observando cómo se formaban olas en la superficie del lago donde caía el agua del arroyo. Finalmente escuché sus pasos en la piedra, y luego algo oscuro se cernió sobre mí. Cuando me estiré para tocarlo, cayó sobre mi regazo.

Su suéter.

El color era difícil de determinar a la luz de la luna, quizá una especie de bermellón, con el escudo de una universidad cosido a un lado del pecho. Olía a jabón, loción y cedro, un aroma cálido y masculino y bastante desconocido en el Jardín. Recogí mi cabello mojado en un chongo desaliñado sobre mi cabeza y me puse el suéter; cuando todo estuvo cubierto, se sentó junto a mí.

—No podía dormir —susurró.

—Así que viniste aquí.

—No logro entender el sentido de este lugar.

—Tomando en cuenta que no tiene sentido, es comprensible.

—Así que no estás aquí por decisión propia.

Suspiré y puse los ojos en blanco.

—Deja de buscar información que no planeas usar.

—¿Cómo sabes que no la usaré?

—Porque quieres que él esté orgulloso de ti —respondí con brusquedad—. Y sabes que si le dices a alguien sobre esto, no lo estará. Por eso, ¿qué importa si estamos aquí por decisión propia o no?

—Debes…, debes de creer que soy una despreciable vergüenza de ser humano.

—Creo que tienes el potencial para serlo. —Miré su rostro triste y serio, y decidí arriesgarme por primera vez desde que llegué al Jardín—. También creo que tienes el potencial para ser mejor.

Se quedó en silencio por un largo rato. Un paso tan pequeño, un empujón minúsculo, pero de pronto parecía demasiado grande. ¿Cómo es posible que un padre tenga tanto control sobre su hijo al grado de que su orgullo importe más que hacer lo

correcto?

—Nuestras decisiones nos convierten en lo que somos —dijo al fin.

Eso no fue lo que yo consideraría una respuesta sustancial.

—¿Qué decisiones estás tomando, Desmond?

—En este momento no creo que esté tomando ninguna decisión.

—Entonces, automáticamente estás tomando la decisión incorrecta. —Se irguió y abrió la boca para protestar, pero yo levanté la mano—. No tomar una decisión es una decisión. La neutralidad es un concepto, no un hecho. En realidad nadie puede vivir así.

—A Suiza parecía funcionarle.

—Como nación, quizá. ¿Cómo crees que se sintieron esas personas cuando descubrieron la verdad de lo que su neutralidad permitía? Cuando descubrieron los campos, las cámaras de gas y los experimentos, ¿crees que se sintieron complacidos con su neutralidad en ese momento?

—Entonces, ¿por qué no te vas y ya? —quiso saber—. En vez de juzgar a mi padre por darte comida y ropa y un techo cómodo, ¿por qué no vuelves a la calle?

—No creerás que tenemos códigos para las puertas, ¿verdad?

Se desanimó y su indignación se fue tan rápido como llegó.

—¿Las tiene encerradas?

—Los coleccionistas no dejan que las mariposas vuelen libres. Va contra su objetivo.

—Podrías preguntar.

—No es fácil preguntarle nada —dije, repitiendo sus palabras de una semana antes.

Hizo un gesto de dolor.

Estaba ciego, pero no era estúpido. Que eligiera ser ignorante de verdad me enfurecía. Me quité su suéter, lo lancé sobre su regazo, y empecé a bajar la roca.

—Gracias por la conversación —mascullé mientras avanzaba con rapidez por el camino que bajaba hacia el nivel principal desde la otra orilla del peñasco. Podía escucharlo tropezándose y caminando detrás de mí con torpeza.

—Maya, espera. ¡Espera! —Cerró su mano alrededor de mi muñeca y me jaló; casi hizo que me cayera—. Lo siento.

—Te estás interponiendo entre la comida y yo. Discúlpate por eso, si quieres, pero quítate de mi camino.

Soltó mi muñeca, pero de cualquier modo me siguió por todo el Jardín. Se adelantó para saltar el pequeño arroyo y se estiró para ayudarme a mantener el equilibrio desde el otro lado, algo que me pareció a la vez extraño y encantador. Las luces principales del comedor —y la de la cocina abierta— estaban apagadas, pero una luz tenue brillaba sobre la estufa para cualquiera que necesitara un bocadillo de medianoche. El gran refrigerador con candado lo distrajo por un instante.

Abrí la puerta de otro más pequeño y observé lo que había dentro. Estaba

genuinamente hambrienta, pero como la compañía de gente vomitando no estimulaba mucho el apetito, no encontraba nada que me gustara.

—¿Qué es eso que tienes en la espalda?

Azoté la puerta de golpe, bloqueando la luz, pero era demasiado tarde.

Se acercó más a mí y me condujo al horno, y bajo la tenue luz de la estufa estudió las alas en todos sus exquisitos y dolorosos detalles. En circunstancias normales, casi podría haber olvidado cómo se veían. El Jardinero nos daba espejos si se los pedíamos, pero yo nunca lo hice. Sin embargo, Bliss tenía la costumbre de mostrarles a todas sus alas todo el tiempo.

Para que no olvidáramos lo que éramos.

Las mariposas son criaturas que viven poco, y eso también era parte de su recordatorio.

Desmond rozó con sus dedos las líneas color café oscuro de las alas superiores color cervatillo, que se abrían en trazos que iban convirtiéndose en detalles más delicados. Me quedé perfectamente quieta pese a los escalofríos que recorrían mi columna en su exploración. No había preguntado si podía hacerlo, pero, claro, era como su padre. Mis ojos se cerraron y apreté los puños a mis costados, mientras sus dedos bajaban por los rosas y púrpuras de las alas inferiores. No siguió las líneas hacia abajo, sino hacia adentro, por mi columna, hasta que pasó un pulgar por toda la tinta negra que corría a lo largo del centro de mi espalda.

—Es hermoso —susurró—. ¿Por qué una mariposa?

—Pregúntale a tu padre.

De pronto su mano tembló junto a mi piel, junto a la marca de posesión de su padre. Pero no la quitó de inmediato.

—¿Él te hizo esto?

No respondí.

—¿Te dolió mucho?

Lo que más dolía era quedarse ahí tendida y permitirle que lo hiciera, pero no lo dije. No le dije que dolía terriblemente ver cómo aparecían las primeras líneas en la espalda de cada chica nueva, no le dije lo lastimada que había tenido la piel, no dije que aún no podía dormir boca abajo porque me hacía recordar la primera vez que me violó en la banca de tatuar, cuando se enterró en mí y me dio un nombre nuevo.

No dije nada.

—¿Él…, él les hace esto a todas? —preguntó temblando.

Asentí.

—Por Dios.

«Corre —grité en silencio—. Corre y dile a la policía, o abre las puertas y deja que nosotras mismas se lo digamos. Haz algo, cualquier cosa, ¡no te quedes aquí parado!».

Pero no lo hizo. Se quedó detrás de mí, con su mano sobre el mapa de tinta y cicatrices, hasta que el silencio se convirtió en un ente vivo que jadeaba entre

nosotros. Así que fui yo quien se movió para abrir el refrigerador de nuevo y fingir que había algo de normalidad en ese momento. Saqué una naranja, cerré la puerta con la cadera y me recargué en la barra de cocina, que era perpendicular al resto. No era una isla, pero creaba una separación que llegaba a la altura de la cadera entre la cocina y el comedor.

Desmond intentó acercarse a mí, pero sus piernas se rindieron y se deslizó hasta caer al suelo, junto a mis pies, con la espalda recargada contra los cajones. Su hombro rozaba mi rodilla mientras yo pelaba metódicamente la naranja. Siempre intentaba quitar la cáscara en una sola pieza, una espiral perfecta. Hasta ese momento, nunca lo había logrado. Siempre se rompía a la mitad.

—¿Por qué lo hace?

—¿Tú por qué crees?

—Mierda.

Levantó las rodillas y se inclinó sobre ellas, con los brazos cruzados sobre su nuca.

Liberé el primer gajo y lo chupé hasta dejarlo seco, poniendo las semillas en la cáscara conforme las iba encontrando.

Y el silencio creció.

Cuando se acabó todo el jugo del gajo, me lo metí completo a la boca y mastiqué. Hope solía burlarse de mí por la forma en que comía naranjas, diciendo que hacía que los chicos se sintieran muy incómodos. De cualquier modo Desmond no estaba mirando. Pasé al segundo gajo y luego al tercero y al cuarto.

—¿Todavía estás despierta, Maya? —La voz suave del Jardinero se escuchó desde la entrada—. ¿Te sientes bien?

Desmond levantó la vista con el rostro pálido y afectado, pero no se levantó ni dijo nada que anunciara su presencia. Sentado en el suelo junto a los cajones, el Jardinero no lo vería a menos que fuera hasta la barra de cocina y mirara hacia abajo. Él nunca entraba en la cocina.

—Me siento bien —respondí—. Solo decidí venir por un bocadillo después de enjuagarme en la cascada.

—¿Y no te molestaste en ponerte ropa?

Se rio y entró en el comedor, sentándose en la gran silla acojinada que estaba reservada para él. Hasta donde yo sabía, nunca había visto la corona que Bliss había tallado en el respaldo. Era algo así como un trono, en eso tenía razón, con un gran cojín de terciopelo rojo oscuro y una madera pulida y casi negra que se elevaba con decoraciones sobre su cabeza. Recorrió la silla y descansó uno de sus codos en el borde de la mesa, porque su trono no tenía descansabrazos.

Me encogí de hombros, tomando otro gajo de la naranja.

—Me pareció algo tonto vestirme.

Se veía extrañamente casual, sentado en la oscuridad con solo unos pantalones de pijama. Su sencillo anillo de bodas dorado brillaba a la luz de la estufa. No podía

decir si venía de dormir en su *suite* o si había estado con una de las chicas, aunque, por lo general, no dormía en nuestras habitaciones. A menos que su esposa estuviera fuera de la ciudad, normalmente pasaba al menos parte de la noche en aquella casa que yo nunca había visto, que no podía ver ni siquiera desde el árbol más alto del Jardín.

—Ven a sentarte conmigo.

A mis pies, Desmond presionó un puño contra su boca, con una expresión herida.

Dejando el resto de la naranja sobre la barra de cocina con la cáscara y las semillas, crucé la oscuridad obedientemente para ir con él a la mesa. Iba a sentarme en la banca más cercana, pero él me jaló a su regazo. Con una mano acariciaba mi espalda y mi cadera, algo que hacía sin pensar, mientras que con la otra apretaba una de mis manos contra mi muslo.

—¿Cómo están reaccionando las chicas a que Desmond esté aquí?

Si hubiera sabido que Desmond estaba *aquí* mismo, dudo que estuviéramos teniendo esa conversación.

—Están… recelosas —respondí finalmente—. Creo que todas estamos esperando a ver si es más como usted o como Avery.

—¿Y como cuál esperan que sea? —Le lancé una mirada de soslayo y, después de reírse, plantó un beso en mi clavícula—. No le tienen miedo, ¿verdad? Desmond jamás le haría daño a nadie.

—Estoy segura de que todas se adaptarán a su presencia.

—¿Y tú, Maya? ¿Qué opinas de mi hijo menor?

Casi miré hacia la cocina, pero si Desmond no quería que su padre supiera que estaba ahí, yo no lo delataría.

—Creo que está confundido. No sabe qué pensar de todo esto. —Respiré profundamente, me di un momento para convencerme de que la siguiente pregunta era por el bien de Desmond, para dejarle saber un poco más sobre la realidad del Jardín—. ¿Por qué los exhibidores?

—¿Qué quieres decir?

—Después de tenernos aquí, ¿por qué nos conserva?

No respondió durante un rato, dibujando símbolos sin sentido con sus dedos sobre mi piel.

—Mi padre coleccionaba mariposas —dijo al fin—. Iba a cazarlas, y si no podía capturarlas en buenas condiciones, pagaba a otros por ellas, y las colocaba en su exhibidor con un alfiler cuando aún estaban vivas. Cada una tenía un fondo de terciopelo negro y una pequeña placa de bronce con su nombre común y el científico, creando un verdadero museo de exhibidores en las paredes de su oficina. A veces colgaba los bordados de mi madre entre las cajas. A veces era una sola mariposa, a veces todo un conjunto de hermosos colores sobre la tela.

Soltó mi muslo y su mano subió por mi espalda, trazando las alas. Ni siquiera tenía que mirarlas para saber su forma.

—Era más feliz en ese cuarto y, cuando se retiró, pasaba ahí casi todos los días. Pero hubo un pequeño incendio eléctrico en esa parte de la casa, y todas las mariposas quedaron arruinadas. Absolutamente todas, la colección que adquirió y en la que trabajó durante décadas. Nunca volvió a ser el mismo después de eso y, no mucho tiempo después, murió. Supongo que sentía como si toda su vida se hubiera quemado en ese incendio.

»El día después de su funeral, mi madre y yo teníamos que ir al pueblo, a una feria, por el Día de la Independencia. A ella le iban a entregar un premio por su trabajo de caridad y no quería decepcionar a nadie al no ir. La dejé en compañía de sus amigos solidarios y me fui a caminar por la pequeña feria, y entonces la vi: una chica que llevaba una máscara de mariposa hecha de plumas, que les entregaba pequeñas mariposas de seda a los niños que salían del laberinto. Era tan vibrante y brillante, estaba tan llena de vida, que era difícil creer que las mariposas pudieran morir.

»Cuando le sonreí y entré al laberinto, ella me siguió. No fue difícil llevarla a casa después de eso. Al principio la mantuve en el sótano, hasta que pude construir el jardín para que fuera un hogar apropiado para ella. Yo estaba en la universidad y acababa de tomar el mando del negocio de mi padre, y poco después me casé, así que llevé a Lorraine y a otras para que fueran sus amigas. —Se perdió en los recuerdos, que para él no eran dolorosos. Para él tenían sentido, era lo correcto. En vez de llevar a su Eva al jardín, construyó uno a su alrededor e hizo las veces del ángel con la espada de fuego para que no se escapara. Me reacomodó sobre su regazo, jalándome contra su pecho hasta que pudo poner mi cabeza entre su cuello y su hombro—. Su muerte me partió el corazón, y no soportaba pensar que esa breve existencia era todo lo que tendría. No quería olvidarla. Mientras pudiera recordarla, una parte de ella seguiría viva. Entonces construí los exhibidores y busqué maneras para preservarla del deterioro.

—La resina —susurré, y él asintió.

—Pero antes, el embalsamamiento. Mi compañía tiene formaldehído y resinas de formaldehído a la mano en la división de manufactura, para la ropa, ¿puedes creerlo? Es fácil ordenar más de la necesaria y traerme el resto. Reemplazar la sangre con el formaldehído retrasa el deterioro lo suficiente para que la resina preserve todo lo demás. Aun cuando te hayas ido, Maya, no serás olvidada.

Lo más enfermo de todo era que en verdad lo decía como algo reconfortante. A menos que ocurriera un accidente o que yo lo hiciera enojar, en tres años y medio metería formaldehído por mis venas. Yo ya sabía que se quedaría conmigo todo el tiempo, quizá cepillando mi cabello y acomodándolo en un peinado final, y cuando me sacara toda la sangre, me acomodaría en un exhibidor de cristal y lo llenaría de resina transparente para darme una segunda vida con la que ningún incendio eléctrico pudiera acabar. Tocaría el cristal y susurraría mi nombre cada vez que pasara junto a mí, y me recordaría.

Ahí, sentada en sus piernas, no me quedaba duda de cómo se sentía respecto de eso.

Me bajó de su regazo con suavidad, abriendo las piernas para que me hincara entre ellas mientras enredaba una de sus manos en mi cabello.

—Demuéstrame que no me olvidarás, Maya. —Empujó mi cabeza y su otra mano se ocupó del cordón ajustable de sus pantalones—. Ni siquiera entonces.

Ni siquiera cuando llevara mucho tiempo muerta, el solo hecho de verme le seguiría bastando para que se le pusiera dura.

Obedecí, porque siempre obedecía, porque todavía quería esos tres años y medio, aunque eso significara soportar a ese hombre diciéndome que me amaba. Obedecí cuando el maldito casi me ahogó, obedecí cuando me jaló para volver a su regazo y obedecí cuando me dijo que le prometiera que jamás lo olvidaría.

Y esta vez, en lugar de escribir los poemas y las historias de alguien más en el interior de mi cabeza, pensé en el chico que estaba al otro lado de la barra de cocina, escuchándolo todo.

Lo que mucho tiempo atrás me convenció de que mi vecino era un pedófilo fue algo más que la forma en la que me veía. Fueron las miradas que los niños a su cargo se lanzaban entre ellos, el secreto herido y asqueado que compartían. Todos sabían lo que estaba pasando, no solo con ellos mismos, sino con los demás. Y ninguno decía nada. Vi esas miradas mallugadas y supe que solo era cuestión de tiempo que metiera sus manos en mi vestido, que tomara mi mano, la pusiera en su regazo y susurrara algo sobre un regalo para mí.

El Jardinero me besó cuando terminó y me dijo que me fuera a descansar. Aún se estaba acomodando los pantalones cuando salió del comedor. Yo fui al otro lado de la barra de cocina, recogí el resto de mi naranja y me senté junto a Desmond, cuyo rostro estaba empapado y brillante por las lágrimas. Me observó con los ojos apagados.

Ojos heridos.

Me comí el resto de la naranja en lo que encontraba algo que decir; luego no dijo nada, solo me pasó su suéter. Me lo puse, y cuando buscó mi mano, le permití que la tomara.

Nunca iba a ir con la policía.

Ambos lo sabíamos.

Lo único que había cambiado en la última media hora era que ahora se odiaba un poco a sí mismo por ello.

—No has preguntado quién sobrevivió.

—No va a dejar que vaya a verlas hasta que le haya contado todo lo que quiere saber.

—Es verdad.

—Así que ya lo descubriré cuando terminemos, cuando finalmente pueda estar con ellas. De todos modos, estar ahí ahora no cambiaría nada.

—Ya no me parece tan difícil creer que no llores desde que tenías seis años.

Una leve sonrisa aparece por un instante en su rostro.

—Carrusel de mierda —dice complacida.

Bliss hizo un carrusel, ¿ya conté eso?

Podía hacer casi cualquier jodida cosa con arcilla polimérica, horneando hoja tras hoja en el horno mientras Lorraine la supervisaba, viéndola con rabia todo el tiempo. Era la única de todas nosotras que tenía el privilegio de usar el horno. También era la única que lo había pedido.

La noche antes de su muerte, en esas largas horas que pasamos abrazadas en su cama, Lyonette nos contó historias sobre cuando era más joven; no nos dio nombres ni direcciones, pero las contó de todos modos, y la que la hizo sonreír, la que amaba más que cualquiera de las otras, era sobre un carrusel.

Su padre hacía las figuras de muchos carruseles; a veces la pequeña Cassidy Lawrence dibujaba algunas y él metía los diseños en el siguiente proyecto, la dejaba elegir los colores o la expresión de una cara. Una vez, su padre le permitió que fuera con él a entregar los caballos y los trineos para un carnaval itinerante. Pusieron las figuras en la plataforma; ella se sentó en el riel y observó cómo metían unos cables por los postes dorados para que los caballos se movieran de arriba abajo. Cuando todo estuvo listo, dio vueltas y vueltas en el carrusel, acariciando a los caballos y susurrándoles sus nombres al oído para que no se les olvidaran. Conocía a cada uno de ellos y los amaba a todos.

Las cualidades del Jardinero no existen de forma aislada, solo en situaciones extremas.

Pero los caballos no eran suyos y, cuando llegó el momento de irse a casa, tuvo que dejarlos, tal vez no volvería a verlos nunca. No podía llorar, porque le había prometido a su padre que no lo haría, que no haría un drama cuando tuvieran que irse.

Fue entonces cuando hizo su primer caballo de origami.

En la cabina de la camioneta, de regreso a casa, hizo sus primeras dos docenas de caballos de origami, usando las hojas de un cuaderno y recibos de comida rápida para practicar hasta que supo hacerlos bien, y cuando llegó a casa comenzó a usar papel de computadora. Hizo caballo tras caballo tras caballo, y los coloreó a todos para que se vieran como los que había abandonado, susurrándoles sus nombres como lo había hecho antes. Cuando hubo terminado, pintó cuidadosamente unos tubitos y se los puso a la mitad con un poco de pegamento.

Dibujó y coloreó los patrones en el suelo, todas las pinturas del techo, incluso las imágenes enmarcadas en elaboradas florituras que recorrían la base de la carpa, y su madre la ayudó a acomodarlos. Su padre le hizo incluso un cigüeñal para la base, de manera que todo pudiera girar lentamente. Estaban muy orgullosos de ella.

La mañana del día en que fue secuestrada, cuando salió de la casa hacia la escuela, el carrusel seguía colocado sobre la chimenea en un lugar de honor.

Después de que Lyonette murió, a mí me quedaba la chica nueva sin nombre para mantenerme ocupada.

Bliss tenía su arcilla polimérica.

No le había mostrado a nadie en lo que estaba trabajando y ninguna le preguntamos para dejar que sobrellevara el dolor a su manera. Estaba inusualmente concentrada en ese proyecto. Para ser honesta, siempre que no fuera una Mariposa Cobre, no me preocupaba mucho lo que estuviera haciendo. Había hecho eso para algunas de las otras chicas muertas, y de algún modo a mí me parecía que esas mariposas de cinco centímetros eran aún más macabras y perturbadoras que las

chicas en el cristal.

Pero, entonces, la infección de la chica nueva alcanzó un punto crítico: su tatuaje nunca iba a sanar correctamente. Aun si la infección no la mataba, las alas quedarían irremediablemente imperfectas, y eso era algo que el Jardinero no podía aceptar. No cuando la belleza era la razón por la que nos había elegido.

Las puertas bajaron antes del amanecer, como era normal para una sesión de tatuaje, pero cuando subieron, ella no estaba en la sala de tatuajes ni en su cama. Nunca apareció en los exhibidores. No hubo una despedida.

Solo hubo… nada.

Literalmente no quedó nada de ella, ni siquiera un nombre.

Bliss estaba en mi cuarto cuando regresé tras buscar a la chica, sentada sobre mi cama con las piernas cruzadas y una falda que cubría un bulto sobre su regazo. Unas ojeras manchaban su piel pálida bajo sus ojos, y me pregunté cuánto habría dormido desde que Lyonette se despidió de nosotras.

Me tiré en la cama junto a ella, con una pierna encogida bajo mi cuerpo y recargué la espalda contra la pared.

—¿Está muerta?

—Si no, lo estará pronto —suspiré.

—Entonces te tocará la llegada y el tatuaje de una nueva chica.

—Tal vez.

—¿Por qué?

Yo misma me lo había estado preguntando durante toda esa semana.

—Porque Lyonette creía que era importante.

Se quitó la tela del regazo y ahí estaba el carrusel.

Cuando llegó al Jardín, Lyonette hizo otro carrusel de origami que estaba sobre la repisa encima de la cama de Bliss desde su muerte. Ella reprodujo todos los patrones, diseños y colores, y Bliss lo repitió en su propio medio. Los postes dorados tenían incluso los bordes en espiral. Estiré la mano y toqué el banderín rojo que estaba arriba y todo el carrusel giró un poco.

—Tenía que hacerlo —susurró—, pero no puedo quedármelo.

Bliss estalló en sollozos desconsolados y llenos de rabia sobre mi cama. Ella no sabía lo de mi carrusel. No sabía que cuando yo monté un caballo negro y rojo, entendí finalmente que mis padres no me amaban, o al menos que no lo suficiente. Fue el día en que al fin entendí —y acepté— que no me querían con ellos.

Lo levanté de su regazo con cuidado y golpeé su rodilla con un dedo de mi pie.

—Ve a bañarte.

Soltó un hipo y se bajó de la cama para obedecer, y mientras ella se limpiaba las dos semanas de rabia y luto, yo observé los caballos para ver si alguno se parecía al que habían salpicado mis últimas lágrimas hacía diez años.

Y la respuesta fue: casi. Un caballo tenía las bridas plateadas en vez de doradas, y unos moños rojos en su melena negra, pero por lo demás era muy muy similar. Me

acomodé sobre mis rodillas y lo puse en la repisa junto a Simba, junto a la colección de origami y otras figuras de arcilla, junto a las piedras que Evita había pintado, el poema que escribió Danelle y todas las demás cosas que de algún modo había logrado acumular tras pasar seis meses en el Jardín. Me pregunté si podría pedirle a Bliss que hiciera una niñita de cabello oscuro y piel dorada para que se sentara sobre ese caballo negro y rojo, y que diera vueltas y vueltas y vueltas en el carrusel mientras observaba cómo el resto del mundo se alejaba de ella.

Pero si se lo pedía hubiera preguntado por qué, y esa niñita no necesitaba compasión tanto como necesitaba que por fin la olvidaran.

Bliss salió de la regadera con el cuerpo y el cabello envueltos en toallas rosas y violetas, y finalmente se durmió acurrucada junto a mí como una de las hijas de Sophia. Puse mi brazo detrás de mi cabeza y me quedé recargada contra la pared; de vez en vez me estiraba y le daba un golpecito al carrusel para poder ver cómo se alejaba un poco más de mí el caballo negro y rojo.

Victor desearía poder permitirle que se distraiga con eso. Dejar que la conversación vaya por otros rumbos, permitirle que evada el horror por el que tiene que hacerla pasar.

Pero se reacomoda en su silla y se aclara la garganta, y cuando la chica le dirige su mirada destrozada, él asiente despacio.

Ella suspira y entrelaza las manos en su regazo.

Durante toda la semana siguiente, Desmond no fue al Jardín en absoluto. No usó sus códigos, no fue acompañando a su padre, solo se mantuvo alejado. Bliss fue quien le preguntó al Jardinero al respecto, de ese modo espantosamente directo que tenía siempre, pero él se rio y dijo que no se preocupara, que su hijo estaba concentrado en sus exámenes finales.

A mí me parecía bien.

Ya sea que se estuviera escondiendo, alejando o simplemente pensando las cosas, no me importaba que se ausentara otro macho al cual entretener. Me gustaba tener espacio para pensar.

Avery había vuelto al Jardín después de todo, lo cual significaba que era necesaria una sutil pero constante interferencia para que las chicas más frágiles no despertaran su interés. Hacer todo eso desde los pies de la cama de Simone solamente lo hacía más difícil.

Había perdido mucho peso en la última semana y media, al ser incapaz de conservar en su interior cualquier cosa que comiera durante más de media hora. En esos días me quedaba con ella, y por las noches, cuando Danelle me relevaba, yo iba al Jardín y dormía en la roca que estaba expuesta al sol, donde podía fingir que las

paredes no bajaban y que el tiempo no se me estaba agotando.

Me caía bien Simone. Era divertida e irónica, nunca se creía la palabrería, pero siempre intentaba pasarla lo mejor posible. Después de otro salto al escusado, la ayudé a volver a acomodarse en la cama y ella apretó mi mano.

—Voy a tener que hacerme una prueba, ¿verdad?

Bliss dijo que Lorraine se había quedado con ellas durante el desayuno, haciendo preguntas.

—Sí —respondí despacio—. Creo que tendrás que hacerlo.

—Va a salir positivo, ¿verdad?

—Creo que sí.

Cerró los ojos mientras una de sus manos retiraba el cabello empapado de sudor que tenía pegado en su frente.

—Debí haberme dado cuenta antes. Vi a mi mamá y a mi hermana mayor pasar por sus embarazos, y estuvieron vomitando durante dos meses completos.

—¿Quieres que orine en la prueba por ti?

—¿Qué diablos nos pasa si *eso* es una declaración de amor y amistad? —Pero negó con la cabeza lentamente—. No quiero que las dos terminemos muertas, y sabemos que ese sería el resultado.

Nos quedamos en silencio por un rato, porque algunas cosas simplemente no tienen respuesta.

—¿Puedes hacerme un favor? —preguntó al fin.

—¿Qué necesitas?

—Si tenemos el libro en la biblioteca, ¿puedes leérmelo?

Cuando me dijo lo que quería, casi me reí. Casi. No porque fuera gracioso, sino porque me sentí aliviada de que eso fuera lo único que pudiera hacer por ella. Lo traje de la biblioteca, me acomodé en la cama junto a ella, con su mano en la mía, y abrí el libro en la página correcta para comenzar a leer.

«El frío era atroz; la nieve caía y comenzaba a oscurecer; era la última noche del año. En aquel frío y aquella negrura, pasó una pobre niñita por la calle, con la cabeza descubierta y los pies descalzos».

—¿Qué libro es?

—Es parte de un libro —lo corrige la chica—. Es «La pequeña cerillera», de Hans Christian Andersen.

Victor casi lo puede recordar, algo de un *ballet* en el que participó su hija Brittany cuando era mucho más pequeña, pero lo confunde con los recuerdos de *El Cascanueces* y *El soldadito de plomo*.

—Es la clase de historia que tiene más sentido en el Jardín que en el mundo real.

Seguí con otros cuentos cuando ese terminó, guardé silencio cuando entró Lorraine. Llevaba una bandeja con dos almuerzos y entre ellos había una prueba de embarazo.

—Tengo que estar aquí cuando te la hagas —advirtió.

—No me digas.

Suspirando, Simone se recargó en la cabecera y se estiró para tomar el vaso de agua, que bebió de un solo trago. Le pasé otro vaso de la bandeja, este de jugo de fruta, y también se lo bebió. Hizo su mejor esfuerzo con la comida, que solo consistía en sopa y pan tostado, pero la mayor parte quedó intacta. Cuando el agua finalmente terminó de recorrer su sistema, tomó la prueba de la bandeja, caminó hacia su pequeño escusado y jaló la cortina para cubrirse.

Lorraine se quedó en la puerta como un buitre, con los hombros caídos y los ojos fijos en la cortina de tela.

Simone se echó hacia adelante para mirarme a los ojos, luego movió la cabeza en dirección a la perra que estaba junto a la puerta. Asintiendo, respiré profundamente y comencé a leer *El soldadito de plomo*.

A pleno pulmón.

Con eso me gané una mirada asesina de la cocinera-enfermera, pero al menos dejó que Simone orinara en paz. Escuchamos el sonido del agua corriendo y, un momento después, salió de detrás de la cortina y le lanzó a la mujer mayor el palo de plástico, que aún goteaba.

—Diviértete. Ve a reportarlo. Solo lárgate.

—¿No quieres…?

—No. Lárgate. —Simone se tiró en la cama y acomodó la parte superior de su cuerpo sobre mi regazo—. ¿Podrías seguir leyendo?

Puse el libro sobre su espalda, escondiendo las alas pardas de una Mariposa Sátiro de Mitchell, y continué donde nos habíamos quedado. Durmió durante la mayor parte de la tarde, despertando de rato en rato para arrastrarse al escusado. Después, Danelle vino con nosotras y se puso a peinar el oscuro cabello de Simone en un chongo elegante. Bliss nos llevó la cena y adornó el peinado con unas pequeñas flores de polímero; cuando yo ya había comido y Simone había jugueteado con la comida de su plato, Bliss fue a la cocina a devolverle las bandejas a Lorraine.

Ya avanzada la tarde, cuando las sombras atravesaban el pasillo, el Jardinero apareció en la puerta.

Con un vestido.

Era una prenda de seda brillante con varias capas, en colores café y crema, pensados para hacer juego con las alas y contrastar con su tono de piel oscuro. Simone levantó la vista ante nuestro súbito silencio, vio el vestido y enseguida ocultó su rostro, antes de que pudiéramos notar sus lágrimas.

—¿Señoritas?

Parpadeando con rapidez, Danelle besó la curva de la oreja de Simone, lo más cerca de su cara que pudo, y salió de la habitación en silencio. Simone se incorporó despacio y me envolvió con sus brazos, enterrando su nariz en mi hombro. Yo la apreté con tanta fuerza como pude, sintiendo que comenzaba a temblar.

—Mi nombre es Rachel —susurró junto a mi piel—. Rachel Young. ¿Lo recordarás?

—Lo haré.

Besé su mejilla y la dejé ir a regañadientes. Con el libro de cuentos de hadas en la mano, salí por la puerta, donde el Jardinero me besó suavemente.

—No sentirá dolor —murmuró.

Va a estar muerta.

Esta era la parte donde se suponía que yo tenía que volver a mi cuarto, o al cuarto de Bliss o al de Danelle. Era la parte en que debíamos reunirnos en pequeños grupos, fingir que éramos algo distinto de lo que realmente éramos y lamentar una pérdida que en realidad aún no había ocurrido. Era el momento en que debíamos esperar la muerte de Simone.

Y por primera vez no pude hacerlo.

Simplemente no pude hacerlo.

Las luces parpadearon, una advertencia para que fuéramos a nuestras habitaciones antes de que las paredes bajaran sobre las puertas. Fui al sendero de arena, consciente de que algo se movía en las sombras al otro lado del Jardín. No estaba segura si era Avery, Desmond o alguna de las chicas, y en ese momento no me importó. Las luces se apagaron y las paredes sisearon detrás de mí, entrando en sus canales con un fuerte sonido que se estrelló contra el silencio.

Avanzando por el Jardín, recorrí la orilla del arroyo hasta llegar a la cascada. Dejé el libro sobre una roca a una distancia segura del agua y del rocío, y crucé los brazos sobre mi estómago, apretando los codos contra un peso sólido que crecía en mi pecho. Eché la cabeza hacia atrás y, recargada contra el peñasco, levanté la mirada hacia los paneles de cristal que estaban arriba. Las estrellas se empezaban a ver, cintilando en la noche profunda, algunas brillantes y plateadas, otras pálidas y azules o amarillas, y una solitaria luz roja que podría haber sido un avión.

Una pequeña estrella fugaz cruzó el cielo, y aunque yo sabía la teoría —que solo eran escombros espaciales, simple roca, metal o restos de un satélite que ardía en la atmósfera—, no podía pensar en otra cosa que no fuera esa estúpida historia. «“¡Alguien acaba de morir!”, dijo la niñita, pues su abuela, la única persona que la había querido y que ahora ya no existía, le había dicho que cuando cae una estrella, un alma se eleva hacia Dios».

Y esa estúpida niñita se pasó el invierno encendiendo cerillos para ver un destello de familias que no eran suyas —que jamás podrían serlo— y murió congelada en esos duros momentos de realidad entre cerillos, porque aunque los cerillos pueden arder, dan luz, no calor.

Se me cortó la respiración por el peso sólido que crecía en mi pecho sin que pudiera evitarlo. No podía inhalar, no podía exhalar, solo tenía un nudo de aire rancio que me ahogaba. Las hojas y las ramas temblaron en la distancia cuando caí de rodillas, intentando tragar aire sin lograrlo. Azoté el puño contra mi pecho, pero fuera de un fuerte dolor, nada cambió. ¿Por qué no podía respirar?

Una mano tocó mi hombro y me giré, azotándola para que se alejara, mientras me caía por lo descoordinado del movimiento.

Desmond.

Apoyándome sobre manos y rodillas, me puse de pie con torpeza y crucé la cascada hacia la cueva, pero él me siguió, y me sostuvo cuando me tropecé con un agujero del suelo y me volví a caer. Me acomodó en el piso con amabilidad y se arrodilló junto a mí. Observó mi rostro mientras yo luchaba por respirar.

—Sé que no tienes ningún motivo para confiar en mí, pero hazlo de cualquier modo, solo por un minuto.

Acercó su mano a mi cara y volví a alejarla con un golpe. Negando con la cabeza, me giró con rapidez y detuvo mis brazos con uno de los suyos mientras con la otra mano cubría mi nariz y mi boca.

—Inhala —susurró en mi oído—. No importa si no es una respiración profunda, de cualquier modo recibirás un poco de aire. Inhala.

Lo intenté, y quizá tenía razón, quizá había algo de aire, pero no podía sentirlo. Lo único que sentía eran sus manos, que se interponían entre lo que necesitaba para vivir y yo.

—Lo único que estoy haciendo es obligarte a inhalar una alta concentración de dióxido de carbono —continuó diciendo con tranquilidad—. Inhala. El dióxido de carbono se mete a tu torrente sanguíneo en vez del oxígeno y ralentiza las respuestas de tu cuerpo. Inhala. Cuando tu cuerpo llegue a un punto crítico, cuando estés a punto de desmayarte, la respuesta natural de tu cuerpo superará los factores psicológicos. Inhala.

Cada vez que me daba esa instrucción, intentaba obedecerlo. En verdad lo hacía, pero simplemente no había aire. Dejé de luchar, mis brazos pesados e inmóviles cayeron sobre su pecho. Su mano seguía sellando mi nariz y mi boca. Con todo mi cuerpo tan tenso, apenas podía sentir el peso en mi pecho, y poco a poco, mientras repetía su instrucción, el aire logró entrar. De pronto me sentí mareada, pero estaba respirando. Pasó su mano a mi hombro, acariciando mi brazo de arriba abajo mientras seguía diciendo:

—Inhala.

Al fin se convirtió de nuevo en un hábito, algo en lo que no tenía que pensar, y cerré los ojos ante una terrible sensación de vergüenza. Nunca antes había tenido un ataque de pánico, aunque había visto muchos en otras personas, y mi propia incapacidad para hacer algo al respecto era angustiante. Era todavía peor que alguien lo hubiera visto. Cuando estuve cincuenta por ciento segura de que no me iría de boca

si me levantaba, intenté ponerme de pie.

Desmond me estrechó entre sus brazos. No de una forma dolorosa; apenas lo suficiente para que no me fuera a ningún lado sin tener que luchar.

—Soy un cobarde —murmuró—. Y, aún peor, creo que podría ser como mi padre; pero si puedo ayudarte de esta forma, por favor, permite que lo haga.

Si la pequeña cerillera hubiera tenido a alguien que se inclinara sobre ella de este modo, alguien tibio y sólido sobre su espalda, cubriendo su cuerpo con el suyo, ¿habría sobrevivido?

¿O ambos se hubieran congelado?

Moviéndose hasta que su espalda tocó la pared, Desmond me jaló suavemente hasta que quedé entre sus piernas casi de costado, con mi mejilla sobre la parte alta de su pecho, de modo que casi podía escuchar los latidos de su corazón. Acompasé mis respiraciones temblorosas con su ritmo, sintiendo cómo saltaba y se detenía cada vez que yo me movía. No tenía el cuerpo robusto de su hermano, con la amenaza de la musculatura obvia, ni la fuerza enjuta de su padre. Era delgado como un corredor, largo y anguloso. Canturreó en voz baja algo que no reconocí y que no podía escuchar bien al estar presionada contra su pecho, pero rozaba mi piel con sus dedos imitando los acordes en un piano.

Nos quedamos en la cueva húmeda y oscura con la ropa empapada por la cascada, aferrados la una al otro como niños tras una pesadilla, aunque cuando me quedara dormida, la pesadilla seguiría ahí. Al despertar, la pesadilla seguiría ahí. Todos los días durante tres años y medio, la pesadilla siempre, siempre seguiría ahí, y no había consuelo para eso.

Pero durante unas horas pude fingir.

Fingí que era la pequeña cerillera encendiendo mis ilusiones junto a la pared, perdiéndome en el calor hasta que el brillo se desvanecía y me dejaba de nuevo en el Jardín.

—No eran solo tus compañeras de cautiverio, ¿verdad? —pregunta Victor tras darle un momento para recomponerse—. Eran tus amigas.

—Algunas son amigas. Todas son familia. Supongo que es algo que pasa.

A veces era difícil animarme a conocer a otras chicas. Eso solo volvía más doloroso el momento de su muerte, o a ellas les dolía más cuando tú morías. A veces era difícil creer que ese dolor valiera la pena. Pero en el corazón del Jardín estaban presentes la soledad y la amenaza de romperte en pedazos, y conectar con las otras parecía el mejor de los males. No necesariamente el menor, pero sí el mejor.

Yo sabía que a Nazira le preocupaba olvidar aún más que a Bliss. Era artista, y llenaba cuaderno tras cuaderno con imágenes de su familia y amigos. Dibujaba los

atuendos que le gustaban, su casa y su escuela, el pequeño juego de columpios en el parque de la ciudad donde le habían dado su primer beso. Los dibujaba una y otra vez y entraba en pánico si los detalles cambiaban o se volvían borrosos.

Luego estaba Zara la Perra, y cuando Bliss te pone un apodo así, sabes que eres una persona terrible. Por lo general, Bliss era mordaz e intolerante con la estupidez; Zara era malvada por *default*. A mí me gustaba que no se dejara llevar por la ilusión, pero hacía que las cosas fueran un infierno para las que necesitaban aferrarse a eso. Como Nazira, quien creía que si no olvidaba nada de su vida anterior, lo volvería a ver. No pasaba ni una semana sin que tuviera que detener una pelea entre ellas, por lo general arrastrando a Zara hacia el arroyo y hundiéndola hasta que se tranquilizaba. No éramos amigas, pero en los momentos de paz me caía bien. Le encantaban los libros, como a mí.

Glenys corría y corría y corría, daba vueltas sin fin por los pasillos hasta que el Jardinero ordenó a Lorraine que le diera el doble de comida que a las demás. Ravenna era una de las pocas que tenían un reproductor MP3 y una bocina, y bailaba durante horas. *Ballet*, *hip-hop*, vals, tap sin zapatos, todas las clases que debió haber tomado por años, y si pasabas cerca de donde estaba, te tomaba del brazo y te jalaba para bailar con ella. A Hailee le encantaba arreglarle el cabello a todas, podía hacer los peinados más increíbles; Pia quería saber cómo funcionaban todas las cosas y Marenka hacía unos bordados hermosos. Incluso tenía un par de tijeras de costura superafiladas que el Jardinero le pidió que llevara amarradas a su cuello con un listón, para que nadie pudiera usarlas para lastimarse. Adara escribía historias y Eleni pintaba, y a veces Adara le pedía a Eleni o a Nazira que le ilustraran algunas escenas.

Y luego estaba Sirvat. Sirvat era… Sirvat.

Era difícil conocerla.

No era solo que fuera retraída, que sí lo era, o callada, que también lo era, sino que nunca sabías qué diablos iba a salir de su boca. Fue la última presentación de Lyonette, quien me pidió que no la ayudara con ella, porque Sirvat era tan rara que ni Lyonette ni yo podríamos adivinar cuál sería mi reacción. Así que la conocí hasta que sus alas quedaron terminadas. Estaba tendida junto al arroyo, con la cara en el lodo, mientras Lyonette la observaba muy confundida.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Tenía la mitad de su cabello café claro lleno de barro, y ni siquiera me miró.

—Puedes matarte con agua de muchas más formas que ahogándote en ella. Beber demasiada es tan letal como no beber nada.

Volteé a ver a Lyonette, que seguía perpleja.

—¿De verdad es una suicida?

—No lo creo.

No lo era, al menos durante la mayor parte del tiempo. Luego aprendimos que simplemente así era Sirvat. Identificaba las flores que en teoría podíamos comer para matarnos, pero no se comía ninguna. Conocía miles de formas distintas en que una

persona podría morir y tenía una fascinación con las chicas en el cristal que ninguna queríamos comprender. Las visitaba casi tanto como el Jardinero.

Sirvat era un ser extraño. Honestamente no pasé mucho tiempo con ella, y ni siquiera pareció notarlo, mucho menos que le importara.

Pero la mayoría nos conocíamos. Aun cuando elegíamos no compartir nuestras vidas anteriores al Jardín, había algo íntimo en nuestra relación. Para bien o para mal —casi siempre para mal—, éramos Mariposas. Un terreno irrevocablemente común.

—Y lloraban la pérdida de las demás. —No es pregunta.

La chica tuerce la boca. No es una sonrisa, ni siquiera un gesto, solo el reconocimiento de que ahí debería hacer alguna expresión.

—Siempre. Nunca había que esperar a que alguien apareciera en los cristales. Llorabas por ellas todos los días como ellas lloraban por ti, porque todos los días estábamos muriendo.

—¿Desmond se acercó a alguna de las otras chicas?

—Sí y no. Con el tiempo. Era… —Lo piensa mientras sus ojos pasan varias veces de Victor a sus manos heridas antes de suspirar y juntarlas sobre su regazo, debajo de la mesa, donde ya no son visibles—. Bueno, ya debería saber que era algo complicado.

Victor asiente.

—¿Qué pensaba su padre?

El día después de que Simone acabó en el cristal —no es que la hubiéramos visto, pues las paredes seguían abajo—, el Jardinero me llevó a su *suite* para una elegante cena privada. Hasta donde podía saber sin preguntar específicamente, yo era la única a la que había llevado ahí. Supongo que debía ser halagador, pero a mí solo me parecía desconcertante. La conversación fue ligera. No mencionó para nada a Simone, y yo no la saqué a tema porque no quería saber lo peor. El único misterio que nos quedaba en ese lugar era *cómo* nos mataba.

Cuando terminamos el postre, me dijo que me sentara con una copa de champaña y me relajara mientras él limpiaba. Elegí el sillón reclinable en vez del sofá, levantando la parte inferior y acomodándome la falda larga para que me cubriera hasta los pies. Pude haber ido a unos premios con ese vestido, y me pregunté cuánto dinero derrochaba en el Jardín y en mantenernos. Algo clásico sonaba en un tocadiscos viejo, así que cerré los ojos y descansé la cabeza en el respaldo acolchonado.

Las gruesas alfombras del lugar amortiguaban sus pasos, pero aun así pude escucharlo cuando volvió. Se quedó cerca de mí durante un rato, nada más observándome. Yo sabía que a veces le gustaba vernos dormir, pero de algún modo

era más desagradable cuando estaba despierta.

—¿Desmond te hizo enojar la otra noche?

Abrí los ojos de golpe, y él pareció tomarlo como una señal para sentarse en el descansabrazos de la silla.

—¿Molestarme?

—Estaba viendo algunas de las grabaciones y noté que lo empujaste. Te siguió hasta la cueva, pero ahí no hay cámaras. ¿Te molestó o te lastimó?

—Ay, no.

—Maya.

Logré ofrecerle una pequeña sonrisa, por su bien o por el mío, no lo sé.

—Estaba alterada, sí, pero desde antes de que Desmond llegara. Tuve un ataque de pánico. Nunca había tenido uno, así que no sabía qué hacer, y al principio malinterpreté su presencia. Él me ayudó a superarlo.

—¿Un ataque de pánico?

—Si después de un año y medio esa es mi reacción más fuerte, no creo que sea para alarmarse, ¿no le parece?

Me devolvió una sonrisa cálida y sincera.

—¿Y él te ayudó?

—Sí, y se quedó conmigo hasta que me tranquilicé.

Se quedó conmigo toda la noche, incluso cuando escuchamos que dos puertas distintas se abrían, cuando escuchamos que su padre recorría los pasillos con Simone, que lloraba. A veces le gustaba coger por última vez antes de matar a una chica; supongo que era mejor en el cuarto de ella que en las habitaciones secretas. Des se quedó conmigo hasta la mañana, cuando todas las puertas se levantaron y las otras chicas salieron al Jardín para estar juntas ante la dolorosa pérdida que él no comprendía, porque no sabía que estaba o que pronto estaría muerta. ¿Creía que solo la estaban echando del Jardín? ¿O que la llevaban a abortar?

—Puede resultar difícil conocer a mi hijo menor.

—Eso quiere decir que no puede descifrar cómo ha reaccionado ante nosotras.

Se rio y asintió, acercándose a mí en la silla. Rodeó mis hombros con uno de sus brazos mientras acomodaba mi cabeza contra su pecho, y por un momento pudimos haber sido cualquier pareja feliz, acurrucada para ver una película.

Salvo que, si hubiéramos sido cualquier pareja, mi piel probablemente no se habría erizado.

Desde luego, nunca se me erizaba con Topher, ni cuando todas nos lanzamos sobre Jason, ni en los sofás del Barril ni con ninguno de los otros chicos del trabajo. La intimidad con el Jardinero era una mentira tan grande como las alas que grababa en nuestras espaldas; no significaba nada real.

—A él no le gusta hablar de eso conmigo.

—Dado que somos una especie de harem, no creo que ningún joven se sienta cómodo para hablar de esto con sus padres. Puedes pedirles consejos a tus padres

sobre cómo acercarte a alguien o qué hacer en una primera cita, pero lo del sexo por lo general está vetado, aunque no por falta de ganas.

Y eso fue otro recordatorio de que no éramos dos personas cualesquiera, porque lo único que hizo fue reírse y girar mi cabeza para besarme. Pensé que podría ir a la cocina privada de su *suite* y tomar un cuchillo para enterrárselo en el corazón. Pude haberlo matado en ese mismo momento, pero lo que me detuvo fue la idea de que Avery heredaría el Jardín.

—Avery estaba muy emocionado cuando le enseñé el Jardín por primera vez. Hablaba de eso cada vez que estábamos solos. Quizá un padre no necesita saber tantos detalles sobre su hijo, pero no veo que Desmond haya hecho nada más que observar.

—¿Eso lo decepciona? —pregunté sin emoción.

—Me intriga.

Su mano recorrió mi brazo hasta mi nuca, donde jaló el nudo que sostenía mi vestido. Las tiras de seda negra se soltaron entre sus dedos y las vimos deslizarse sobre mis clavículas hasta mi cintura, dejando mis pechos al descubierto. Acarició un pezón con suavidad mientras hablaba.

—Es un joven saludable rodeado de mujeres hermosas, y sé que no es virgen, pero no aprovecha las oportunidades.

—Quizá se sigue adaptando.

—Quizás. O quizá la variedad no es lo que le atrae. —Me levantó ligeramente sobre la silla para poder acomodarse debajo de mí, dándose mejor acceso a mis pechos y bajándome el vestido hasta los muslos—. Te busca a ti siempre que viene, aunque no te encuentre.

—Por lo que parece, soy una clase de persona muy directa —dije secamente, y él soltó unas sonrisas ligeras.

—Sí, entiendo por qué te hace las preguntas a ti. ¿Qué harías si se te acercara como yo lo hago?

—Asumo que, como con usted y con Avery, tendríamos que hacer lo que se nos diga. ¿O me equivoco?

—Entonces, ¿dejarías que te tocara? —Acercó su cabeza a mi pecho y sus labios recorrieron la piel sensible—. ¿Dejarías que se satisfaciera contigo?

Desmond no era su padre.

Pero era como su padre.

—A menos que usted me diga que no lo haga, haría lo que se me pidiera.

Gruñó y me quitó el vestido por completo, lanzándolo para formar un charco negro junto a la silla, y su boca y sus manos voltearon mi cuerpo traidor sin decir nada más que mi nombre una y otra vez, unos gritos penetrantes que rasgaban el silencio.

«Hay algunas cualidades, hay cosas incorpóreas que tienen una doble vida… Hay un silencio de dos caras: mar y costa, cuerpo y alma. Uno reside en lugares

solitarios».

Esa noche me poseyó una y otra vez, en la silla, en la alfombra, en la cama *king size*, y yo recité todo lo que pude recordar, incluso recetas de bebidas, pero mucho antes de que llegara la mañana me había quedado sin palabras y sentí cómo el veneno se colaba por las grietas de mi alma. Me había acostumbrado a la sensación asquerosa de permitir que el Jardinero me cogiera, pero nunca me había acostumbrado al dolor nauseabundo que provocaba permitirle que pensara que me amaba.

Cuando finalmente me acompañó de regreso a mi cuarto, se sentó en la orilla de mi pequeña cama, me cubrió con la cobija, acarició mi cabello para retirármelo del rostro y me dio un largo beso.

—Espero que Desmond llegue a darse cuenta de la extraordinaria jovencita que eres —susurró sobre mis labios—. Podrías ser muy buena para él.

Después de que se fue, me salí de la cama y me quedé en mi regadera, tallándome la piel hasta lastimarla, pues lo único que quería era fingir que podía limpiarme la sensación de sus manos. Bliss me encontró ahí y, con un tacto inesperado, no dijo ni una palabra. Me ayudó a enjuagarme lo que quedaba del jabón y el acondicionador, cerró el agua y secó mi cabello con una toalla mientras yo me secaba el resto del cuerpo, y cuando mi cabello al fin quedó cepillado, libre de nudos y de nuevo recogido en una trenza perfecta, nos acurrucamos bajo las cobijas.

Por primera vez entendí por qué había considerado saltar.

Por primera vez, todos esos años extra ya no parecían valer la mínima posibilidad de escapar.

Por primera vez, en un año y medio, sentí cada punción de la aguja en mi piel mientras me tatuaban mi prisión en el cuerpo. Si bien nunca había tenido mucha esperanza, tampoco había caído en la desesperanza; pero en ese momento podía sentirla ahogándome con cada recuerdo. Respiré profundamente, escuchando el eco de la voz de Desmond en la cueva, y dejé que me recordara que siguiera respirando para que ni siquiera Bliss, quien me había visto pasar por cosas que las demás ni siquiera se imaginaban que sentía, pudiera ver lo jodidamente asustada que estaba.

«Habló con terror, plegando sus alas hasta que hicieron surcos en el polvo. Sollozó en su agonía, plegando sus plumas hasta que hicieron surcos en el polvo. Hasta que con mucho pesar hicieron surcos en el polvo».

Pero mis alas no podían moverse y yo no podía volar, ni siquiera podía llorar.

Lo único que quedaba en mí era el terror, la agonía y el dolor.

Victor sale de la habitación sin decir una palabra.

Un momento después, Yvonne va al pasillo desde la sala de observación y le entrega dos botellas de agua.

—Ramírez llamó para darnos noticias —reporta—. Las chicas que estaban en una condición más delicada se están estabilizando. Aún quieren hablar con Maya antes de

responder demasiadas preguntas. La senadora Kingsley está comenzando a presionar a Ramírez para que le lleven a Maya.

—Mierda. —Se talla la mejilla—. ¿Ramírez puede mantenerla en el hospital?

—Por un rato. Está mediando entre la senadora y su hija. Cree que puede conseguir algunas horas con eso, tomando en cuenta todo lo que está pasando.

—Bien, gracias. ¿Puede avisarle a Eddison cuando regrese?

—Lo haré.

Victor considera que los políticos son como los servicios de protección al menor. Al final resultan útiles, pero son un fastidio durante el trayecto.

Vuelve a la sala de interrogatorios y le entrega una de las botellas a Inara.

Ella la acepta asintiendo, y luego la destapa con los dientes en vez de hacerlo con sus manos adoloridas. La mitad de la botella desaparece antes de que la suelte, y mantiene los ojos cerrados. Traza diseños sobre la superficie metálica de la mesa con un dedo mientras se prepara para la siguiente pregunta.

Victor observa el movimiento y se le encoge el estómago al darse cuenta de que lo que creía que eran símbolos sin sentido son en realidad alas de mariposa trazadas una y otra vez sobre el metal, como un recordatorio de lo que la llevó ahí.

—Se me está acabando el tiempo para protegerte —le dice finalmente.

Ella simplemente lo mira.

—Hay gente poderosa que quiere saber qué pasó. No van a tener la paciencia que yo te he tenido, Inara, y yo te he tenido mucha.

—Lo sé.

—Necesitas dejar de darle vueltas a esto. Dime lo que necesito saber.

Durante un tiempo, el Jardinero tuvo que seguir adelante sin comprender a su hijo. Desmond iba al Jardín regularmente, pero no tocaba a nadie, salvo para ofrecerles su ayuda.

Y llevaba sus libros de la universidad.

Durante el día, yo me quedaba con la recién llegada, una exquisita criatura de ascendencia japonesa. Por las noches, Danelle se quedaba con la chica mientras esta dormía y yo me acomodaba en el peñasco, aferrándome a la ilusión de espacio. Desmond solía acompañarme, y las primeras veces nos quedamos en silencio, cada uno perdido en su propia lectura. Hacía mucho tiempo que no estaba cerca de un hombre sin sentirme amenazada. No exactamente segura, pero no amenazada. A veces hablábamos sobre sus estudios. Nunca sobre el Jardín. Nunca sobre su padre.

Lo odiaba, creo, por negarse a unir las piezas, pero no se lo demostraba. El Jardinero nunca nos iba a dejar ir, y Avery era demasiado peligroso como para intentar influenciarlo. No estaba segura de que Desmond fuera una esperanza, pero era lo más parecido a eso.

Querían vivir y quería que las otras chicas vivieran, y por primera vez quería que

ese mito de la Mariposa que escapó fuera verdad. Quería creer que podía salir de ahí sin terminar dentro de un cristal o a la orilla del río.

Una noche, Desmond llevó su violín.

El Jardinero me había dicho que su hijo era músico, y yo había notado la forma en que sus dedos tocaban acordes silenciosos sobre sus libros, rocas, rodillas o cualquier superficie que tuviera a la mano mientras pensaba. Era como si convirtiera sus pensamientos en música para que pudieran tener sentido.

Estaba acostaba boca abajo sobre la roca con mi libro y una manzana frente a mí, echándole un ojo a tres chicas que estaban en el Jardín principal. Estaban metidas hasta el cuello en nuestro pequeño estanque, salpicándose tanto como podían, y yo sabía que los sensores ya deberían haber alertado al Jardinero de que alguien estaba en el agua, pero lo único que tenían que hacer era jugar durante un rato más para que él se sintiera cómodo y pasara a otra cosa. Esa noche no estaba en el Jardín —había mencionado algo sobre una función de caridad con su esposa cuando fui a acompañar a la nueva chica de regreso a su habitación después de la primera sesión de tatuaje—, pero yo no dudaba de que tenía una forma de observarnos si quería hacerlo. Eleni e Isra llevaban ahí tres y cuatro años respectivamente, tiempo en el que por lo general dejabas de hacer estupideces, pero Adara había llegado solo dos meses antes que yo. Por lo general aguantaba bien, pero de vez en cuando caía en fuertes periodos de depresión que eran casi incapacitantes. Tenían bases clínicas, y sin sus medicinas me sorprendía que no fueran más frecuentes, pero intentábamos asegurarnos de que no se quedara sola durante esos episodios. Casi acababa de salir del más reciente, pero su ánimo todavía era inestable.

Desmond caminaba por el sendero con su estuche en mano y se detuvo junto a la roca.

—Ey.

—Hola —respondí.

En el Jardín, lo normal era algo variable.

Observé el estuche que tenía en su mano. ¿Pedirle que tocara algo para mí sería una caricia para su ego? ¿O lo haría pensar que yo le debería un favor? Era buena leyendo al Jardinero y a Avery, pero Desmond era más complicado. A diferencia de su padre y de su hermano, él no sabía lo que quería.

Era hábil para escaparme de la gente, pero no para manipularla. Eso era un terreno nuevo.

—¿Tocarías para mí? —pregunté finalmente.

—¿No te molestaría? Tengo evaluación mañana, y no quiero despertar a mi madre. Iba a practicar afuera, pero…, eh… —Señaló hacia arriba.

No levanté la vista. Podía escuchar las gotas contra el cristal. Extrañaba la sensación de la lluvia.

Casi siempre había música en el departamento. A Kathryn le gustaba lo clásico, pero a Whitney le gustaba el rap sueco y a Noémie el folk americano, mientras que

Amber prefería el *country*; al final teníamos la experiencia musical más ecléctica que se puedan imaginar. En el Jardín, algunas de las chicas tenían radios o reproductores en sus habitaciones, pero para la mayoría la música era algo raro.

Cerré mi libro y me incorporé mientras Desmond preparaba su arco y estiraba los dedos. Era fascinante ver sus pequeños rituales durante el calentamiento, pero cuando por fin puso el arco contra las cuerdas para tocar de verdad, comprendí por qué su padre decía que era un músico.

Era más que solo tocar. Aunque yo no era experta, parecía que tenía buena técnica, pero podía hacer que las notas lloraran o se rieran en las cuerdas. Llenaba de emoción cada pieza. En el arroyo, el trío dejó de salpicarse y solo flotó para poder escuchar. Yo cerré los ojos y dejé que la música me envolviera.

A veces, cuando Kathryn y yo estábamos en la escalera de emergencia o en el techo a las cuatro de la madrugada después del trabajo, un chico del otro edificio subía a su propio techo para practicar el violín. Le costaba trabajo mover los dedos y su arco no siempre se movía al ritmo, pero al estar ahí, en una semioscuridad que era lo más cercano que se podía tener a una noche real en la ciudad, era como si el violín fuera su amante. Nunca pareció darse cuenta de que tenía público, él estaba concentrado por completo en el instrumento y los sonidos. Era casi la única rutina que teníamos Kathryn y yo juntas. Incluso cuando teníamos la noche libre, nos asegurábamos de estar despiertas para salir y escuchar cómo tocaba el chico.

Desmond era mejor.

Pasaba de canción a canción con suavidad, y cuando finalmente dejó que el arco cayera a su lado, las últimas notas se quedaron en el aire.

—No creo que tengas problemas para pasar tu evaluación —suspiré.

—Gracias. —Revisó el instrumento, acunándolo con cuidado, y cuando estuvo seguro de que todo estaba como debía, lo guardó en el estuche forrado de terciopelo —. Cuando era más chico, soñaba con ser un músico profesional.

—¿Soñabas?

—Mi padre me llevó a Nueva York y arregló que pasara unos días con un violinista profesional, para ver cómo era. Lo odié. Todo se sentía como… desalmado, supongo. Como que si lo hiciera para ganarme la vida, terminaría odiando la música. Cuando le dije a mi padre que preferiría hacer algo más que me permitiera seguir amando la música, dijo que estaba orgulloso de mí.

—Parece que se enorgullece de ti muy seguido —murmuré, y él me miró con un gesto extraño.

—¿Te habla sobre mí?

—Un poco.

—Eh…

—Eres su hijo. Te ama.

—Sí, pero…

—¿Pero?

—Pero ¿no te parece un poco extraño que hable sobre su hijo con sus prisioneras?

Decidí no decirle todo lo que su padre había dicho sobre él.

—¿Más extraño que tener prisioneras?

—Es cierto.

Y ahí estaba, al fin podía llamarnos *prisioneras*, pero no intentaba hacer nada para cambiarlo.

El arroyo que conectaba con la cascada y el estanque apenas tenía un metro de profundidad, pero Eleni se las arregló para nadar hasta las rocas antes de pararse.

—Maya, vamos a entrar. ¿Necesitas algo?

—Creo que no, gracias.

Desmond negó con la cabeza.

—A veces pareces la madre superiora.

—Qué hermandad más enferma.

—¿Me odias?

—¿Por qué? ¿Por ser como tu padre?

—Apenas comienzo a ver cuánto —dijo en voz baja. Se sentó junto a mí en la piedra, envolviendo sus rodillas dobladas con sus brazos—. Una de las chicas en mi clase de Freud y Jung tiene un tatuaje de mariposa en el hombro. Es feo y está mal dibujado, una de esas mariposas que son como hadas con un rostro que parece el de una muñeca derretida, pero llevaba un vestido sin tirantes; lo vi y en lo único que pude pensar durante el resto de la clase fue en tus alas y en lo hermosas que son. Son horribles, pero también son hermosas.

—Nosotras también las vemos así —respondí sin emoción, con curiosidad de ver a dónde iba a parar con eso.

—Dudo que ver tus alas te excite.

Ah.

Sí, sin duda era como su padre.

Pero a diferencia de él, le avergonzaba ser así.

—En una de mis otras clases estábamos hablando sobre acumuladores, y pensé en la historia de mi padre sobre la colección de mariposas de su padre, pero luego, claro, pensé en la versión de mi padre de eso, y de pronto estaba pensando en ti de nuevo y en cómo tienes más dignidad con nada más que tinta y cicatrices de la que la mayoría de la gente tiene completamente vestida. Durante semanas he estado teniendo estos…, estos sueños, y despierto sudando y con una erección y no sé si fueron pesadillas o no. —Se quitó el cabello de la cara, enganchándose una mano detrás del cuello—. No quiero creer que soy el tipo de persona que podría hacer esto.

—Quizá no lo eres. —Me encogí de hombros ante su mirada de soslayo—. Seguirle el juego es algo complicado, pero no significa que tú llegarías a hacerlo.

—Aun así, es seguirle el juego.

—Que haya algo correcto y algo incorrecto no significa que la elección sea fácil.

—¿Por qué *no* me odias?

Había estado pensando mucho en eso durante las semanas anteriores y aún no estaba segura de haber encontrado la respuesta.

—Quizás estás tan atrapado aquí como nosotras —dije despacio. Pero *sí* lo odiaba un poco, o tanto como a su padre y a su hermano, pero de una forma distinta.

Lo pensó por un rato. A la luz de un relámpago intenté descifrar las emociones que cruzaban su rostro. Tenía los ojos de su padre, pero era más consciente de lo que su padre podría llegar a ser nunca. El Jardinero se aferraba a sus delirios. Desmond en algún momento confrontó la cruda realidad, o al menos sus inicios. No sabía qué hacer con eso, pero no buscaba minimizarlo.

—¿Por qué no intentas escapar?

—Porque algunas chicas lo hicieron antes que yo.

—¿Escaparon?

—Lo intentaron.

Hizo un gesto de dolor.

—Solo hay una puerta de salida en este lugar y está cerrada con una contraseña todo el tiempo. Tienes que meter tu código para entrar y para salir. Cuando vienen los de mantenimiento, las habitaciones se vuelven a prueba de sonidos. Podemos gritar y golpear todo lo que queramos, y nadie nos escucharía nunca. Podemos quedarnos aquí afuera cuando las paredes bajan para el mantenimiento, pero alguien lo intentó hace diez años y no pasó nada, salvo que esa chica desapareció. —Y reapareció en cristal y resina, pero Desmond aún no había visto a esas Mariposas. Parecía olvidar lo que el Jardinero había dicho sobre conservarnos después de que moríamos—. No estoy segura de si tu padre contrata a gente con poca curiosidad o si hace que parezca algo normal, pero nadie viene a rescatarnos. Aunque en el fondo tenemos miedo.

—¿De la libertad?

—De lo que pasaría si casi la conseguimos. —Levanté la vista hacia la noche, al otro lado de los paneles de cristal—. Afrontémoslo: podría matarnos a todas en un instante si sintiera la necesidad de hacerlo. Y si una de nosotras hace el intento y falla, ¿qué nos asegura que no nos castigará a todas por eso?

O al menos a la que hizo el intento y a mí, porque cree que me cuentan todo. ¿Cómo no iba a saber de un plan así?

—Lo lamento.

Qué comentario más estúpido, dadas las circunstancias.

Negué con la cabeza.

—Yo solo lamento que hayas venido.

Otra mirada de soslayo, algo entre dolor y diversión.

—¿Lo lamentas por completo? —preguntó tras un minuto.

Observé su cara a la luz de la luna. Dos veces me había ayudado a superar un ataque de pánico, aunque solo había sabido de uno. Era frágil de una forma en que su padre y su hermano no lo eran, alguien que quería ser bueno, hacer el bien, y simplemente no sabía cómo.

—No —dije finalmente—. No por completo. —No si podía encontrar alguna manera de que fuera útil.

—Eres una persona muy complicada.

—Y tú eres una complicación.

Se rio y puso su mano entre nosotros, con la palma hacia arriba, y no dudé en tomarla, entrelazando nuestros dedos. Me recargué en él, apoyando mi cabeza sobre su hombro, y un silencio cómodo se instaló en el ambiente. Me recordaba un poco a Topher, aunque más complejo, y solo por un momento quería fingir que ese chico no era como su padre, que era mi amigo.

Me quedé dormida así, y cuando la luz de la mañana cayó sobre mis ojos, me incorporé con lentitud y descubrí que nos habíamos quedado acurrucados toda la noche, con su mano sobre mi cadera y su otro brazo sirviendo de almohada entre mi mejilla y la piedra. La chica nueva despertaría hasta después de unas cuantas horas, pero Desmond tenía clases en algún momento, una evaluación de violín que pasaría sin esforzarse siquiera.

Dudándolo, me estiré y le retiré un mechón de cabello oscuro que formaba una coma sobre su frente. Se movió e inconscientemente siguió mi movimiento, y yo no pude evitar sonreír.

—Despierta.

—No —masculló y tomó mi mano para cubrirse los ojos.

—Tienes clases.

—No iré.

—Tienes una evaluación de competencias.

—Mmm, competente.

—Tienes exámenes finales la próxima semana.

Suspiró, pero el gesto se convirtió en un enorme bostezo, y se incorporó sin ganas para quitarse el sueño tallándose los ojos.

—Eres mandona, pero es lindo despertar contigo.

Desvié la mirada porque no estaba segura de qué se reflejaba en mi cara. Las puntas de sus dedos, ligeramente callosas por las cuerdas, tocaron mi barbilla, acercaron mi rostro al suyo y lo único que había ahí era una suave sonrisa.

Se inclinó hacia adelante, luego se detuvo y comenzó a alejarse. Yo acorté la distancia entre nosotros y sentí sus labios suaves contra los míos. Su mano abandonó mi mentón para acunar mi mejilla e hizo más profundo el beso hasta que mi cabeza estaba flotando. Hacía tanto tiempo que no besaba a alguien en realidad, y no simplemente permitir que me besaran a la fuerza. El Jardinero pensaba que su hijo podía amarme, y yo pensaba que quizá tenía razón. También pensaba que el amor podría ser una motivación diferente para el hijo que para el padre. O eso esperaba.

Antes de irse, Desmond me dio un beso en la mejilla.

—¿Puedo venir a verte después de mis clases?

Acepté, aunque en silencio reconocí que mi vida había alcanzado un nuevo nivel

de locura.

—¿Y el Jardinero estaba contento con eso?

—De hecho, sí. Es decir, estoy segura de que tenía cierto grado de interés personal en ello; después de todo, si Desmond se apegaba emocionalmente a una o varias de nosotras, era poco probable que se arriesgara a que algo nos pasara. Eso tenía que ser parte de la razón, pero creo que sobre todo era que de veras disfrutaba ver a su hijo feliz.

Victor suspira.

—Justo cuando piensas que esta historia no puede volverse más retorcida.

—Siempre puede volverse más retorcida. —La chica sonríe al decirlo, pero Victor sabe que no debe confiarse. No es para nada una sonrisa linda, no es algo que debería surgir tan fácil en una chica de su edad—. Así es la vida, ¿no?

—No —responde Victor con voz baja—. No es así. O al menos no debería ser.

—Pero no es lo mismo. Lo que es y lo que no debería ser son cosas completamente distintas.

Victor comienza a pensar que Eddison no va a volver.

No puede culparlo.

Si esto es lo retorcido que la chica está dispuesta a admitir, ¿qué tanto peor es lo retorcido que aún oculta?

—¿Cómo cambiaron las cosas después de sus exámenes finales?

Pasó más tiempo en el Jardín durante el verano, salvo por una hora durante la tarde, cuando caminaba con sus padres en el invernadero exterior. Si iba por la mañana, se quedaba en el risco o en la biblioteca, respetando la privacidad de mis conversaciones con las otras chicas en la cueva. Danelle había reemplazado a Lyonette como mi contraparte en los puntos más delicados de esas conversaciones, al igual que había tomado el turno de la noche con nuestras recién llegadas.

No había mucho que hacer en el turno de la noche, dado que estaban dormidas por las drogas, pero de cualquier manera le agradecía que pudiera tener un poco de espacio.

Y pese a las alas que se extendían por sus mejillas y su frente, se podía confiar en Danelle. Me había acostumbrado a su par de Mariposas Virrey, con sus contrastes de color profundo y vivo, y el diseño brillante. No diría que le quedaban bien, no más de como me quedaban a mí las que yo tenía en la espalda, pero las había convertido en una parte de ella y había aprendido de la experiencia. Ella y Marenka fueron las últimas en recibir alas en la cara; después de eso, convencían a todas las demás de que nunca adularan hasta ese extremo. Algunas se acercaban, pero no cruzaban la línea.

Yo me encargaba de las primeras conversaciones, así que ella intercambiaba lugar conmigo cuando la chica daba señales de que iba a despertar. Danelle se rehusaba a conocer personalmente a las chicas nuevas hasta que estuvieran más o menos adaptadas, al igual que hacían todas las que tenían alas en la cara.

Después de la primera sesión, yo estaba en el cuarto mientras el Jardinero trabajaba en el tatuaje de la nueva chica. Ella odiaba las agujas, pero si yo le leía —y dejaba que me apretara el brazo como el demonio— se quedaba quieta. Estaba ahí porque ella me lo pidió, más que por el Jardinero, aunque creo que a él también le gustaba. Mientras leía en voz alta *El conde de Montecristo* y me preguntaba si eso contaba como ironía, observaba cómo el brillante azul claro de una Mariposa Azur se extendía por su piel de porcelana, interrumpida a veces por algunas venas o bordes de blanco platinado y una banda estrecha de azul medianoche en las puntas de las alas superiores.

Bliss llevaba un paquete de hielo en las bandejas del almuerzo para ponerlo sobre mi brazo, que estaba perpetuamente amoratado.

El Jardinero no me tocaba si Desmond estaba en el Jardín, pero el interés de su hijo en mí creaba una correspondiente excitación en él. No era un secreto entre las chicas que yo era su preferida —honestamente, creo que eso las aliviaba—, pero había pasado de buscarme dos o tres veces a la semana a hacerlo casi todos los malditos días.

Aún buscaba a las otras chicas, claro, pero cuando estaba con alguien más, no le importaba si su hijo menor estaba o no en el Jardín. Y Avery seguía por ahí, pero su ferocidad casi se había apagado por la destrucción de su cuarto de juegos y el orgullo que su padre sentía claramente por Desmond. Con su hermano menor como ejemplo de cómo quería su padre que nos trataran, a Avery le resultaba difícil entregarse a las cosas que disfrutaba.

Llegué a odiar el almuerzo, porque cada día, cuando Desmond iba a comer con su madre, el Jardinero iba por mí con un deseo que hacía que le temblaran las manos. Comencé a comer en mi cuarto solo para no tener que pasar la vergüenza de que él entrara al comedor y gritara mi nombre más alto que las conversaciones de las otras chicas. Aunque sabía que Desmond no había hecho nada más que besarme, la simple idea de que pudiera hacer algo más bastaba para que el Jardinero casi explotara en sus pantalones.

Y, por Dios, la asquerosa posibilidad de que revisara las cintas de seguridad esperando ver a su hijo conmigo bastaba para que mi cerebro se apagara por completo.

Al menos una de esas visitas tenía un límite de tiempo específico, porque el Jardinero debía estar en la casa al cuarto para las dos para ir a la caminata con su esposa. Mientras la familia caminaba por el cuadro del invernadero exterior, yo pasaba esa hora con la chica que él había bautizado como Tereza. Tenía apenas diecisiete años, era hija de dos abogados y casi nunca hablaba más que en susurros.

Cuando lo hacía, era para algo importante, como pedirme que le leyera mientras el Jardinero le tatuaba sus alas. También podía integrarse en una conversación sobre música. Descubrimos que tocaba el piano y que quería ser pianista profesional. Ella y Ravenna podían pasar horas hablando sobre música para *ballet*. Tereza era observadora, veía el trasfondo de cualquier situación, así que pareció entender nuestra precaria existencia antes de que le mostrara los exhibidores la primera semana.

Por su bien, para que tuviera una manera de mantenerse cuerda, le pedí al Jardinero que le diera un teclado.

Instaló un piano vertical en uno de los cuartos vacíos, reemplazando la cama con un hermoso instrumento y llenando toda una pared de gabinetes con partituras. Salvo por las comidas, la hora de dormir y las visitas del Jardinero —numerosas, porque era nueva—, Tereza se la pasaba en ese cuarto tocando el piano hasta que las manos se le acalambraban.

Una tarde me encontré a Desmond en el pasillo, recargado contra la pared lateral del Jardín. Tenía la cabeza inclinada hacia un lado mientras escuchaba.

—¿Qué pasa si alguien tiene un colapso nervioso? —preguntó en voz baja.

—¿En qué sentido?

Señaló con la cabeza hacia la puerta.

—Puedes escucharlo en su música. Se está desintegrando. Se está volviendo inconsistente, cambia el ritmo, golpea las teclas… Quizá no habla, pero eso no significa que se esté adaptando.

Era difícil olvidar que era estudiante de Psicología.

—Tendrá un colapso o no. Hay un límite respecto a lo que puedo hacer para prevenirlo.

—Pero ¿qué pasa si lo tiene?

—Ya sabes lo que pasa. Simplemente no quieres admitirlo.

Nunca había preguntado por qué Simone no había vuelto. La llegada de Tereza fue recibida con consternación y después un obvio y coordinado esfuerzo para no pensar demasiado en eso.

Desmond palideció, pero asintió para mostrar que lo comprendía. Luego cambió de tema con rapidez. Si no ves el mal, el mal no puede verte, ¿verdad?

—Bliss ha extendido una especie de proyecto en la roca. Me dijo que si me sentaba en alguna de sus piezas de arcilla, me la iba a ensartar en la nariz.

—¿En qué estaba trabajando?

—No tengo idea, apenas estaba suavizando las arcillas.

En el Jardín, las tardes de verano eran casi insoportablemente cálidas por el calor que se colaba por el cristal. La mayoría de las chicas pasaban las tardes en el agua, en la sombra o en sus propios cuartos, donde podían sentir el aire fresco que salía de las ventilas. Yo no iba a molestar a Bliss si estaba trabajando en algo, sobre todo si lo estaba haciendo en la parte más caliente del Jardín, así que tomé a Desmond de la mano y lo llevé por el pasillo. La zona más fresca estaba en la esquina del fondo,

donde la base del peñasco quedaba directamente contra el cristal del pasillo y bloqueaba la luz del sol.

Entré a mi cuarto y Desmond comenzó a estudiar de inmediato la repisa que estaba sobre mi cama. Le dio un golpecito al carrusel para hacerlo girar.

—Por alguna razón, no te veo como una persona de carruseles —dijo volviéndose para mirarme.

—No lo soy.

—Entonces, ¿por qué…?

—Alguien más lo era.

Volvió a mirar el carrusel y no dijo nada. No podía preguntar más sin meterse en cosas en las que intentaba no pensar con todas sus fuerzas.

—Los regalos que damos dicen tanto de nosotros como los regalos que recibimos y conservamos —murmuró al fin. Tocó el hocico del triste dragoncito, el cual ahora tenía un pequeño osito de peluche en pijama para que le hiciera compañía—. ¿Son las cosas lo importante o es la gente?

—Pensé que durante el verano no había clases.

—Claro.

Mi cuarto había cambiado un poco desde aquel primer día. Mis sábanas eran rosa oscuro; la cobija, morado fuerte y brillante, con montones de almohadas del color de un ciervo claro. Mi escusado y regadera estaban cubiertos por cortinas con rayas café, rosas y moradas a juego, que colgaban junto a las paredes si por alguna razón quería dejarlas abiertas. En un muro había dos pequeños libreros con los distintos volúmenes que el Jardinero me había dado personalmente en vez de agregarlos a la biblioteca, y los adornos estaban regados por todas las repisas; los más importantes —o al menos los más personales— los colocaba en la que estaba sobre la cama.

Fuera de los adornos, era difícil decir que el cuarto evidenciaba algo sobre mí, pues yo no había elegido nada de lo que había ahí. Incluso los adornitos eran difíciles de descifrar. Evita me pintó un adorable crisantemo en una roca, pero eso mostraba su personalidad positiva, no la mía. Que yo lo tuviera solo significaba que ella era importante para mí.

Y luego estaba lo que me hacía más consciente de lo mucho que ese espacio no era mío: el punto rojo y parpadeante de la cámara sobre la puerta.

Me senté en la cama con la espalda contra la pared y observé que Desmond se inclinaba hacia un lado para leer los lomos de los libros.

—¿Cuántos de estos fueron elección de mi padre?

—Supongo que la mitad.

—¿*Los hermanos Karamazov*?

—No, ese fue mío.

—¿En serio? —Me sonrió ampliamente sobre el hombro—. Denso, ¿verdad?

—En la superficie. Es divertido discutirlo.

Yo discutía mucho sobre libros con Zara, pero nunca de los clásicos. Eso era algo

que Noémie y yo hacíamos, diseccionarlos, meternos en debates que podían durar días o incluso semanas, sin que nunca se resolvieran por completo. Releer a Dostoievski mantenía a Noémie fresca en mi mente de una manera que no era tan dolorosa como recordarla a ella directamente o a las demás de Nueva York. Tenía un libro para cada una de las chicas del departamento. Era algo más sutil que los dibujos de Nazira o las figuras de Bliss, pero venía del mismo impulso.

—¿Por qué no me sorprende que te gusten los libros con capas? —Terminó su escrutinio y se paró junto a la cama con las manos en los bolsillos.

—Puedes sentarte en la cama, ¿eh?

—Yo…, eh, este es tu espacio —dijo con un toque de incomodidad—. No quiero abusar.

—Puedes sentarte en la cama, ¿eh?

Esta vez sonrió y se quitó los zapatos para sentarse junto a mí sobre las cobijas. Nos habíamos dado algunos besos desde aquella primera vez, cada uno tentativo y apenas un poco sobrecogedor. Su padre, y en un nivel menor su hermano, aparecía entre nosotros cada vez que las cosas podían ir un poco más lejos, y no estaba segura de cómo sentirme respecto de eso.

De hecho, no estaba segura de casi nada en lo que respectaba a Desmond.

Hablamos un poco sobre sus amigos, sobre su escuela, pero incluso eso era difícil a veces. Yo llevaba el tiempo suficiente en el Jardín como para que el mundo exterior se hubiera convertido en algo surreal, como una leyenda que no crees por completo. Al fin llegó la hora de la cena, la hora de que volviera a casa por un rato para que su madre no se preguntara dónde estaba todo el tiempo, y caminamos por el pasillo tomados de la mano. Si lo acompañaba a la entrada, ¿me regresaría antes de poner su contraseña en el teclado? Me preguntaba si esa precaución era algo que su padre le había inculcado. Si yo salía corriendo por la puerta, ¿se apiadaría de mí y me dejaría ir?

¿Me daría tiempo de traer a la policía para que rescatara a las otras chicas antes de que les pasara algo?

Si no hubiera estado absorta con el problema de la puerta, podría haberlo notado de inmediato, podría haber reconocido el extraño silencio, pero me tomó un minuto darme cuenta de que debimos haber estado escuchando la música del piano por todo el camino del pasillo. Solté su mano sin importarme si me seguía y corrí al salón de música, aterrada de lo que podría encontrar.

Tereza estaba sana y salva.

Pero destrozada.

Estaba sentada en el banco del piano, y su postura era correcta y perfecta, sus manos incluso estaban sobre las teclas, arqueadas y posicionadas. Parecía como si fuera a comenzar a tocar en cualquier momento.

A menos que vieras su cara, las lágrimas que corrían en silencio por sus mejillas, la mirada vacía de sus ojos, y comprendieras que lo que la hacía ser Tereza ya no

estaba ahí. A veces pasaba en un parpadeo, en un latido, como algo que debió haber sido normal de un momento a otro.

Me senté en la banca junto a ella, poniendo una mano sobre su espalda. Aún mirando de frente, hacia la nada, tembló.

—Si puedes volver, por favor, intenta hacerlo —susurré—. Sé que es malo, pero después de esto ya no hay nada. Es peor que nada.

—¿Crees que lo empeoraríamos si intentáramos algo? —preguntó Desmond con cautela.

—¿Si intentáramos qué?

—Ven, levántate del banco y sostenla en la orilla.

Se sentó al otro lado y cuidadosamente se recorrió hasta alcanzar todas las teclas. Tereza no luchó ni se rehusó cuando quité sus manos. Desmond respiró profundamente y comenzó a tocar, algo suave, sutil y lleno de dolor.

La respiración de Tereza se detuvo como única señal de que había escuchado.

Cerré los ojos mientras la canción continuaba, con mi pecho lleno de las lágrimas que no sabía cómo derramar. Desmond no solo tocaba, se entregaba a la música, y entre más avanzaba, más se estremecía Tereza entre mis brazos, hasta que finalmente estalló en sollozos y enterró su rostro en mi pecho. Desmond siguió tocando, pero la canción había cambiado a algo ligero y despreocupado, no tan alegre como reconfortante. Tereza lloraba, pero estaba ahí, todavía un poco rota, con unas cuantas partes esenciales perdidas, pero respondiendo. La abracé con fuerza, y por un doloroso momento me pregunté si no hubiera sido mejor dejarla en pedazos. Dejarla morir.

Cuando no nos aparecimos en el comedor ni mandamos por bandejas, Lorraine avisó al Jardinero. Seguíamos en el salón de música, convenciendo a Tereza de que tocara algo para nosotros, cuando él apareció en la puerta. Noté que estaba ahí, pero no le hice mucho caso, pues estaba demasiado concentrada en la chica, que aún temblaba como una hoja. Desmond mantuvo la voz suave, sin hacer movimientos súbitos, y finalmente ella puso sus manos de nuevo sobre las teclas, apretando una sola nota.

Desmond tocó una nota más baja.

Tereza tocó otra, y él respondió; poco a poco las notas se convirtieron en acordes y progresiones, hasta que estaban tocando un dueto que yo casi reconocí. Cuando terminó, ella inhaló profunda y lentamente, soltó el aire y luego lo hizo de nuevo.

—¿Te acostumbras? —susurró de forma casi inaudible.

Me cuidé de no mirar hacia la puerta.

—Sí, te acostumbras.

Ella asintió, usó su falda para limpiarse la cara y la garganta, y comenzó otra canción.

—Gracias.

La escuchamos durante un par de canciones más, hasta que el Jardinero entró en

el salón para demandar mi atención. Me llamó doblando un dedo y yo ahogué un suspiro, me puse de pie y fui con él al pasillo. Desmond nos siguió.

La había salvado, pero no reconocería de qué.

—Lorraine dice que te saltaste la cena —dijo con voz amable.

—Tereza estaba pasando por un mal momento —respondí—. Era un poco más importante que la cena.

—¿Va a estar bien?

Tenía que estarlo o terminaría en el cristal. Le eché una mirada a Desmond, quien tomó mi mano dándole un ligero apretón.

—No creo que este vaya a ser el último mal momento por el que va a pasar, pero creo que será el peor. Un *shock* tardío, supongo. Pero Desmond hizo que volviera a tocar, así que eso es buena señal.

—¿Desmond? —El Jardinero sonrió y su preocupación fue reemplazada por orgullo, mientras le daba un apretón al hombro de su hijo—. Me alegra escuchar eso. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarla? —Me mordí el labio, y él sacudió su dedo apuntándome—. Maya, di la verdad.

—Creo que sería mejor que no tuviera sexo con ella por un rato —suspiré—. Compartir tiempo con ella está bien, pero creo que el sexo sería pedir más de lo que puede dar en este momento.

Me miró sorprendido; de algún modo, desconcertado, pero Desmond asintió.

—Y mantén a Avery lejos de ella —agregó—. Siempre le ha gustado romper cosas.

—¿Por cuánto tiempo?

—¿Un par de semanas, quizá? Sobre todo necesitamos mantenerla vigilada, ver cómo está.

Demasiado consciente de su hijo como para revelar lo que había en sus ojos, el Jardinero plantó un beso en mi frente.

—Las cuidas tan bien, Maya. Gracias.

Asentí, porque parecía más seguro que hablar.

Pasó junto a nosotros para entrar al salón y la canción de Tereza se entrecortó, pero recobró sus fuerzas cuando lo único que el Jardinero hizo fue jalar una silla de la esquina para escucharla tocar.

Desmond y yo nos quedamos en el pasillo durante varias canciones, esperando por si la inconsistencia volvía, pero sonaba como si estuviera en un recital, toda agilidad y buena memoria. Como no parecía que hubiera una amenaza inminente de colapso, me jaló de la mano con suavidad para llevarme por el pasillo.

—¿Tienes hambre?

—La verdad, no.

Su padre hubiera insistido en que comiera de cualquier forma, porque saltarse comidas no era saludable. Su hermano hubiera insistido en que comiera, porque le habría divertido ver cómo me forzaba a tragar la comida pese a la náusea. Pero

Desmond simplemente dijo «de acuerdo» y me llevó a la cueva.

Estaba vacía, todas las demás seguían en el comedor, y cuando estuvimos en el centro de la húmeda habitación, Desmond se detuvo, se dio la vuelta y me envolvió con sus brazos, acercándome más a él.

—Tiene razón en algo —dijo junto a mi cabello—, las cuidas muy bien.

La única razón por la que sabía cómo hacerlo era por el departamento, porque Sophia nos trataba como una madre, a su manera ligeramente retorcida. Y Lyonette. Sophia cuidaba a sus hijas, pero Lyonette me enseñó cómo cuidar a las Mariposas.

—Debe de ser difícil adaptarse a un lugar como este si has estado en la calle —dijo—. Estar segura, pero no tener permitido irte.

No veníamos de la calle y no estábamos seguras; simplemente no sabía cómo hacerle entender eso mientras las chicas en el cristal permanecieran ocultas.

Finalmente fuimos a la cocina una vez que el pánico bajó lo suficiente para que mi apetito pudiera manifestarse, y mientras comíamos plátanos y panecillos, Adara se asomó y prometió quedarse con Tereza durante la noche. A Adara la depresión le daba una perspectiva diferente de la que teníamos el resto de nosotras, y ella ya había tenido que reajustar cuidadosamente sus piezas varias veces.

Besé su mejilla porque no tenía palabras para agradecerle como se debía.

Danelle también ofreció su tiempo a la causa, invitando al Jardinero a su cuarto, como solía hacerlo en los días en que se ganó las alas de la cara. No creo que él estuviera consciente de las razones, pero me parece que de cualquier modo le conmovía, porque aunque no fuera por él, al menos era por Tereza. Hacer algo bueno por otra Mariposa era lo mismo que hacerlo por él.

Desmond sirvió un vaso de leche y se sentó junto a mí en la barra de cocina, pasando el vaso por el espacio que había entre nosotros.

—Si fuera a hacer algo realmente patético, ¿crees que podrías fingir que te gusta para ser amable con mi ego?

Lo miré con recelo.

—Me encantaría apoyarte y decir que sí, pero no puedo prometerlo sin saber qué es.

Se bebió la mitad del vaso de un trago.

—Ven. Te lo mostraré.

—¿Sigue siendo apoyo si digo que tengo miedo pero que de cualquier manera iré?

—Sirve.

Me bajó de la barra de cocina y tomó mi mano mientras caminábamos hacia el Jardín. Afuera aún había un poco de luz mientras el crepúsculo se dibujaba en el cielo, y observé los colores cambiantes. Nos metió por la cascada hacia la cueva y luego soltó mi mano.

Volvió menos de un minuto después.

—Cierra los ojos.

Cuando Desmond me decía que hiciera algo —más específicamente, cuando yo lo hacía—, no se sentía como si solo estuviera obedeciendo. Obedecía al Jardinero, obedecía a Avery.

Desmond era más cuidadoso con lo que me pedía hacer.

La cascada ahogaba el sonido de sus movimientos, pero después de un rato escuché música. Una música que, de hecho, reconocí. «Sway» era la canción favorita de Sophia, la que bailaba con sus hijas al final de cada visita, y no podía escuchar las últimas notas sin llorar. Desmond tomó mis manos, puso una de ellas en su cadera y se acercó a mí.

—Abre los ojos.

En la parte seca del suelo, cerca del pasillo, había un iPod y una bocina. Él me sonrió un poco nervioso y se encogió de hombros con timidez.

—¿Bailarías conmigo?

—Yo nunca… Yo no… —Respiré profundo y, de algún modo, su sonrisa nerviosa se pasó a mis labios—. No sé bailar.

—Está bien. Yo solo sé bailar vals.

—¿Sabes bailar vals?

—Por los eventos de caridad de mi madre.

—Ah.

Me acercó aún más a él, hasta que mi mejilla descansó sobre su hombro, y nos deslizamos de atrás hacia adelante. Sostuvo nuestras manos juntas contra su pecho mientras bajaba su otra mano hasta mi espalda baja. Con suavidad, de forma casi inaudible al principio, comenzó a cantar. Lo dejé que me llevara, enterrando mi cara en su hombro para esconder lo que fuera que mi rostro estuviera revelando.

Hay un momento en el que sabes que de pronto todo ha cambiado. La mayoría de la gente vive ese momento varias veces en su vida.

Yo lo viví cuando tenía tres años y me di cuenta de que mi papá no era como el resto de su familia.

Lo viví cuando tenía seis y me quedé en el jodido carrusel mientras todos se iban.

Lo viví cuando tuve que tomar un taxi a la casa de mi abuela, cuando mi abuela murió, cuando Noémie me sirvió ese primer trago en el departamento.

Lo viví cuando desperté en el Jardín, cuando me dieron un nuevo nombre que se suponía que erradicaría todo lo que había sido antes.

Y en ese momento, en los brazos de aquel chico extraño e incomprensible, supe que aunque nada hubiera cambiado, todo era diferente.

Quizá yo podía cambiarlo. Convencerlo, engañarlo o manipularlo para que contribuyera a la libertad que yo quería para todas nosotras; pero no sería gratuito.

—Des…

Pude sentir su sonrisa contra mi sien.

—¿Sí?

—En este momento podría odiarte un poco.

No dejó de bailar, pero su sonrisa se desvaneció.

—¿Por qué?

—Porque esto está asquerosamente jodido. —Respiré profunda y lentamente, pensando en lo que diría a continuación—. Y porque va a romperme el corazón.

—¿Eso significa que tú también me amas?

—Mi madre me enseñó a asegurarme de que el hombre siempre lo diga primero.

Se echó un poco hacia atrás, apenas lo suficiente para ver mi rostro.

—¿En serio?

—Sí.

No creo que pudiera saber si lo decía en serio o no.

La canción terminó, cambiando a algo que probablemente debería haber reconocido, y él abrió un espacio entre nosotros.

—¿A quién se lo estoy diciendo? Porque podrías responder que a Maya, pero no eres ella.

Negué con la cabeza.

—No puedo pensar así. No cuando no tengo esperanza de volver a ser esa persona.

Su rostro se entristeció, pero, la verdad, ¿qué esperaba? Luego se hincó sobre una rodilla, sosteniendo mis manos, y levantó la cabeza sonriéndome.

—Te amo, Maya, y te juro que nunca te haré daño.

Creía una parte de eso.

No quería sentirme culpable por creerlo.

Pero me sentía culpable, así que me apoyé en su rodilla y lo besé, y él se entregó tanto al beso que perdió el equilibrio y ambos nos caímos sobre la piedra húmeda. Se rio y siguió besándome una y otra vez, y supe que nunca podría creer el resto. Desmond no era bueno, sin importar cuánto quisiera serlo, y ser mejor que su familia simplemente no era suficiente. Cada día que ayudaba a mantenernos ahí, me hacía daño.

—Esa vez no recité a Poe, por si se lo estaba preguntando.

—No, estoy seguro de que estabas poniendo toda tu atención en eso —reconoce Victor sin emoción—. Entonces, ¿era en serio?

—¿Qué? ¿Lo de Des y yo?

—Pues sí, pero más específicamente lo que dijiste sobre tu madre.

—De hecho, sí.

Victor lo piensa por un momento, intentando entenderlo.

No lo consigue.

—¿Aún quiere saber quién soy y de dónde vengo?

—Sí.

—¿Por qué?

Él suspira y niega con la cabeza.

—Porque no puedo poner a una persona falsa en el estrado.

—No soy una persona falsa; estoy cuidadosa y genuinamente hecha a mano.

No debería reírse. De verdad no debería reírse, pero lo hace, y luego no puede parar y termina apoyándose sobre la mesa e intentando al menos ahogar el sonido. Cuando finalmente levanta la mirada, ella le está sonriendo, y esta vez es una sonrisa real, y él le corresponde con gratitud.

—El mundo real se interpone, ¿no? —pregunta la chica con amabilidad, y la risa de Victor se detiene.

—¿En la honestidad?

—Le duele preguntar y le duele escuchar, aunque haya tanto que ya ha escuchado antes. Me cae bien, agente especial Victor Hanoverian. Sus hijas tienen suerte de tenerlo. De cualquier modo, la historia ya casi termina. No le hará daño esperar un poco más.

El fin del verano trajo un cambio en el Jardín. Desmond había pasado tanto tiempo con nosotras que se había convertido en un elemento habitual, y aunque yo era la única a la que tocaba, no era la única que llegó a conocerlo. Tereza hablaba con él más de lo que hablaba conmigo, porque la música cruzaba los límites de nuestra jaula y la hacía olvidar, al menos por un rato. Hasta a Bliss parecía caerle bien, aunque no podría calcular en qué medida se debía a mí.

Poco a poco, las chicas se sintieron cómodas con su presencia como jamás se sentirían con su padre y su hermano, porque él nunca les iba a pedir nada. La mayoría había abandonado la esperanza de ser rescatadas algún día, así que no había la suficiente amargura para preguntar por qué no lo reportaba.

Y el Jardinero estaba encantado.

La primera vez que hablamos sobre Des dijo: «Su madre está muy orgullosa de él». En ese momento creí que eso significaba que él no lo estaba, pero luego lo comprendí mejor. Siempre había estado orgulloso de Desmond, pero cuando estaba con una chica que solo conocía a Avery, tenía que reconocer al hijo que abiertamente compartía la misma fascinación de tener un harem cautivo. Ahora que Desmond era parte del Jardín, la felicidad de su padre estaba completa. Tereza no volvió a sufrir una crisis ese verano. No hubo accidentes ni cumpleaños veintiuno, nada que nos obligara a recordar que no podíamos divertirnos al menos un poco.

Bueno, salvo por que el Jardinero y Avery seguían violándonos a placer. Eso agriaba un poco las cosas.

Pero el Jardinero cambió la forma en la que me trataba. Después de que Desmond y yo tuvimos sexo, él no volvió a tocarme de esa manera. Me trataba como…, pues supongo que como a una madre superiora. O a una hija. No era como Lorraine, no estaba exiliada de su interés, pero de algún modo decidió que ahora era de Desmond.

Con Avery compartía; con Desmond cedía.

Jodido, ¿no?

Pero por un tiempo estuve dispuesta a aceptarlo sin preguntas. Si iba a tener alguna esperanza de conmover a Desmond, no podía ser solo un capricho. Necesitaba que en verdad me amara, que estuviera dispuesto a luchar por mí, y eso no iba a pasar si seguía compartiéndome con su padre y con su hermano.

El Jardinero incluso desactivó la cámara en mi cuarto, porque Des se lo pidió; le dijo que le incomodaba pensar que su padre lo estaba viendo tener sexo, y le cuestionó si no podía confiar en que no me lastimaría, amándome tanto como lo hacía.

Bueno, estoy segura de que la conversación fue un poco más entrañable y viril que eso, pero Bliss tenía a las otras chicas fascinadas con su versión.

Sin embargo, Desmond seguía siendo como su padre. Cuando intentaba acompañarlo hasta la puerta, amable pero firmemente me regresaba para que no pudiera ver cómo ponía su contraseña.

—Esto destruiría a mi madre —dijo cuando por fin lo mencioné. Tomar acción directa contra su padre sería complicado, eso lo entendía, pero ¿por qué no darnos la oportunidad de rescatarnos a nosotras mismas?—. El apellido de mi familia, nuestra reputación, nuestra compañía… No puedo ser yo quien destruya eso.

Porque un apellido vale más que una vida. Que todas nuestras vidas.

El fin de semana antes de que comenzara el semestre de otoño hubo un concierto en el Jardín. Desmond llevó las mejores bocinas y las puso en el risco, y solo por esa noche el Jardinero nos dio ropa de colores brillantes y regalos y, qué mierda, fue patético lo felices que fuimos ese día. Seguíamos siendo prisioneras, seguíamos teniendo la muerte sobre nuestros hombros y avanzábamos en cuenta regresiva hacia nuestros cumpleaños veintiuno, pero, de cualquier forma, esa noche fue mágica. Todas reímos, bailamos y cantamos, sin importar que lo hiciéramos mal, y el Jardinero y Desmond bailaron con nosotras.

Avery se quedó a un lado con mirada sombría, porque todo había sido idea de su hermano.

Después de que limpiamos todo y las chicas se fueron a los cuartos a dormir, Des llevó la bocina más pequeña a mi cuarto y bailamos, meciéndonos en un mismo lugar mientras nos besábamos. La intimidad con Des no era real, no más que con su padre, pero él no se daba cuenta de eso. Nunca lo dije, pero él creía que yo también lo amaba. Pensaba que eso era la felicidad, que de algún modo era saludable y estable, el tipo de relación alrededor de la cual construyes una vida. O no lo notaba, o ignoraba mis frecuentes recordatorios de que las cosas enjauladas tienen vidas cortas.

Des deseaba mucho ser bueno, hacer el bien, pero nuestras circunstancias no habían cambiado ni había probabilidades de que lo hicieran.

Cuando finalmente nos tumbamos en la cama, yo me sentía casi mareada por sus besos, y él no podía dejar de reírse. Sus manos estaban por todos lados y las seguía

con su boca, su risa me hacía cosquillas en la piel. El sexo con Des no era íntimo, pero sí divertido. Me enloquecía con sus juegos, hasta que finalmente me giré y lo detuve, mordiéndome el labio mientras me dejaba caer sobre él. Gimió y apretó los labios, luego se rio cuando una canción muy inapropiada comenzó a sonar. Cuando le di un golpecito en el estómago, se incorporó para besarme hasta marearme de nuevo y luego me puso de espaldas al pie de la cama.

Fue entonces cuando vi a Avery parado en la entrada y frunciendo el ceño mientras se masturbaba.

Grité —lo cual no me enorgullece—, y Desmond levantó la vista para ver qué me había alarmado.

—¡Avery! ¡Lárgate!

—Tengo tanto derecho a estar con ella como tú —protestó Avery.

—¡Lárgate!

Había una pequeña parte de mí que estaba por estallar en risas. Por suerte, esa parte estaba aplastada en su mayoría por una sensación general de furia y vergüenza. Pensé en tomar una cobija, pero Avery ya me había visto todo antes, y Desmond…, bueno, sus partes no estaban exactamente expuestas en ese momento. Cerré los ojos mientras discutían por mí, pues no quería saber si Avery aún se estaba tocando mientras se peleaba con su hermano.

Y porque la risa amenazaba con ganar.

Entonces entró el Jardinero. Porque… claro.

—Pero ¿qué diablos está pasando? Avery, guárdate eso.

Abrí los ojos y vi que Avery se cerraba los pantalones mientras el Jardinero intentaba abotonarle la camisa. Oh, miren, toda la familia, salvo Eleanor. Maldiciendo entre dientes, Desmond se salió de mí y me pasó mi vestido antes de tomar sus pantalones.

A veces todo está en los detalles.

—¿Les importaría explicarme por qué su discusión se escuchaba por todo el Jardín? —quiso saber el Jardinero, en voz baja y amenazante.

Los hermanos comenzaron a hablar al mismo tiempo, pero su padre los calló con un gesto severo.

—¿Maya?

—Des y yo estábamos teniendo sexo y Avery decidió invitarse a la fiesta. Estaba parado en la puerta jalándosela.

Tras hacer un gesto de desagrado por mi crudeza, el Jardinero observó a su primogénito y su ira se encontró enseguida con un horror paralizante.

—¿En qué estabas pensando?

—¿Por qué puede quedársela? Nunca te ha ayudado a traer a nadie, nunca ha ido contigo a buscarlas, pero ¿se la entregas como una maldita novia y yo ni siquiera tengo permitido tocarla?

Al Jardinero le tomó un minuto poder hablar.

—Maya, ¿nos darías un momento?

—Claro —respondí con amabilidad. Porque Cortesía es tan perra como Desdén —. ¿Le gustaría que me fuera?

—Para nada, este es tu cuarto. Desmond, acompáñanos, por favor. Avery. Ven.

Me quedé en la cama hasta que ya no pude escuchar sus pasos, luego me puse el vestido y corrí por el pasillo hasta el cuarto de Bliss. Estaba en el suelo con un montón de arcilla junto a ella y lo que parecía ser una masacre de ositos sobre bandejas para hornear.

—¿Qué fue ese alboroto?

Me tumbé en su cama mientras le contaba, y ella soltó unas risitas que casi eran carcajadas.

—¿Cuánto tiempo crees que pase antes de que vete por completo a Avery?

—No sé si puede hacerlo —dije con pena—. Avery ya es bastante difícil de controlar cuando está aquí, ¿qué tan complicado sería allá afuera?

—Nunca lo descubriremos.

—Es verdad.

Me pasó una bola de arcilla para amasarla.

—¿Puedo preguntarte algo personal?

—¿Personal como qué?

—¿Lo amas?

Casi pregunté a quién —sobre todo porque estábamos hablando de Avery—, pero entendí lo que me decía un segundo antes de quedar como una idiota. Levanté la mirada hacia la luz roja y parpadeante de la cámara y me bajé de la cama hasta quedar junto a ella.

—No.

—Entonces, ¿por qué haces todo esto?

—¿Crees que una Mariposa escapó?

—No. Quizá. ¿Más o menos? Espera… Claro, carajo. De pronto el mundo tiene sentido de nuevo. ¿Crees que funcionará?

—No lo sé —suspiré amasando la bola de arcilla—. Le horroriza ser como su padre, pero también está… ¿orgulloso? Por primera vez en su vida le resulta fácil ver que su padre está orgulloso de él. Eso significa más que yo para él, y le aterra demasiado pensar en lo correcto y lo incorrecto.

—Si no existiera el Jardín, si lo hubieras conocido en la biblioteca o algo así, ¿crees que lo amarías?

—¿Honestamente? No creo que yo sepa lo que es ese tipo de amor. Lo he visto en otros, pero ¿en mí? Quizá no soy capaz de algo así.

—No sé bien si eso es triste o prudente.

—No se me ocurre por qué no podría ser ambos.

La pareja que vivía al otro lado de la calle se amaba casi hasta olvidarse del mundo, y la llegada de su bebé de algún modo los hizo estar más completos, en vez

de diluir lo que había entre ellos. Rebekah, la *hostess* principal del Evening Star, amaba profundamente a su esposo —quien, además, era el sobrino de Guilian—, y a veces verlos juntos era tan dulce que todas nos derretíamos un poco.

Aunque nos burlábamos de ellos, claro.

Taki y Karen tenían algo así, su hija y su esposa también.

Pero, cada vez que lo veía, yo sabía que estaba frente a algo extraordinario, algo que no todos encontraban o eran capaces de reconocer y de mantener.

Y soy la primera en admitir que soy una persona bastante jodida.

—Es justo. Y honesto. —Me quitó la arcilla y me pasó otra, esta vez una de un color fucsia brillante que dejaba manchas en mi piel—. Nunca te lo agradecemos.

—¿Qué?

—Que nos cuides —susurró con sus ojos azul brillante fijos en el osito de peluche que tomaba forma en sus manos—. No es que seas maternal, porque la verdad es que eso importa un carajo, pero nos das un amor severo, escuchas y, además, haces de intermediario con el Jardinero en ese cuarto privado que tiene.

—Eso no es algo de lo que necesitemos hablar.

—Bien. Dame la arcilla y ve a lavarte las manos.

Desconcertada, hice lo que me pidió, limpiándome las rayas fucsia de la piel. Me pasó una bola de arcilla turquesa. Esta vez miré todas las piezas al sentarme junto a ella. La mitad de las partes de los ositos —cabezas, patas y colas— eran negras, la otra mitad eran blancas. Algunos tenían uniformes, los negros en tonos rojos y los blancos en azul. La mitad de cada color era ligeramente más grande y sus uniformes tenían más decoraciones, y varios de ellos parecían venir en pares.

—¿Estás haciendo un juego de ajedrez?

—El cumpleaños veinte de Nazira es en un par de semanas.

Y mi cumpleaños dieciocho era unas semanas después de eso, pero en el Jardín los cumpleaños por lo general no se celebraban. Se sentía como una burla, como si estuviéramos celebrando lo cerca que estábamos de la muerte. Otras personas decían en su cumpleaños: «¡Yei! ¡Un año más!». Nosotras recibíamos los nuestros con un «Mierda. Un año menos».

—No es un regalo de cumpleaños —agregó con amargura—. Es un regalo del tipo «lamento que tu vida esté tan asquerosamente mal».

—Buen regalo.

—Y para un momento de mierda —aceptó. Rodó una pequeña pelota de arcilla dorada para formar una cuerda, la dobló por la mitad, la entrelazó y el rey rojo recibió una trenza sobre el hombro de su uniforme—. ¿También lo odias un poco?

—Más que un poco.

—Lastimaría a su familia.

—Ahora solo está lastimando a la decencia básica y a la ley —suspiré. Le entregué la arcilla suave y me pasó una bola azul rey. Yo sabía que no debía pedirle que me dejara hacer uno de los osos, pues mis creaciones de arcilla eran horrendas—.

Bliss, te garantizo que no hay ningún aspecto de esto que no haya repasado en mi cabeza. Dejó de tener sentido hace mucho, si es que alguna vez lo tuvo.

—Entonces, solo sigue adelante y ve qué pasa.

—Pues sí.

—Ahí viene.

Escuchamos unos pasos que iban subiendo de intensidad por el pasillo, y un momento después, Desmond entró y se tiró en el piso junto a mí, dándonos una naranja a cada una.

—¿Eso es un juego de ajedrez?

Bliss puso los ojos en blanco y no respondió, así que mientras hacía ositos soldados, yo amasaba la arcilla y Desmond jugaba con su iPod y la bocina portátil para seguir con el concierto.

¿Y la naranja? Primera y única vez que he logrado pelar una en una espiral perfecta.

Finalmente, Eddison regresa con dos bolsas, una con botellas de refresco y agua, la otra con lo que resultan ser sándwiches de albóndigas. Cuando le da uno a la chica, saca una bolsita de plástico de su bolsillo y la pone en la mesa frente a ella.

La chica la toma y luego mira fijamente el contenido.

—¡Mi dragoncito azul!

—Hablé con los técnicos en la escena del crimen: dijeron que a tu cuarto lo protegió el peñasco. —Se sienta frente a ella, abriendo su sándwich. Por cortesía, Victor finge que no ve el rubor de su compañero—. Empacarán todo para entregártelo cuando se libere, pero se adelantaron y me dieron eso para que te lo pasara.

Ella abre la bolsa y acuna a la pequeña criatura de arcilla en sus manos, acariciando con el pulgar al pequeño osito en pijama tras ponerlo en el hueco de su brazo.

—Gracias —susurra.

—Estás más comunicativa. O algo así.

La chica sonríe.

—Vic, los técnicos están inspeccionando la casa. Nos avisarán si encuentran las fotografías.

Por un rato, la conversación se detiene mientras comen, aunque la chica tiene que envolver sus manos adoloridas en servilletas para agarrar el sándwich caliente. Cuando terminan y retiran los restos, ella toma el dragoncito triste y curva sus manos a su alrededor.

Victor decide que es su turno para ser valiente.

—¿Qué pasó con Avery?

—¿Qué quiere decir?

—¿Su padre lo castigó?

—No, solo hablaron largo y tendido sobre respetar la privacidad de los demás y que las Mariposas no eran posesiones que pudieran pasar de mano en mano, sino individuos que debían atesorarse. Según me contó Des, también le recordó de un modo bastante severo que no tenía permitido tocarme de ninguna manera por el asunto del herraje. Bueno, «por el incidente previo», y Des nunca preguntó por la cicatriz que tenía en mi cadera. Si no preguntas, puedes mantener la cabeza enterrada en la arena.

—Así que las cosas volvieron a la normalidad.

—Vaya normalidad.

—Pero algo tenía que cambiar.

—Algo cambió. Su nombre era Keely.

O, para ser más precisa, su nombre era Avery y su víctima Keely.

Cuando comenzó el semestre, vi a Desmond mucho menos. Era su último año y estaba inscrito en un curso completo, pero venía por las tardes con sus libros para poder estudiar; tal como ayudé a Whitney, Amber y Noémie con sus estudios tiempo atrás, en el departamento, lo ayudé a él. Sin alcohol. Bliss también colaboraba, burlándose de él cuando se equivocaba en algo.

O cuando simplemente no acertaba por completo.

A decir verdad, Bliss aprovechaba cualquier oportunidad para burlarse de él.

El ánimo de Avery pasó de malo a peor, al ver cómo su hermano se volvía parte del Jardín. Como dije, a la mayoría de las Mariposas les agradaba Desmond. Él no les pedía nada. Bueno, les hacía preguntas y dejaba a su elección responder o no.

A veces les preguntaba sus nombres, pero de algún modo se había convertido en una tradición del Jardín decir tu nombre únicamente a modo de despedida. Pero le contamos que una vez Simone fue Rachel Young, que Lyonette fue Cassidy Lawrence. Solo sobre las que sabíamos que ese recordatorio no podía hacerles daño.

Desmond no era una amenaza para ellas.

Por su parte, Avery lastimó tanto a Zara durante el sexo que su padre lo vetó por un mes y tuvo que drogarlo para controlar el arranque de furia que amenazaba con llegar. Zara apenas podía caminar después de eso y tenía todo el cuerpo amoratado. Alguien tenía que estar con ella todo el tiempo tan solo para ayudarla con actividades básicas como bañarse, ir al baño y comer.

Lorraine era una enfermera bastante competente —aunque no compasiva—, pero no hacía milagros.

La infección afectó la cadera de Zara, y las únicas opciones eran llevarla al hospital o meterla en el cristal.

Creo que pueden suponer sin miedo a equivocarse cuál eligió el Jardinero.

Por primera vez, nos lo anunció esa mañana, para que pudiéramos pasar el día completo con ella y despedirnos.

Le lancé una mirada de soslayo cuando me lo dijo, y él respondió con una sonrisa torcida y un beso en la sien.

—Aunque solo sea un abrazo rápido y un susurro robado, ustedes comparten algo en esos momentos. Si eso le puede dar a Zara y a las demás una especie de consuelo, quisiera que lo recibieran.

Le agradecí, porque parecía que eso era lo que estaba esperando, pero una parte de mí se preguntaba si sería mejor dejar que pasara de golpe en vez de arrastrarlo durante todo un día.

Antes de irse a clases, Desmond nos llevó una carretilla para transportar a Zara por el Jardín. Sonrió al traerla, sonrió cuando besó mi mejilla y se fue a la escuela, y Bliss maldijo con tanta soltura que Tereza se ruborizó.

—No lo sabe, ¿cierto? —preguntó entre jadeos cuando pudo volver a hablar en otro idioma que no fuera Obscenidad—. De verdad no tiene ni idea.

—Sabe que Zara está enferma; cree que está haciendo algo bueno por ella.

—Eso…, eso…

Algunas cosas no necesitan un traductor.

Esa tarde, mientras el Jardinero caminaba con su esposa en el otro invernadero, que estaba mucho más cerca de lo que parecía, Zara se impulsó para sentarse en la cama, con su cabello naranja encendido aplastado por el sudor.

—¿Maya? ¿Bliss? ¿Pueden pasearme un rato en la carretilla?

Doblamos una cobija en la carretilla y acomodamos algunas almohadas debajo de Zara y alrededor de ella, para estabilizar su cadera tanto como era posible. No era su único hueso roto, pero sin duda era el más doloroso.

—Solo una vuelta por el pasillo —pidió.

—¿Estás buscando casa? —preguntó Bliss, y Zara asintió.

Era algo que no podías evitar pensar. Cuando murieras, ¿en qué exhibidor estarías? Yo estaba bastante segura de saber cuál había elegido el Jardinero para mí; estaba junto a Lyonette, posicionado de tal manera que era visible desde la cueva. Bliss creía que quizá terminaría a mi lado, solas las tres, juntas por siempre en esa maldita pared para que las futuras generaciones de Mariposas se asombraran y temieran.

Avanzamos despacio por el pasillo; yo iba empujando la carretilla y Bliss hacía su mejor esfuerzo por estabilizar la parte delantera. Zara nos detuvo junto a la entrada frontal, donde el aroma de las madreselvas llenaba el aire y se mezclaba con el olor a químicos que salía de uno de los cuartos que jamás vimos abiertos. Como en la sala de tatuajes, la habitación de Lorraine y el antiguo cuarto de juegos de Avery, las paredes eran opacas y sólidas, con un teclado junto a una puerta de las de verdad. No deberíamos estar ahí.

Y yo aún no había visto a Desmond cuando ponía su código de la puerta principal.

—Crees que si se lo pidiera, ¿me lo daría?

—¿Porque la madreselva está aquí?

—No, porque todas evitamos esta parte. Así no estaría tan a la vista.

—Pregúntale. En este punto, lo peor que puede hacer es decir que no.

—Si te pidiera que me mataras en este momento, ¿lo harías?

Observé el exhibidor vacío, porque no quería verla y saber si hablaba en serio o no. Zara podía ser cruel, podía burlarse de las otras chicas hasta hacerlas llorar, pero no tenía mucho sentido del humor.

—Supongo que no soy tan buena amiga —dije, por fin.

Bliss permaneció en silencio.

—¿Crees que duela?

—Él dice que no.

—¿Y le crees?

—No —suspiré recargándome en la puerta rodeada de vegetación—. No creo que sepa si duele o no. Me parece que quiere pensar que no.

—¿Cómo te imaginas que será la chica?

—¿Quién?

—La siguiente Mariposa. —Echó la cabeza hacia atrás para mirarme, y sus ojos café brillaban por la fiebre—. No ha ido de cacería desde hace mucho tiempo. Desde Tereza. Estaba tan feliz por tener a Desmond aquí que ni siquiera fue a buscar a nadie más.

—Quizá no vaya.

Ella bufó.

Pero no siempre lo hacía. A veces una chica moría y él no iba de caza. No hasta que alguien más moría. A veces traía a una chica, en ocasiones dos, aunque no lo había hecho desde que yo estaba ahí. Intentar entender por qué hacía lo que hacía era una tarea inútil.

Seguíamos ahí cuando Lorraine salió de su cuarto para hacer la cena. Pareció sorprendida al principio, y se llevó una mano a su cabello castaño oscuro, desteñido y muy bañado de plata, que aún llevaba largo y recogido, como le gustaba al Jardinero. Aunque él nunca la miraba ni decía nada, ella seguía llevándolo así. Echó un vistazo a las vendas de Zara, a la palidez que la cubría, salvo por las dos manchas de un color rojo brillante que tenía en sus mejillas, y luego al exhibidor vacío.

Zara entrecerró los ojos.

—¿Desearías estar ahí, Lorraine?

—No tengo por qué soportarte —replicó la mujer.

—Sé cómo podrías acabar ahí.

El recelo luchó contra la esperanza en sus ojos de un color azul deslavado.

—¿Lo sabes?

—Sí. Rejuvenece treinta años mágicamente. Estoy segura de que así sí le encantaría matarte y exhibirte.

Lorraine resopló y se fue de nuestro lado con pasos molestos, golpeando el tobillo

de Zara al pasar. El movimiento sacudió su cadera rota e infectada, y Zara contuvo un grito.

Bliss siguió a la cocinera-enfermera con la mirada.

—Mandaré a Danelle para que te ayude de regreso.

—¿Por qué? ¿Adónde…? —Miré su expresión por segunda vez—. Claro. Olvídalo. Danelle.

Zara, que seguía ahogando un grito, y yo la observamos cuando se fue rápidamente.

—¿Qué crees que va a hacer? —preguntó tras un minuto.

—No preguntaré y no quiero saber antes de tiempo —afirmé—. Dependiendo de lo que sea, puede que tampoco quiera saber después de que suceda.

Unos minutos después, no solo Danelle, sino también una Marenka muy confundida llegaron por el pasillo.

—¿Debería preguntar qué está haciendo Bliss?

—No —respondimos juntas.

—Entonces, ¿no debería preguntar por qué tomó mis tijeras? —murmuró Marenka, con una mano en su garganta, donde su pequeño par de tijeras de costura solía colgar de un listón.

—Así es.

Danelle lo pensó, lo aceptó y tocó el borde de la carretilla con suavidad.

—¿Al Jardín o de regreso a tu cuarto?

—Al cuarto —gimió Zara—. Creo que iré a tomarme otro analgésico.

Entre Danelle, Marenka y yo la ayudamos a acomodarse en la cama con un vaso de agua y una pastilla de la felicidad. Luego entró Bliss, con las manos detrás de su espalda y un gesto de obvia satisfacción en el rostro.

Oh, Dios, no quería saber.

—Tengo un regalo para ti, Zara —anunció alegremente.

—¿La cabeza de Avery en una bandeja?

—Casi. —Lanzó algo sobre el cobertor.

Zara se incorporó para verlo y luego estalló en risas. Con rapidez, los extremos se deshacían mientras aquello colgaba de sus dedos.

—¿La trenza de Lorraine?

—¡Disfrútala!

—¿Crees que pueda llevármela conmigo?

Danelle frotó las puntas del cabello entre sus dedos.

—Tal vez podríamos trenzarla de nuevo para hacerte una diadema.

—O trenzarla en tu cabello como extensiones.

—Una corona, sin duda.

Todas las que fueron a visitarla durante la tarde y la noche ofrecieron nuevas sugerencias, y era señal de nuestro desprecio universal por Lorraine que nadie expresara pena ni compasión por nuestra cocinera-enfermera. Cuando llegó la hora de

la cena, todas tomamos nuestras bandejas y nos apiñamos rodilla con rodilla en el cuarto de Zara, las veintitantas, en el suelo e incluso en la regadera.

Adara elevó un vaso de jugo de manzana.

—Por Zara, quien puede escupir semillas más lejos que nadie.

Todas nos reímos, incluso Zara, que levantó su vaso de agua para corresponder al brindis.

Luego se levantó Nazira, y creo que todas nos pusimos un poco nerviosas por eso; Nazira y Zara se llevaban tan bien como Avery y Desmond.

—Por Zara, quien podrá ser una perra, pero es nuestra perra.

Zara le mandó un beso.

Era algo de locos. No creo que alguien ahí lo dudara. Era enfermo, terrible y profundamente retorcido, y aun así nos hacía sentir mucho mejor. Una por una, todas nos levantamos e hicimos un brindis por Zara, algunas en broma, otras en serio, y claro que hubo muchas lágrimas, aunque no las mías, pero quizá el Jardinero tenía razón, quizá sí ayudó.

Cuando fue mi turno, me puse de pie y elevé mi vaso de agua.

—Por Zara, quien nos dejará pronto, pero a quien recordaremos de una forma no aterradora durante el resto de nuestra vida.

—Por más cortas que sean —agregó Bliss.

¿Qué tan jodidas estábamos que nos reímos de eso?

Cuando todas tuvieron su turno, Zara levantó su vaso una vez más.

—Por Zara —susurró—, porque cuando ella muera, Felicity Farrington descansará en paz al fin.

—Por Zara —murmuramos todas, y nos bebimos de un trago lo que había en nuestros vasos.

Cuando llegó el Jardinero, no traía un vestido sino a Desmond, y sonrió al vernos a todas juntas.

—Llegó el momento, señoritas.

Lentamente, todas besaron a Zara, recogieron sus bandejas y salieron del cuarto en fila tras recibir un beso del Jardinero en la mejilla. Yo esperé hasta el final, sosteniendo la mano sudorosa de Zara junto a su cama. Su peinado estaba coronado con la trenza con líneas plateadas de Lorraine.

—¿Hay algo que pueda hacer? —susurré.

Metió la mano bajo su almohada y me dio una copia maltrecha, doblada, subrayada y terriblemente rayada de *Sueño de una noche de verano*.

—Me gustaba mucho el teatro en la prepa —dijo en voz baja—. Cuando me secuestró en el parque, iba a ver a mis amigos para un ensayo. He pasado tres años escribiendo notas para una producción que nunca haré. ¿Crees que Bliss y tú podrían organizar una presentación para todas? ¿Como… una manera de recordarme?

Tomé el libro y lo apreté contra mi pecho.

—Te lo prometo.

—Cuida a la siguiente chica e intenta no visitarme mucho, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Me atrapó en un abrazo apretado mientras enterraba sus dedos en mis hombros. Pese a lo tranquila que se veía, noté que temblaba. La dejé aferrarse tanto tiempo como quiso y, cuando al fin tomó aire profundamente, le di un beso en la mejilla y se alejó.

—Te acabo de conocer, Felicity Farrington, pero ya te quiero y te recordaré.

—Supongo que es lo más que puedo pedir —dijo con una risa sin ganas—. Gracias por todo, de verdad. Hiciste que las cosas fueran mucho más fáciles de lo que podían haber sido.

—Ojalá pudiera haber hecho más.

—Haces lo que puedes. El resto es asunto suyo. —Señaló con la cabeza hacia los hombres que estaban en la puerta—. Supongo que me verás en unos días.

—Junto a la madreselva, así que casi nunca te veremos —acepté en un tono casi inaudible. La volví a besar y salí del cuarto, apretando tanto el libro que mis nudillos tronaron.

El Jardinero vio la trenza, que obviamente no era de Zara, y luego volvió a mirarme.

—Lorraine estaba llorando —murmuró—. Dice que Bliss la atacó.

—Solo es cabello. —Lo miré directamente a los ojos—. Ella no es usted ni sus hijos. No tenemos que soportar que nos lastime.

—Hablaré con ella.

Besó mi mejilla y fue con Zara, pero Desmond se quedó atrás con un gesto confundido y ligeramente preocupado.

—¿Me estoy perdiendo de algo? —me preguntó en voz baja.

—De demasiadas cosas.

—Sé que la vas a extrañar, pero veremos que se encarguen de ella. Estará bien.

—No.

—Maya…

—No. No lo sabes. Deberías saberlo, porque has visto lo suficiente… Bueno, pero yo sí sé. No puedes decirme que estará bien. En este momento no puedes decirme nada.

Avery era el primogénito del Jardinero, pero en lo realmente importante Desmond era su heredero.

Y pronto descubrimos qué tan parecido era a su padre.

Volteé a ver a Zara, pero el Jardinero la estaba tapando. Me alejé, ignorando la mirada herida de Desmond.

Al devolver mi bandeja a la cocina —y regodearme vengativamente en los lloriqueos de Lorraine y los centímetros de pelo mal cortado que le quedaban—, rechacé la oferta de varias chicas de ir con ellas y volví sola a mi cuarto. Luego de una media hora, las paredes bajaron. Después de todo, Zara estaba demasiado herida

para un encuentro final con el Jardinero, y Desmond estaba con ellos. Me acurruqué en mi cama con la obra de teatro, leí todas las notas en los márgenes y conocí un poco a Felicity Farrington.

Como a las tres de la mañana, la pared que me separaba del pasillo se levantó. Solo esa, no se movieron las que daban a los lados, desde donde se veían los exhibidores y, si te esforzabas un poco, los cuartos de Marenka e Isra. Y era extrañamente maravilloso no ver cadáveres cada vez que abría los ojos. Cerré el libro con mi dedo como separador, preparándome para ver al Jardinero en la puerta, con una mano en el cinturón y los ojos llenos de excitación.

Pero era Desmond, con sus pálidos ojos verdes atormentados y heridos de una forma que no había visto en meses. Se aferró a la pared de cristal para mantenerse de pie, las rodillas le fallaban y se tambaleaban intentando sostener su peso.

Cerré el libro por completo, lo dejé en la repisa y me incorporé en la cama.

Dio unos pasos temblorosos y se derrumbó de golpe sobre sus rodillas. Enterró la cara en sus manos, luego se encogió intensamente, contemplando sus manos como si de alguna forma se hubieran separado del resto de su cuerpo. Lo envolvía un asqueroso olor químico y amargo, el mismo que notaba cada vez que me acercaba a las madreselvas de la puerta principal. Todo su cuerpo se estremecía mientras él se doblaba sobre sí mismo, presionando su frente contra el frío suelo de metal.

Pasaron casi diez minutos antes de que dijera algo, y su voz sonó ronca y dolida:

—Prometió que se encargaría de ella.

—Lo hizo.

—Pero…, pero…

—Acabó con su dolor y evitó que se deteriore —afirmé en un tono neutral.

—… La mató.

Así que no era tan parecido a su padre.

Me quité la ropa y me hinqué junto a él, desabotonando su camisa. Me miró con desagrado y alejó mis manos.

—Voy a meterte a la regadera…, apestas.

—Formaldehído —masculló. Luego me permitió desvestirlo y me siguió con torpeza mientras lo jalaba por el cuarto para que se sentara en la regadera. Un giro de mi muñeca lanzó un chorro de agua tibia sobre él.

No hubo nada sexual en lo que pasó después. Era como bañar a las hijas de Sophia cuando estaban medio dormidas. Cuando le decía que se echara hacia adelante, que levantara un brazo o cerrara los ojos, obedecía pero sin reaccionar, como si la acción no tuviera sentido. Mi champú y mi gel para el cuerpo eran exageradamente frutales, pero lo bañé de la cabeza a los pies hasta que solo quedó olor químico en su ropa.

Lo envolví en toallas y usé uno de sus zapatos para empujar la ropa hacia el pasillo, luego volví para secarnos a ambos. Tuve que limpiar una y otra vez su cara, que no vi que se había convertido en un río constante de lágrimas que corrían por sus

mejillas cuando estábamos en la regadera.

—Le inyectó algo para dormirla —susurró—. Pensé que la íbamos a llevar al coche, pero abrió un cuarto que no había visto nunca. —Un escalofrío sacudió su cuerpo—. Cuando se durmió, le puso un vestido naranja y amarillo y la tendió en una mesa para embalsamar, y luego… la enganchó…

—Por favor, no me lo cuentes —pedí en voz baja.

—No, tengo que hacerlo, porque es lo que te va a hacer algún día, ¿no? Así es como…, así es como las conserva, embalsamándolas cuando aún están vivas. —Otro escalofrío, un sollozo que quebró su voz, pero continuó—: Me explicó todos los pasos. Para que yo pueda hacerlo solo algún día, dijo. El amor es más grande que el placer, dijo. Tenemos que estar dispuestos a hacer también las cosas difíciles, dijo. Dijo…, dijo…

—Ya, sigues temblando.

Me dejó llevarlo a la cama y cubrirlo con las cobijas, y me senté junto a él, sobre la cobija, con las manos en mi regazo.

—Dijo que si de veras te amaba, no dejaría que nadie más que yo se encargara de ti.

—Des…

—Me mostró a algunas de las otras. Pensé…, ¡pensé que simplemente las devolvía a la calle! No me di cuenta…

Se quebró por completo, llorando con una intensidad que casi hacía que la cama se sacudiera. Tracé círculos en su espalda mientras sollozaba, incapaz de darle ningún otro consuelo, porque aún no sabía toda la verdad. Zara tenía una infección en los huesos, y él creía que todas las chicas rotas se mataban o se dejaban morir. No sabía lo de las actitudes y las edades.

Y en ese momento, cuando estaba tan cerca de romperse él también, no tuve el corazón para decírselo. No me serviría roto. Necesitaba que fuera valiente.

Aunque no creía que fuera a serlo nunca.

—Ella escogió su exhibidor —logró decir unos minutos después—. Él me obligó a cargarla hasta ahí, me mostró cómo acomodarla, cómo cerrar el cristal por completo para verter la resina. Antes de cerrar el cristal, él…, él…

—¿Le dio un beso de despedida?

Asintió, moviendo la cabeza con torpeza, soltando hipos por la fuerza de sus sollozos.

—¡Le dijo que la amaba!

—De acuerdo con cómo lo entiende, sí la ama.

—¿Cómo puedes soportar estar cerca de mí?

—A veces no puedo —reconocí—. Me convenzo de que no sabes todo, de que aún ignoras mucho de lo que hacen tu padre y tu hermano, y algunos días esa es la única forma en que puedo siquiera mirarte. Pero eres…

—Por favor, dime.

—Pero eres un cobarde —suspiré—. Sabes que tenernos aquí está mal. Sabes que va contra la ley, sabes que nos viola y ahora también sabes que nos mata. Puede que algunas de estas chicas tengan incluso familias que las están buscando. Sabes que esto está mal, pero no lo reportas. Dijiste que ibas a aprender a ser más valiente por mí, pero no lo has hecho. Y, honestamente, no sé si puedas.

—Descubrir esto…, que todo saliera a la luz…, mataría a mi madre.

Me encogí de hombros.

—Dale tiempo y también me va a matar a mí. La cobardía puede ser nuestro estado natural, pero sigue siendo una elección. Cada día que pasas sabiendo sobre el Jardín y no llamas a la policía ni dejas que nos vayamos, estás tomando esa decisión una y otra vez. Así son las cosas, Desmond. Solo que ya no puedes fingir.

Comenzó a llorar de nuevo, o quizá solo siguió llorando, sacudido por un profundo *shock* que superaba su capacidad para soportarlo.

Pasó el resto de esa oscura mañana tendido en la cama en silencio, y cuando la luz llegó al Jardín, recogió su ropa con olor a formaldehído y se fue.

No me habló durante semanas y solo fue al Jardín una vez: para ver a Zara después de que la resina se solidificó y la pared se levantó dejando su exhibidor a la vista. Luego todas las paredes se alzaron, y la realidad que durante el verano parecía borrosa cayó con una fuerza ensordecedora. Éramos Mariposas y nuestra corta vida terminaría en el cristal.

—Espera, creí que dijiste que las cosas cambiaron con Keely —dice Eddison.

—Sí, lo dije. A eso voy.

—Ah.

La chica frota los pulgares contra el cuello del dragón azul y respira profundamente.

—Keely llegó hace cuatro días.

Me tomó un tiempo cumplir la promesa que le hice a Zara. El Jardinero aceptó sin reparos conseguirnos todo lo necesario para representar *Sueño de una noche de verano* cuando le dije para qué era, pero quería que «se hiciera bien». Pidió toda clase de disfraces y le dio a Bliss una caja de arcillas, que pesaba tanto como ella, para que nos hiciera coronas de flores. Repartimos los personajes y entrenamos a las chicas en el lenguaje de Shakespeare. Algunas ya habían leído una obra o dos en sus clases de Literatura, pero la mayoría no tenía mucha práctica.

Yo había vivido casi dos años con Noémie, quien andaba en ropa interior por todo el departamento leyendo soliloquios en voz alta mientras se lavaba los dientes.

Sí, mientras se lavaba los dientes, por lo cual se tardaba una maldita eternidad.

Cuando llegó la noche, el Jardinero hizo que Lorraine preparara un banquete,

servido a ambos lados del pequeño arroyo. Teníamos unas sillas extrañas, algo entre una otomana y un puf, todas de colores brillantes, y traíamos un vestido de seda semitransparente en hermosos colores que por una vez no tenía nada que ver con nuestras alas tatuadas. Yo iba a interpretar a Helena y el Jardinero me dio un traje en tonos verde bosque y musgo, con una única capa rosa. Bliss usó ese color para hacer que mi corona de rosas de arcilla combinara.

La mayoría llevábamos el cabello suelto bajo las coronas, solo porque podíamos hacerlo durante esa única noche.

Había algo triste en nuestras risas mientras nos preparábamos. Lo estábamos haciendo por Zara, pero el Jardinero lo había convertido en una gala. Aunque sabía cuál era nuestro motivo, estoy segura de que estaba convencido de que era una muestra de que éramos tan felices bajo sus amorosos cuidados que queríamos ofrecerle un espectáculo. Ese hombre tenía un talento asombroso para ver lo que quería.

Ni siquiera notó que Lorraine había comprado una peluca para que pareciera que aún tenía cabello largo y bien cuidado, y él quisiera acariciarlo. Perra loca.

Y convenció a Desmond para que asistiera.

Creo que lo desconcertó la reacción de su hijo a la muerte de Zara. Des era como su padre, pero no tenía su perspectiva. Desmond no podía evitar verlo como asesinato, aunque eso no lo impulsaba a tomar cartas en el asunto.

Al final de la primera semana de silencio y ausencia de su hijo, el Jardinero fue a mi cuarto antes del desayuno.

—Desmond parece estar muy decaído —anunció en cuanto me desperté un poco —. ¿Se pelearon?

Bostecé.

—Le está costando trabajo procesar lo que le pasó a Zara.

—Pero Zara está bien. Ya no siente dolor. —Parecía honestamente confundido.

—Cuando dijo que iba a encargarse de ella, Desmond pensó que significaba que la llevaría a un hospital.

—Eso habría sido una tontería; hubieran hecho preguntas.

—Yo solo estoy traduciendo.

—Sí, claro. Gracias, Maya.

Estoy segura de que en las semanas siguientes hubo varias conversaciones entre padre e hijo de las que no me enteré, pero Desmond apareció para la presentación luciendo como si no hubiera dormido ni un carajo. Debió de tener una exposición en clase ese día, porque llevaba su camisa de vestir, corbata y sus caquis. Claro, la camisa estaba desabotonada arriba, la corbata un poco suelta y las mangas enrolladas, pero aun así estaba más elegante de lo normal, y de algún modo sentí asco por mí misma ante el fugaz pensamiento de que el verde mar de su camisa le iba muy bien a sus ojos.

Le costaba trabajo mirarnos directamente, en especial a mí. Le había contado a

Bliss lo básico de nuestra última discusión durante una noche en que hicimos galletas con chispas de chocolate falsas para engañar a Lorraine. Ella se encogió de hombros y dijo que hubiera sido menos amable que yo.

Dado que las galletas de arcilla fueron su idea, no lo discutí.

La presentación comenzó muy bien. Antes de estudiar las notas de Zara, nunca le había puesto mucha atención a las palabras —una vez que escuchas «ser o no ser» embarrado de pasta de dientes, se vuelve un poco difícil darle importancia—, pero era una obra realmente graciosa y la exagerábamos siempre que podíamos. Bliss interpretaba a Hermia, y durante una de las escenas en las que discutíamos, se abalanzó sobre mí desde el otro lado del arroyo, sacándole una enorme carcajada al Jardinero.

A mitad de uno de los discursos de Marenka en el papel de Puck, la puerta principal se abrió de golpe y reveló a Avery cargando un pequeño bulto sobre uno de sus hombros. Marenka se detuvo y me miró con los ojos abiertos de par en par debajo de su máscara de Pavo Real Blanco. Me levanté y me acerqué a ella mientras veía a Avery trotando por el Jardín. Después de un momento, el Jardinero y Desmond se pararon junto a nosotras.

—¡Traje a una nueva! —anunció Avery con el rostro cubierto de sonrisas. Se quitó la carga, dejándola caer sobre la arena—. La encontré, la atrapé. ¡Mira, padre! ¡Mira lo que nos conseguí!

El Jardinero estaba demasiado ocupado observando a su hijo mayor, así que yo me hinqué y abrí la cobija con manos temblorosas. Algunas chicas gritaron. Mierda-mierda-mierda-mierda.

La chica que estaba dentro de la cobija ni siquiera había alcanzado la pubertad. Había sangre seca en un lado de su cara tras bajar desde su sien, su piel clara ya había comenzado a amoratarse en esa parte, y pude ver otros moretones, rasguños y golpes entre las tajadas en su ropa, mientras le quitaba el resto de la cobija. Más sangre empapaba sus muslos y la tela que los rodeaba. Mierda, su ropa interior estaba cubierta con la palabra *sábado* escrita en letra cursiva, rosa y morada, la clase de prendas que sabes que no hacen más que en tallas para niñas. Una parte de mi cerebro señaló muy inapropiadamente que apenas era jueves.

Era pequeña, con extremidades larguiruchas que obviamente estaban en crecimiento, como si se hubiera estirado de pronto. Era bonita al estilo de las preadolescentes, con una desbaratada coleta de cabello casi cobrizo, pero muy muy joven. La envolví de nuevo en la cobija para esconder la sangre y la apreté contra mí sin poder decir ni una palabra.

—Avery —susurró el Jardinero, que seguía en *shock*—. ¿Qué diablos hiciste?

Yo no quería formar parte de esa conversación. Danelle me ayudó a levantarme con la chica entre mis brazos, sosteniéndole la cabeza.

—Bliss, ¿nos prestas tu vestido con la espalda cubierta?

Asintió y fue corriendo a su cuarto.

Danelle y yo fuimos a toda prisa a mi cuarto, donde desvestimos a la chica, tiramos su ropa arruinada por el agujero de la lavandería, y la bañamos. Tuve que tallar la sangre de sus muslos y echarle más agua para limpiarle los fluidos y los trozos de tejido desgarrado; Danelle estaba ocupada, vomitando en el escusado. Volvió, pasándose una mano temblorosa para limpiarse la boca.

—Todavía ni siquiera tiene pelo ahí abajo —susurró.

No tenía vello en su entrepierna ni en sus axilas, no tenía pechos ni caderas desarrollados definitivamente aún era una niña.

Danelle la sostuvo para que yo pudiera lavarle el cabello. Para entonces ya había llegado Bliss con su vestido —el único que probablemente le quedara y la mantuviera cubierta, aunque fuera un poco suelto—, así que la secamos, la vestimos y la acomodamos en mi cama.

—Ahora que está aquí, ¿crees que…? —Ni siquiera Bliss pudo terminar la idea.

Negué con la cabeza, inspeccionando la mano de la niña, que tenía varias uñas arrancadas. Debió de luchar.

—Ellos no la van a tocar.

—Maya…

—Ellos no la van a tocar.

Un grito de dolor recorrió el Jardín y todas nos encogimos.

Pero no era de mujer, así que no fuimos a ver.

Otras chicas se apiñaron en mi cuarto huyendo del sonido, hasta que finalmente tuve que decirle a la mayoría que se fuera. No teníamos idea de cuándo iba a despertar esa niña; iba a estar aterrada y adolorida, y no necesitaba encontrarse a veintitantas personas observándola. Solo se quedaron Bliss y Danelle, quien se mantuvo detrás de la pequeña, para que su rostro no fuera lo primero que viera.

Pero los libreros que estaban en la pared de la derecha no escondían por completo a Lyonette.

Bliss extendió la cortina de mi baño lo más que pudo, levantándola por abajo y metiéndola entre varios libros para sujetarla. Si sabías que ahí había algo, podías identificar el cabello y la curva de su espalda, pero no a primera vista.

Y esperamos.

Bliss hizo un viaje breve para traer botellas de agua, además de sacarle algunas aspirinas a la asustada Lorraine. A largo plazo, las aspirinas no harían mucho —eran geniales contra los dolores de cabeza por las drogas, pero eso no era lo que ella tenía —, aunque al menos era algo.

Luego el Jardinero apareció en mi puerta. Echó un vistazo a la pared y al acomodo de la cortina, luego fue hacia la niña, que estaba en la cama, y asintió, metiendo la mano en su bolsillo. Sacó un pequeño control, y después de moverlo durante un minuto, las paredes bajaron por los dos lados, dejando el frente abierto.

—¿Cómo está?

—Inconsciente —respondí—. Fue violada, la golpearon con mucha fuerza en la

cabeza y va a tener un mundo de dolores.

—¿Tenía algo donde apareciera su nombre? ¿O de dónde viene?

—No. —Le di la mano de la niña a Bliss para cruzar el cuarto, parándome junto al hombre pálido que de pronto se veía cansado—. Nadie va a tocarla.

—Maya…

—No, nadie va a tocarla. Ni alas, ni sexo ni nada. Es una niña.

Para mi sorpresa, el Jardinero asintió.

—La voy a dejar a tu cargo.

Danelle se aclaró la garganta.

—¿Señor? Aún no ha despertado, ¿no podrían llevarla a algún lado? ¿Dejarla en un hospital o algo así? No sabría nada.

—No puedo confiar en que no haya visto a Avery —dijo con pesar—. Tiene que quedarse.

Danelle se mordió el labio y desvió la mirada mientras acariciaba el cabello de la niña.

—Creo que es mejor que se vaya —le pedí sin subir la voz—. No sabemos cuándo va a despertar. Sería mejor que no hubiera hombres presentes.

—Sí, claro. ¿Me avisas si…, si necesita algo?

—Necesita a su madre y su virginidad —soltó Bliss—. Necesita volver a la seguridad de su casa.

—Bliss.

Bufó, pero se quedó callada ante el tono severo del Jardinero.

—Me avisas —repitió, y yo asentí. No me molesté en verlo irse.

No pasó mucho tiempo después de que se fue cuando llegó Desmond, con esa mirada herida aún más marcada en sus ojos.

—¿Va a estar bien?

—No —respondí con crudeza—. Pero creo que vivirá.

—¿Escucharon ese grito? Mi padre azotó a Avery.

—Sí, porque eso hará sentir mucho mejor a esta niña —soltó Bliss—. Púdrete.

—¿Qué le hizo?

—¿Qué crees que le hizo? ¿Estrechar su mano?

—Desmond. —No seguí hablando hasta que por fin me miró a los ojos—. Esto es obra de tu hermano, pero es lo que ustedes tres hacen, así que en este momento no debes estar aquí. Sé que ahora estás lleno de autocompasión y odio, pero no voy a aceptar que haya hombres cerca de esta niña. Tienes que irte.

—¡No fui yo quien la lastimó!

—Sí, fuiste tú —grité—. ¡Pudiste haberlo evitado! Si tan solo hubieras ido a la policía, o si hubieras dejado que una de nosotras se fuera, pudimos haber ido a la policía. Avery no hubiera estado libre para secuestrarla, atacarla, violarla y traerla aquí, donde le pasará una y otra y otra vez, hasta que muera demasiado joven. Tú permitiste que esto pasara, Desmond, activamente lo permitiste, así que sí, fuiste tú

quien la lastimó. Si no vas a hacer nada para ayudarla, tienes que alejarte de ella.

Me observó con el rostro pálido y en *shock*. Luego se dio la vuelta y se fue.

¿Cómo era posible que una niña valiera menos que un apellido? ¿Cómo era posible que la vida de todas nosotras valiera menos que una reputación?

Bliss lo vio irse, luego estiró la mano para tomar la mía.

—¿Crees que volverá?

—No me importa.

Era casi del todo cierto. El cansancio ya me calaba hasta los huesos. Simplemente no tenía la energía para pensar en la constante inutilidad de Desmond.

La niña finalmente recuperó la consciencia cerca de las dos de la mañana; gemía al comenzar a sentir los distintos dolores y malestares. Me senté en la cama y apreté su mano con suavidad.

—Mantén los ojos cerrados —le dije, llevando mi voz al tono bajo y reconfortante que Lyonette me había enseñado. Casi nunca antes lo había usado, pero esa niña necesitaba que me suavizara por ella, que fuera valiente por ella. Sophia, pensé, habría reconocido la diferencia.

—Voy a poner un trapo húmedo sobre tu rostro para ayudarte a calmar el dolor.

Danelle exprimió la tela y me la pasó.

—¿Qué…, dónde?

—En un momento llegaremos a eso, te lo prometo. ¿Puedes pasarte unas pastillas?

Comenzó a llorar.

—¡Por favor, no me droguen! Seré buena, lo prometo, ¡ya no me resistiré!

—Son aspirinas nada más. Te lo juro. Es solo para ayudarte un poco con el dolor.

Me dejó incorporarla lo suficiente como para poner las pastillas en su boca y que ella tomara un poco de agua.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Maya. Me trajeron las mismas personas que te secuestraron, pero no voy a permitir que te vuelvan a hacer daño. No podrán tocarte.

—Quiero irme a casa.

—Lo sé —susurré, acomodando la tela sobre sus ojos—. Sé que quieres irte. Lo siento mucho.

—Ya no quiero estar ciega. ¡Por favor, déjame ver!

Protegí sus ojos con la mano y quité la tela, observándola parpadear ante la tenue luz. Sus ojos eran de diferentes colores, uno azul y uno gris, y el azul tenía dos pecas en el iris. Acomodé la mano para que pudiera ver mi rostro sin que recibiera la luz directa del techo.

—¿Así está mejor?

—Me duele —susurró. Las lágrimas cayeron del rabillo de su ojo hacia su cabello.

—Lo sé, corazón. Lo sé.

Rodó y presionó su rostro sobre mi regazo, mientras sus brazos delgados se abrazaban a mis caderas.

—¡Quiero a mi mamá!

—Lo sé, corazón. —La rodeé con mi cuerpo, mi cabello se regó sobre ella como si fuera una especie de escudo y la apreté con tanta fuerza como pude sin causarle dolor—. Lo siento.

Jillie, la hija de Sophia, ya tendría once años; esa niña parecía más o menos de esa edad, quizás tenía un año más. Pero pensar en Jillie dolía. Esa niña se veía muy joven y frágil, tan rota. No quería pensar en la valiente Jillie de esa manera.

Lloró hasta quedarse dormida y, cuando despertó de nuevo unas horas después, Bliss trajo fruta para todas.

—Lorraine no preparó el desayuno —nos susurró a Danelle y a mí—. Estuvo toda la noche sentada en la cocina, contemplando la pared, de acuerdo con Zulema y Willa.

Asentí y tomé uno de los plátanos, sentándome junto a la niña.

—Toma, debes de tener hambre.

—La verdad, no —respondió, con tristeza.

—En parte es el *shock*, pero, de todos modos, intenta comer. El potasio le ayudará a tus músculos, los ayudará a no estar tan tensos y adoloridos.

Suspiró, temblando, pero tomó el plátano y lo mordió.

—Ella es Bliss —dije señalando a mi pequeña amiga—. Y ella es Danelle. ¿Nos puedes decir tu nombre?

—Keely Rudolph —respondió—. Vivo en Sharpsburg, Maryland.

Hace millones de años, Guilian dijo algo sobre Maryland.

—Keely, ¿podrías ser valiente por mí?

Las lágrimas llenaron sus ojos de nuevo, pero, tan hermosa, asintió.

—Keely, este lugar se llama el Jardín. Es de un hombre y sus dos hijos, que son los que nos traen y nos mantienen aquí. Se aseguran de que tengamos comida y ropa, que recibamos lo que necesitamos, pero no nos dejan ir. Siento mucho que te hayan secuestrado y te hayan traído aquí, pero no puedo cambiar eso. No puedo prometerte que volverás a ver tu hogar o a tu familia.

Sollozó y yo pasé mi brazo sobre sus hombros, abrazándola contra mi costado.

—Sé que es duro. No lo digo solo por decirlo, de veras, lo sé. Pero te prometo que yo te voy a cuidar. No dejaré que te hagan daño. Las que estamos atrapadas aquí somos una especie de familia. A veces peleamos y no siempre nos caemos bien, pero somos familia, y en las familias se cuidan unos a otros.

Bliss me ofreció una sonrisa burlona; aunque no sabía mucho sobre mí, era consciente de que no me habían criado así.

Pero sí había tenido un poco de eso en el departamento y había aprendido el resto en el Jardín. Éramos una familia bastante jodida, pero no por eso menos familia.

Keely miró a Danelle y se encogió pegada a mí.

—¿Por qué tiene un tatuaje en la cara? —susurró.

Danelle se hincó frente a la cama, tomando las dos manos de Keely entre las suyas.

—Esta es otra de las cosas para las que tienes que ser valiente —dijo en voz baja—. ¿Quieres escucharlo ahora o prefieres esperar un poco más?

Mordiéndose el labio con indecisión, la niña me miró.

—Tú eliges —le respondí—. Ahora o después, puedes escoger. Si ayuda en algo, te prometo que no te va a pasar a ti.

Con un suspiro profundo y tembloroso, asintió.

—Entonces, ahora.

—Al hombre que nos mantiene aquí le decimos el Jardinero —dijo Danelle con tranquilidad—. Le gusta pensar que somos Mariposas en su Jardín y nos tatúa alas en la espalda, porque eso lo ayuda con su fantasía. Cuando llegué aquí, pensé que si hacía que me quisiera más que a las demás, me dejaría ir y podría irme a casa. Me equivoqué, pero no lo descubrí lo suficientemente rápido, así que me hizo estas alas en la cara para enseñarles a las otras que él creía que yo era feliz con lo que él me hacía.

Keely me volvió a mirar.

—¿Tú también tienes alas?

—En mi espalda, sí.

Sus ojos pasaron a Bliss, quien también asintió.

—Pero ¿no dejarás que me haga eso a mí?

—No dejaré que te toque para nada.

Al inicio de la tarde la llevamos al Jardín, con Bliss al frente para avisar a las demás. Por lo general, la mayoría no se acercaba a la chica nueva hasta que estaba adaptada. Keely era distinta. Solas o en parejas, de la forma menos amenazadora posible, todas las chicas, excepto Sirvat, fueron a saludarla, a presentarse y, quizá lo más importante, a prometerle que ayudarían a protegerla. A mí me parecía bien que Sirvat no estuviera presente.

Marenka se arrodilló y dejó que Keely recorriera los blancos, cafés y negros de las alas de su cara para que ya no les tuviera miedo.

—Voy a mover mis cosas para que estés junto a Maya —le dijo—. Así, si te da miedo o no quieres estar sola, no tendrás que preocuparte por perderte. Estarás junto a ella.

—G-gracias —logró decir la pequeña.

Lorraine se animó lo suficiente como para prepararnos un almuerzo frío, aunque estuvo llorando todo el tiempo. Quería creer que finalmente se había dado cuenta de lo que era el Jardinero, que estaba horrorizada por que una niña tan pequeña hubiera sido secuestrada, que le preocupaba la manera en que había estado maravillada y celosa de unas chicas muertas. En verdad quería creer que tenía esa mínima bondad. Pero no lo creía. No sabía por qué estaba tan consternada o triste, pero no creía que

fuera por la situación de nadie más que la suya propia. Quizá comprar la peluca —o, más bien, que Bliss no se metiera en problemas por el ataque— había hecho que por fin se diera cuenta de que el Jardinero no la iba a volver a amar nunca.

Llevamos nuestros almuerzos al peñasco, donde el sol era cálido y el espacio que nos rodeaba abierto. Keely aún no tenía mucho apetito, pero comió por hacernos el favor. Luego vio a Desmond caminando por el sendero y se pegó a mí. Bliss y Danelle también se acercaron, protegiéndola por todas partes.

Desmond no era una amenaza, pero era un hombre. Comprendí su impulso.

Se detuvo a una distancia prudente, se arrodilló sobre la roca y abrió los brazos de par en par.

—No te voy a hacer daño —susurró—. No te voy a tocar, ni siquiera me acercaré más.

Negué con la cabeza.

—¿Qué haces aquí?

—Quiero preguntarle su nombre y de dónde vino, para poder hacer lo correcto.

Comencé a bajarme de la piedra, pero Keely apretó mi cintura con sus brazos.

—Está bien —susurré abrazándola—. Solo voy a hablar con él. Puedes quedarte aquí con Bliss y Danelle.

—¿Y si te hace daño? —lloriqueó.

—No lo hará. Él no lo hace. Volveré. Me verás todo el tiempo.

Me soltó lentamente y abrazó a Danelle. Bliss era suave y voluptuosa, pero no era abrazable.

Pasé junto a Desmond al ir hasta la orilla del risco y, tras un momento, él me siguió. Se quedó más o menos a medio metro, metiendo sus manos en los bolsillos.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo correcto —respondió—. Llamaré a la policía, pero necesito saber su nombre. Debe de haber una alerta AMBER buscándola.

—¿Por qué ahora? Hace seis meses que sabes del Jardín.

—¿Cuántos años tiene?

Miré hacia la niña por encima de mi hombro.

—Ella y sus amigas estaban en el centro comercial celebrando su décimosegundo cumpleaños.

Maldijo y se miró los pies; las puntas de sus zapatos sobresalían un poco del borde de la piedra.

—He intentado, con todas mis fuerzas, convencerme de que mi padre dice la verdad, de que aunque no estén aquí por elección propia, al menos vienen de un lugar del que las rescató.

Y aun así, frente a esa niña de doce años, seguía engañándose.

—De las calles, quizá, o de familias malas —continuó—. Algo que haga que esto sea al menos un poco mejor, pero no puedo… Sé que fue Avery quien la trajo, no mi padre, pero esto tiene que parar. Tienes razón: soy un cobarde. Y soy egoísta, porque

no quiero lastimar a mi familia y no quiero ir a la cárcel, pero esa niña… —Se detuvo, jadeando por la fuerza de sus palabras y la emoción que destilaban—. Me la pasaba diciéndome que tenía que aprender a ser más valiente, y por Dios, ¡qué estupidez! No aprendes a ser valiente. Simplemente debes hacer lo correcto, aunque te asuste. Así que voy a llamar a la policía y a darles todos los nombres que conozcas, y les contaré sobre el Jardín.

—¿De verdad vas a llamar? —pregunté.

Me lanzó una mirada de enojo.

—Sí, estoy preguntando porque no puedo ir a decirle a esa niña que la ayuda ya viene en camino si vas a echarte para atrás o vas a volver a meter la cabeza en la arena. ¿En verdad lo vas a hacer?

Respiró profundamente.

—Sí, en verdad lo voy a hacer.

Me estiré y toqué su mejilla con suavidad para llevar sus ojos hacia los míos.

—Se llama Keely Rudolph y vive en Sharpsburg.

—Gracias.

Se dio la vuelta para irse, luego se detuvo, regresó y me jaló para darme un beso intenso.

A continuación se fue sin decir nada más.

Volví a la roca.

—Tenemos que quedarnos en los cuartos por el resto del día —les dije a las chicas—. Adelántense, yo voy a avisar a las demás.

—¿En verdad crees que lo va a hacer? —preguntó Bliss.

—Creo que al fin lo va a intentar, y que Dios lo ayude si no funciona. Vayan, rápido.

Fue como el juego de escondidas más grande de la historia, encontrar a cada chica y decirle que se quedara en una habitación. No me importaba que estuvieran en su propio cuarto, solo que estuvieran fuera del terreno del Jardín, porque en cuanto el Jardinero se enterara de la llamada, las paredes iban a bajar, y no quería ni pensar en lo que le pasaría a cualquier chica que encontrara afuera. Susurré cada palabra, porque no sabía qué tan potentes eran los micrófonos ni sabía si el Jardinero ya había escuchado los planes de su hijo.

Encontré a Eleni e Isra en la cueva, a Tereza en la sala de música, a Marenka en la habitación que ya no sería suya, con Ravenna y Nazira ayudándola a empacar todos sus bordados. Willa y Zulema estaban en la cocina, observando llorar a Lorraine con la fuerza suficiente para que su peluca se desacomodara. Pia estaba en el estanque, estudiando los sensores del nivel del agua. Una por una las encontré y les di la noticia, y todas se fueron aprisa.

Sirvat fue la última a la que encontré, con la cara pegada al exhibidor de Zara. Los intrincados diseños blancos, negros y naranja-amarillo de las alas de una Mariposa Crescente Tharos llenaban su espalda, y ella estaba inmóvil, con los ojos

cerrados.

—Sirvat, ¿qué diablos estás haciendo?

Abrió un ojo para mirarme.

—Intentando imaginar cómo es estar ahí dentro.

—Considerando que está muerta, no creo que pueda ayudarte con eso. Ella tampoco lo sabe.

—¿Puedes olerlo?

—¿La madreselva?

Negó con la cabeza y se alejó del cristal.

—El formaldehído. Mi maestra de Biología lo usaba para conservar especímenes y diseccionarlos. Debe de haber un montón en ese cuarto, porque aquí el olor es muy fuerte.

—Es donde nos prepara para los exhibidores —suspiré—. Sirvat, tenemos que quedarnos en los cuartos. Esto está por explotar.

—¿Por Keely?

—Y Desmond.

Tocó la puerta cerrada, protegida por las contraseñas.

—Teníamos que ser muy cuidadosos con el formaldehído. Aun si se diluye en alcohol, no siempre es estable.

Nunca me sentí mal por no ser más cercana a Sirvat. Era rarísima.

Pero dejó que la empujara por el pasillo y la aventara a su cuarto. Corrí de regreso al risco y trepé uno de los árboles para intentar comprobar si pasaba algo, pero ni siquiera alcanzaba a ver la casa, mucho menos el frente de la propiedad. El Jardinero tenía mucho dinero y mucho espacio, una pésima combinación cuando involucra tendencias psicopáticas.

Las luces parpadearon intensamente, y me lancé por el borde del peñasco, raspándome y golpeándome mientras descendía por las duras piedras y cruzaba por la cascada para llegar a mi cuarto antes de que las paredes bajaran.

Bliss me pasó una toalla.

—Se me ocurre, media hora tarde, que quizá hubiéramos estado mejor todas juntas en algún lugar del Jardín. Si Desmond le dice a la policía que estamos en el invernadero interior, insistirán en revisarlo, ¿verdad? Si estuviéramos ahí afuera, nos verían.

—Lo creas o no, yo sí lo pensé. —Me quité el vestido empapado y saqué el que me habían dado cuando llegó Desmond, el que me cubría la espalda. No era el favorito del Jardinero, porque tapaba mis alas, pero en ese momento no me importaba. Quería correr, luchar, hacer casi cualquier cosa, menos quedarme en ese pequeño cuarto y esperar—. Si puede convencer a la policía de que dejen de investigar o si logra hacer que Desmond no hable, ¿qué crees que le hará a cualquiera que haya desobedecido el aviso de ir a las habitaciones?

—Carajo.

—Bliss…, tengo miedo —susurré, y me tiré junto a la cama para agarrar la mano de Keely. Ella la tomó y se acurrucó junto a mí, buscando consuelo—. Odio no poder escuchar nada.

Marenka y yo habíamos experimentado una vez gritando con todas nuestras fuerzas durante la sesión de mantenimiento. Nuestros cuartos eran contiguos y no pudimos escuchar nada. Hasta las ventilas se cerraban cuando las paredes bajaban.

Pasaron horas antes de que las paredes subieran. Al principio nos quedamos en los cuartos, demasiado asustadas como para movernos, por mucho que odiáramos quedarnos quietas. Luego no pudimos soportarlo más y salimos al Jardín para ver cómo había cambiado nuestro mundo.

Quizás al fin había cambiado para bien.

—¿Y sí? —pregunta Eddison, porque no parece que la chica vaya a continuar.

—No.

3

Inara frota sus pulgares sobre el dragoncito triste y una costra se le arranca al atorarse en la rugosidad de la ceja.

Victor intercambia una mirada con su compañero.

—Toma el abrigo —dice, alejándose de la mesa.

—¿Qué?

—Vamos a ir a dar un paseo.

—¿Vamos a qué? —masculla Eddison.

La chica no hace ninguna pregunta, simplemente toma su chamarra y se la pone. Se queda con el pequeño dragón azul en una de sus manos.

Victor los conduce hacia el garaje y abre la puerta del copiloto para la chica. Ella observa el auto un momento, con la boca torcida en una expresión que en realidad no podría considerarse una sonrisa.

—¿Pasa algo malo?

—Salvo cuando me trajeron al hospital y luego aquí, e imagino que cuando fui de Nueva York al Jardín, no me subo a un coche desde que tomé el taxi que me llevó a la casa de mi abuela.

—Entonces comprenderás que no te ofrezca que tú manejes.

Tuerce los labios ligeramente. La risa fácil y la atmósfera cómoda que habían logrado en la sala se ha ido, desapareció frente a lo que estaban buscando todo ese tiempo.

—¿Hay alguna razón por la que yo tenga que ir detrás? —protesta Eddison.

—¿Te gustaría que inventara una?

—De acuerdo, pero yo elijo la música.

—No.

La chica arquea una ceja y Victor hace un gesto de desagrado.

—Le gusta el *country*.

—Por favor, no deje que él elija la música —dice la chica, con gusto, mientras se mete al asiento delantero.

Con una sonrisa, Victor espera a que sus piernas estén acomodadas antes de cerrar la puerta.

—¿A dónde vamos a ir en esta pequeña excursión? —pregunta Eddison mientras él y Victor cruzan al otro lado del auto.

—La primera parada será por café, después vamos al hospital.

—¿Para que pueda ver a las chicas?

—También.

Poniendo los ojos en blanco, Eddison lo deja ir y se acomoda en el asiento trasero.

Cuando llegan al hospital con cafés en mano —té para Inara—, todo el edificio está rodeado por camionetas de noticieros y mirones. La parte de Victor que hace este trabajo desde hace mucho tiempo se pregunta si cada padre que ha perdido a una hija de entre dieciséis y dieciocho años está ahí con una vela y una fotografía desgastada, esperando lo mejor, o quizá esperando lo peor, con tal de que la pesadilla de no saber nada finalmente termine. Algunos miran sus celulares, esperando una llamada que, para muchos, no llegará nunca.

—¿Los cuartos de las chicas están protegidos? —pregunta Inara, desviando el rostro de la ventana del copiloto y dejando que su cabello caiga hacia el frente para ocultarla más.

—Sí, hay guardias en las puertas.

Victor mira con los ojos entrecerrados hacia la entrada de emergencia para ver si puede meterla por ahí, pero hay cuatro ambulancias en la bahía y demasiada actividad a su alrededor.

—Puedo pasar junto algunos reporteros si es necesario. No pueden esperar que hable de esto.

—¿Alguna vez viste las noticias en la ciudad?

—A veces las veíamos en el restaurante de Taki, cuando íbamos por comida —responde encogiéndose de hombros—. No teníamos televisión, y la mayoría de la gente con la que nos juntábamos solo tenía las suyas conectadas a consolas de videojuegos o reproductores de DVD. ¿Por qué?

—Porque sí esperan que hables, aunque saben que no lo tienes permitido. Te echarán los micrófonos en la cara, te harán preguntas personales sin ninguna sensibilidad y compartirán tus respuestas con cualquiera que quiera escucharlas.

—Así que… ¿son como el FBI?

—Primero Hitler, ahora reporteros —dice Eddison—. Me encanta que tengas una opinión tan buena de nosotros.

—Claramente no sé lo suficiente sobre los reporteros como para pensar que son malos, así que no creo que sea una comparación tan terrible.

—Si no te importa abrirte paso entre ellos, podemos entrar —dice Victor antes de que alguno de los dos pueda agregar algo más. Estaciona el coche y lo rodea para abrir la puerta de Inara—. Van a gritar —le advierte—. Serán ruidosos y directos, y habrá cámaras lanzando sus *flashes* por todas partes. Habrá padres haciendo preguntas sobre sus hijas, queriendo saber si las has visto. Y habrá gente insultándote.

—¿Insultándome?

—Siempre hay gente que piensa que las víctimas se lo merecían —explica—. Son idiotas, pero, por lo general, lo expresan abiertamente. Claro que no te lo mereces; nadie se merece que lo secuestren o lo violen o lo asesinen, pero lo dirán de cualquier modo, porque lo creen o porque quieren unos segundos de atención, y dado que

protegemos la libertad de expresión, no podemos hacer nada al respecto.

—Supongo que me acostumbré tanto a los horrores del Jardín que se me olvidó lo terrible que puede ser el Exterior.

Victor daría cualquier cosa por decirle que eso no es verdad.

Pero lo es, así que se queda en silencio.

Salen del garaje hacia la entrada principal con los agentes escoltando a la chica de manera protectora, y las luces y los sonidos alcanzan un tono febril. La chica los ignora con una seria dignidad, mirando de frente, negándose a escuchar siquiera las preguntas, mucho menos a responderlas. Hay barricadas que mantienen a todos lejos del camino que lleva al hospital, y policías locales que contienen a la multitud. Casi están en la puerta cuando una mujer con iniciativa cruza la barricada arrastrándose y pasa entre las piernas de un policía extendiendo el cable de su micrófono detrás de ella.

—¿Cómo te llamas? ¿Eres una de las víctimas? —pregunta sacudiendo el micrófono frente a la chica.

La chica no responde, ni siquiera la mira; y Victor le hace señales al policía de que retire a la mujer de ahí.

—Ante una tragedia como esta, ¡le debes al público la historia completa!

Sigue acariciando el pequeño dragón azul con el pulgar, pero se voltea para mirar a la reportera, quien lucha contra los policías cuando la sujetan por los brazos.

—Creo que si supiera algo sobre el caso que dice que está reportando —responde con tranquilidad— no estaría sugiriendo que le debo algo *a alguien*.

Asiente, mirando a los policías, y sigue avanzando hacia las puertas automáticas. Los gritos la siguen, los que están más cerca de la puerta le preguntan sobre chicas desaparecidas, pero todo se convierte en un rugido lejano cuando entran y las puertas se cierran.

Eddison le sonríe.

—Esperaba que la mandaras a comer mierda.

—Lo pensé —admite—. Luego recordé que tal vez a ustedes dos también los estarían grabando, y no quiero que la madre de Hanoverian se tenga que lavar los oídos después de escuchar un lenguaje tan sucio.

—Sí, sí, vamos, niños.

Para ser un hospital, hay mucha presencia policial, incluso en el *lobby* principal. FBI, policía local, representantes de otros departamentos policiales, protección al menor, todos hablan en su teléfono o dan clics en computadoras o *tablets*. Los que no están sumergidos en la tecnología están lidiando con algo mucho más difícil: las familias.

Mientras Eddison tira los vasos vacíos en el bote junto a la puerta, Victor le hace una seña a la tercera integrante de su equipo, que está sentada junto a una pareja de treinta y tantos. Ramírez asiente, pero no quita su brazo de los hombros de la exhausta mujer que está junto a ella.

—Inara, ella es…

—La agente Ramírez —lo interrumpe Inara—. Nos conocimos antes de que me llevaran. Prometió que haría que los doctores no fueran unos imbéciles.

Victor hace un gesto.

Ramírez sonríe.

—*Controladores* —la corrige—. Te prometí que *intentaría* que no fueran tan *controladores*. Aunque me parece que en ese momento eras Maya.

—Lo era. Lo soy. —Niega con la cabeza—. Es complicado.

—Ellos son los padres de Keely —dice Ramírez, señalando a la pareja.

—Está preguntando por ti —dice el padre de Keely. Está pálido y tiene los ojos rojos, pero le ofrece su mano a modo de saludo. Ella extiende sus manos quemadas y heridas en un gesto silencioso de disculpa—. Entiendo que ayudaste a protegerla cuando estuvo ahí.

—Lo intenté —responde evasivamente—. No es que tuviera suerte al estar ahí, pero es una suerte que no pasara mucho tiempo en ese lugar.

—Íbamos a hacer que la trasladaran a una habitación privada —agrega la esposa, sollozando. Lleva una mochila de Hello Kitty y un montón de pañuelos—. Es tan joven, y las preguntas que le están haciendo los doctores son tan personales. —Se pierde en sus pañuelos y su esposo continúa.

—Entró en pánico, dijo que si no podía estar contigo, quería quedarse con…, con…

—¿Danelle y Bliss?

—Sí. Yo no…, no entiendo por qué…

—Esto es demasiado para asimilarlo de golpe —les dice Inara con amabilidad—. Es aterrador. Keely no estuvo ahí mucho tiempo, pero durante esos días no estuvo sola. Las tres estuvimos con ella día y noche, y muchas veces también las otras chicas. Es reconfortante estar con personas que saben exactamente por lo que pasaste. Va a mejorar. —Baja la vista hacia el dragón que tiene en sus manos—. No es que no esté encantada de verlos, sí lo está. Los extrañó terriblemente. Pero estar sola en un cuarto en este momento es… algo que probablemente la hará entrar en pánico. Solo ténganle paciencia.

—¿Qué le hicieron a nuestra niñita?

—Ella se los contará cuando pueda. Solo ténganle paciencia —repite—. Y lo siento, sé que deben tener un millón de preguntas y preocupaciones, pero en verdad tengo que ir a ver a las otras, incluida Keely.

—Claro, claro que sí. —El padre de Keely se aclara la garganta varias veces—. Gracias por ayudarla.

Su esposa se levanta y abraza a la sorprendida chica, que le lanza una mirada desconcertada al sonriente Victor. Cuando él no hace nada por ayudarla, ella hace una mueca y con cuidado se aleja de los brazos de la mujer.

—¿Cuántos padres más han venido? —masculla mientras caminan.

—Los de cerca de la mitad de las sobrevivientes, y unos cuantos más están en camino —responde Ramírez, trotando para alcanzarlos en los elevadores—. No han notificado a ninguno de los padres de las chicas muertas; quieren estar completamente seguros de que son ellas.

—Eso estaría bien, sí.

—¡Agente Ramírez! —grita una voz estridente, seguida de los golpeteos apresurados de unos tacones sobre las baldosas.

Victor protesta. Estuvieron tan cerca de pasar desapercibidos.

Pero se da la vuelta junto con sus compañeros para enfrentar a la mujer que se aproxima. Inara solo sigue observando la pantalla que está sobre el elevador, viendo cómo descienden los números.

La senadora Kingsley es una mujer elegante de unos cincuenta años, con el cabello negro acomodado alrededor de su cara para darle un toque de suavidad que su expresión severa contrarresta. Aún se ve fresca pese a haber estado en el hospital desde la noche anterior. Su elegante traje rojo contrasta con su piel oscura, y la pequeña bandera estadounidense prendida de su solapa casi se pierde en el color.

—Así que es ella, ¿verdad? —pregunta, deteniéndose frente a los agentes—. ¿Esta es la jovencita a la que han estado escondiendo?

—La hemos estado entrevistando, senadora, no escondiendo —responde Victor, con amabilidad. Se estira para tomar el hombro de Inara con suavidad, aunque con firmeza, haciendo que voltee.

Inara recorre brevemente con la mirada a la mujer. Logra poner una sonrisa tan obviamente falsa que provoca un gesto de desagrado en Victor.

—Usted debe ser la madre de Ravenna.

—Su nombre —señala la senadora con tensión— es Patrice.

—Lo era —acepta Inara—. Y volverá a serlo. Pero en este momento sigue siendo Ravenna. El Exterior aún no es real.

—¿Y qué diablos quiere decir eso?

La sonrisa desaparece. Inara acaricia al dragón triste con los pulgares. Tras un momento, se yergue y mira a la mujer a los ojos.

—Significa que usted aún es demasiado real para ella. Los últimos dos días han sido demasiado. Pasamos tanto tiempo viviendo en la terrible fantasía de alguien más que ya no sabemos cómo ser reales. Ese momento llegará con el tiempo, pero su realidad es muy… —Mira al montón de asistentes y miembros de su *staff* que la siguen a una distancia respetuosa—. Muy pública —dice por fin—. Si pudiera deshacerse de su séquito, quizá sería más fácil para ella.

—Solo intentamos llegar al fondo de esto.

—¿Ese no es el trabajo del FBI?

La senadora la mira fijamente.

—Es mi hija. No voy a quedarme aquí, simplemente esperando…

—¿Como cualquier otro padre?

Victor hace una mueca de nuevo.

—Usted representa a la ley, senadora. A veces eso significa hacerse a un lado para dejar que esta trabaje.

Eddison se gira y vuelve a presionar el botón para llamar el elevador. Victor puede ver que sus hombros tiemblan.

Pero Inara no ha terminado.

—A veces hay que ser madre o senadora, no ambas. Creo que a ella le gustaría ver a su madre, pero con todo lo que ha pasado, con los ajustes que tendrá que hacer, no creo que pueda enfrentar a la senadora. Ahora, si nos disculpa, tenemos que ir a ver a Ravenna y a las demás.

El elevador repiquetea y la chica entra en cuanto se abren las puertas. Ramírez y Eddison la siguen.

Victor les hace una seña para que se vayan. La senadora puede haberse quedado sin palabras por un momento, pero eso no suele durar mucho tiempo.

Y no lo hace.

—Se me ha informado que esa mujer, Lorraine, fue cómplice en lo que se le hizo a mi hija. Le prometo, agente, que si encuentro la más ligera pista de que esa chica es parte de esto, usaré todo el peso…

—Senadora. Permítanos hacer nuestro trabajo. Si quiere saber qué le pasó a su hija, si quiere conocer la verdad, tiene que dejarnos hacer nuestro trabajo. —Se estira para tocar el codo de la mujer—. Yo tengo una hija apenas un poco menor que Patrice. Le juro que esto no es algo que me tome a la ligera. Son jovencitas increíblemente fuertes que han vivido un infierno, y las honraré haciendo mi mejor esfuerzo, pero usted tiene que hacerse a un lado.

—¿Usted podría hacerse a un lado? —pregunta con tono sagaz.

—Espero no tener que averiguarlo nunca.

—Que Dios lo ayude si esto le sale mal, agente.

Victor la observa alejarse, luego, presiona el botón para subir. Mientras espera el elevador, puede ver que la mujer se reúne con su séquito, dando órdenes y haciendo preguntas que los miembros más jóvenes de su *staff* se desviven por satisfacer. Los mayores están más tranquilos, menos abrumados.

Sube hasta el cuarto piso, donde lo recibe un silencio sorprendente, tan diferente del *lobby* agitado y repleto de gente. Los otros lo están esperando. Un grupo de doctores y enfermeras habla en la estación de enfermería, pero la presencia de los guardias armados en las puertas mantiene el volumen bajo.

Una de las enfermeras le hace una seña a Ramírez.

—¿Necesita hablar con las chicas de nuevo?

—Tenemos a alguien que necesita verlas. —Señala a la chica, y la enfermera sigue su gesto con una sonrisa amable.

—Ah, sí, te recuerdo. ¿Cómo van tus manos?

La chica las extiende para que la enfermera pueda examinarlas.

—Las puntadas están limpias y no hay inflamación —murmura—. Eso es bueno. ¿Te has estado arrancando las costras de las heridas más pequeñas?

—Un poco.

—Pues ya no lo hagas si quieres que sanen. Vamos a ponerte unas gasas solo por si acaso.

En unos minutos sus manos vuelven a estar cuidadosamente envueltas en gasa, pegada con cinta sobre sus dedos, lo que aún le permite algo de movilidad. Aprovechando que está en su estación, la enfermera hace una rápida revisión de las heridas más pequeñas en su costado y su brazo.

—Se ven bien, linda —concluye la mujer, con una mano sobre el hombro de la chica—. Agente, ya puede llevársela.

La chica le ofrece un saludo militar, haciendo que la enfermera la despida con una sonrisa.

Al llegar a la primera puerta, Inara respira despacio y saca el pequeño dragón azul para reconfortarse.

—No puedo imaginar cuál será la dinámica —confiesa.

Victor le da unas palmadas en la espalda.

—Ve y descúbrelo.

El policía local que está haciendo guardia se mueve con incomodidad.

—Todas están a dos puertas de aquí.

—¿Todas? —pregunta Eddison con aspereza.

—Ellas insistieron.

—¿Con «ellas» te refieres a las jovencitas traumatizadas?

—Sí, señor. —Se quita el sombrero para rascarse el lacio cabello rubio—. Una de ellas me enseñó algunas frases que no había escuchado ni siquiera en decomisos de drogas.

—Probablemente Bliss —murmura la chica. En vez de discutir con el hombre, simplemente avanza otras dos puertas, seguida por el trío de agentes, que van un poco retrasados, y con un movimiento de cabeza saluda al policía que está en ese puesto.

—¿Puedo pasar?

Él mira a los agentes, que asienten.

—Sí, señorita.

Aunque las palabras y las voces individuales son indistinguibles, se escucha el sonido de una conversación a través de la pared. Se acalla en cuanto la puerta se abre, luego vuelve con más fuerza cuando las habitantes del cuarto ven a la chica.

—¡Maya! —Un borrón blanco y negro con el trasero desnudo cruza el cuarto y se lanza a los brazos de la chica—. ¿Dónde carajos estabas?

—Hola, Bliss.

Dando unos golpecitos en los rizos despeinados de la pequeña chica, observa la habitación. De algún modo, el cuarto con capacidad para dos camas ahora tiene cuatro. Todas las que pueden caminar están apiñadas alrededor de las camas de las

más lastimadas, se toman de las manos o están sentadas con los brazos alrededor de hombros o cinturas. Algunos de los padres más valientes están sentados en sillas junto a las camas, pero la mayoría está aplastada contra la pared más lejana, hablando entre ellos mientras siguen vigilando a sus hijas.

Victor se recarga contra la pared, con una sonrisa, observando una sombra diminuta que sale de entre las camas para abrirse paso entre las dos jóvenes. Es un gusto ver la sonrisa amable de Inara, la fuerza con la que abraza a la niña.

—Hola, Keely. Conocí a tus padres.

—Creo que los lastimé —susurra Keely, pero la chica niega con la cabeza.

—Solo están asustados. Sé paciente con ellos y sé paciente contigo misma.

Victor y sus compañeros se quedan ahí durante casi una hora, cerca de la puerta, observando a las jovencitas reírse, bromear e insultarse unas a otras, y consolarse en los ocasionales colapsos emocionales y el llanto. Pese a su obvio disgusto, la chica permite que la presenten a los padres. Los escucha con paciencia mientras le cuentan sobre las búsquedas de sus hijas, cómo nunca abandonaron la esperanza, y la única señal de su cinismo es la ceja levantada, que hace que Danelle suelte una risita lo suficientemente fuerte para activar su monitor cardiaco.

Victor puede identificar a Ravenna —parece una versión más joven de su madre — y observa con atención su breve conversación, deseando poder escuchar algo. La hija de la senadora tiene casi toda una pierna envuelta en vendas. Recuerda que Ravenna es la bailarina. Mientras Inara toca los vendajes con cuidado, Victor se pregunta cómo la afectará eso.

Puede nombrar a algunas Mariposas por las historias. Con las otras, tiene que escuchar los nombres que se dicen e intentar conectarlos con sus dueñas. A excepción de Keely, que nunca recibió un nuevo nombre, ninguna de ellas usa el verdadero. Siguen siendo los nombres del Jardín los que están en sus labios y en sus mentes, y el agente puede ver que los padres hacen un gesto de dolor cada vez que los escuchan. Inara dijo que a veces era más fácil olvidar; por primera vez se pregunta si alguna de ellas lo hizo. O quizá la chica tiene razón y aún no están listas para que esto sea real.

Es tentador quedarse ahí más tiempo, disfrutando el panorama para alejar algunos de los horrores de los días pasados, pero Victor no puede relajarse por completo. Hay más cosas que ver, y más cosas que ella tiene que contarles.

Más cosas que necesitan saber.

Levanta la muñeca para revisar su reloj y los ojos de Inara se posan en él de inmediato, con una pregunta que no necesita pronunciarse. Él asiente y ella suspira, cerrando los ojos por un momento para prepararse; luego comienza el proceso de asegurarles a todas que volverá. Casi está en la puerta cuando Bliss la toma de la mano.

—¿Qué tanto les has contado? —pregunta de golpe.

—La mayor parte de lo que importa.

—¿Y ellos qué te han dicho?

—Avery está muerto. El Jardinero probablemente sobrevivirá e irá a juicio.

—Entonces tendremos que hablar todas.

—Llegó el momento, y velo así: quizá será más fácil contarle al FBI que a tus padres.

Bliss hace un gesto de pesar.

—Sus padres vienen en camino —le susurra Ramírez a Victor—, en un vuelo trasatlántico desde el nuevo puesto como docente de su padre en París. Es difícil saber si se habían rendido en la búsqueda o si simplemente tuvo que ver con lo que era mejor para los hijos que aún les quedaban.

Por su expresión, es claro que Bliss no se inclina a darles el beneficio de la duda.

Tras un último abrazo para Keely, Inara sale del cuarto con Victor y Eddison, Ramírez se queda atrás para hablar con los padres. Pasan una fila de habitaciones vacías con guardias en las puertas, todos los cuartos en los que deberían estar las chicas, pero no estaban; luego, un conjunto de habitaciones vacías que forman una barrera entre las chicas y los cuartos que están al otro extremo del pasillo, los cuales tienen sus propios guardias.

Cuando se detienen, Eddison echa un vistazo por la pequeña ventana de la puerta y le lanza una mirada inquisitiva a su compañero. Victor simplemente asiente.

—Yo esperaré aquí afuera —dice el más joven.

Victor abre la puerta, escolta a la chica al interior y la cierra detrás de ellos con cuidado.

En la cama hay un hombre que está conectado a una increíble cantidad de máquinas, y todas suenan con distintos tonos y ritmos. Una cánula nasal lleva oxígeno a su sistema, pero hay un kit de intubación cerca ante la posibilidad muy real de que lo necesite. Las vendas ocultan mucho de lo que la sábana no cubre: gasas, brillantes ungüentos y materiales sintéticos que extraen el calor de las quemaduras para prevenir la infección. Las quemaduras se extienden hasta un lado de su cráneo, que se ha convertido en un horror de piel llagada, burbujeante y descolorida.

La chica lo observa con los ojos muy abiertos y los pies plantados a menos de medio metro de la entrada del cuarto.

—Se llama Geoffrey MacIntosh —le dice Victor suavemente—. Ya no es el Jardinero. Tiene un nombre y un montón de heridas que lo han dejado desfigurado, y ya no es el dios del Jardín. Nunca volverá a serlo. Su nombre es Geoffrey MacIntosh y será llevado a juicio por todo lo que ha hecho. Este hombre no puede volver a lastimarte.

—¿Qué pasó con Eleanor? Su esposa —susurra la chica.

—Está en el cuarto de al lado para que puedan monitorear su corazón, sufrió un colapso en la casa. Hasta donde sabemos, no tenía conocimiento de nada de esto.

—¿Y Lorraine?

—A unas puertas de aquí. Está siendo interrogada para determinar en qué medida se le pueden levantar cargos por su participación. Se le hará una serie de evaluaciones

psicológicas antes de que eso se decida.

Puede ver que un nombre se forma en los labios de la chica, pero ella no pregunta. Se deja caer en una de las sillas que están junto a la pared, inclinándose hacia adelante sobre sus rodillas para observar al hombre que está inconsciente en la cama de hospital.

—Ninguna de nosotras lo había visto nunca tan enojado —dice con voz muy baja —. Ni siquiera por todo el daño que causó Avery. Estaba furioso.

El agente le ofrece su mano e intenta esconder su sorpresa cuando ella la toma y la gasa roza su piel.

—Ninguna de nosotras lo había visto así jamás.

Los tres estaban en el extremo más lejano del Jardín, cerca de la puerta, y era claro que el Jardinero había enloquecido. Le estaba gritando a Desmond, y Avery tenía un gesto más petulante que nunca. Supongo que llegó a la conclusión de que su padre ya no estaba tan molesto por lo de Keely.

En vez de acercarme, revisé lo que alcanzaba a ver del Jardín. Había habido gente ahí, eso estaba claro. Se podían ver huellas de botas en la arena y algunas plantas estaban aplastadas. Alguien incluso había dejado una envoltura de chicle en la orilla del arroyo. ¿Los agentes habían perdido el interés? ¿El Jardinero les había dado una explicación que parecía tener sentido?

—Las dimensiones —susurró Bliss—. Si bajó todas las paredes, puede que no se dieran cuenta de que hay pasillos. Hay rieles a ambos lados de la puerta principal.

Así que quizá sí buscaron, solo que no pudieron encontrarnos.

Desmond sí había hecho la llamada.

Me dolió el corazón porque quería estar orgullosa de él, pero la verdad solo podía pensar en que ya era tiempo, carajo. Saber que estábamos secuestradas, que nos violaban, que nos mataban y nos exhibían no había sido suficiente, pero al menos la niña de doce años golpeada y violada finalmente lo fue.

—¡Esto está mal! —gritó cuando su padre al fin se detuvo—. ¡Secuestrarlas está mal, tenerlas aquí está mal y matarlas está mal!

—¡Eso no lo decides tú!

—¡Sí lo decido! ¡Porque va contra la ley!

Su padre lo abofeteó con tanta fuerza que Desmond se tambaleó y se fue de espaldas.

—Esta es mi casa y este mi jardín. Aquí yo soy la ley, y tú actuaste contra ella.

Riéndose como un niñito en Navidad, Avery desapareció y volvió un momento después con un palo de bambú, probablemente el mismo con el que lo habían azotado el día anterior. En serio, un palo. ¿Quién demonios apalea a un hijo adulto? De hecho, ¿quién apalea a sus hijos de cualquier edad? Pero Avery se lo pasó a su padre y detuvo a su hermano menor, arrancándole la ropa hasta que su espalda y parte de su

trasero quedaron al descubierto.

—Esto es por tu propio bien, Desmond —dijo el Jardinero mientras se enrollaba las mangas. Desmond luchó, pero Avery atrapó su cabeza con una llave.

Con el rostro de Keely pegado a mi estómago para que no pudiera ver, nos quedamos ahí y observamos cómo el Jardinero azotaba a su hijo con el palo. Le dejó unas marcas rojas que rápidamente se hincharon hasta convertirse en llagas, y Avery, ese loco infeliz, vitoreaba con cada golpe. Desmond seguía luchando por soltarse, pero no gritó pese a lo mucho que debía dolerle. El Jardinero contó y, tras algunos golpes, lanzó el palo lejos de él.

Las porras de Avery se detuvieron.

—¿Eso es todo? —preguntó furioso—. ¡A mí me diste esos mismos por herrar a la perra!

Presioné mi cadera con una mano y sentí la cicatriz gruesa que dejó ese herraje. ¿Equivalía a veinte golpes con un palo?

—No te metas en esto, Avery.

—¡No! Pudo habernos metido a ambos a la cárcel, incluso con pena de muerte, ¿y lo dejas ir con veinte? —Soltó a su hermano sobre el sendero de arena y se puso de pie—. Casi destruyó todo en lo que has trabajado durante treinta años. Te dio la espalda y negó lo que significa ser tu hijo. ¡Te dio la espalda!

—Avery, ya te dije…

Avery sacó algo de la parte trasera de su cinturón y de pronto ya no importaba lo que su padre le hubiera dicho. Avery era el dueño del lugar.

Eso se logra con una pistola.

—¡Le diste todo! —gritó, apuntando a su hermano con la pistola—. Tu adorado Desmond nunca hizo nada para mantener el Jardín, y estabas tan orgulloso de él. «A las Mariposas les agrada». «Él no las lastima». «Él las entiende mejor». ¿A quién diablos le importa? Yo también soy tu hijo, tu primogénito. Es de mí de quien deberías estar orgulloso.

Su padre levantó las manos, mirando fijamente la pistola.

—Avery, siempre he estado orgulloso de ti…

—No, me tenías miedo. Hasta yo conozco la diferencia, padre.

—Avery, por favor, baja el arma. Aquí no hay lugar para eso.

—Aquí no hay lugar para eso —repitió con una sonrisa burlona—. ¡Eso es lo que siempre dices de todo lo que quiero!

Con un fuerte gemido lleno de dolor, Desmond se tendió de espaldas y se impulsó para incorporarse sobre sus codos.

La pistola se disparó.

Desmond cayó en el sendero con un grito, y la sangre corrió por el pecho de su camisa hecha jirones. Cuando el Jardinero se lanzó hacia adelante con un sollozo, la pistola se disparó de nuevo, y él cayó de rodillas, apretándose el costado.

Lancé a Keely hacia Danelle y las escondí detrás de una piedra.

—Quédense aquí —ordené.

Bliss me tomó de la mano.

—¿Desmond lo vale?

—Tal vez no —reconocí—. Pero hizo la llamada.

Sacudiendo la cabeza con un gesto triste, me soltó, y me alejé corriendo de las chicas. Casi había llegado adonde estaba Desmond, cuando Avery me agarró del cabello y me levantó sobre el suelo.

—Y aquí está la mismísima perra, la reinita del Jardín. —Me golpeó con la pistola con tanta fuerza que mis oídos resonaron, y una parte del arma me abrió la mejilla en el impacto. Soltando la pistola, me pateó para que me hincara y se quitó el cinturón—. Pues ahora yo soy el rey del Jardín, así que más te vale que aprendas a respetarme.

—Si me acercas eso a la boca, te lo arranco de una mordida —rugí, y desde detrás de la piedra, Bliss me vitoreó.

Volvió a golpearme y levantaba la mano para hacerlo una vez más cuando la voz de Nazira lo detuvo.

—¡Escucho sirenas!

Yo no podía escuchar nada más que un timbre constante dentro de mi cabeza, pero otras chicas dijeron que también las escuchaban. No estaba segura si estaban intentando distraerlo o si las sirenas eran reales.

Avery me soltó y corrió por el Jardín para tomar el camino hacia el peñasco y verlo él mismo. Yo me arrastré hasta Desmond, quien intentaba hacer presión en su pecho con una mano. La retiré y lo hice yo; su sangre cálida y pegajosa se derramaba en mi palma.

—Por favor, no te mueras —susurré.

Sin fuerzas apretó mi mano, pero, fuera de eso, no intentó responder.

El Jardinero gimió y se impulsó hasta quedar al otro lado de su hijo.

—¿Desmond? Desmond, ¡contéstame!

Sus ojos verde claro —los ojos de su padre— se abrieron entre parpadeos.

—La única forma de protegerlas de él es dejar que se vayan —jadeó. El sudor perlaba su frente—. Las matará a todas, y les dolerá todo el tiempo.

—Solo mantente despierto, Desmond —suplicó su padre—. Te llevaremos al hospital y arreglaremos esto. Maya, ¡mantén la presión!

No había dejado de hacerlo.

Pero ahora yo también escuchaba las sirenas.

Avery saltó y maldijo sobre el risco; las chicas corrieron para rodearnos, probablemente pensando que el Jardinero y Desmond eran una apuesta más segura que un Avery fuera de control. Hasta Lorraine se apiñaba con nosotras, y nadie intentó hacerla a un lado. Bliss recogió la pistola con manos temblorosas, pero mantuvo los ojos fijos en Avery.

Y las sirenas se escucharon con más fuerza.

—No puedo entender por qué volvieron —susurra la chica aferrándose con todas sus fuerzas a la mano del agente—. No encontraron nada la primera vez, ¿verdad? Si no, el Jardinero no hubiera levantado las paredes.

—Uno de los agentes que se quedó en la estación revisó los nombres que Desmond le dio en la llamada. El de Keely lo reconocieron de inmediato, porque su desaparición era reciente, pero cuando buscó los otros, las alertas del FBI se encendieron. El supervisor nos contactó y nos reunimos con ellos en el lugar. Cassidy Lawrence, por ejemplo. Desapareció hace casi siete años en Connecticut. No había razón para relacionar su nombre con el de Keely, a menos que realmente hubiera una conexión entre ellas.

—Entonces, ¿Lyonette fue parte de la razón por la que al fin nos encontraron? —pregunta con una ligera sonrisa.

—Sí, lo fue.

Se quedan en silencio por unos minutos, observando la respiración del hombre en la cama.

—Inara…

—El resto de la historia…

—Espero que esto sea lo último difícil que tenga que pedirte.

—Hasta que me pida que pase al estrado —suspira la chica.

—Lo siento, en verdad, lo siento, pero ¿qué pasó luego?

Maldita Sirvat.

El Jardinero sacó el control remoto de su bolsillo y presionó una serie de números en el pequeño teclado.

—Sirvat, por favor, ve al cuarto que está junto a la puerta y trae toallas y mangueras.

—¿El que está junto a Zara? —preguntó.

—Sí, ese.

Una pequeña sonrisa recorrió su rostro antes de alejarse entre carcajadas. Sirvat llevaba ahí cerca de un año y medio, y desde que la conocí, siempre había sido solitaria y simplemente… extraña.

El Jardinero ajustó su cinturón para hacer presión sobre la herida de su costado y acarició el cabello de su hijo, pidiéndole que se mantuviera despierto, preguntándole cosas y rogándole que respondiera. Des apretaba mi mano como respuesta a algunas preguntas, pero no intentaba hablar, lo cual a mí me parecía lo mejor.

—Cuando le hayamos amarrado las toallas, ¿nos dejará sacarlo al frente? —pregunté.

El Jardinero solo me observó, casi mirando a través de mí; parecía sopesar a sus

Mariposas y a su hijo, aun en ese momento. Finalmente asintió.

Entonces lo olí y me congelé.

Danelle fue la siguiente en olerlo, torciendo la nariz.

—¿Qué es eso?

—Formaldehído —respondí—. Necesitamos alejarnos de ese cuarto.

—¿Qué cuarto?

El Jardinero palideció aún más.

—No hagan preguntas, señoritas, vengan.

Tuvimos que arrastrar a Desmond por la arena, con el Jardinero tambaleándose y tropezándose detrás de nosotros. Cruzamos de golpe la cascada —Bliss empujaba dentro a cualquiera que intentara pasar por detrás para mantenerse seca— y nos apiñamos en la cueva.

Pese al sonido de la cascada, escuchamos que Sirvat se reía, y luego…

La chica sacude la cabeza.

—No sé cómo describir la explosión —le dice al agente—. Simplemente fue algo enorme, con mucho ruido y calor. Algunas rocas de la parte alta del peñasco cayeron, pero la cueva no se colapsó, como yo temía que pasara. Había llamas y cristales por todas partes, y todos los estúpidos aspersores lanzaban un rocío que se convertía de inmediato en vapor. El aire entraba por el techo quebrado y las flamas lo lamían. El humo salía por las grietas junto con las mariposas reales, pero aun así era tan denso que apenas podíamos respirar. Teníamos que salir de ahí.

—¿Caminaron por el arroyo?

—Hasta que llegamos al estanque. Nuestros pies terminaron muy cortados por los cristales, pero las llamas se estaban extendiendo y el agua parecía la mejor opción. La mitad delantera del Jardín ya solo era una fogata gigante. Le pregunté al Jardinero… —Traga con dificultad y mira al hombre en la cama—. Le pregunté al señor MacIntosh si había una salida de emergencia, alguna otra forma de salir, pero dijo que… que nunca pensó que algo así pasaría.

Gira su mano dentro de la de Victor hasta que puede meter los dedos de la otra bajo las vendas para tocar las costras. Él la aleja poco a poco.

Las llamas se extendían muy rápido. Los cristales del techo se hacían añicos y caían como una lluvia de vidrios y esquirlas sobre nosotros. Willa esquivó uno, pero se encontró con otro que le cortó la cabeza a la mitad. Vimos que había llamas más allá del cristal, extendiéndose hacia el invernadero exterior.

El Jardinero negó con la cabeza mientras se apoyaba en Hailee para sostenerse.

—Si llega a la habitación donde están los fertilizantes, habrá una segunda explosión —dijo, tosiendo.

Para ese momento, la mayoría de las chicas estaba llorando.

Intenté pensar en alguna posibilidad en la que no estuviéramos atrapados y jodidos.

—El peñasco —dije—. Si rompemos algunos cristales de la pared, podemos salir al techo de los pasillos.

—Y de ahí ¿qué? ¿Nos deslizamos sobre los cristales que se están rompiendo o que ya están rotos para llegar al invernadero exterior? —preguntó Bliss entre dientes —. Y aun así, probablemente nos romperíamos los tobillos, las piernas y la columna al caer.

—Bueno. Es tu turno.

—Ni puta idea. Tu turno.

Desmond soltó una risita, luego gimió.

Pia gritó y todos volteamos para ver a Avery detrás de ella, con un brazo quemado y llagado sobre la garganta de la chica. Un trozo de cristal temblaba en su hombro y tenía la cara llena de hollín y cortadas. Se rio y mordió el cuello de Pia, quien luchaba por soltarse.

—Avery, déjala ir —gimió el Jardinero.

Pese al rugido de las llamas, escuchamos que el cuello de Pia se quebraba.

Avery lanzó el cuerpo a un lado, luego se estremeció y se fue de espaldas con un estruendo. Al girarme, vi a Bliss con la pistola levantada y los pies bien plantados en el suelo, y volvió a dispararle. Avery aulló de dolor y se lanzó hacia adelante, y ella soltó otros dos tiros hasta que el hijo mayor del Jardinero cayó de cara sobre las flores.

Uno de los árboles más grandes, que tenía todas sus ramas ardiendo, se quebró casi desde la raíz y azotó contra una pared, produciendo un quejido terrorífico. El cristal se quebró, los paneles de metal se doblaron bajo su peso y el techo negro que cruzaba entre las dos secciones del invernadero colapsó. Vimos el invernadero exterior entre el baile de las llamas.

—Aún no tengo nada —dijo Bliss, y se ahogó con el humo—. En serio, todavía es tu turno de pensar en algo.

—Jódete —mascullé, y ella me ofreció una pequeña sonrisa.

Puse mi tobillo en la rodilla de Ravenna y la jalé para que tomara mi lugar haciendo presión en el pecho de Desmond. No creía que le hiciera ningún bien lo mucho que lo estábamos moviendo, pero no soportaba la idea de ni siquiera intentarlo. Él lo había intentado, aunque no pudo lograrlo. Nosotras también podíamos intentarlo, cuando menos.

Y yo no quería que se muriera. No cuando al fin nos había dado la oportunidad de vivir.

Corrí hacia el árbol caído, quitando los pedazos de cristal más grandes y las ramas más destrozadas. El dolor recorría mis manos, pero si había la más mínima posibilidad de que esa fuera la salida, tenía que intentarlo. Luego Glenys y Marenka

fueron a ayudarme, después se nos unió Isra e intentamos abrir una salida alrededor del tronco. Logramos limpiar un lado, y con las cuatro presionando y empujando del otro lado, conseguimos mover el árbol lo suficiente hacia el invernadero exterior.

Marenka sacó un trozo de cristal de mi brazo y lo lanzó lejos.

—Creo que sé cómo podríamos cargarlo.

—Intentémoslo.

Levantó a Desmond por los hombros, metiendo las manos bajo sus axilas. Yo me quedé entre sus piernas y enganché mis manos bajo sus rodillas. No era elegante y definitivamente no era fácil, pero más o menos logramos formar una sola fila.

Bliss guio el camino y Danelle y Keely la siguieron. Isra se quedó atrás, alejando los escombros conforme caían; el Jardinero iba junto a ella. No ayudaba porque no podía, pero hacía que las chicas más asustadas —o pasmadas— nos siguieran. El humo estaba empeorando, se volvía más denso, y todas nos estábamos ahogando. Unas siluetas avanzaban hacia el invernadero exterior y, de pronto, una enorme grieta recorrió uno de los paneles de tres metros enterrados en el suelo. Alguien estaba abriéndolo con un hacha. Nos detuvimos, esperando a ver si lograban pasar, y tras unos cuantos golpes más, el centro del cristal se hizo añicos. Usando la cabeza del hacha, un bombero derribó el resto del vidrio de la ventana y lanzó una lona doblada sobre los pedazos.

—Vengan —dijo… ¿él?…, ¿ella?…, desde debajo de su máscara.

Otros bomberos lo siguieron y dos tomaron a Desmond. El ambiente no estaba particularmente fresco, pero al fin respiramos aire libre por primera vez en años, y las pocas chicas que no estaban llorando comenzaron a hacerlo al pararse sobre el seco pasto de otoño y sentir el aire frío que nos rodeaba. Algunas cayeron de rodillas, en *shock*, y tuvieron que arrastrarlas.

Yo intentaba contar las cabezas cuando se llevaron a Desmond, y vi que Isra hacía lo mismo en el invernadero exterior; ambas intentábamos saber a cuántas habíamos perdido antes de llegar a donde estábamos. Luego se escuchó un…, un… *boom*, y otra explosión se extendió desde uno de los cuartos; la última vez que vi a Isra, salió volando en una bola de fuego, y tres chicas todavía se aferraban a ella mientras el Jardinero estaba en el piso y las llamas serpenteaban sobre él. Intenté correr hacia las chicas, pero uno de los bomberos me tomó por la muñeca y me alejó de un tirón.

—Y luego las ambulancias, el hospital y la habitación donde los conocí —suspira—. Y eso es todo. La historia completa.

—No exactamente.

La chica cierra los ojos, llevándose la mano con la que sostiene al pequeño dragón azul hacia la mejilla.

—Mi nombre.

—El Jardinero ya tiene nombre. ¿Tan terrible es el tuyo?

Ella no responde.

Victor se levanta y la pone de pie.

—Vamos. Hay algo más que debes ver.

Ella lo sigue hacia el exterior del cuarto, pasando junto a Eddison, que mantiene el ceño fruncido mientras habla con uno de los técnicos que están inspeccionando la escena y que viste una gabardina, y van hacia la puerta al otro lado del pasillo. Esta vez Victor la acompaña hasta la cama antes de que la chica vea quién es y, cuando lo hace, su respiración se acelera.

Los ojos de Desmond se abren poco a poco, sin poder enfocarse por las medicinas, pero, cuando la ve, su boca se curva en una ligera sonrisa.

—Ey —susurra.

La chica tiene que darle forma a la palabra varias veces antes de que su voz responda al impulso.

—Ey.

—Lo siento mucho.

—No…, no, tú… hiciste lo correcto.

—Pero debí haberlo hecho mucho antes. —Su mano se posa sobre la cobija, con un tubo de plástico bajo la cinta que mantiene la aguja en su piel.

Ella hace un movimiento como si fuera a tomar su mano, pero contrae los dedos en un puño antes de tocarlo. Lo mira fijamente, con la boca a medio abrir y su labio inferior temblando por la impresión.

Los ojos de Desmond se cierran lentamente y se queda inmóvil. Dormido o inconsciente, que cada quien decida.

—Sigue débil —dice Victor en voz baja—. Le espera una larga recuperación, pero los doctores dicen que probablemente ya ha pasado lo peor.

—¿Lo va a lograr? —susurra. Sus ojos brillan por la humedad, pero no cae ni una lágrima. Aferrando el pequeño dragón azul con una mano, cruza los brazos sobre su estómago, un gesto de protección que ya no debería necesitar—. Lo van a juzgar como cómplice —dice por fin.

—Eso no depende de nosotros. Puede que haya alguna forma de ayudarlo, pero…

—Pero debió haber hecho esa llamada seis meses antes, y pronto todos lo sabrán.

Victor se rasca la cabeza.

—Admito que pensé que estarías más aliviada al verlo vivo.

—Lo estoy, pero es…

—¿Complicado?

Ella asiente.

—Quizá hubiera sido mejor privarlo de las consecuencias de su cobardía. Hizo muy poco y demasiado tarde, pero al final hizo lo correcto, y ahora será castigado por tardarse tanto. Quizá pudo haber muerto como un valiente, pero vivirá como un cobarde.

—¿Así que nunca fue real?

—Lo suficientemente real como para dejar cicatrices. No tan real. ¿Cómo podría ser más real?

—Es muy probable que vaya a juicio en algún momento. Tal vez te llamen a testificar en su contra.

Sin dejar de mirar al joven de la cama, la chica no responde.

Victor no está seguro de que haya algo que pueda decir.

—Inara…

—¡Inara! —grita una voz femenina desde el pasillo—. Ina… Sí, veo tu placa, bastardo arrogante, pero ¡hay alguien de mi familia ahí dentro! ¡Inara!

Se escuchan ruidos de riña, luego una puerta se abre de golpe y revela a una mujer de altura promedio y de más o menos unos treinta años, con cabello caoba desteñido que amenaza con soltarse de un chongo mal hecho.

Inara se congela antes de voltear del todo para ver a la intrusa, con los ojos abiertos de par en par. Su voz sale apenas como un suspiro.

—¿Sophia?

Sophia entra corriendo al cuarto, pero Inara la alcanza a medio camino, y ambas se aferran con todas sus fuerzas. Se mecen de un lado a otro por la fuerza del abrazo.

¿Sophia? ¿La madre del departamento? ¿Cómo supo que Inara estaba aquí?

Eddison entra dando zancadas y, con un gesto de rabia, mirando con odio a la mujer al pasar junto a ella. Lanza un cuaderno negro con páginas gruesas en las manos de Victor.

—Estaba en un cajón escondido y cerrado con candado en el escritorio de su oficina. Los técnicos estaban revisando los nombres y encontraron algo interesante.

Victor casi no quiere saber, pero es su trabajo. Apartando su mirada de las mujeres, ve un *post-it* verde que sale del borde del cuaderno y lo abre unas páginas antes.

Una joven con mirada aterrada y llena de lágrimas lo contempla desde una foto, con los hombros caídos y las manos a medio levantar como si la hubieran atrapado en el intento de esconder sus pechos desnudos de la cámara. A un lado, una fotografía de espaldas muestra unas alas recién hechas. Debajo, se ven las mismas alas en un exhibidor nuevo, con los bordes difuminados por el cristal y la resina. En el espacio vacío hay dos nombres, Lydia Anderson, arriba, y abajo Siobhan, escritos con una letra firme y masculina, seguidos de «Mariposa Pasionaria» y dos fechas separadas por cuatro años.

La siguiente página muestra a otra chica, y la siguiente, la que tiene el señalador, solo tiene dos fotografías. Y solamente una fecha. Debajo de la foto de una belleza de cabello caoba y ojos miel, la letra dice:

—Sophia Madsen —lee Victor en voz alta, pasmado.

La mujer lo mira por encima del hombro de Inara y pronuncia por él la siguiente palabra:

—Lara.

—¿Cómo…?

—Nadie hablaría sobre una Mariposa que escapó si ninguna lo hubiera logrado —masculla Inara contra el cabello de Sophia—. Habría sido demasiado doloroso.

—El escape era real. ¿Usted…, usted escapó?

Ambas asienten.

Eddison frunce el ceño.

—Los analistas buscaron el nombre y lo encontraron en la lista de empleados del Evening Star. Mandaron a alguien al restaurante y a ambas direcciones enlistadas, pero no estaba ahí.

—Pues claro que no —responde Sophia—. ¿Cómo iba a estar ahí si ya venía para acá? —Se aleja de Inara. No la suelta, solo da unos pasos suficientes para observarlo todo. La blusa de Sophia está desgastada y es demasiado grande, el cuello ancho le cae sobre un hombro y deja ver el tirante de su brasier y el borde de la punta de un ala desteñida, estirada por el peso ganado—. Taki te vio en las noticias, vio que te traían al hospital y corrió al departamento para avisarles a todas. Ellas me llamaron y ¡ay, Inara!

Inara respira con dificultad ante el abrazo renovado de Sophia, pero no le pide que la suelte.

—¿Estás bien? —pregunta Sophia.

—Voy a estarlo —responde Inara en voz baja, casi con timidez—. Mis manos son lo peor, pero si las cuido, deberán sanar.

—No es eso lo que te estoy preguntando, y quiero una respuesta. Ahora tengo mi propia casa, puedo romper las reglas del departamento.

El rostro de Inara se ilumina, y toda la incertidumbre y el pasmo desaparecen.

—¡Recuperaste a tus hijas!

—Sí, y estarán tan felices de verte. Te extrañaron tanto como todas las demás. Dicen que nadie les lee tan bien como tú.

Eddison intenta convertir su risa en una tos, sin demasiado éxito.

Inara lo mira con resentimiento.

Por su parte, Victor se siente casi aliviado al verla esquivar la pregunta más difícil. Al menos lo hace con todos. Se aclara la garganta para atraer su atención.

—Lamento interrumpir, pero debo insistir en una explicación.

—Eso suele hacer —masculla Inara.

Sophia solo sonríe.

—Pues ese es su trabajo. Pero quizá… —Mira al chico en la cama, y los ojos de Victor la siguen. Desmond ni siquiera ha hecho un mínimo movimiento ante todo ese ruido—. ¿En otra parte?

Victor asiente y las acompaña a salir del cuarto. En el pasillo ve a la senadora Kingsley sentada sola frente a la puerta de la habitación de las Mariposas, respirando profundamente. Debería haberse calmado al estar vestida con solo la blusa y la falda, pero, en vez de eso, simplemente parece asustada. Victor se pregunta si su traje es

como el brillo labial de Inara, una forma de protegerse contra el resto del mundo.

—¿Cree que entrará? —pregunta Inara.

—En algún momento —responde Victor—. Cuando se dé cuenta de que no es algo para lo que pueda prepararse.

Las lleva a un cuarto en la zona de separación entre las Mariposas y la familia MacIntosh. Al menos es privado, y uno de los guardias se cambia de lugar para encargarse de que no los molesten. Inara y Sophia se sientan una junto a la otra en una de las camas desnudas, quedando de frente a la puerta y a cualquiera que pudiera entrar. Victor se sienta en la otra cama. No le sorprende que Eddison decida caminar de un lado a otro en vez de sentarse.

—¿Señora Madsen? —La anima Victor—. ¿Puede continuar?

—Le gusta ir directamente al grano, ¿verdad? —Sophia niega con la cabeza—. Lo siento, pero no, aún no. Yo he estado esperando por mucho más tiempo que usted.

Victor parpadea, pero asiente.

Tomando la mano de Inara, Sophia la envuelve entre las suyas, apretándola con fuerza.

—Creímos que alguien de tu pasado te había encontrado —dice—. Pensamos que habías huido.

—Era una suposición lógica —responde Inara, suavemente.

—Pero toda tu ropa…

—Solo es ropa.

Sophia vuelve a negar con la cabeza.

—Si ibas a huir, te habrías llevado tu dinero. Whitney y yo abrimos una cuenta a tu nombre, por cierto. No nos sentíamos cómodas con tanto dinero por ahí.

—Sophia, si estás buscando una forma en la que esto sea tu culpa, no la vas a encontrar en mí. Todas estábamos huyendo de algo. Todas lo sabíamos. Todas sabíamos que no había que hacer preguntas si alguien desaparecía.

—Debimos haberlo hecho. Y las coincidencias…

—No había forma de saber.

—¿Las coincidencias? —pregunta Victor.

—El evento que el Jardinero…, el señor MacIntosh…

Sophia suelta una carcajada sorprendida.

—Tiene nombre. Bueno, claro que lo tiene, pero… qué cosa más extraña.

—El evento en el Evening Star —continúa Inara—. No dije nada respecto de lo raro que era el señor MacIntosh, solo sobre el encuentro con Avery. Pero luego volvimos a casa con los disfraces de alas de mariposa.

—Bebí hasta quedar casi inconsciente —dice Sophia con amargura—. Fue como volver al infierno.

—La llevé a la escalera de emergencia para que tomara aire fresco y terminó contándome todo sobre el Jardín.

—En realidad, nunca le había contado a nadie.

—¿Por qué no? —pregunta Victor. Por el rabillo del ojo ve que Eddison deja de caminar de un lado a otro.

—Al principio no parecía que hubiera nada que decir. No sabía su nombre, salí de ahí tan en pánico que no me fijé en lo que me rodeaba. No sabía cuál era mi estado. Lo único que tenía era un tatuaje, un feto que crecía dentro de mí y una historia de locura. Pensé que si iba a la policía, serían igual que mis padres: asumirían que estaba borracha, drogada o que andaba de puta y estaba mintiendo para evadir las consecuencias.

—¿Volvió con sus padres?

Ella hace un gesto de resignación.

—Me corrieron. Dijeron que era una vergüenza. No tenía adónde ir. Tenía diecinueve años, un embarazo y nadie que me ayudara.

Eddison se posa en la orilla de la cama de Victor.

—Entonces, ¿Jillie es del Jardinero?

—Jillie es *mía* —responde ella con rabia, mostrándole los dientes.

Eddison levanta las manos en un gesto de conciliación.

—Pero él es el padre.

Sophia se entristece, e Inara se recarga en ella para consolarla.

—Esa era otra razón para no decir nada. Si se enteraba de que ella existía, podía perderla. Ningún tribunal en el mundo hubiera dejado que se quedara con una prostituta adicta a la heroína cuando podría vivir con una familia adinerada y respetada. Al menos cuando los servicios sociales se llevaron a mis hijas, podía trabajar para recuperarlas. Si él se hubiera llevado a Jillie, no la hubiera vuelto a ver nunca, y no creo que Lotte pudiera superarlo. Son mis hijas. Tenía que protegerlas.

Victor mira a Inara.

—¿No es eso lo que Desmond estaba haciendo? ¿Protegiendo a su familia? En él no te parecía muy bien.

—No es lo mismo.

—¿No lo es?

—Sabe que no —dice con parquedad—. Sophia estaba protegiendo a sus niñas. Unas niñas inocentes que no merecían sufrir por lo que pasó. Desmond estaba protegiendo a criminales. Asesinos.

—¿Cómo escapó? —pregunta Eddison.

—Tenía que hacerme la prueba de embarazo —responde Sophia—. Había subido de peso y a veces vomitaba después del almuerzo. Lor…, nuestra enfermera me llevó la prueba, pero la llamaron para atender una herida antes de que pudiera ver cómo me la hacía. Entré en pánico. Corrí buscando una salida que no hubiera notado en los últimos dos años y medio. Y entonces vi a Avery.

—Avery ya estaba en el Jardín.

—Lo había descubierto apenas unas semanas antes. Su padre le había dado un código, pero le costaba trabajo recordarlo. Era muy lento al teclearlo. Ese día me

escondí en la madreselva y lo observé tecleándolo con torpeza. Incluso dijo los números en voz alta mientras presionaba los botones. Esperé un rato y luego lo puse yo. Casi se me había olvidado que, por lo general, las puertas se pueden abrir.

Victor se frota una mejilla.

—¿Le contó a alguna de las chicas?

Sophia comienza a enfurecerse, pero luego hace un gesto derrotado con los hombros.

—Supongo que entiendo por qué pregunta eso —reconoce—. Después de todo, al no ir a la policía, las dejé morir, ¿no? Pero lo intenté. —Lo mira a los ojos con firmeza—. Le juro que sí lo intenté. Simplemente estaban demasiado asustadas para irse. Yo estaba demasiado asustada para quedarme.

—¿Asustadas?

—¿Qué pasa si casi logras escapar, pero nada más? —pregunta Inara, aunque lo siente más como un recordatorio que como una pregunta.

—Había pasado menos de un mes desde que una chica llamada Emiline se había quedado fuera durante el mantenimiento —dice Sophia—. Intentó decirles a los trabajadores lo que estaba pasando, pero el Jardinero debió suavizarlo de alguna forma. La siguiente vez que la vimos estaba en el cristal. Es difícil intentar escapar cuando ves que se castiga de esa manera. Pero me culpan por dejarlas ahí.

—No. —Victor niega con la cabeza—. Les dio la oportunidad. No es posible salvar a alguien en contra de su voluntad.

—Por cierto, Lorraine está aquí.

Sophia voltea a ver a Inara con un gesto consternado.

—Ay, no, ¿todavía?

Inara asiente.

—Pobre mujer —murmura. Inara la mira de soslayo, pero no dice nada—. Estuve en la calle con las otras putas más tiempo del que estuve en el Jardín, pero nunca vi a una mujer tan profundamente rota como Lorraine. Él la amaba, luego ya no, y ella no tuvo la culpa. Ódiala si tienes que hacerlo, pero a mí solo me da lástima. Más que el resto de nosotras, quizá, porque nunca tuvo esperanza.

—Ahora ya nunca estará en el cristal.

—Nunca iba a estarlo desde que la conocí. ¿Eso cambia algo?

—¿Inara? —Todos voltean a ver a Eddison; Victor está bastante seguro de que es la primera vez que llama a la chica por su nombre—. ¿Dejaste que te secuestraran a propósito? ¿Eso es lo que has estado escondiendo?

—¿A propósito? —Sophia ahoga un grito levantándose de golpe de la cama.

—No, yo…

—¿Lo hiciste a propósito?

—¡No! Yo…

Victor ignora la escandalosa reacción de Sophia, y se gira un poco para mirar a su compañero.

—¿Cómo pasaste de cómplice a ser secuestrada a propósito? —pregunta, confundido. Si Eddison tiene razón, esto podría cambiarlo todo. No habría forma de salvarla de la senadora ni de la Corte. ¿Ir tan lejos sin decirle a la policía? Ser prudente en medio de tales peligros es una cosa, pero ¿elegir entrar en ellos? ¿Ponerse en peligro a sí misma conscientemente y quizá también a las otras chicas?

—Si no está ocultando que era parte de esto, ¿qué está ocultando?

—¡Estaba ocultando a Sophia! —suelta Inara, tomando el brazo de su amiga y jalándolo con fuerza. Con un «oooh» sorprendido, Sophia se deja caer de nuevo sobre la cama—. ¿A propósito? ¿En serio parezco tan estúpida?

—¿Quieres que responda a eso? —pregunta Eddison, con una sonrisilla.

Ella lo mira con odio.

—Estaba ocultando a Sophia —repite Inara con más tranquilidad. Mira a Victor —. Agradezco que mi palabra no valga mucho, pero se lo juro, esa es la verdad. Sabía que el nombre de Sophia iba a salir a la luz y, con ello, la verdad sobre Jillie, y no podía… Sophia se esforzó mucho para recuperar su vida. No podía ser yo quien volviera a descomponerla. No podía ser la razón por la que perdiera a sus hijas. Necesitaba tiempo para pensar.

—¿En qué? —pregunta Victor.

La chica se encoge de hombros.

—Necesitaba ver si había forma de evitar relacionarla con el Jardín. Esconder el cuaderno fue lo más fácil, pero eso…, bueno. Entonces pensé que si tan solo pudiera retrasarlo lo suficiente, podría llamarla, avisarle, pero…

—No esperabas que viniera.

Inara niega con la cabeza.

—Pero sabías sobre el Jardín —insiste Eddison.

—No sabía que eran ellos. —Inara acuna el pequeño dragón triste con ambas manos—. Sus heridas del Jardín se reabrieron al ver los disfraces alados, nada más. Ninguna de las que trabajamos esa noche mencionó cómo eran los clientes; ¿por qué íbamos a hacerlo? Estaban haciendo una colecta para presentar *Madame Butterfly*, el tema tenía sentido. No lo sabía.

Victor asiente lentamente.

—Pero sabías sobre el Jardín, así que, cuando despertaste ahí, no entraste en pánico.

—Exacto. Intenté ver los códigos de Avery, pero era más cuidadoso. Después de todo, ya habían pasado diez años. Busqué por todas partes, pero no pude encontrar otra salida. Incluso intenté romper el cristal cerca de los árboles. Ni siquiera se cuarteó.

—Y luego Desmond.

—¿Desmond? —pregunta Sophia.

—El hijo menor del Jardinero. Intenté… —Inara niega con la cabeza, quitándose el cabello de la cara—. ¿Ves cómo Hope puede hacer que los chicos que se la están

cogiendo hagan cualquier cosa por ella? ¿Como que entraran a un edificio en llamas si ella decía que su collar favorito estaba dentro?

—Sí…

—Intenté eso.

—Ay, Dios. —Sophia golpea su hombro con el de Inara, con una sonrisa que ilumina su rostro cansado—. Siendo tú, no puedo imaginarme que haya salido bien.

—En verdad que no.

—Pero él hizo la llamada —le recuerda Victor.

—No creo que eso se debiera a algo que yo haya hecho —confiesa Inara—. Creo que fue más que nada por Avery.

—Espera, ¿qué?

—No podían coexistir en el Jardín. Quizá no podrían en ningún lugar, pero sobre todo ahí. Y con el orgullo de su padre en juego. Estaban compitiendo por su amor. Avery hizo algo drástico y Desmond tenía que hacer algo más drástico como respuesta. Ambos perdieron.

—Pero tú ganaste.

—No creo que nadie haya ganado —dice—. Hace dos días éramos veintitrés, incluyendo a Keely. Ahora somos trece. ¿Cuántas cree que podrán acostumbrarse realmente al Exterior?

—¿Crees que habrá suicidios?

—Creo que un trauma no se termina solo por que te rescataron.

Eddison se levanta y toma el cuaderno que sostiene Victor.

—Tengo que devolverles esto a los técnicos que están analizando la escena —le dice—. ¿Necesitas algo mientras estoy allá?

—Ve si alguien se ha puesto en contacto con el abogado de la familia MacIntosh. Geoffrey y Desmond aún no están en condiciones de necesitar uno, pero a Eleanor podría servirle la consulta. Ve también cómo está Lorraine. Averigua si los psicólogos ya tomaron una decisión preliminar.

—Entendido. —Asiente, mirando a Inara, y sale del cuarto.

Inara levanta una ceja.

—¿Sabe? Unos días más encerrada en un pequeño cuarto con él y podría empezar a considerarlo un amigo. —Le sonríe a Victor con un gesto dulce y de algún modo poco sincero, pero de todos modos real, que desaparece enseguida—. ¿Y ahora qué?

—Habrá más entrevistas. Muchas más. También con usted, señora Madsen.

—Me lo imaginé. Traje una maleta para cada una.

—¿Maleta? —repite Inara.

—Está en la cajuela, tomé prestado el coche de Guilian. —Sonríe y aprieta brevemente la mano de Inara—. ¿Creíste que iba a rendirme contigo? Conservamos todas tus cosas y tu cama sigue ahí. Te dije que Whitney y yo abrimos una cuenta con la ridícula cantidad de dinero que tenías en el departamento. Seguro tendrás un interés decente. Y Guilian dice que eres bienvenida de regreso en el restaurante.

—¿Ustedes… guardaron mis cosas? —pregunta sin fuerzas.

Sophia pellizca la nariz de Inara con suavidad.

—Tú también eres una de mis niñas.

Inara parpadea rápido con un brillo en los ojos, pero luego las lágrimas se extienden por sus pestañas y corren por sus mejillas. Sorprendida, se toca la piel mojada con la punta de un dedo.

Victor se aclara la garganta.

—Ya se detuvo el carrusel —le dice con voz suave—. Esta vez tu familia está esperándote.

Inara respira profunda y temblorosamente, intentando recomponerse, pero los brazos de Sophia la rodean y la llevan a su regazo con cuidado. La chica se disuelve en un llanto silencioso. Solamente la delatan los temblores que sacuden su cuerpo y su respiración entrecortada. Sophia no acaricia su largo y sedoso cabello. Victor supone que es algo que haría el Jardinero. En vez de eso, pasa su dedo por la curva de la oreja de Inara, una y otra vez, hasta que la chica suelta una carcajada húmeda y se vuelve a sentar.

Victor sostiene un pañuelo en el espacio que separa las camas. Inara lo toma y se limpia la cara.

—¿La gente regresa? —pregunta él.

La chica responde en voz baja por la duda:

—Y otras personas esperan que vuelvan.

—Sabes que hay algo más.

Su dedo roza el triste dragoncito azul.

—Tiene que entender que ella no es real. Nunca lo fue. No fui una persona real hasta que me convertí en Inara.

—E Inara puede ser una persona real. Ahora tienes dieciocho años, si no estabas mintiendo.

Ella le lanza una mirada sarcástica.

Él sonríe, pero continúa:

—Puedes cambiarte legalmente el nombre a Inara Morrissey, pero solo si nos das tu nombre legal actual.

—Sobreviviste al Jardinero y a sus hijos —señala Sophia—. Aun si tus padres llaman, no les debes nada. Tu familia está aquí, en el hospital y en Nueva York. Tus padres no son nadie.

La chica inhala despacio y lo deja salir aún más lento; luego, lo repite.

—Samira —dice al fin, con voz temblorosa—. El nombre en mi certificado de nacimiento era Samira Grantaire.

Él extiende su mano. Ella la observa por un momento, luego deja el dragón de arcilla sobre su muslo para poder estrecharla. Sophia sostiene su otra mano.

—Gracias, Samira Grantaire. Gracias por decirnos la verdad. Gracias por cuidar de esas chicas. Gracias por ser tan increíblemente valiente.

—Y tan increíblemente obstinada —agrega Sophia.

La chica se ríe y su rostro está iluminado, abierto y manchado por las lágrimas. Victor decide que ha sido un buen día. No es lo suficientemente inocente como para pensar que todo está bien. Seguirá habiendo dolor y trauma, aún faltan todas las heridas de la investigación y el juicio. Hay chicas muertas a las que tendrán que llorar y chicas vivas que lucharán durante años para adaptarse a la vida fuera del Jardín, si es que algún día lo logran.

Aun así, lo considera un buen día.

AGRADECIMIENTOS

A veces pienso que esta parte es más difícil que escribir el resto del libro.

Hay mucha gente con la que estoy profundamente en deuda por la existencia de este libro. Gracias a mamá y a Deb, por responder preguntas médicas extrañas y perturbadoras para la investigación, y así salvarme de que me pusieran en listas por preguntarle cosas aterradoras a Google. A mi papá y a mis hermanos, por apoyar constantemente este extraño y difícil sueño mío. A Sandy, por no rendirse con un silencioso y aterrador monstruito que parecía no tener hogar. A Isabel y Chelsea, por ser de las primeras lectoras y tener una reacción más allá de «¿qué diablos te pasa?». A Tessa, por tener la paciencia y el talento para sacarme de los agujeros en los que me metía. A Alison y JoVon, por arriesgarse con esto, y a Caitlin, por hacer preguntas tan maravillosas y guiarme, por más histérica que me pusiera, para encontrar la forma de mejorar este libro.

A los amigos que me perdonaron por ser profundamente antisocial mientras trabajaba en esto; a los compañeros de trabajo, que probablemente están hartos de escucharme hablar al respecto, y a los *managers*, que están tan emocionados de recibirlo.

Y a ti, por quedarte conmigo todo este tiempo.